

#1 *NEW YORK TIMES* BESTSELLING AUTHOR

SHERRILYN KENYON



DRAGONBANE

 A DARK-HUNTER® NOVEL



37 – DH - Dragonbane

By Sherrilyn Kenyon

PARTES

Prólogo

1 A 20

Epilogo

PRÓLOGO

Arcadia, 2986 AC

¿Es esta muerta o en el infierno?

Maxis gruñó a su hermano mientras se esforzaba por llevar Illarion de la mazmorra inmunda donde había estado se mantuvo durante más semanas de las que podía contar. Maldita sea, su hermano pequeño era pesado para una criatura que hizo sus comidas en su mayoría de ratones de campo y trigo.

Cállate, Max le espetó con sus pensamientos. Si usted no puedes ayudar, entonces no me distraigas mientras yo estoy tratando de salvar tu escamosa piel sin valor de las alimañas humanas.

No sé por qué te quejas así. Los seres humanos no son tan malos. Yo soy más bien como ellos, yo... Ellos saben que como pollo.

A pesar del peligro que les rodea y su amarga rabia por su último aprieto "precioso" y la traición que los había puesto aquí, Max tuvo que contener su risa. Deja a Illarion para encontrar humor en el peor momento imaginable. Pero entonces, que era por eso que estaba arriesgando la vida, la escala y la garra para salvar a Illarion cuando todo sentido de dragón que poseía le dijo que abandonara a su hermano y se preocupara por su propio y maldito culo.

No estás haciendo esto más fácil para mí, ya lo sabes.

Apenado. Illarion trató de usar sus piernas humanas para caminar, solo eran unos débiles apéndices, desconocidos, abrochados debajo de él. ¿Cómo se equilibraban estas cosas delgadas, de todos modos? Él frunció el ceño a Max. ¿Cómo

lo haces?

Meo y vinagre... y la necesidad decidida a vivir lo suficiente para llegar a los que le habían hecho esto a ellos, y matarlos a todos.

Y después ir, como pobres demonios detrás de todos los problemas, directo a su destrozada cueva. Estarían muy decepcionados de ver sus esfuerzos yendo en vano.

Max dejó escapar un suspiro de frustración. "Lo juro por todos los dioses, Illy, si no dejas tus tonterías, voy a dejarte aquí".

Con expresión sobria, Illarion empuño la mano en el pelo largo y rubio de Max, enmarañado, y lo obligó a mirarlo a los ojos. Vaya, hermano. De esta manera, no soy más que un ancla para ti y tu libertad, y ambos lo sabemos. Juntos, estamos atrapados. Solo tienen una posibilidad a la luz del día otra vez.

Apretó los brazos alrededor del frágil cuerpo humano de su hermano, Max bloqueaba miradas con Illarion. Era tan inquietante ver los ojos humanos azules con la mirada fija en él y no las serpentinillas amarillas normales de su hermano. Para mirar a la cara de un hombre y no de un dragón. Lo que se les habían hecho a ellos en contra de su voluntad, era mal de todo tipo.

Sin su permiso, habían sido hechizados, capturados, y los fusionaron con un alma humana que ninguno de los dos entiende, o que cómodamente llevaban.

Un día, había estado totalmente Drakos, y el siguiente... Humanos.

Pero a pesar de que no eran los mismos, en una forma, seguían siendo los mismos en el corazón y el espíritu. Y era una cosa nunca, nunca cambiaría.

¡Somos drakomai! Y no abandonamos nuestros kinikoi. ¡Tú lo sabes!

Puede ser que no se agrupen en comunidades que viven o comparten domicilios, una vez que llegaron a la mayoría de edad, pero cuando el Bane-cry sonaba, estaban moralmente obligados a prestar atención y luchar juntos hasta que derrotaran todas las amenazas...

O la muerte los separase.

Illarion hizo una mueca cuando tropezó y cayó, arrastrando a Max con él. ¿Por qué hicieron esto? ¿No es suficiente que los cazaran y matan por deporte? ¿Qué nos han esclavizado durante siglos? ¿Qué más les faltaba hacerle a nuestra especie que alimañas humanas?

Max no habló mientras ayudaba a su hermano a recuperar sus pies y se tambaleó con él hacia la estrecha abertura y oró llevándolos al bosque donde podrían encontrar refugio. La respuesta no sería consolar a Illarion más de lo que lo había consolado. Más bien, le molestó que no tuviera fin.

Habían sido un experimento sin piedad por lo que el rey Licaón podría salvar a sus hijos sin valor, quejumbrosos que habían sido maldecidos por el dios Apolo a morir a los veintisiete años de edad. Mientras que Max podría respetar al hombre por no querer perder a sus hijos, más que era una maldición que no tenía nada que ver con la familia del rey, pero si sobre un antiguo rencor de un dios aburrido de la línea de sangre de la reina, Max no le gustaba ser el medio por el cual Lycaon esperaba para lograr la cura.

Incluso ahora, se acordó de la vista del feroz dios acadio Dagón en su armadura ennegrecida como Dagón que les había atrapado por sus poderes arcanos.

— Fácil, Drakos, — el dios había respirado cuando Maxis había luchado contra él y hecho todo lo imposible por que él

luchar contra él. — Me lo agradecerás por lo que hago. Voy a hacerte mejor. Más fuerte. —

Pero esto no era ninguna de esas cosas. Nunca se había sentido tan débil o vulnerable.

Tan perdido.

Y lo peor había sido despertar en frente con su “gemelo” y un par de machos humanos idénticos y su cuerpo, y su alma, de alguna manera se habían fusionado con las suyas. A diferencia de Max, el ser humano no había sido lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al hechizo que el Dagón había utilizado en ellos. Probablemente porque Dagón no se había molestado en aprender qué tipo de drakomai era, Maxis fue el que le echó su magia.

La Magia nunca había jugado bien con la raza maldita de Max. Fue por eso que habían sido concebidos y acusados de sus deberes sagrados originalmente.

El ser humano débil murió aullando en agonía unas horas después del lanzamiento de hechizos, mientras su cuerpo intentaba convertirse en la forma de un dragón. Mientras que Max no había disfrutado de su transición a la humana, y había sobrevivido a la misma.

Apenas.

Él sólo deseaba poder controlar el impulso que lo arrojara de humano a dragón y viceversa. Esas transiciones horribles vinieron a intervalos aleatorios sin previo aviso. Algo que lo mantenía conectado a tierra por el momento, ya que la última cosa que quería era estar en el aire cuando sus alas se volvieron hacia los brazos y le enviaran caer en picado.

— ¡Allí están! — Max dijo entre dientes al oír los seres humanos detrás de ellos. Trató de usar sus poderes en ellos,

¿pero cómo? esto...

— Inútil.

Los ojos de Illarion se abrieron con pánico. ¡Vete! Déjame.

— ¡Nunca! Mejor que mueras por tu lado tratando, que sacrificar tu vida para salvar la mía.

— Yo no te dejaré, hermanito.

Una lágrima corrió por la mejilla ensangrentada de Illarion ya que si fueran rodeados por los seres humanos, serían retomados y encadenados como los animales que eran. Max luchó lo mejor que pudo. Pero como él no sabía cómo utilizar su cuerpo humano, no le sirvió de nada.

En cuestión de minutos, fueron arrastrados de nuevo a la oscuridad de una jaula sucia donde otras especies aguardan el mismo destino horrible.

Los experimentos de los dioses y el hombre.

Disgustado y furioso, se ocupó de su hermano en sus brazos y lo protegió lo mejor que pudo, mientras que las criaturas miserables alrededor de ellos aullaron por la misericordia y la muerte.

— ¿Qué será de nosotros, Maxis?

— ¿Honestamente? — No tenía ni idea. Pero una cosa era absolutamente claro para él. Somos drakomai. Somos kinikoi. Y si tengo que matar a todos los seres humanos y Dioses en este universo, por encima y por debajo, es mi juramento a ti, hermano pequeño, que vas a volar de nuevo en los cielos azules como para lo que hemos nacido, y vamos a vivir libres tanto de ellos y sus miserables maldiciones. Nadie nos detendrá.

Sin embargo, incluso mientras hablaba estas palabras, él

sabía lo que Illarion haría. Algunas cosas eran mucho más fácil decir las que hacerlas.

Y no importa la emoción intención o sentido, no todas las promesas podían mantenerse. Como una diosa celosa de sí misma, el destino era cruel, perro amargado que hace a menudo mentirosos a los hombres y las bestias. Nunca por la misericordia, nunca habían mostrado ninguna a ninguno de ellos o de su raza.

— ¿Vive? —

Max se congeló ante el sonido de la voz del rey de Arcadia cuando el anciano se acercó a su jaula oxidada. Era un tono brusco que Max había aprendido a reconocer, con su más profundo pesar.

— Sí, Majestad. Tanto de los animales que se fusionaron como los príncipes sobrevivieron y están intactos. ¿Hay que matarlos ahora? —

Max se quedó helado ante eso.

— ¡No! — Gritó el rey. — Esos son mis hijos, también. Incluso si nacen de las bestias, siguen siendo de mi línea de sangre real, si sus corazones son los de mis hijos o de una criatura sin mente que se fusionó con ellos. Ellos son todo lo que queda de mi preciosa Mysene, y nunca voy a deshonrarla a ella. Fetch vino a mí para que yo pueda abrazara a mi sangre y la de mis reinas caídas. Quiero conocer a mis Wolfson y mis dragonson y les doy la bienvenida a este mundo. —

1

Santuario

Nueva Orleans, 2015

— Sabes, realmente, alguien debe simplemente poner una cerca de alambre de espino alrededor de todo este lugar, y declararlo un manicomio. —

Max resopló ante el ingenio seco de Dev Peltier mientras dejaba en la rejilla plástica de vasos limpios en el tatami para Aimee Kattalakis protestara. Con el pelo rubio de unos tonos más claros que Max, Dev era uno de los pocos hombres en el Santuario que también era más musculoso.

Haciendo una pausa tras el mostrador junto a Dev, Aimee envolvió un largo brazo, agraciado por la cintura de su hermano, y le arrugó la nariz. — El término correcto es centro de salud mental. Conseguido en los viejos tiempos, como la cueva del oso arrastrando nudillos. —

Max se rió del humor rápido de la Werebear femenina. Una cosa sobre la espinosa dueña del bar, Aimee, siempre mantuvo a sus hermanos y los empleados en estado de alerta. Ella se apartó para recoger los dos vasos de la caja y los colocó en el estante debajo de la barra mientras cantaba la canción jukebox metal. Por ser un oso, tenía la voz de un ángel.

Y esa sarcástica, rubia de largas piernas había sido uno de los miembros favoritos de Max del clan del oso Peltier desde

el día en que había buscado refugio en el famoso bar Santuario, y la parrilla que su familia había fundado en el corazón de Nueva Orleans.

Heridos y apenas con vida después de un encuentro desagradable con un antiguo enemigo, Max se había derrumbado en el tercer piso de este mismo edificio, a los pies de Aimee. Cuando se había despertado una semana más tarde, había estado sentado en el piso de su ático junto a él, acariciando las escalas de la cabeza, sin ningún miedo de su forma de dragón, y tarareando una canción de cuna francesa suave. Ella, a solas, le había cuidado hasta que sanó y se aseguró de que él sobrevivió. La verdadera profundidad de su bondad y compasión por los demás nunca había dejado de sorprenderle.

No había un cambiaformas en este edificio o contiguo que no quisiera dar su vida para salvar la de ella.

Pero ninguno, más que el hijo de puta de pelo oscuro afortunado que ella llama suyo.

Fang Kattalakis se acercó a la parte delantera de la barra y le pasa alrededor del largo cuello las cervezas elaboradas especialmente reservadas para sus metabolismos cambiaformas “únicos” para hacerles saber que había bloqueado la puerta principal. Un ritual que significaba que el Santuario ahora estaba cerrado a los humanos por unas horas de respiro era de los Were-Hunter. Él inclinó la cerveza fortificada a Max. — Muchos tontos en el pueblo, hermano. Muy pocos dragones que escupen fuego. —

Dev se echó a reír.

Tomando su cerveza, Max arqueó una ceja ante la extraña observación, y curiosidad por lo que se le pediría a él. — ¿Perdón? —

Fang dio un largo y sufrido suspiro mientras miraba a su compañera. — ¿Cómo está usted conectado a Cody? ¿Puedo ofrecerle como sacrificio a Max? ¿Por favor? — Miró a Max. — ¿Yo sé que él no es un hombre o una virgen, pero exactamente cómo exigente son ustedes los dragones sobre esas cosas? —

Como no quería ir allí por varias razones personales, Max se trasladó a romper y limpiar los dispensadores de refrescos mientras Dev preparó los grifos de cerveza. — Depende del dragón. —

Aimee chasqueó la lengua a ellos. — Por favor, no maten y coman a mi hermano pequeño. No quiero escuchar la perra indigestión que le daría, y dudo que Carson tenga suficientes Roloids (Crema para quemaduras) para curar esa quemadura. Probablemente tome la mitad de los bomberos en la parroquia de Orleans el apagarlo. —

— Maldita sea. — Fang suspiró de nuevo. Luego alzó la vista con esperanza. — Oye, si yo le soplo accidentalmente la pimienta en la cara a Max, y que pasó al estornudar, ¿cuáles son las probabilidades que le arrojan fuego sobre él? —

Corriendo agua carbonatada en un cubo de metal, Max sacudió la cabeza al lobo. — No funciona de esa manera. —

— Entonces, ¿de qué está teniendo un dragón que escupe fuego de mano? —

— Siempre está Simi, — dijo Dev. — Con suficiente salsa de barbacoa, que va a comerlo. Incluso a los familiares osos desagradables. —

— Todos ustedes son tan malos. — Frunce el ceño, Aimee puso su mano sobre su estómago distendido y chupó aliento bruscamente.

Fang inmediatamente se transportado a la parte trasera de la

barra para apoyarla. — ¿Estás bien? —

Recostado contra él, ella le sonrió a su marido. — Tus hijos se están divirtiendo como cachorros en un alto picnic con miel. —

Una sonrisa orgullosa se extendió por su cara. — Los pequeños lobos son nocturnos... Al igual que su padre. —

Ella resopló ante eso. — Lo juro, si tengo cachorros, te estoy convirtiendo en una alfombra lobo para mi piso. —

Fang rió, luego la besó en la mejilla. — ¿Por qué no te vas de arriba y descansas? Voy a terminar cerrando y preparando la barra. —

Aimee vaciló.

— No te preocupes. Ni siquiera voy a intentar el papeleo. Después del desastre nudoso que hice de la última vez, he aprendido mi lección de mantener mis patas fuera de ella. — Fang indicó al alto, rubio Amazon que estaba barriendo el piso a unirse a ellos. Un ex Dark-Hunter, Samia que era mejor, mucho más atractiva que Dev. A pesar de que la diosa griega de Samia una vez la había esclavizada a la que Max no podía soportar, Max le gusta Sam mucho, sobre todo porque ella no hablaba mucho. Y ella nunca le hizo preguntas sobre su pasado vigilado, algo que apreciaba aún más.

Como Aimee, Sam era compasiva y amable cuando se trataba de los demás, si fueran personas, animales, o una mezcla de los dos.

Tan pronto como el embarazo de Aimee se había hecho público, Sam y Dev se habían trasladado de nuevo al viejo cuarto de Dev Peltier en la casa de al lado para calmar los temores de Dev, como le preocupaba como una anciana por la salud y el bienestar de su única hermana. No es que Aimee lo necesitaba. Con once hermanos relacionados por la

sangre, y aún más, con suegros y amigos cercanos, tenía de su parte más hombres de los que quiere para ayudarla a levantar cualquier objeto en cualquier lugar, y tallar las partes del cuerpo de su marido por arriesgar su vida con un complicado embarazo híbrido.

— ¿Sam? — Fang preguntó mientras se detuvo la Amazona en el mostrador. — Por favor, ¿llevas a Aimee a la cama por mí y te aseguras de que se queda allí? —

— Claro. Espera. — Sam le tomó la mano enguantada a Aimee. — Vamos, cariño. Tú no quieres sobrecargarte. Necesitas tener cuidado con esos Chow Chow (perros sagrados chinos) que llevas. —

Aimee gimió ante su peor temor de lo que sus hijos híbridos oso-lobo podrían ser similares. — Estás en mi lista de Navidad, Sam. ¿Alguien más? —

Dev levantó las manos y negó con la cabeza.

La osa lo fulminó con la mirada, luego se volvió hacia su marido como el hermano idéntico de Dev que se paseó hasta tomar una cerveza fortificada de Fang. La mueca feroz, sedienta de sangre en su rostro, habría enviado a los niños pequeños gritando por sus madres, y a gladiadores experimentados los habría hecho mojar sus armaduras por el terror.

Aimee chasqueó la lengua en su expresión. — Fang, asegúrate que Dev no mata a Rémi mientras estoy fuera. —

Haciendo estallar la parte superior de la cerveza, la miró con una mueca aún más feroz. — No Rémi... Cherif. Maldita sea, lo tienes como objetivo, por lo general eres el único que nos puede diferenciar. ¿El embarazo te golpeó y perdiste sus células cerebrales? —

Aimee se mordió el labio. — Lo siento, Boo. La forma en que

has estado toda la noche con el ceño fruncido, yo habría jurado que eras Rémi. —

Dev, Rémi, y Cherif eran parte de un conjunto de cuatrillizos idénticos, con su hermano Quinn completando su número. Solos, los osos eran macarras. Juntos, eran unos malditos invencibles.

A menos que pasaras a ser un dragón que escupe fuego. Por entonces no había mucho en este mundo que proporcionara una amenaza a su salud o bienestar.

Cherif resopló. — Sí, bueno, ¿qué esperas? Todos ustedes me tiraron arriba con Etienne toda la noche. Él ha estado haciendo el coito, y mi último nervio quedó mal, como si ella fuera la única mujer que ha visto en los últimos cien años. Te lo juro, mamá debería habernos hecho un favor a todos y comido a ese cachorro al nacer. Por lo menos habría salvado mi humor... y mi cordura. Es una suerte que no me están arrastrando lejos por asesinato justo ahora. —

— Aquí, aquí. — Dev resonó botellas. — ¿Dónde está el pequeño ponzoñoso? —

— Terminando una mano de póquer con Eros. Espero que gane y el dios le astille en la pared por la ira. Ese si es uno lío, y me ofrezco como voluntario para limpiar. —

Aimee encontró con la mirada divertida de Max. — Oh, ¡Dios mío, son horribles! Estoy tan contenta de que ames a tu hermano. —

Max se encogió de hombros mientras enjuagaba las boquillas de soda y las puso en su lugar. — ¿Qué puedo decir? La ausencia en efecto, hace crecer el cariño, y la culpa de haberlo encerrado en un reino infernal durante mil años y significa que tengo que tolerar las malas costumbres, Illarion posee una suma paciencia. —

Se tocó Dev en el estómago. — ¿Ves a los grandes dragones? Debes tomar nota. —

— Bien. Bloquea a Etienne y Rémi en un reino infernal durante mil años y te prometo que seré amable con ellos cuando salgan. —

Fang rió. — Ve y sube, Aimee. No vas a ganar este partido. —

— ¿Estás tomando en serio tu lado? —

Fang palideció. — Uh, no. Nunca. Yo no soy un lobo tonto y no tengo ningún deseo de dormir una noche en una caseta de perro. —

Juguetona, ella movió su dedo hacia él antes de que ella le tocara la nariz y lo besó.

De repente, se produjo un fuerte ruido arriba que dijo que Cherif podría haber conseguido su deseo de que Eros hubiera matado a Etienne por ganar. Pero no, fue un ruido inesperado que hizo que el pelo en la parte posterior del cuello de Max suba. Fue una fisura en el aire que no había sentido en siglos. Una que se fue por la espalda como una trituradora.

Todos los sentidos que poseía estaban en alerta máxima.

No. No había manera de que fuera posible...

No podía ser.

Su respiración se detuvo cuando vio un Serre sangrado luchando por las escaleras, que lo lleva un pequeño grupo de mujeres vestidas con el atuendo de guerra y la antigua armadura de una carrera larga de muertes. Mientras el Santuario estaba cerrado a los seres humanos a las cuatro y media de la mañana, y que permanecía abierto todo el día para cualquier criatura sobrenatural que necesitaba un

refugio seguro para descansar de las batallas. Un Limani (lugar neutral) como éste, siempre habían sido pocos y distantes entre sí, y en el siglo XXI, sólo había un puñado intacto y en funcionamiento.

Como medida de precaución para mantener a los humanos de descubrir accidentalmente su raza sobrenatural y flipando, la familia de osos Peltier tenía todo el edificio protegido. Cualquiera que venga aquí a través de la magia se limitaba a hacerlo en el tercer piso, donde un guardia de los cambia forma siempre estaba vigilando.

Esta noche, Serre Peltier había tenido ese deber. Rubio como sus hermanos y hermana, era una versión ligeramente más pequeña de los cuatrillizos, lo que significaba que era todavía más grande que la mayoría de las criaturas. Pero aún así, no le había impedido conseguir que su culo sea pateado por los recién llegados de Arcadia que lo golpearon delante de su grupo.

Esto en cuanto a acatar la eirini, o las llamadas leyes de la paz, que Savitar y el Omegríon (tribunal de los sobrenaturales) habían establecido para su especie a seguir.

Rubio y consternado por el asesinato, el líder del pequeño grupo de mujeres agarraron a Serre por su pelo corto y arrancaron la cabeza para mostrar su rostro maltratado a su grupo. Sostuvo un anticuado kopis (tipo de espada) griegos en su garganta. — ¿Quién es dueño de este lugar? —

Cuando Aimee comenzó a avanzar, Max, sus hermanos y su marido le cortaron el paso para protegerla y a los bebés no nacidos que llevaba. Era obvio que este grupo estaba aquí para la guerra y no para la paz o tregua.

Fang se trasladó a cumplir con el cara a cara como un guerrero perro mientras que Max cubriendo a Aimee. — Ese es mi hermano. Le sugiero que lo suelte o pierde la cabeza.

—

Ella pasó una mirada mordaz por el cuerpo de Fang. — Somos Drakaina Arcadia y no nos ocupan las especies inferiores. Hazte a un lado, de los animales. —

Sam se puso al lado de Fang. Unas manos con guantes en las caderas, se reunieron a las mujeres con la abierta hostilidad de alguien dispuesto a la batalla. — Y soy Samia, Basilinna de los Jinetes Thurian, nieta de Hippolyte, que era la hija de Ares. Declárate a ti misma. —

— Nala, Basilinna del Drakaina, más favorecido de Ares, Artemisa y Atenea. —

Samia se burló. — El color me impresionó. Ahora suelta a mi hermano más querido o sufrirás mi ira completa y probarás la cuchilla de batalla. —

Nala apretó su agarre en su cabello. El dolor debe haber sido grave, ya que un momento después, Serre involuntariamente cambió a su forma de oso nativo. Algo que sólo ocurría cuando los Katagaria sufrían un dolor severo o sufrían una descarga eléctrica.

Sam manifiesta a su personal. Los hombres avanzaron a participar de su grupo cuando Aimee disparó más allá de él para cubrir a Serre.

— ¡Espera! —

Todas las miradas se dirigieron a las escaleras y por un minuto completo, Max estaba completamente inmóvil con la marca en la mano caliente y se quemaba en respuesta a su apariencia. Cada parte de su cuerpo cobró vida de una manera que no tenía más siglos de los que pudiera recordar algo igual.

El dragón dentro salía y devoraba lo humano en él demasiado rápido, apenas podía sostener su forma.

Él luchaba por respirar. Si se rompía el dragón en este momento, él tomaría la mitad de la barra. Era demasiado grande su cuerpo nativo al cambiar aquí y ahora.

Pero no era fácil el seguir siendo humano...

No cuando la bestia dentro de él se agitaba a este nivel. No cuando quería sangre.

Su sangre.

Al igual que una gran reina envuelta en un manto de color rojo, marrón, y con las plumas de oro, un exuberante pelo y belleza, Tiziano bajó las escaleras. Su timón rojo cayó sobre su cara para formar un pico afilado que protegió sus ojos.

Pero sabía que su color era una devastación, verde inquietante que fue condimentada con oro. Lleno de inteligencia negra. Tenían una forma de mirarlo con desprecio, con encogimiento.

Serafina de los Jinetes escitas Drakaina. Voluptuosa. Apasionada.

Cómo odiaba cada respiración que se le dibujó.

Las Amazonas se separaron para darle paso a través de ellas, para que llegara su reina. Para los baretos, los seres humanos, su armadura aparecería como pintada, como una escala de bronce. Sin embargo, no era así. Esas fueron las escalas bronceadas y conservadas de los dragones Katagaria que habían muerto, y su marca como una de las Dragonslayers más viciosas de su tribu.

Campeón ciclista de su reina.

Serafina se golpeó el pecho en señal de saludo y bajó la cabeza. — Perdóneme mi interrupción, Basilinna, ¿pero tal vez pueda ser de ayuda? —

Nala vaciló. — ¿Está el aquí? —

— No, mi Basilinna. Me temo que su informante le mintió. Me gustaría saber si mi compañero está aquí. —

Nala maldijo y dio una patada en las costillas a Serre. Con un movimiento de su vibrante capa roja, se enfrentó a Serafina. — Yo voy a destripar a ese demonio. — Y con eso, ella condujo a sus guerreros al piso de arriba.

Serafina se quedó atrás mientras se iban. Eran todo tipo de estúpidos para mentir a su reina. Ella lo sabía y sin embargo...

Ella recorrió la mirada sobre los hombres reunidos. El pelo negro era definitivamente no de los Drakomas que buscaba. Por su hedor fétido, conocía a Wolfborn Katagari. El resto eran todos rubios. Todo excepcionalmente guapos y bien contruidos. Dos eran gemelos. No podían ser su Maxis. Ellos, con un resuello cuando se volvieron humanos de nuevo y se puso de pie, eran osos.

Eso sólo quedaba uno.

Como los demás, que llevaba ropa extraña, no la de un guerrero o tradicional Drakos. Su cabello rubio oscuro se recortaba muy corto, pero a medida que sus ojos se encontraron, ella reconoció esas características masculinas perfectamente cinceladas. Esa mandíbula fuerte, rígida e inflexible. Esa mirada de desafío de fuego que le atravesó con su orgullosa arrogancia. Un orgullo que siempre la había atrevido contra de sus tradiciones y cultura.

Su mano se calentaba con la quemadura familiar. Algo que sólo ocurría cuando dos compañeros se reunían de nuevo después de una larga separación.

Decidida, se dirigió hacia él, sólo para que su camino fuera bloqueado por otra Amazona en la habitación.

Samia hizo un gesto hacia las escaleras. — Has de dejar tu tribu. —

Serafina negó con la cabeza. — Hay algo que me pertenece. —

Samia se mantuvo firme y sólida. — No hay nada aquí para ti. —

— Oh, sí, lo hay. — Ella levantó la mano para que Samia viera la marca del dragón en su palma. — Estoy aquí por mi compañero. —

2

Max maldijo mientras esas palabras cortaron el silencio inmediato y haciéndose eco en la habitación. Toda la atención se dirigió directamente a él quedando cómicos boquiabiertos al unísono.

Antes de Max pudiera pensar para salir, Dev cogió la mano entre las suyas y lo revisó para ver la marca correspondiente. Tsking, él negó con la cabeza reprendiendo en condescendencia. — ¡Maxy! ¿Tienes alguna marca? —

Empujó a Dev con mala impresión como Ricky Ricardo. Dev se rió de buen humor. Nada realmente inmutó a ese enorme hijo de puta.

Aimee se alejó de donde había estado comprobando la nariz rota de Serre y sus sangrantes labios. — ¿Es esto cierto, Max? ¿Realmente estás acoplado a... ella? — Por cierto ella vaciló, era obvio que tenía que luchar para usar un término más cortés.

Soltando un suspiro cansado, Max asintió lentamente. — Sí, los dioses odian mis entrañas. Y tienen un sentido del humor enfermo. — De ahí la prueba viviente delante de ellos.

Le habían acoplado a ella.

Un dragón nato a un dragonslayer Arcadian.

Cherif resopló. — Bueno, eso explica el misterio acerca de su falta de interés por las mujeres de todos estos años. Nosotros asumimos que eras gay. —

Max le pasó una sonrisa irritada graciosa.

En realidad, habría sido mucho mejor ser gay que obligado a su celibato involuntario. La peor maldición de su especie era

que los varones apareados eran físicamente incapaces de dormir con nadie más que sus hembras apareadas. Una vez que las Parcas les asignan un compañero, no podían tomar ninguna otra, siempre y cuando esa pareja viviera. Como el último vínculo de pareja.

El día en que se había alejado de su esposa, había sabido exactamente a lo que estaba renunciando. El alto precio que había que pagar por su libertad y la cordura... que dijo que todo fuera la farsa absoluta y el infierno de su matrimonio.

Asegurándose de mantener su expresión en blanco, cruzó los brazos sobre el pecho. — ¿Qué estás haciendo aquí, Sera? —

— Tenemos que hablar... solos. —

Sí, claro. Fui a la guerra para entrenarme para mi matrimonio... solo para nosotros dos, nunca habían funcionado del todo bien para ninguna de las partes.

A menos que estuvieran desnudos y ella estuviera en celo.

Lamentablemente, eso sólo sucedió dos veces al año, y podría decir por su postura de cabreado que no estaba teniendo suerte esta noche.

A menos que ella le sucediera. Eso podría ser interpretado como un paso adelante para su situación actual de célibe.

Max sacudió la cabeza. — Me dijiste todo lo que tenías que decirme hace mucho tiempo. —

— Las cosas han cambiado. —

— Yo no, y tengo serias dudas que tu sí. Diablos, que estás incluso con la misma ropa que tenías la última vez que te vi. ¿Y eso cuando ha sido? ¿Tres mil años? ¿Te dan o tomas? —

Ella lo miró. Se rió con amargura. — Y hay un resplandor de encogimiento del odio que recuerdo tan bien. Bien y punto.

Todo es lo mismo. Ahora ahí están las escaleras. — Él se dirigió a la puerta que conducía a la cocina.

Serafina se teletransporta por la habitación para tomarle el brazo y mantenerlo en su lugar. Esos ojos de verde oro le encantaban y debilitaron su voluntad más de lo que quería. — No, Maxis. Es muy diferente. Por favor. Tengo que hablar contigo. —

Él arqueó una ceja ante eso. — Wow, eso es una palabra nueva para ti. No tenía idea de que estaba incluso en tu vocabulario. — En el pasado, ella siempre lo había tratado como un animal sin cerebro sería así la condenada. Uno al que tenía que entrenar para no mear en su alfombra o masticar sus muebles.

Un poco más de curiosidad por lo que la había traído a este período de tiempo, echó un vistazo a Fang. — Si estoy muerto a la luz del amanecer, lobo cazador, y aparta la garganta. —

— Yo no creo que quieras saber si el tipo de dragones sexuales que tienes, si vienen con ese tipo de advertencia. Me alegro de que sea un oso acoplado a una mujer hermosa. —

Max ignoró el comentario seco de Dev. Él también sabía que no debía tocar a Serafina cerca de su hermano menor, que actualmente estaba durmiendo en el apartamento del ático de Max... en forma de dragón completo. Lo último que él jamás habría de hacer, era traer más daño a Illarion. Su hermano pequeño había tenido suficiente.

Su trabajo consistía en proteger a su familia.

Incluso contra su propia compañera. Y después de haber estado acoplado a ella y forzado a vivir con su raza, sabía exactamente lo que le hicieron las Dragonslayers. ¿Qué pensaban de ellos? Su armadura rindió un homenaje

sangriento a lo que su gente pensaba de su especie.

Estaban mejor muertos y sus restos se utilizan únicamente como decoración, o ingredientes para sus velas y ungüentos de belleza.

Así que en vez, él ser teletransportado a la sala especial en el segundo piso que Dev y sus hermanos habían construido para su clientela más rebelde. Completamente insonorizados, sería darle total privacidad. También se protegió para evitar el uso de la magia en su contra. Teniendo en cuenta lo que había hecho con él la última vez que había cometido el error de estar a solas con ella, era una precaución apropiada, también.

Esperó hasta que ella estaba adentro antes de que él encendiera la luz y cerró la puerta de la, sala espartana y pequeña.

Lo que no contaba era la reacción involuntaria de sus hormonas a su proximidad. El aroma de rosas dulces de su piel hizo su sangre quemara y la boca se hiciera agua. Antes de que pudiera detenerse, empezó dando vueltas mientras ella estaba en el centro de la sala, bajo la luz que se reflejaba en su armadura y la piel morena como un halo majestuoso.

Maldita sea al Hades. Había olvidado lo hermoso de su compañera, podría ser cuando ella no estaba tratando de matarlo y montar su piel en la pared de su tienda de campaña. Tenía ese exuberante cuerpo, lleno que se hizo para una maratón sinnúmero de horas de sexo. Y una pasión Amazonica caliente que cualquier hombre mataría por gustarla.

¿Peor? Todos los recuerdos de las horas que habían pasado juntos cuando ellos no estaban luchando, e insultando a los demás, y su patrimonio viniera inundándolo de nuevo. El

horario de los dos secuestrados en su tienda, riendo y bromeando.

Maldijo su mente y su incapacidad para olvidar...

Serafina trató de concentrarse en por qué estaba allí. ¿Por qué estaba tan desesperada por hablar con su enemigo? Pero Maxis no estaba haciendo esto fácil para ella. ¿Cómo podía haber enterrado el recuerdo de cómo era Maxis de increíblemente guapo y sensual? ¿Cuánto de su presencia su afectados?

Cuán feroz y letal para obligar. Seductor. Prohibido. Abrumadoramente masculino y primordial, que poseía un magnetismo primario de los Drakos que era imposible para cualquier mujer resistir. Incluso pequeñas niñas se habían reducido a ataques ininteligibles de risa en su presencia.

Peor aún, tenía la cabeza inclinada baja y daba vueltas a ella como a una presa que quería devorar. Y se estaba haciendo su aliento caliente contra su voluntad.

Ella frunció el ceño. — ¿Podrías dejar de hacer eso? —

— ¿Dejar de qué? — Su retumbante voz de barítono profundo era un reto. Nadie tenía un acento como él. Palabras salieron de su lengua como una poesía.

Negándose a dejar que la prive, ella respondió en su reto con la misma cantidad de ferocidad. — Sabes lo que estás haciendo. —

Una sonrisa insidiosa sexy se extiende sobre sus labios. — ¿Es que te molesta? —

Sí. Por supuesto que sí. Era lo que todos los hombres Drakos hacían para difundir sus feromonas irresistibles e intoxicar a cualquier mujer que ansiaban. Lo que en ese feroz depredador era tan fascinante, y lo sabía también. Ninguna criatura nacida había celebrado nunca un señuelo seductor

similar a la de un dragón masculino en plena madurez. Era parte de lo que los hacía tan increíblemente peligrosos. — Necesito hablar contigo. —

Se acercó a ella entonces. Al presionar la parte delantera de su cuerpo musculoso contra su espalda, bajó la cabeza para poner su mejilla contra la de ella. Esos bigotes espinosos se burlaban de su carne cuando comenzó el lento y rítmico vaivén Drakos que era su propia forma de juego previo. Podía sentir cada músculo en su cuerpo tenso y rasgado, ya que se envuelve alrededor de ella y la sostuvo contra él.

Oh queridos dioses...

¿Cómo lo hacen? ¿Fue algo que los que nacieron dragones llevaban a su lado para enseñar a los varones jóvenes? Todo su cuerpo cobró vida como si estuviera en el fragor de la batalla. O desnuda en su cama. Era tan intenso que ni siquiera podía protestar cuando él le quitó el casco y lo dejó caer al suelo. O cuando liberó su pelo cayendo sobre sus hombros. Lo único que podía hacer era estar magra contra él y rendirse a su peso a su hipnótica, danza primitiva.

Sin aliento, sintió su dureza contra su cadera mientras él le rodeó la cintura con el brazo y bajó la cabeza para rozar sus labios contra su cuello. Su garganta se secó y cada parte de ella ansiaba sentir sus manos sobre su cuerpo. — Tengo necesidades también, Sera. —

Cerrando los ojos, se estremeció y odiaba la parte de ella que respondió instintivamente a sus caricias mientras lentamente la acariciaba. Pero entonces esa era la naturaleza de la bestia. Mientras ella y Maxis eran diferentes especies de dragones, todavía eran dragones.

No humano.

Una raza completamente diferente.

Más apasionada.

Fiera...

En todas las cosas.

Ella debería haber sabido que no era humano la primera vez que se vieron. Normalmente ella tendría, pero, al igual que la mayor debilidad con toda su clase, que había estado en la cima de su ciclo de desove. Como los humanos, los dragones podían tener relaciones sexuales en cualquier momento que quisieran, y muchos lo hicieron, sobre todo porque no podían quedar embarazadas hasta que encontraron sus compañeros.

Pero cada seis meses, las mujeres se entraban en un período fértil donde eran conducidas para aparearse contra toda razón y cordura. El impulso era tan fuerte que era imposible para ellos pensar en otra cosa. Era lo que había llevado a muchos de los mitos con respecto a las Amazonas. Un momento en que llegaron a la ciudad para ningún otro propósito que el de encontrar hombres para saciar sus ansias bestiales. Un momento en el que la falta de machos fértiles elegibles en sus clanes conduciría a la guerra a sus vecinos con la furia de un Berserker.

Era malo para ellos antes de que las Parcas crearan un vínculo de acoplado. Una vez seleccionada la pareja y ordenada, el ansia para desovar durante su periodo fértil era aún peor.

Esta noche, era insoportable.

Incapaz de resistirse, hundió su mano en su cabello suave y apretó los labios más cerca.

Y cuando él bajó la mano a su tasa, a través de su armadura, ella gritó, con la necesidad de una locura insoportable.

— Dime lo que quieras, — le susurró al oído.

Mordiéndolo su labio, ella tomó su mano y lo apretó con más fuerza contra ella. — Te necesito dentro de mí. —

La tomó de la oreja en los dientes para cortar suavemente mientras frotaba su entrepierna hinchada contra su cadera. Luego le dio un beso en la preciosa mejilla... Su aliento atormentaba su carne con su calor.

Luego la soltó y se alejó con frialdad.

Esos ojos justos de oro la traspasaron con odio helado. — Yo no soy tu puta o tu mueble. Por encima de todo, no soy tu perro para venir con tus órdenes. —

Aturdido y sin aliento, ella lo miró. — ¿Discúlpeme? —

Con su propia respiración entrecortada, puso más espacio entre ellos. — Te dije cuáles eran mis condiciones para el matrimonio. Una asociación. No es la esclavitud y la servidumbre a sus caprichos y reglas arbitrarias de una ley irrazonable, amazónica. ¿Y qué hiciste? Tú despiadadamente elegiste tu tribu sobre mí. Y todavía llevo esas cicatrices. —

Serafina hizo una mueca cuando aquella noche lejana se repite en su mente. Nala casi lo había matado. — Yo era joven y estúpida, y yo soy suficiente Dragonswan para admitirlo. —

— Es demasiado tarde. Prefiero vivir la eternidad en un celibato monástico que sufrir un día más con ninguno de ustedes. ¡Ahora vete! Tus hermanas están esperando. —

Su rechazo picó más de lo que jamás habría creído posible. No es que importara. Ella no estaba aquí para rogarle de nuevo ir a su cama. Ella estaba allí para rogar por su ayuda. — No es así de simple. —

— Es así de simple. Tú y yo terminamos. Acepto el hecho de que no puedo tener otra amante, pero eres libre de encontrar al tonto que puedas para saciar tu hambre. Ahora vete. No

me molestes más. — Serafina se atragantó al recordar las últimas palabras que había hablado con ella hace mucho tiempo mientras miraba hacia ella con los ojos embrujados por la traición - Te lo dije cuando nos apareados que yo con mucho gusto te daría mi corazón, mi vida y mi amor, pero que cuando lo hice vinieron con una condición. Nunca abusar de mí. El amor no es abuso. Y me has hecho daño, por última vez, mi señora. Ya he terminado con usted. Para siempre.

Pero el destino lo había obligado a poner de espaldas a él.

Y ella no tenía otra opción. Ella necesitaba su ayuda.

Su garganta se tensó al pensar en la mejor manera de decirle lo que ella lo necesitaba. Él la odiaría aún más por el secreto que había guardado. Y ella no podía culparlo por ello. Había estado tan mal por lo que le habían hecho a él.

Lo que había hecho personalmente.

Arcadian. Katagari. En retrospectiva, todo parecía tan estúpido. Y la amarga agonía en sus ojos esta noche le dijo exactamente cuánto daño había hecho su crueldad, las cicatrices persistentes que se habían grabado en su alma leal.

Tienes que decirle.

¿Pero cómo? La raza humana ya había hecho tanto a él y a sus hermanos antes de que ella lo hubiera conocido, y por medio de sus propias manos crueles, que le había hecho aún más daño. Tenía todo el derecho a despreciar a todos.

Deja de ser un cobarde. Hay que hacerle saber. Él tiene derecho a oírlo de tus propios labios.

Honestamente, no había manera fácil de hacer esto.

Ningún método rápido o fácil, o incluso suave.

Y mientras se dirigía hacia la puerta para salir, no tenía más remedio que dejar escapar fuera de él.

— Tus hijos te necesitan, Maxis. Si no te entrego, matarán a los dos. —

3

Max parpadeó lentamente mientras las palabras de Serafina le golpearon como un mazazo. Durante un minuto, no podía respirar mientras se hundían y se dio cuenta de su total implicación. — ¿Los niños? —

— Hijo e hija. —

La habitación se inclinaba. Sí, eso era realmente lo que había querido decir. Él no la había entendido mal.

Max se acercó y apoyó su mano contra la pared mientras se esforzaba por comprender todo lo que le estaba diciendo.

Él era un padre.

— No lo entiendo. —

— Fue la noche antes de tu rebelión... —

Su rebelión. Selección de palabras agradables. Retorciendo la verdad y lo que había sucedido en realidad. Toda inclinación fuera de proporción. Claro. Que sea el malo de todo esto.

¿Por qué no?

Nada cambia. Y ese derecho no tenía por qué alejarlo y dejó atrás el único hogar verdadero que jamás había conocido. Por qué no había tenido elección. A ellos, a ella, que no era más que un animal sin sentido que debía ser controlado y por el cuello. Algo para ser colocado en una jaula y las sobras en la mesa de alimentación.

O brutalmente sacrificado.

Se había visto obligado a abandonar antes de que hubiera tomado el último vestigio de su cordura, junto con lo que había quedado de su orgullo destrozado.

Él estúpidamente había pensado todo este tiempo que ella ya había tomado todo de él.

Ahora esto. Ella había escondido a sus hijos de él. Él y su patrimonio que tanto odiaba, que ella deliberadamente lo había mantenido fuera de sus vidas en el que ni siquiera podía estar allí para participar en la crianza de sus propios dragoncillos.

Max apretó los dientes cuando el dolor se acumuló. — ¿Por qué no me dijiste? —

— Yo iba a... esa noche... ya sabes... Luego después, que se habían ido de largo. No tenía forma de hacer tu seguimiento. —

Debido a que una Dragonswan embarazada no podía viajar en el tiempo y que había dejado su aldea amazónica muy por detrás, prometiendo no volver nunca, nunca a ella ni a su mundo de nuevo. Ella era la única razón por la que nunca se había quedado en la antigua Grecia.

Y sólo se había aventurado allí debido al Bane-Cry de su hermano que lo había convocado a la guerra de su propia casa, época y tiempo.

Después de la brutal muerte de Haydn, su intención había sido dejar ese período y el país en el tiempo muy atrás... pero la hora más oscura de Max, le había encontrado. Hay un poco de tiempo, él había pensado erróneamente que ella había sido enviada por los Dioses para consolar su dolor...

No podía estar más equivocado. Serafina nunca había sido otra cosa que su propio infierno personal.

— Podrías haber enviado a una de tus hermanas, — escupió como que odiaba la palabra, — detrás de mí. —

— Yo sí. Cubriste tu rastro admirablemente. Nadie fue nunca capaz de encontrar ningún rastro de ustedes. —

Estaba igual de bien. Cabreado como lo había estado en aquel entonces, tendría que matarlos antes de que pudieran hablar más que probablemente. Sólo el tiempo, la distancia y el shock absoluto, le habían permitido evitarles su llegada aquí esta noche.

Tragó saliva antes de hablar de nuevo. — Estarías orgulloso de tus hijos, Maxis. Son un honor para nosotros dos. —

Esas palabras fueron una daga en su corazón. — ¿Sus nombres? —

— Haydn y Edena. —

Repitió los nombres en silencio en la cabeza y dejar que el calor del amor paternal se extendiera sobre él mientras trataba de imaginar cómo se verían, como serían.

Si iban a odiar tanto como odiaba a su propio padre. Pero en defensa de Max, su ausencia había sido la falta de conocimiento. No era el odio ni asco por sus jóvenes lo que su padre había tenido para ellos.

— ¿Llamados así por su madre? — Susurró.

Ella asintió. — Y Hadyn en honor de su hermano, que murió el día antes de conocernos. —

No podía creer que había recordado el nombre de su hermano. Sólo había mencionado a Hadyn a su vez, en un momento de extrema debilidad en el primer aniversario de la muerte de Haydn. Nunca antes y nunca desde entonces.

— ¿Donde están ellos ahora? —

— Nala los tiene en la clandestinidad. Ella está en una liga con un demonio que ha exigido que el Dragonbane deba ser entregado a él. Si fracasa para lograr que a ellos, vayan a matar a los niños. —

Max maldijo entre dientes. La única razón era porque Nala sabía de su marca de Dragonbane que traicionó a su herencia miserablemente y maldición fue la noche que Sera le había entregado a su reina con la disciplina pública y el ridículo.

Él se estremeció involuntariamente al recordar los detalles amargos de algo que él hizo todo lo posible para no pensar. — ¿Por qué no le dijiste que yo estaba aquí? —

— Yo no me di cuenta hasta después de que ella se había ido. No es que importe. Todavía no me te he llevado a ella. No después de la última vez. —

Sí, claro. Su lealtad a esas perras era absoluta. Una lección aprendida de la manera más dura imaginable. — Perdóname si lo encuentro tan difícil de creer. —

Al menos tuvo la decencia de mirar hacia otro lado. — Fuiste advertido, en repetidas ocasiones, de lo que sucedería si no dejabas de rebelarte en contra de nuestras leyes. Te rogué a que te inclinarás a ellas. —

— ¡Soy drakomai! — Gruñó. — ¡Nacido en la fiesta sagrada de los dioses, y criado con la leche materna de los demonios! Yo no soy un perro con correa y ser enseñado para estar a su talón. Ni siquiera de una reina. —

— No, que con toda seguridad no lo son. — Ella entró en sus brazos y sintió que su determinación se debilitaba.

¿Peor? Su auto-preservación estrelló aún más rápido.

Maldición.

Poniéndose de pie de puntillas, ella apretó sus pechos contra su pecho y hundió su mano agraciada en su pelo. Esos largos clavos, en forma finamente rasparon contra su piel, haciéndole aún más difícil y más desesperado por lo último que podía hacer con ella.

Él quería maldecirla y tirarse hacia atrás, pero lo tenía capturado en el señuelo de una sirena.

Y él no podía hacer nada en sus brazos. Siempre había sido impotente ante sus encantos.

— Nunca quise hacerte daño, Maxis. Si pudiera recuperar mis acciones, me habría ido contigo cuando me pediste que deje mi tribu. Y tienes razón. Debería haber luchado por ti. Tú habrías luchado por mí. —

Sí, lo habría hecho. Con cada onza de sangre vital que poseía.

Si sólo ella hubiera sido leal a él.

Incluso ahora, luchó para no tocarla. Para permanecer completamente inmóvil y envuelto en el odio que necesitaba sentir con el fin de protegerse de lo que no le permite hacerle un daño peor. Ella no sólo lo había tallado en su corazón, lo había alimentado a mano. — Me hubiera muerto por ti. —

Un triste ceño alineó en su frente mientras le cepillaba los dedos por el pelo, en la nuca y su cuello. Sintió escalofríos a lo largo de su cuerpo y disparó todas las hormonas que poseía.

Echo de menos tus trenzas y plumas. Te ves tan extraño con este pelo corto y una ropa extraña. Pero no eres menos feroz o guapo. —

Echaba de menos los días en que tontamente había pensado que podrían tener un futuro juntos. Cuando él había creído estúpidamente que lo amaba y estaba tan comprometido con su unión acoplado como él. — Dime de este demonio que retiene a mis dragoncillos. ¿Por qué está detrás de mí? —

— Porque eres drakomai, creen que estás guardando algún objeto que el demonio necesita para la venganza contra un Daimon llamado Stryker. El demonio robó algo que se llama

la tableta y Smaragdine —

— ¿Te refieres a la Tabla de Esmeralda? —

Ella se encogió de hombros. — No lo sé. Es verde. ¿Eso es importante? —

¿Si era importante? No podía creer que ella había preguntado eso.

Él le dirigió una mirada divertida. — Ya que contiene las palabras para deshacer la creación del mundo... Un poco. —

El color desapareció de su rostro. — ¿Hablas en serio? —

— Yo nunca bromeo sobre el final de toda la existencia, o algo que podría abrir las puertas sagradas y desatar toda clase de infierno en esta tierra... Eso era por lo que mi hermano protegía la tableta. Qué Hadyn dio su vida por ella. —

Dejó caer la mano. — ¿Así que ya sabes de este objeto? —

— No sé de ella. Hadyn Nunca me permitiría poder verla. Esa es la maldición de mi raza. Mantenemos nuestros secretos de todos. Incluso los parientes de sangre. —

A Serafina el silencio la estremeció cuando esas palabras le recordaban su traición contra él.

Por desgracia, no era la naturaleza de su especie. Pero él tenía razón. Los drakomai fueron criados para ser los centinelas y protectores de los objetos sagrados para los dioses y hadas. Fue cableado en su ADN para defender ferozmente cualquier cosa que cayera bajo su protección. Para que nadie los tomará de ellos, siempre y cuando no tuvieran aliento en sus cuerpos. La necesidad de mantener ese pacto era tan fuerte que habían sido conocidos para regenerar extremidades e incluso jefes y continuar su lucha contra cualquier enemigo que tratara de tomar a su cargo a

ellos.

No había nada como su voluntad de sobrevivir y proteger. Fueron realmente las criaturas más feroces y leales nacidas vivas.

Y ella cruelmente lo había arrojado para que fuera con un grupo de perras que carecían de todo entendimiento de la lealtad real.

Yo soy el prototipo de estupidez.

Deseando poder cambiar lo que había pasado entre ellos, ella pasó la mano contra el área del muslo donde había estado la marca de un joven drako.

Él agarró la muñeca para que dejara de tocarlo. Esos ojos dorados le quemaron con la belleza del fuego que siempre había sido su Maxis. ¿Cómo podía haber elegido a alguien por más sobre él?

— ¿Dónde están mis dragoncillos? — Por su tono de voz, sabía la intención de ir tras ellos. Ahora. Pero entonces, esa era la naturaleza de la bestia.

— Ellos te van a matar. —

Se burló. — Que lo intenten. —

Alguna vez fui valiente.

Alguna vez fui estúpido.

— Tú eres uno. Ellos son muchos. —

Y aún que la vieja luz quemó el fondo de sus ojos sin miedo feroz. Nada podría disuadir a un dragonswain cuando se ha puesto en su camino.

Incluso uno suicida.

— Un Draki no me asusta. Yo soy un drakomas nato mucho

antes de que se crearan o nacieran. Ni la mitad de la raza. Totalmente de la sangre y creados, generados desde el huevo de mi madre demonio. Si creen que me pueden parar, yo los reto a traerlo con lo mejor que tienen y voy a asarlos sobre el pozo de su propia estupidez arrogante. —

Alcanzándolo, ella ahuecó su mejilla en su palma. — Y te fusionaron con un príncipe Apolita. Esa sangre y la forma que te debilita. Ellos saben cómo forzar tu cambio y bloquearte en ese frágil cuerpo donde no puedes luchar con tus poderes drakomas completos. — Las lágrimas la ahogaron con el pasado que regresó con una venganza y recordó lo que le habían hecho a su orgulloso compañero. — No puedo ver que te hagan eso a ti otra vez. Sobreviví apenas el último y fue desgarrador. —

Se puso rígido cuando la furia volvió a sus ojos y sus mejillas oscuras, advirtiéndole que estaba apenas aferrándose a su forma humana. — Ya somos dos. —

Una lágrima se deslizó de su ojo mientras sus recuerdos se dispararon de nuevo. Por un momento, ella lo vio como había sido cuando se conocieron. Envuelto en las pieles y cueros de la Arcadian Were-Hunters que había vencido que habían intentado matarle tontamente, que habían estado sentados en la parte trasera de la pequeña kapeleia, bebiendo solos. Su pelo largo y rubio oscuro había tenido diminutas trenzas en la parte delantera como muchos tracios, y las plumas Gerakian habían sido trenzadas en ella. Su hermoso rostro había sido pintado como otras de mil bárbaros con una espiral Celtic o patrón picto.

En ese momento, ella no había pensado nada de ella porque no sabía nada de su raza. No se había dado cuenta de que las plumas en el pelo eran trofeos de Centinelas Were-Hunter que una vez le había cazado por deporte y le encontró un adversario mucho más digno que sus habilidades marciales

avanzadas se habían preparado para manejarlo. Más bien, ella había asumido que era de una tribu nómada de la estepa humana que estaba de paso por el territorio escita.

Sus hermanas amazónicas se habían extendido a través de la sala llena de gente bebiendo para encontrar pareja, que ansiosamente los habían saludado con una juerga de borrachos.

Desconsolado, Maxis ni siquiera había mirado en su enfoque. Su mirada dorada encantada, había estado atando una cadena de plata a través de sus dedos. Uno que todavía llevaba las manchas de sangre de su hermano sacrificado.

Cuando ella se acercó a su mesa pequeña, le había dado una mirada de advertencia de cuando le dijo que quería estar solo. Ella debería haber escuchado.

Más bien, esa arrogancia distante le había hecho señas hacia él contra todo sentido común. Y, por supuesto, no le había hecho daño que había poseído el mejor cuerpo y la cara más hermosa que cualquier hombre allí. Aún mejor, esas largas piernas y los brazos le habían dicho que era mucho más alto que el hombre promedio. Algo que ella siempre había encontrado deseable y sexy. Irresistible.

Lo mejor de todo, se celebró el aura de un salvaje, guerrero sediento de sangre. Un señor de la guerra bárbara. El hecho de la espada de dragón en la mesa junto a su mano había dado testimonio. ¿No había sido en la agonía de su ciclo de desove, ella podría haberlo resistido?

En cambio, ella había entrado con temeridad plena de Amazonía, lo empujó hacia atrás en su silla, y se sentó a horcajadas audazmente en su largo cuerpo musculoso.

Mientras ella se deslizó a sí misma hasta sus muslos y en su regazo, él había jadeado audiblemente y ella había tomado ventaja de eso para devastarle la boca abierta. Para hundir

sus manos en su pelo exuberante, suave, con plumas atadas y saborear cada pedacito de esos labios increíbles y la lengua experta. Ahora totalmente investida en su abrazo y atención,

Maxis sólo quebrantaba su beso lo suficiente para pagar al dueño kapeleia (su bebida) y alquilar uno de sus oikemata (habitaciones pequeñas) para su vida privada.

Esa había sido la noche más increíble de su vida. Ella debería haber sabido por su resistencia, destreza, habilidades, y las cicatrices que no era humano. Pero la verdad, había estado demasiado agradecida por encontrar un hombre que finalmente podría saciar el hambre y el dolor en su interior a la pregunta ella.

Desnudo, respirando entrecortadamente, y todavía entrelazados, se habían por fin detenido por un pequeño refrigerio poco después del amanecer. Justo cuando la sala comenzó a aligerarse, ambos se habían retirado con la quemazón en sus palmas y comenzaron sus marcas de alineación comenzaron a aparecer.

Conmocionada y horrorizada, ella había mirado su mano al verificar su peor miedo. — ¿Eres un Were-Hunter? —

Había dudado antes de responder. — No exactamente. —

Había frunció el ceño y oró en silencio que eran por lo menos la misma rama de su especie y que eso era lo que había querido decir por su respuesta críptica. Debido a que eran seres humanos nacidos que aprendieron a cambiar de forma durante la pubertad, muchos de su raza negaba su naturaleza animal. — ¿Arcadian? —

— No. —

Su miedo se había triplicado con esa simple negación. Queridos dioses, no dejes que sea cierto. Ella casi se había ahogado en la siguiente palabra, amargamente despreciada.

— ¿Katagaria? —

— No. —

¿No? Incluso más se enfermó a su estómago, sólo podía pensar en otra posibilidad espantosa. — ¿Humano? — Ella había intentado de nuevo.

Le había sacudido la cabeza.

¿Qué demonios eres? Él no tenía colmillos así que no había manera de que pudiera ser un Daimon o Apolita.

No un Were-Hunter se había jamás acoplado a un dios o demonio con su conocimiento...

Aún más aterrorizada, lo había mirado fijamente. — No lo entiendo. — Comparó sus marcas más y eran idénticas. Ninguno de los dos había estado allí antes. Eran sin duda las marcas de alineación únicas del Draki. — Si no eres Arcadian, Katagari, o ser humano, ¿qué eres? ¿Cómo estamos apareados? —

— Por un trío de perras viciosas que nos odian tanto y envidian el aire que respiramos. —

Fue entonces que había explicado que era un raro dragón, verdadero nacido que había sido capturado y deformado por un antiguo dios y el rey que había comenzado su carrera para salvar a sus hijos para que no murieran horriblemente como su esposa lo había hecho.

Ese fue el primer dragón Were-Hunter jamás se ha hecho del hombre y la bestia. Y que él sabía exactamente lo que quería decir la marca.

O bien aceptaron el apareamiento que habían de decir no, o que habían de quedar impotentes, y ambos serían estériles para el resto de sus vidas.

Lo cual no era ninguna opción en absoluto desde que era un drakomas inmortal nacido de la unión prohibida y maldito de un demonio y un Arel.

Ahora aquí, siglos más tarde, se pararon como eternos enemigos acérrimos.

Él un drakomas nato.

Ella nacida una Dragonswan Arcadian que estaba comprometida a perseguir y matar a todos los Katagaria Draki que pudiera encontrar.

Eso fue sólo el comienzo de sus diferencias, con el ser más grande que él era el dragón que había fundado su raza. El Dragonbane - la única criatura Were-Hunter que vendería su alma para matar.

Otra marca en su cuerpo que no había visto hasta después de que habían consumado su apareamiento mientras Maxis se vestía. El momento en que sus ojos se habían caído a la forma de marca de un dragón que se arrastra de su huevo que estaba escondido debajo de los pelos en el muslo izquierdo, y había conocido su significado al instante.

Maxis era el Drakos marcado, el primero de su raza, que había matado a otro Were-Hunter en el salvajismo de su sangre fría. Que se rumoreaba estaba muerto, sin razón alguna.

La única bestia todo Were-Hunters quería su piel viva y reclamar la recompensa. Su vida, había sido el primero en el Omegrión - el consejo que gobernaba a su pueblo, se había reunido para denunciarlo y exigirle una sentencia de muerte.

Y él era su compañero.

El padre de sus hijos.

El creador de su raza.

Una mueca de dolor sobre la crueldad de las Parcas que la había unido en serio, Serafina tragó antes de hablar de nuevo. — Sé que si bien eres la naturaleza de mi especie que se congregan y permanecer juntos, para luchar como un grupo, y su tipo es solitario. Pero...

Un golpe repentino en la puerta la interrumpió.

Ella gruñó con frustración cuando Maxis se trasladó a responderla.

Abrió la puerta para mostrarle al lobo desde abajo. — Teniendo en cuenta lo que ha dicho antes, cuando te fuiste para venirte con tu pareja, quería asegurarme de que aún estabas vivo, y... — Él se hizo a un lado para mostrar lo último que había pensado alguna vez ver.

Una mandrágora fantasmal pálida y poco frecuente.

4

Max dejó escapar un suspiro irritado al ver a Blaise de pie fuera de la sala, detrás de Fang. Mientras que su cabello largo y trenzado era blanco como la nieve, su piel era de oliva tan oscura como el de Max, a pesar del albinismo de Blaise. A primera vista, era poco lo que les indicaba como familia, algo que les había servido, estando todo bien, ya que mantuvo alejados a sus enemigos de su usarlo en su contra. — Hermano, siempre he tenido la oportunidad de mierda. —

Aunque Blaise se suponía que era prácticamente ciego en su encarnación humana, la lenta sonrisa que se extendió por su cara dijo que sabía que Max no estaba solo. — ¿Es que el olor de un Dragonswan en desove es lo primero que huelo? Tú eres un dragón con suerte. No es de extrañar que quieras estar a solas. —

Agitado aún más por la insinuación vulgar, Max retumbó un gruñido que era único en su raza. Un signo de los padres que se utilizan para corregir a sus hijos errados como aviso, por lo general precedido de una paliza. — Esa es mi compañera le insultas. Apológicamente. —

A pesar de que no estaba en su naturaleza, Blaise inmediatamente retrocedió. Pero sólo porque eran familiares y Max era el mayor.

De lo contrario estarían luchando en estos momentos.

— Perdóname, Strah Draga. — Blaise usó el término formal para la compañera de un dragonswai. — Parece que mi hermano no me ha dado su buena noticia a mí. — Blaise chasqueó la lengua en dirección de Max. — Yo hubiera enviado un regalo de bodas si lo hubiera sabido. —

— Desde que nos apareamos pasaron siglos antes de que

nacieras, habría pagado dinero para verme hacer eso. —

La mandíbula de Blaise bajó. — ¿Y tú no pudiste mencionarme esto a mí? ¿Seriamente? —

Fang le dio una palmada en la espalda. — Te dije que tendrías una sorpresa. ¿No? —

— Verdad. — Blaise pasó una mirada vengativa en dirección de Fang. — Recuerda, lobo. Payback es una perra.

Fang resopló. — ¿Qué puedo decir? Mi esposa siempre está quejándose de que soy el peor que me comporto de todos sus hijos. Y teniendo en cuenta el hecho de que uno de la prole de Dev es ingobernable, lo dice todo. — Su sonrisa se amplió a un nivel irritante. — Y en esa nota, estoy a la deriva en la planta baja para darles espacio chicos para discutir a fondo este infierno está fresco. Quiero saber si los órganos tienen que ser ocultados más tarde, o si hay salpicaduras de sangre que tengo que limpiar... traten de no desparramar hemoglobina en cualquier cosa porque tiñe. No quiero escuchar a Quinn como una perra sobre tener que— repintar. —

Serafina vio negro de ida y vuelta entre las dos especies diferentes de dragón antes de que poco a poco se acercara a Blaise y lo oliera. Extraño. Olía más humano que a dragón.

— ¡Oye! Me bañé, — Blaise dijo en un tono de broma ofendido cuando él se alejó de ella.

— Realmente estás relacionada. —

Max sonrió a su incredulidad. — Nuestra madre era tan exigente como una amazona en celo, y tenía la moral de uno para arrancar. —

Ella lo miró. — ¿Cuál es la única forma en que podría alguna

vez haber sido considerado digno uno de nosotros? —

Blaise aspiró bruscamente. — ¡Ay, Max, ella es rápida! Ella me gusta. —

Ignoró el comentario. — ¿Qué haces aquí, Blaise? —

— Yo venía para advertirte de algo bastante importante... estoy pensando ahora que ya podría ser demasiado tarde. —

— ¿Por? —

— Alguien accedió al poder de la Tabla de Esmeralda. Se fracturó una parte del hechizo de Merlín alrededor de Terre Derrière le Voile y casi desató el gran mal de nuevo en el Myddangeard. —

Serafina frunció el ceño mientras Max maldijo entre dientes otra vez porque era una falta cercana potencialmente fatal. — ¿Volver a lo que? —

— Basura, guardia, — Max repitió la palabra en inglés antiguo lentamente. — Sabrías como Oecumene... (Doctrina del movimiento ecuménico que obliga a cooperar) el mundo habitado por la humanidad. Este reino. —

— ¿Y Merlín? —

— Mi jefe en Avalon, — explicó Blas.

Max sabía que habría significado para ella, también, a lo largo del tiempo antes a Arturo y todas las leyendas que rodeaban al rey fey medieval y su corte. — Es una dimensión alternativa, similar por la que fueron desterrados. —

Su mandíbula cayó con indignación oscureció sus mejillas. Sus ojos telegrafiaron el desprecio familiar que una vez le había cortado la esencia de su alma. — ¡Bastardo! ¿Tú sabías que yo estaba atrapado y sin embargo me dejaste allí para pudrirme por toda la eternidad? —

La ironía de su justa ira le divertía. — Una vez más, les recuerdo de cómo nos separamos. Les rogué que vengan conmigo para comenzar nuestra familia en paz, juntos, lejos de la política de corruptos de su tribu que conocía y acordó que estaban equivocados, y ¿qué hiciste? Me agarraste por tu reina y me entregaste a su tierno cuidado amoroso. Así que dime ¿por qué yo debería haber desafiado a los dioses que le castigaban por su rebelión y arriesgaron la vida para liberarme después de lo que todos ustedes me hicieron? —

Serafina quería recordarle que ella era su compañera, pero porque cortar en ambos sentidos. ¿Cómo podía esperar que desafiar a los dioses que la protegen cuando ella se había negado a desafiar a su propia Basilinna, que tenía mucho menos poder a su alcance?

Él estaba en lo correcto. Ella debería haberlo apoyado a él, en vez de rendirse por algo que ella había conocido ya entonces estaba equivocada.

Y eso sólo le hizo más estar enojado. No, con él, pero el mismo... y lo sacó de él para hacerla sentir de esta manera, para recordarle a la vergüenza que ella dio a luz a su parte en una farsa de juicio por negligencia y el castigo.

— ¡Te odio! Si no fuera por mis hijos, yo no estaría aquí. —

Max le dirigió una sonrisa de desprecio frío y seco. — Si no fuera por mis dragoncillos, ya te habría matado. —

La parte más triste era que no lo dudaba. Era, después de todo, un animal. Una serpiente un reptil. Su naturaleza despiadada y sangre fría era lo que le había hecho tener la marca del Dragonbane.

Confundiéndolo humano era lo que la había metido en este lío. No podía permitir que ella jamás se olvide y una vez más que al final del día, no había ningún ser humano real en él. A pesar de que podría llevar la piel de un hombre, su corazón

era y sería siempre la de una serpiente dragón alado.

Uno nacido no de el tibio, vientre nutrido de una madre, sino de un huevo vacío y frío.

Él no se había sido celebrado y cuidado cuando era un bebé. Nunca protegido o amado. A los pocos minutos de su nacimiento solitario, había agarrado su camino desde su huevo e hizo su primera muerte para que poder vivir. Se había metido en el cuerpo de su presa para poder estar caliente un poco mientras roía sus entrañas.

Maxis había sido engendrado sin comprensión del amor, la compasión, o la decencia. Sólo picoteando bajo órdenes, y donde las criaturas se postraron en su cadena alimentaria, una cadena de comida que fue su reinó supremo. Cada criatura que caminaba en este planeta estaba en su menú, y con sujeción a sus habilidades marciales invencibles. Nada ni nadie era sagrado para él. Y él había dejado un sangriento rastro de cuerpos humanos y de Arcadios en su estela.

Tratando de no pensar en eso o estaría enfermo, ella miró al recién llegado, que parecía tener un poco más de humanidad en él que Maxis. Mientras sus especies de dracokyn era familiar para ella, ella no sabía mucho acerca de las mandrágoras. Sin embargo, el aura de magia que lo podía comandar era inconfundible. Él, como Maxis, eran hechiceros de una habilidad suprema. — ¿Qué es este gran mal del que usted habló? —

— Morgen le Fey. ¿Usted la conoce? —

Ella negó con la cabeza.

— Mire usted, — dijo Blaise en voz baja, luego más fuerte, — Ella está relacionada con los Tuatha Dé Danann, y es una reina oscura. —

— Si alguna vez se cruza en su camino, usted desee evitarla.

— El tono de Maxis era plano y seco. — A pesar de que usted es Arcadian, ella va a tomar tu corazón lo mismo que el nuestro, y lo utilizará para sus hechizos. —

— Hablando de... ¿dónde está Illarion? —

Maxis cortó una mirada de reojo escalofriante antes de contestar la pregunta de Blaise. — Descansando. Y ya que estás aquí, ¿puedo pedirle un favor? —

— Claro. —

— ¿Va a velar por él, mientras que asisto a una cuestión con mi Dragonswan? —

Blaise frunció el ceño. — ¿Qué es lo que importa? —

— En lo personal prefiero no involucrar a mis hermanos en esto. —

Serafina vio el destello de luz en la mirada lavanda del dragón Blaise al darse cuenta de que Max estaba a punto de hacer algo extremadamente peligroso. Solo.

— Max —

— Sin él. Esto es algo que tengo que hacer sin ninguno de los dos en mi camino y me molesta en el proceso. Illarion todavía se está ajustando a este mundo y el tiempo. Él no necesita ser dejado por su cuenta en este momento. —

Blaise torció la cara hacia arriba. — Con la expresión de los Monty Python y algunas otras franquicias de películas, yo no soy realmente aficionada a este período de tiempo, o bien, ya sabes. —

— Lo sé. —

Maxis se volvió hacia ella, vaciló. “No lo hagas. Él no te perdonará”.

Por otra parte, él ya me odia. ¿Cuál es la diferencia?

Y en su mente, lo vio en la fosa como ella lo había dejado la última vez que lo había visto en su pueblo. Casi muerto. Sangrando a causa de ella y lo que ella había hecho.

Sí, él era inmortal, pero podría ser asesinado.

Eso fue lo que casi le habían hecho a él entonces y que era lo que pretendían hacer ahora. Para tomar sus poderes y el corazón de su dragón y usarlos en contra de Stryker.

Él es un animal. Sacrificarlo por sus hijos y que haría con ella.

Sangre fría. Despiadado.

Al igual que él y todos los de su especie.

Sin embargo, en su mente, no era eso lo que ella recordaba de su compañero. No era la bestia dragón que rondaba sus sueños y trajo lágrimas a sus ojos cada vez que recordaba su pasado juntos. Era el macho tímido que había sido tan curioso a acerca de su mundo. Así como amable con ella y reflexivo a pesar, en su comienzo frío. El había intentado encajar con su tribu y complacerla. A tal efecto, se había quitado la ropa y costumbres de dragón, y había adoptado su estilo de vestir y manera de hacer las cosas. Durante tres años, había dejado de lado sus garras y las formas salvajes, y había hecho todo lo posible para suprimir todo lo que sabía y era para que él no fuera a enfadar a las mujeres de la tribu, sus hermanas.

Y habían sido implacables con él. Siendo implacable e insultante. Degradante. Incluso sus hombres lo habían rechazado y se aseguró de que no se incluyera en todo lo que hacían.

Eres incapaz de comprender. Eres un animal mudo. Incluso habían arrojado piedras o palos para alejarlo cada vez que se

acercaba a ellas, como si fuera un cuervo o alguna otra molesta alimañas que no querían a su alrededor.

Ni una sola vez se queja a ella de él. Él simplemente se había alejado en silencio, con la cabeza alta, y ojos atormentados.

Era por eso que había hecho todo lo posible por no mostrarles su forma real. Más bien, se había quedado en su cuerpo humano mientras él físicamente podía hacerlo. Hasta que él había estado tan débil y enfermo que no podía soportarlo más. Entonces él busca la privacidad para cambiar, por un breve respiro y para dormir. En algún lugar oscuro y aislado para que nadie en su tribu vea su cuerpo real, como si lo que hiciera, lo que realmente era, era innatamente malo y grotesco.

Prohibido.

En toda su larga existencia, Maxis era el único que había hecho este tipo de sacrificios por ella. El único que había alguna vez puesto sus necesidades por encima de las suyas.

Y él le había dado los dos más grandes bendiciones de su vida. Haydn era tan parecido a su padre, no sólo en la forma y manierismos. Él llevó a cabo la misma lealtad y honor. Esa necesidad de proteger todo lo que amaba por encima de todo, como si fueran objetos sagrados.

A diferencia de Maxis y sus hermanos, sus dos hijos eran Arcadian. Nacidos humanos, y entrenado para ser Dragonslayers como ella y su pueblo. Nala y los demás habían tomado una emoción morbosa sobre el hecho de que ambos eran algunos de los mejores cazadores entre su tribu.

Cuando Edena había hecho su primer asesinato, habían celebrado con alegría entusiasta que todavía enfermó a una parte del alma de Serafina.

Ahora que lo pensaba, Max no había ni siquiera preguntado

acerca de las formas de base de sus hijos. Él no le había importado. Eran su proge y eso era todo lo que le importaba. Sean o no Arcadia o Katagaria.

Independientemente de sus formas de nacimiento, eran suyos, y por lo tanto, valía la pena su vida. A pesar de que eran extranjeros y él nunca los había conocido.

Y su gente se atrevió a llamarlo el animal. A su manera, él sabía más sobre el amor y la decencia que cualquier hombre que había conocido.

En ese momento, ella tomó una decisión que sabía le pondría furioso. Pero él ya había sufrido bastante por su estupidez. Ella no iba a verlo ser sacrificados sin ninguna razón. No cuando sabía que podía evitárselo.

— ¿Blaise? Si usted cuida de su hermano, que dejara de salir. Él es libre para hacer frente a un demonio que planea matarlo y traer de vuelta el reinado de los demonios sumerios. —

Max maldijo en voz baja mientras Blaise se trasladó a bloquear la puerta.

— ¿Lo sabías y acaso olvidabas mencionarlo como un menor o mayor detalle, hermano? —

Maxis suspiró pesadamente. — No me olvidé. Intencionalmente fue dejado fuera. —

Blaise farfulló. — Es un infierno de detalle para omitir. ¿Cuidado con la elaboración ahora? —

— En realidad no. Si me disculpan... —

Blaise se quedó completamente bloqueando la puerta. — No me lo hagas llamo a Kerrigan. Puede que no sea capaz de patearle el culo, pero tiene una buena oportunidad de hacerlo. —

— No es divertido. Y yo no tengo tiempo que perder. Ahora muévete a un lado o de lo contrario te muevo, y no te va a gustar los moretones causados. —

— ¿Por qué? ¿De verdad quieres morir tan mal? —

Max se rió, bajo y mal. — No soy una mandrágora, Blaise. ¿Tienes idea de cuánto tiempo ha pasado desde que he matado en mi verdadera forma? ¿Cuánto he perdido? Durante mucho tiempo me he visto obligado a vivir en una jaula. ¿Quieres una batalla? Tráelo. Esto es para lo que fui engendrado por. Si se trata de un dragón nacido de verdad lo que quieren, entonces yo digo que van a enfrentar en realidad a uno, y no uno de un coño mestizo que ha estado luchando. Darme el gusto de mi ira ardiente cuando yo los enviaré directamente a sus respectivos infiernos. —

Serafina se estremeció ante esas palabras gruñó. Él estaba en lo correcto. Sólo había visto su forma real una vez y se había aterrorizado a tal extremo que le había prometido que nunca se transformaría a su alrededor otra vez. Mientras que ella había matado a decenas de Katagaria y otras razas de dragones, no eran para nada como él. Drakomai eran los más antiguos y más mortales de su especie. Eran tan poderosos que incluso cuando Nala había intentado todo lo posible para obligarlo a transformarse, él había sido capaz de mantener su cuerpo humano. No importa el dolor que habían amontonado sobre él. La mayoría habían conseguido de él involuntariamente que sus alas habían sobresalido de su espalda.

Nada más.

No podían imaginar ir contra él en la batalla. Tendría que ser aterrador.

Pero Blaise no lo elude mientras continuaba bloqueando su camino. Era cómico, de verdad. — Bien entonces. Voy a

sangrar por todos lados usted y verá a Quinn cabreado cuando tenga que volver a pintar la habitación. —

Max dejó escapar un suspiro de frustración. — Lo juro por los dioses... — Tomó a Blaise y físicamente lo sentó en el otro lado para que pudiera pasar. Cuando empezó a pasar por la puerta, Blaise soltó un estridente grito inquietante.

Con un gruñido feroz, Max volvió la espalda y cubrió la boca de Blaise con su mano. — ¡Para! —

Blaise lo mordió.

Maldiciendo a su hermano e insultando a su madre mutua, Maxis arrebató su mano. — ¡No puedo creer que hicieras eso!
—

No tenía ni idea de lo que era hasta que la puerta se abrió para mostrar otro dragón masculino. Un poco más alto que Maxis, que tenía el pelo largo de color marrón generosamente salpicado con reflejos castaños. Cabello despeinado por el sueño. A pesar de que estaba completamente desarrollado y musculoso, él frunció el ceño ante ellos como un niño pequeño, irritable que estaba enojado por haber sido despertado.

Al darse cuenta de que no había amenaza inminente, se frotó los ojos... un gesto que le recordaba mucho de Haydn en la mañana.

¿Qué demonios están haciendo los dos críos? Pensé que estaban bajo ataque. Las palabras densamente masculinas susurraban en su mente como si ellos se proyectasen allí. Se rascó la barba en la mejilla.

Blaise empujó a Maxis. — Él está planeando dejarnos atrás e ir a luchar contra los demonios por su cuenta por su Dragonswan. Ve y dile lo estúpido que es. Traté y él es demasiado estúpido para escuchar. —

El dragonswain arqueó una ceja ante eso. Con su aguda mirada acerada se acercó a ella y todo se redujo a una sed de sangre que la asustaba. Sacudiendo la cabeza, dejó escapar un suspiro de frustración, cuando regresaba la mirada furiosa a Maxis. ¿Así que puedo matarla ahora?

Con los ojos muy abiertos, Serafina retrocedió. — ¿Discúlpeme? —

— ¡No! — Maxis espetó. — Y deja de preguntarme eso. —

Ignorando por completo a ella, el recién llegado miró hacia el techo. Es así y no es justo. Perdí mi Edilyn y sin embargo ¿esta perra vive y vuelve? ¿Por qué, dioses? ¿Por Qué?

Con su tic en la mandíbula, miró a Blaise. ¿No hay algo de transmutación de las almas que podamos hacer? ¿Que coloque el alma de mi compañero en su cuerpo?

— Puede ser. —

Max gruñó a ellos. — ¡Para! ¡Los dos! Tú no va a cambiar su alma. —

Lee los labios, la dragonswain se mantuvo hablando sólo a través de sus pensamientos con un gesto hacia Serafina. Yo no entiendo por qué sigues protegiéndola. Ella nunca ha traído nada salvo el infierno absoluto y la miseria a tu puerta. Tú mismo me lo dijiste, que apenas podías mirarte a un espejo cuando vivieron juntos. Así que ¿por qué estás tan ansioso ahora de morir a su mando? Deja que se pudra en cualquier lío que esté metida. Sirve para su bien y es todo lo que se merece.

Serafina se estremeció ante una verdad que ni siquiera se había dado cuenta que Maxis sí se había dado cuenta. A su vez la invadió la vergüenza, Illarion tenía razón, que había tenido un mal rato mirando a su compañero cuando compartían una casa.

— Basta, Illarion! Ella es la madre de mi joven y no voy a permitir decir una palabra en contra de ella. —

La mandíbula de Illarion se aflojó. ¿Has engendrado con ella? ¿Eres infinitamente estúpido? Su mirada pasó de Maxis para terminar en los de ella con una frialdad que envió escalofríos por su espina dorsal. En lugar de guardar su raza, Max, que debería haber cortado la garganta de la puta desagradecida y devorar su pequeño feto cuando tuviste la oportunidad. Y sálvarnos de toda la miseria y el dolor que nos han causado desde entonces. Por no hablar de la indigestión y úlceras.

Se pasó otra mueca fría sobre Serafina. Se agradecido que eres mi amigo. Eso por sí solo queda mi mano arrancar su corazón y hacerme un festín con ella... Arcadian.

La forma en que escupió la palabra en su mente hizo sonar como la peor clase de insulto.

— Si no fuera por ellos, Illarion, usted no hubiera conocido nunca a su Edilyn. —

Illarion se estremeció y apartó la mirada. Tú no vas a ayudar en su causa, hermano. Estás solo recordarme por qué odio a todos y lo que con saña han tomado de mí... Ahora, ¿cuál es esta locura infernal que estás a punto de cometer?

Max miró. — Eres el único ser vivo que puede hablar conmigo de esa manera y no ser destripado en el suelo. —

— Um, sí, — dijo Blaise en un tono irritado. — ¿Por qué él consiguió que el favoritismo? Y lo pones fuera de combate por ella. —

Illarion cortó otra mirada maliciosa en Serafina antes de contestar la pregunta de Blaise. Antes de que naciera, Blaise, fue quién lo encontró a Max después de que su tribu lo hubiera castrado y le dejado vivo. Le tenían amordazado con un collar metriazo que limitaba su capacidad de utilizar su

magia de ninguna manera. Ni siquiera podía transformarse para curarse. Si yo no lo encontraba cuando lo hizo, él habría muerto. Dudó que lo hubiera hecho después de otras tres horas en las condiciones en que estaba.

Blaise aspiró bruscamente a lo que eso significaba que Serafina cerró los ojos en el dolor simpatizando y por horror. Lo que Illarion no sabía era que odiaba su propio ser por la parte que se había jugado en eso, mucho más de lo que jamás podría creer. — Fue un momento en que se había perseguido día y noche. Y, en particular, cada vez que había mirado en los rostros de sus hijos y que iba a explicarles por qué su padre no estaba con ellos. ¿Por qué todo era su culpa y porque no tenían que culparle por ello? Ellos lo sabían y que no lo culpaban. ¿Cómo podrían? — Con su labio curvado, Illarion la rodeó. — Tenía un enemigo y lo encontró, él habría sido eviscerado y torturado aún más. Yo no digo que sea peor, porque nadie podría haberle hecho peor daño que usted y su tribu. —

— Basta, — ella respiró, incapaz de soportarlo.

Pero él no tomó ninguna piedad con ella. — Incluso habían recortado sus alas para mantenerlo en tierra.

— ¡Alto! — Max gruñó. — Ahora, — incluso Blaise miró. ¿Qué podía decir? ¿No se suponía que debían hacer eso? ¿Que ella había luchado con sus hermanas para que dejen de torturar a su compañero, y sólo había dejado de luchar contra ellas por miedo a abortar a sus hijos? Había estado tan horrorizada por sus acciones en contra de Maxis como sus hermanas.

Pero ella había estado impotente para detenerlo. ¿A decir la verdad? Ella nunca había superado su propio sentido de desesperanza aquel día. Esa sensación de cuán poco control tenía. Había sido la lección más dura de su vida.

Maxis rompió entre sus hermanas al acercarse a ella. Para su sorpresa, levantó suavemente la barbilla hasta que conoció su mirada embrujada. — Mis alas crecieron de nuevo juntas. —

Después de doscientos años. Dejándole a merced de los enemigos no se podía escapar hasta que pudiera volar de nuevo.

Miró por encima del hombro hacia Illarion. — Me enseñó a ser un luchador más fuerte. Ahora lo dejas. No se trata de mí o del pasado. Se trata de mis dragoncillos y su supervivencia hoy en día. —

Illarion se movió para colocarse a la espalda de Maxis. Puso su mano sobre el hombro de su hermano. Tú eres el único padre que he conocido. Y tú eres mi mejor amigo. No te voy a dejar a luchar solo.

Blaise asintió. — Tres dragones son mejor que uno. —

Por las burlas, Max dejó caer la mano del rostro de Serafina. — Dos dragones y una mandrágora. —

— ¿Qué es exactamente una mandrágora? — Preguntó, no muy segura de la diferencia exacta entre ellos.

— Son los hijos de los dragones seducidos por Adonis que quería domesticarlos. Nacido del vientre de una madre Adoni, eran híbridos de las dos carreras en primera... hasta que se convirtieron en una especie separada por sí mismos. —

Blaise asintió. — Mi padre era el líder de las mandrágoras bajo el rey Uther Pendragon. Cuando nací buscando algo como esto — Él extendió las manos para mostrar su rostro. — Mi madre demoníaca decidió no que tenía ningún uso para su hijo especial mandrágora. Ella me entregó a mi padre, que luego me llevó al bosque y me dejó morir. —

— Lo siento. —

Se encogió de hombros. — No. Lo superé. Y teniendo en cuenta la personalidad maravillosa de mi madre, y el temperamento oh... tan bueno de mi padre, prefiero haber sido mantenido por uno de ellos. Normalmente, yo sólo digo a la gente que no sé nada de mis padres, y dejo las cosas así. Es más fácil que lidiar con su pena por algo que realmente no me afecta. —

Al igual que Maxis. Nunca le había molestado, o el bien, que su madre lo había abandonado en su nido y lo dejó a morir o sobrevivir por su cuenta. Algo que Serafina no había sabido de él hasta que había visto a una de las mujeres de su tribu amamantando a su bebé.

Se había detenido en seco para mirarlos a ellos con una curiosa mueca. — ¿Qué es lo que haces a ese pobre niño? —

Serafina se había reído de su pregunta sorprendida. — Enfermería en él. —

Perplejos, habían profundizó su ceño aún más cuando volvieron a mirar a Serafina. — ¿Por qué? ¿Es malo? —

Serafina había hecho una pausa para mirar hacia él cuando se dio cuenta que era en serio. — Es lo que hace una madre con su bebe para darles de comer. ¿A ustedes no los amamantaron? —

— No. Nunca. Yo sólo estaba harto por los demonios cada vez que yo estaba enfermo y yo sólo conocí a mi madre una vez, cuando volví a mi nido para enterrar mi piel, y ella estaba recostada sobre más huevos allí. Al principio, le pareció un intruso. Y fui a llevarla lejos, ella pegó mis alas como castigo, y me dijo quién era. —

Y había sido su turno para ser completamente sorprendido por la revelación. No podía entender lo que él describió. — ¿Por qué tenía que abandonarlo? —

Había estado tan desconcertado por ella como ella por él. —
¿Por qué se quedaría ella? —

Horrorizada, ella se echó a reír nerviosamente con su incapacidad para comprender la decencia humana básica y el papel que un padre jugó en el desarrollo de sus hijos. — Para alimentarte. Protegerte. —

— Era totalmente drakomas entonces. Estoy obligado y sin ropa. En cuanto a la comida, la encontré por mi cuenta, y era más que capaz de escabullirme, esconderme, de luchar de lo que sea que me perseguía. — No había habido ánimo o condenación para sus padres en su tono. Aceptación simple. Para él eso era lo que hacía una madre.

Ella dio a luz a sus hijos y les dejó a su suerte. Si vivían o morían era exclusivamente por ellos.

Serafina había tenido problemas para comprenderlo. Pero, como un animal, que no podía entender por qué estaba tan desconcertado.

Como habían vivido se dirigían a su tienda, y había mirado a la madre lactante por última vez. — Deberíamos tener hijos, ¿Dar el pecho a mi dragonet de tal manera? —

¡Qué extraña pregunta! — Claro. —

Una lenta sonrisa se había extendido por su hermoso rostro.

Ella ladeó la cabeza en la curiosidad de ella. — ¿Qué? —

— Estoy contento de tener una madre para mis Arcadian dragoncillos. Tal vez los dioses han finalmente perdonado. —

— ¿Por qué? —

— Por sobrevivir a lo que debería haberme matado. —

Ella nunca había entendido realmente lo que quería decir y se había negado a explicar más a fondo.

Ahora, Serafina miró a los tres hermanos dragón que nunca habían conocido la ternura de una madre o el toque de amor. Nunca sabrían lo que es una verdadera familia. No es que ella había mucho experimentado por ella misma. Su propia familia había sido brutalmente asesinada por el ataque de un dragón cuando ella cumplió catorce años. El último acto de su madre había sido para envolver su capa alrededor de Serafina y empujarla en una pequeña loma, donde los dragones no podían llegar hasta ella. El hecho de las escamas de los dragones le dijo que su madre había muerto, y que había protegido su joven cuerpo de los dragonfire ya que arrasaron su aldea.

Pero ese acto había dejado a su madre exponerse a su furia y el ataque.

Y ella murió en agonía, tratando todo lo posible para salvar a sus hijas y su tribu.

Fue por eso que Serafina odiaba a los Katagaria tanto y había jurado verlos en sus tumbas.

Cuando ella se enteró de que ella estaba acoplada a uno...

— Mátame. — Maxis le había entregado su propia daga con cabeza de dragón y acostado en la cama, con los brazos extendidos, su garganta se ofreció en sacrificio. — Si no puedes soportar esta unión, entonces liberarnos. Prefiero estar muerto que condenado a ningún consuelo en absoluto.
—

Gruñendo con furia, ella estaba a horcajadas sobre él, con toda la intención de tomar su oferta. Pero al mirar a esos ojos tranquilos, receptivos, humanos que esperaban por su golpe mortal, había sido incapaz de entregarlo. Mientras que ella, por su madre antes que ella, había matado a un sinnúmero de dragones en la batalla, que nunca había asesinado a un hombre.

No a sangre fría.

Como si hubiera leído sus pensamientos, él sin miedo cubrió la mano con la suya y presionaba la hoja contra la garganta. Tan cerca, que había derramado su propia sangre.

— Termina, dragonslayer. Libérate de la maldición de las Hadas. —

Su mirada se había ido de sus ojos a las cicatrices en su cuerpo de sus propias batallas contra su pueblo. Cada pensamiento en su mente había gritado a ella para tomar su vida, acabar con él en ese mismo momento.

Él es un animal. Un enemigo...

Sus músculos se habían tensado mientras presionaba la hoja aún más profundamente en el cuello.

Con su grito de guerra, había tirado la daga lejos de su garganta y se echó a un lado. Entonces ella había enterrado sus manos en su pelo y le dio un beso, rodando en la cama hasta que estuvo encima de ella.

Su cuerpo encajado entre sus piernas, que había mantenido completamente inmóviles mientras miraba hacia ella, esperando a que cambiara de opinión.

Había querido maldecirlo. Odiarlo. Pero había perdido su corazón con aquellos atormentados ojos llenos de dolor. Para la dulzura de sus labios y el pelo del color de la miel y mezclada con pequeñas trenzas y plumas. Él no la tocó como un animal. La tocó como un hombre tierno que sólo vio a ella y a nadie más.

Sabiendo que estaba consignando a ambos a un futuro incierto, ella había dado una respiración entrecortada. — Termina el apareamiento, dragón. Que los dioses se apiaden de nosotros dos. —

Pero ellos nunca tuvieron la piedad.

Más bien, se habían tomado el placer perverso poniendo una cuña entre ellos todos los días hasta que Maxis finalmente había tenido suficiente de ella y su pueblo, y se fue con su corazón destrozado por la traición de ella.

Se había atado por la muerte de su madre por en el peor momento de su vida.

Hasta que ella había descubierto su huida de la tribu, que había tontamente pensado que su muerte o ausencia sería un alivio. Eso sería restaurar su vida a lo que había sido antes de que ella lo encontrara, y hacer las cosas bien de nuevo.

No lo había hecho. En su lugar, había casi la destruido.

Demasiado tarde, se dio cuenta de lo que ella había sostenido en sus manos y no lo veía. Lo que su señor dragón había querido decir en realidad a ella. Todo lo maravilloso que había traído a su vida.

Una partida de caza de dragón había llevado a su familia y la inocencia de la niñez a un lapso de una noche brutal. Pero un solo, señor feroz dragón le había dado un alma y un corazón. Él le había enseñado a sonreír y el amor de nuevo.

Confiar.

Por encima de todo, él le había enseñado a reír y vivir de una manera que no sabía que existía.

Luego, en un solo acto para salvarse, que se había desterrado dando la espalda a la oscuridad, dejándola allí despojada y con el corazón roto.

Y ella ni siquiera podía culparlo por ello. Él había soportado más que cualquier criatura debería.

Las lágrimas se reunieron en sus ojos cuando ella lo miró de

nuevo y esos recuerdos la perseguían de nuevo. Era tan hermosa ahora como lo había sido entonces.

— Dioses, pensé que sería más fácil de hacer. —

— ¿Qué? —

— Consignar la muerte. Una vez más. — Serafina se mordió el labio mientras miraba entre ellos. — No sé qué hacer, Maxis. A pesar de que no pueden utilizar a nuestros niños para el hechizo que tienen, Nala se cebará con ellos si no le llego a entregar el corazón del Dragonbane a ella. —

¿Por qué él? Preguntó Illarion.

Ella se encogió de hombros. — El hechizo que tiene requiere el corazón del padre de nuestra raza. El primogénito Apolita dragón que originó la primera sangre. —

El Dragonbane.

Max miró a Illarion y conocía el secreto de los dos habían compartido durante cinco mil años. No sólo estaban obligados por la sangre de su madre. Habían sido obligados por un príncipe de la crueldad salvaje del panteón.

Blaise se aclaró la garganta. — Sabes... habiendo sido levantado alrededor de la perra de la reina fey de la gente y viendo la mierda desagradable y ella tiró a todos puñaladas por la espalda. Las mentiras. Las verdades a medias, etcétera, sólo tienen que hacer una simple pregunta... ¿Alguien se ha molestado en averiguar lo que este hechizo realmente hará una vez que esté concluido? —

Max se rió con amargura. — Tengo una muy buena idea, ya que tienen la Tabla Esmeralda de Haydn. —

Los ojos de Blaise intervenidos ante la mención de eso. — Combina eso con lo que te aguarde —

Y tu corazón, Illarion terminado.

— Bishhhh! — Blaise hizo el sonido de una explosión que arrojó sus manos.

Serafina frunció el ceño. — Yo no entiendo muy bien lo que están diciendo. —

Max bloqueando miradas con ella. — No están simplemente planeando destruir a este Stryker. Están pensando en la liberación de la Destroyer, reuniendo a los dioses del Caos, y restablecer el viejo orden. —

Blaise asintió. — Si tienen éxito en esto, la miel, no es sólo para sus hijos van a matar a toda criatura que tiene una onza de energía de la luz en ellos. —

Illarion dejó escapar un silencioso suspiro. Lo que significa que todos nosotros y todo el mundo que amamos, y algunos a los que no somos tan aficionados, tampoco.

5

— ¿Usted ha alimentado con los niños y a sus demonios mientras nos habíamos ido? ¿Ha perdido la cabeza? — Completamente boquiabierta, Nala parada en el centro de la habitación con poca luz, mirando a Kessar. Mientras que el demonio de ojos rojos se alzaba sobre ella, ella se negó a dejarse intimidar por él. Especialmente ahora, cuando ella estaba tan furiosa.

Si él había alimentado con los niños y a sus demonios. Ella lo repetía una y otra en su mente, porque no podía creer que iba a hacer algo tan tonto cinco minutos que lo había dejado solo.

Este asunto era mucho más grave de lo que podía adivinar. Uno no acaba de ir a la ligera por la garganta de Serafina.

Uno sólo lo hizo con un gran ejército.

Y él era temido por unos pocos miles de demonios.

Se burló de su ira. — Usted haría bien elegir otro tono, para que no la añada a nuestro menú. Recuerde eso, pero por mi buena voluntad, todavía estaría recogiendo mierda de aves en un campo abierto donde los dioses te dejaron pudrir. —

— ¡Y usted se encontrará en medio de una tormenta de mierda masiva cuando Serafina se entere de esto! Ella nunca le llevará a su compañero ahora. Usted puede olvidarse jamás va a encontrarlo. —

— Ella no va a tener que hacerlo. Una vez que controlamos sus engendros, van a ser capaces de olfatear su donante de esperma para nosotros. Es una solución mucho más fácil y más rápida que la tuya. — Una lenta, mala sonrisa se torció en sus labios. — Además, ella no ha regresado. Estoy

pensando que ya nos ha traicionado. —

Nala luchaba por no poner los ojos en el hijo de puta, pero teniendo en cuenta lo que había hecho hasta con el último miembro de su tribu y que había cometido ese error, no quería poner a prueba la paciencia del demonio. Mientras que ella podría ser Basilinna y un guerrero feroz en su propio derecho, no era rival para el antiguo demonio y sus habilidades aterradores. Y que sólo su cabreo era mayor.

Ella y su tribu, una vez habían sido hechas por los propios dioses que huyen despavoridos. Pero los gallu fueron otra entidad totalmente. Y habían nacido para ningún otro propósito que no sea para poner fin a panteones y destruir a los dioses.

Que los hizo extremadamente letales, incluso a las amazonas escitas. El único miembro de su tribu que podría estar en contra de ellos era Serafina. Nadie estaba seguro de por qué. Mientras Serafina siempre había sido muy hábil, algo había sucedido después de que ella se había acoplado a su dragón y que había pateado sus habilidades hasta un nivel completamente nuevo.

Desde entonces...

Fue por eso que Zeus los había congelado en piedra. Esa había sido la única manera para que dejen de derrotar a los dioses griegos que habían luchado en su contra.

— ¿Mi señor? —

Ambos se volvieron para ver el segundo al mando, Namtar de Kessar, acercándose con un nerviosismo que no presagiaba nada bueno.

Especialmente Namtar no estaba agradecido por obtener Nala la ira de Kessar, Nala dejó escapar un suspiro de alivio al momento de ver al demonio.

Cediendo a Kessar, él tragó saliva audiblemente con una gota de sudor bajó la piel de caramelo oscuro. Era obvio que él preferiría estar en cualquier otro lugar en el mundo que aquí mismo, y ahora mismo.

Se aclaró la garganta y finalmente habló Kessar. — Tenemos un pequeño problema, mi señor. —

La expresión en el rostro de Kessar fue la de un asesinato apenas contenido. — ¿Cómo es eso? —

— Los niños... —

— Resultó gallu. —

Namtar negó con la cabeza lentamente. — No, mi señor. Ellos parecen ser inmunes a las picaduras de gallu. —

Nala no estaba seguro de cuál de ellos fue el más sorprendido por la divulgación. — ¿Perdón? — Se quedó sin aliento antes de que pudiera pensarlo mejor.

Namtar cortó su hermoso mirada en su dirección. — Ellos no son completamente griegos. Tampoco pueden ser completamente vrykolakas-Kynigos. Parecen ser algo más. No estamos seguros de lo que significa. —

Ahora había una palabra que no había escuchado en mucho tiempo. Era el término original para su especie que los griegos habían utilizado.

Haciendo caso omiso de su pregunta, Kessar dio un paso adelante. El rojo en sus ojos se intensificó a medida que pasó una mueca de desprecio por ella. — ¿Qué información has retenido de nosotros acerca de tu campeón? —

Tragó saliva. — ¡Nada... lo juro! —

Kessar se negó a creer su negación. Era demasiado conveniente. ¿Cómo no iba a saberlo? Estos fueron los

miembros de su tribu, nacidos en ella. Había vivido con ella durante años después de que su padre se fue corriendo. Su madre era su campeón primario.

¿Seguramente Nala sabía quién y lo que había albergado entre su gente?

Cabreado, y maldiciendo en voz baja acerca de cómo se debería haber dejado a ella y a su tribu amazónica para la putrefacción, Kessar se dirigió desde su pequeña sala del trono a la celda donde había arrojado los hijos de Serafina. Donde los gallu estaban siendo cazados por los Daimons y utilizando su sangre y almas para que los Daimons pudieran caminar a la luz del día, y que habían sido conducidos bajo tierra para la extinción virtual.

Durante los últimos años, Kessar y su puñado de demonios leales habían jugado un juego mortal del escondite y buscaban a sus antiguos aliados. Y todo por culpa de una pequeña" caída de él, y Stryker la había tenido más grande, los iba a matar a

Pero cuándo y cómo. Y el hecho de que Stryker había discrepado sobre Kessar para ir detrás de su esposa, su hija... y, bueno, de él.

Aunque por qué se molestaría el Daimon, Kessar no podía comprender. Eso fue lo que pasó en la guerra. Los objetivos cambiaron. Fronteras desplazadas. Las batallas se ganan y se pierden, y nuevos caminos se ganaron, mientras que algunos se perdieron.

Sucedió y se debe esperar. Como comandante, Stryker debería saberlo tan bien como cualquiera.

Al final, los amigos y aliados no importaban. Sólo su causa lo hizo.

Su lealtad.

Pero, lamentablemente, su alianza contra los olímpicos se había disuelto después de que Stryker había despertado la Guerra entre el dios griego, y una antigua entidad sin problemas por lo que se había vuelto uno contra el otro. Ya no se unificarían o después de las mismas cosas. Con una particular mala noche, se habían encendido entre sí y se habían astillado.

Ese era el problema con los amigos.

Cuando llega el momento, y siempre lo han hecho, que la amistad se disuelva, esos amigos se volvieron a los enemigos. Y sabían que el mejor lugar era abandonarlo para paralizarlo.

Sin embargo, ahora las mesas se estaban convirtiendo. Cuando Stryker había permitido a los Dark-Hunters colocar el amuleto Sumerio alrededor del cuello de Apolo y temporalmente drenarle los poderes del dios, él sin saberlo, abrió una puerta para Kessar que se deslizó.

Y trajo a Kessar un nuevo grupo de aliados para jugar y festejar

Al igual que Stryker, Kessar sabía exactamente cómo y dónde dar el golpe de gracia contra los Daimons que habían usado a sus hermanos gallu. Y él no dudaría en tomar. Ojo por ojo. Garganta para una garganta.

Testículo por testículo.

No estaba en la naturaleza de su especie cualquier pequeño movimiento. El gallu había sido criado como la frase final "vete a la mierda" de sus antiguos dioses para destruir el mundo si el mundo quiere destruirlos. Sabiendo eso, Stryker nunca debería haber dado vuelta sobre ellos y les declaró una fuente de alimento para su pueblo.

Eso lo tiró al suelo a los Daimon, e iban a ser enterrados.

Al menos ese era el pensamiento de Kessar mientras abría la puerta de la celda donde los joven Were-Hunters habían sido encadenados. Había esperado encontrar a ambos donde los había dejado.

En cambio, la visión de los restos humeantes de tres gallu sin cabeza lo saludaron. Aturdido por la vista, él ladeó una ceja. Las cadenas que habían sostenido a los jóvenes dragones habían sido arrancadas de las paredes y los collares metriazo que él mismo había colocado alrededor de sus cuellos, para bloquear su magia y mantenerlos dóciles, estaban pene en pedazos en el suelo a sus pies.

— ¿Qué demonios?, — Preguntó lentamente.

No había ninguna señal de algún dragón joven adulto. Buscando hasta el punto en que él expuso sus colmillos, y se volvió hacia la reina amazona.

Los ojos bien abiertos, se quedó mirando el daño que habían forjado. — ¿Qué pasó? —

Namtar negó con la cabeza. — Sinceramente, no lo sé. Por el momento Neti y me dejaron la puerta abierta, esto era lo que encontramos. ¿Cómo pudieron hacer esto? —

Kessar miró los restos de los gallu más cercanos a él. Había muy pocas criaturas capaces de esto. Y sólo una vez que habían luchado contra el que podía hacer tales cosas. Un escalofrío le recorrió la espalda ante la perspectiva de enfrentarse a ese hijo de puta peludo de nuevo. — ¿Cuál es el nombre de su padre? —

Nala frunció el ceño. — Estoy tratando de recordar. Nosotros nunca utilizamos. Um... —

¿Tienes que estar cagado mí? ¿Ella realmente no podía recordar algo tan banal?

O ¿algo tan vital?

Él encontró su mirada vacua. — ¿Fue acaso Maxis Drago? —

— ¡Sí! — Pero la alegría rápidamente desapareció de su mirada cuando se dio cuenta que no era una buena cosa que no sabía el nombre del dragón. — ¿Como sabes? —

¿Cómo lo sabía...?

Enfermo del estómago, intercambió una mirada con Namtar.
— Hijo de la lilitu. —

Se imaginó.

Sin embargo, ella no tenía ni idea del monstruo que había albergado sin saberlo. — ¿Qué es eso? —

Se rió de su estupidez. Pero entonces, de no ser mujer, no habría jamás llamado la atención de un demonio Lilit. Ellos depredan exclusivamente varones y, en particular, los demonios masculinos y dioses. — En resumen, nuestras madres. Los gallu nacieron originalmente en los huevos de la lilitu. —

— ¿Me estás diciendo que él es tu hermano? —

Cómo deseaba que fuera así de simple. — No. Fuimos criados de manera diferente por nuestros dioses. Diseñados para un propósito específico. Él realmente nació de la unión prohibida de una madre y un padre Lilit Arel, y creció para ser una herramienta para los antiguos dioses. — Kessar la atravesó con una mirada dura, antes de que él embistiera la casa exactamente de qué tipo de criatura que se tratara. — Y se dice que él encendió a su propia madre en un ataque de ira, y arrancó su garganta con sus propios dientes. —

— ¿Hablas en serio? —

Él asintió con la cabeza mientras levantaba su camisa para exponer la herida de un lado de su nunca que había sanado. Una cicatriz de mordedura viciosa que iba desde el pezón

hasta la cadera, y para siempre rezumaba con veneno de dragón. — Él no es sólo su Dragonbane. Él es mi plaga personal y la única criatura en el universo que le daría cualquier cosa por tener en la batalla una vez más. —

— ¿Cualquier cosa? —

— Cualquier cosa... Más que eso, él tiene en su poder algo que protege eso es mucho más poderoso que la Tabla de Esmeralda. — Él bajó la camisa. — Olvídense de la restauración del viejo mundo que una vez lo conocimos. Con lo que tiene, podríamos reinar como dioses a nosotros mismos. Nos gustaría tener el poder de tomar no sólo su vida, sino para crearla. Para realizar y destruir mundos enteros y panteones. —

Totalmente sorprendida, ella lo miró boquiabierta. — ¿Me estás diciendo que el tonto dragón, idiota que vivía con mi pueblo? —

— Es una de las más poderosas y antiguas criaturas que ha vagado jamás este planeta. — Kessar rió amargamente. — Nunca fue un tonto animal, perra estúpida. Sin embargo, para la maldición colocada sobre su madre, habría nacido un nasaru. —

Un ser de la luz más pura, y eran los protectores del orden y los defensores de los dioses primigenios. Resoluto guerreros del más alto honor y corazones más nobles. Su lugar era permanecen lejos del mundo y los que vivían en él para que no se corrompan por el mal.

Pero una vez expuesto al mundo, se convirtieron en el más mortal de todas sus criaturas.

Y ninguno más que Maxis.

— ¿Qué maldición tiene?, — Preguntó Nala.

Kessar cruzó los brazos sobre el pecho. — Después de Lilit

cometió el error de seducir a un dios y quedar embarazada de su hijo, su esposa diosa la maldijo a ella y a toda su clase nunca más dar a luz a un niño vivo, o para llevar a un feto en su vientre. Más bien era que todos iban a poner sus huevos y sólo tienen los niños de serpiente. Y así la primera carrera de dragones nació desde el lilitu maldito. Debido a lo que eran esos niños, sus madres los escondieron y los dejaron morir en cavernas y cuevas. Con el tiempo, los dioses se enteraron de que estos niños eran excelentes sobrevivientes y que sus naturalezas eran solitarias ellos eran los vasallos perfectos para proteger sus objetos más sagrados hechos. —

— ¿Y que es este objeto que protege? —

— El Sa'l Sangue Realle. —

Ella frunció el ceño. — Nunca lo había escuchado. —

Kessar se burlaba de su ignorancia. — Es un plato que su madre le robó a su padre que puede conceder la inmortalidad a todo el que beba de ella. Y tomar la inmortalidad de los que lo tienen. Cualquier arma que se sumerge en un líquido en su poder puede matar cualquier cosa que perfora. Más que eso, otorga omnipotencia y omnisciencia totales. —

— ¿Y estás seguro que lo tiene? —

Kessar dio a ella un revés. — Sé que criatura es la que busco. — Hizo un gesto a los cuerpos en el suelo. — Y sé lo raro que es una especie que puede dejar tres gallu muertos con este tipo de facilidad, sobre todo en la adolescencia. — Él la agarró por el cuello y tiró de ella más cerca. —

Encuentra a la perra de su madre. Tenemos que poner una correa en ellos y su padre, y encontrar ese plato. Si no, me quedo con el gran placer de pasar el resto de la eternidad haciéndote que mi perra personal.

— Prepárate, Deenie. No puedo ir más lejos.

Edena se agarró con fuerza al cuello de su hermano cuando Haydn perdió altura y se dirigió a la salida quemando molido muy por debajo de ellos mientras volaban fuera del alcance de los demonios de los que habían escapado. Herida, ella no fue capaz de tomar la forma de dragón en absoluto. Y a medida que se estrelló y se golpeaba contra el suelo duro, que la resentía. Pero fiel a su naturaleza, se enroscó alrededor de ella para protegerla lo mejor que pudo.

Cuando finalmente se dejaron de caer y rodar, fue de espaldas, con las alas extendidas con ella escondida con fuerza entre sus enormes garras y clavado en su pecho. Ella escuchó su corazón latiendo bajo su mejilla amoratada. Estaban en una especie de valle bajo un vasto cielo, oscuro que estaba lleno de estrellas brillantes. Un cielo que no conocía en absoluto.

— ¿Hadyn? —

Él gimió.

— ¿Vives hermanito? —

— No, — se quejó con una risa llena de dolor ligero. Aflojó su agarre para que pudiera deslizarse por entre sus enormes garras y comprobar sus heridas. Jadeando y débil, él inclinó la cabeza enorme de pinchos a un lado y la miró con esos ojos de serpiente de oro misteriosos. — ¿Ellos te mordieron? —

Ella negó con la cabeza. — ¿Estás convirtiéndote en gallu? —

— Yo no lo creo. — Colgó su enorme lengua fuera del lado de la boca como un perro que estaba jugando al muerto. — Pero en este punto, no me importa siempre y cuando deje de doler. ¡Uf! See Innteeliigennnteee Te necesiitoooo... — Se detuvo para mirarla. — Ah, mierda. Estoy aquí contigo. Si

necesito cerebros para el sustento, me voy a morir de hambre. —

Poniendo los ojos en blanco, ella empujó su garra. Tenía un retorcido sentido del humor, pero lo apreciaba a él tratando de animarla en medio de su terrible situación. Siempre fue bueno en eso. Siempre precioso para tratar de hacerle ver el mejor lado de las cosas, cuando definitivamente no era su naturaleza hacerlo.

Fue por eso que amaba a su hermano tanto. ¿Por qué iba a matar o morir por él?

Gracias a los dioses Haydn estaba bien y todavía Hadyn, no era un esclavo gallu horrible.

Por extraño que parezca, cuando el gallu había ido a alimentarse de él, en lugar de convertirse en uno de ellos, la alimentación le había sacado de su cuerpo a pesar del collar que había llevado. Algo que había necesitado más desde que fue atrapado como un ser humano durante tanto tiempo y habían ido lentamente matándolo.

Poco se habían conocido, su hermano era un Katagari Drakos, como su padre, que necesitaba estar en su forma de dragón más que en su humana. Un secreto que los ellos dos habían escondido a todos, incluso a su propia madre, por miedo a lo que su tribu podría hacer con Hadyn si alguna vez conocían la verdad. Ambos habían crecido con las historias de horror de cómo su padre había sido expulsado de su tribu durante su nacimiento animal.

Ella mataría antes de que les permitiera llevar a su hermano lejos. O hacerle daño de ninguna manera.

Y mientras yacían allí, se dio cuenta de lo irregular y áspera su respiración era cada vez peor. En lugar de la compensarse, estaba empeorando.

Edena ahuecó su mejilla de dragón. — Controla tu respiración antes de la hiperventilación. —

— Lo estoy intentando. —

— ¿Hade? Mírame a mí. — Ella acarició las escalas de su hocico para calmarlo. — Enfoca y respira. Dentro... fuera... dentro... fuera. — Repitió el ritmo constante y lento hasta que su respiración entrecortada volvió a la normalidad.

Dado que la hora de su nacimiento, él siempre había tenido problemas con sus pulmones. Nadie estaba seguro de por qué. Y era la única condición que había empeorado cuando se convirtió en un dragón en la pubertad. Dejó su voz muy profunda y ronca. Poco más que un susurro que requiere a los otros escuchar con mucha atención para poder oírlo cada vez que hablaba.

Nala había querido que su madre lo abandonara a los elementos y no desperdiciar recursos valiosos para elevar su debilidad. Pero su madre se había negado y luchó peligrosamente para mantenerlo con ellos. Él era su hijo y ella se negó a dejar que nadie le perjudicara.

Con los años, Serafina lo había llevado a los jefes y a cualquiera que fueron insultaron a Hadyn de todas las maneras.

Por lo menos, cada vez que lo oyeron.

Sólo Edena conocía las angustias reales que su hermano tuvo que soportar a diario. Dado que no había nada que su madre pudiera hacer, que mantuvo la mayor parte de ella, y le rogó a Edena a hacer lo mismo. Él era mucho más fuerte de lo que nadie sabía.

Incluso más fuerte que ella. Sin él, dudaba que hubiera soportado a través de la miseria de sus vidas.

Tosió, rodó a un lado para que pudiera respirar más

fácilmente.

Ella le palmeó la espalda, teniendo cuidado de evitar los cortes que los demonios le habían dejado. — ¿Dónde crees que estamos? —

— No lo sé. —

Estaba tan oscuro aquí. Y frío. Pero por lo menos ya no estaban congelados en la piedra. Finalmente tuvieron que ponerse de nuevo en movimiento.

— ¿Debería tratar de llamar a Matera? —

Él jadeó y sacudió la cabeza. — Podrías alertar a los otros de donde estamos. — Él envolvió su cola alrededor de ella y envió una ola de calor a través de él para ella.

Al presionar la mejilla contra sus escamas, sonrió. — Gracias. —

Metió sus alas en torno a ella para convertirse en una manta de cuero. — ¿Está usted caliente ahora? —

— Sí. ¿Cómo sabías que tenía frío? —

— Uno siempre está frío. No hay suficiente grasa en ti para mantener el calor. —

Ella rió. — Soy lo suficientemente grande como para azotarte. —

Resopló un sonido grosero de la negación. — Sólo porque me dejé ganar. —

De repente, se oyó un ruido fuerte, feroz sobre sus cabezas. Algo que retumbó como un trueno vicioso. Las luces brillantes bailaban a través del paisaje.

— ¿Qué es eso? —

Hadyn inmediatamente volvió a ser humano, a pesar de que

era muy difícil para él hacerlo. — No lo sé. Pero dudo que sea bueno. —

Ella tomó su mano entre las suyas, ya que dieron un paso atrás en las sombras y vieron cosas extrañas que volaban en el cielo sobre sus cabezas. ¿Peor? Podían oír voces que otros buscándolos.

¿Qué es una instalación militar? le proyecta en silencio a su hermano.

No lo sé. Pero no creo que se suponga que debemos estar aquí, y estoy bastante seguro de que si nos atrapan, nos van a poner en otra jaula.

Y que no podía argumentar en contra de nadie.

Mantente en las sombras, corrieron a lo largo de una pared de algún tipo, lejos de los sonidos y las máquinas que no comprendían. En cuanto a la vegetación, supuso que estaban en un desierto. Pero ella no tenía idea de dónde.

O en qué período de tiempo.

Cuando llegaron al final de la pared, se detuvo bruscamente. Se detuvo tan de repente que Hadyn se estrelló contra ella antes de que él viera lo que había causado su nuevo pánico.

Allí, en la oscuridad era otro grupo de demonios que esperaban capturarlos.

6

— Aquí. Parece que podría utilizar esto. Es sidra caliente con ron. Ayuda con los nervios antes de la batalla. —

Serafina se apartó del grupo que se reunía para salvar a sus hijos para agradecer a Aimee. Ella tomó la copa peculiar que olía bastante deliciosa. Y cuando su mirada cayó en el estómago distendido de Aimee, se dio cuenta de un hecho que se había escapado de su anterior atención.

La osa era Arcadian. Ella tenía que serlo. Aimee no sería capaz de cambiar de forma durante el embarazo. Ese fue uno de los peores inconvenientes de ser una hembra Were-Hunter, estabas encerrado en su forma de base mientras dura un embarazo. Si algo llega a obligarlos a cambiar de forma mientras se llevan otra vida, la madre y el niño o los niños morirían.

Dioses, tan malo como sus propios miedos habían sido mientras ella lleva a sus hijos, no podía imaginar el horror incierto de Aimee debe tratar. Al menos ella y Maxis eran de la misma especie. ¿Cómo podría un oso Arcadian soportar estar con un lobo Katagaria?

¿Cómo la habían incluso cortejado? ¿O concebido? El pensamiento común era que estas parejas eran estériles. Pero entonces, su propia existencia desafiaba todo orden natural. Teniendo en cuenta lo que Lycaon y los dioses les habían hecho a ellos, era imposible saber, de verdad, lo que es un Were-Hunter podía o no podía hacerlo.

— Usted está acoplada a una Katagari? — La pregunta estaba fuera antes de que pudiera detenerla.

Las facciones de Aimee estaban convertidas en piedra y toda amabilidad se evapora de sus ojos. — Cuidado a donde vaya

con sus próximas palabras. Mi madre era Katagari. Mi padre Arcadian. Y ellos murieron como compañeros unidos. —

Eso le sorprendió. Bondad era la mayor declaración de amor para su especie. Significaba que la pareja acoplada había tomado la decisión mutua y la conciencia de que en lugar de dejar que la muerte los separe, se optó por combinar sus fuerzas de vida en un solo cable. Cada vez que un compañero murió, el otro lo seguiría hacia la eternidad.

Muy rara vez se hicieron arcadios creados un pacto irrompible. Simplemente no era práctico. Y a pesar de que había pedido a Maxis era de ella y ella lo había rechazado por miedo, que siempre había asumido que sería aún más raros que los Katagaria para hacer tan fuerte el compromiso. La mayoría de los arcadios creían incapaces de comprender. Para su vergüenza eterna, ella se negó a unirse con Maxis, con la esperanza de que un día la muerte pudiera liberar a uno de ellos para encontrar a un compañero de su raza.

Pero eso fue antes de que ella hubiera tenido a sus hijos. Ellos y su ausencia le habían enseñado una apreciación de su compañero que ella deseaba que hubiera tenido antes de irse.

— ¿Acaso sus diferencias nunca te molestan? —

Las facciones de Aimee se suavizaron mientras colocaba su mano sobre su estómago y amorosamente acariciaba a los niños no nacidos que llevaba. — Lo que me molestó fue tener que ocultar y mentir sobre mi forma verdadera causa de los prejuicios que otros poseen. El tener que esconderlo y correr con mis padres y hermanos antes de que nos concediera la licencia para un limani. El hecho de que mis padres tuvieron que vivir en secreto incluso de sus propias familias, o correr el riesgo de daños a sí mismos o nosotros. —

Serafina sólo podía imaginar. Los dioses sabían que su tribu

nunca había sido amable con Maxis. Lo único que había salvado a sus hijos fue el hecho de que nacieron Arcadian y sus habilidades con la espada había obligado a la burla que parase. Nadie quería ir en contra de sus habilidades de batalla o enfrentar su devoción materna.

Aun así, Haydn había llevado la peor parte de la misma. Le había obligado a crecer mucho más rápido y más difícil de lo que debería. Y había una amargura profunda en sus ojos que le desgarraba el corazón cada vez que ella vio sus expresiones sin vigilancia. Nunca había sido bastante tratado entre su gente y ella lo sabía.

Al igual que su padre.

Sólo por eso, Serafina casi podía odiar a su tribu.

Sin embargo, las palabras de Aimee le dieron la comodidad que tal vez Hadyn algún día encontrara a una mujer que podía amar como él merecía ser acariciado. — Gracias, Aimee. —

Ella inclinó la cabeza. — En cualquier momento. —

— ¿Puedo hacer otra pregunta? —

— Claro. —

— Quizá... — Serafina hizo una pausa mientras trataba de pensar en una forma más suave de la frase a su pregunta. — ¿Alguna vez te molesta que Fang sea un lobo? —

— Porque soy un oso o un Arcadian? —

— Ya veo. —

Aimee negó con la cabeza. — No. Nunca me importaba lo que él era, un Lykos Katagaria. Aunque no quería admitirlo, me perdí en su cara el primer día que lo vi. Pero me daba miedo otros, y, en particular, mi madre, como reaccionaría a

nuestra unión. Y me aterra lo que podrían hacer con nuestros jóvenes una vez que estén aquí. Mi compañero viene con algunos enemigos en lugar de miedo. Y no sólo en nuestra comunidad. — Ella echó la mirada hacia sus masivos y grandes hermanos. — Pero la buena noticia es que yo vengo de familia temeraria. —

Ella se rió del mal juego de palabras. Luego se puso serio al recordar por qué era tan dura contra los Katagaria. Esos recuerdos todavía le despertaron en la noche con los terrores que nunca se desvanecieron — Pero usted nunca tuvo a los Katagaria desgarrando a su familia, tampoco. —

La ira volvió a los ojos de Aimee. — No. Vi a mis hermanos mayores y padres brutalmente sacrificados debido a la mentira de bastardos Arcadios y su odio y la intolerancia no hace falta, porque sus hermanos Katagaria... y mis hermanos que mataron eran Arcadian. Pero ellos no quieren creerlo... ¿Honestamente? Prefiero acostarme con los animales en la noche. Desde mi experiencia, son mucho menos propensos a ir a por mi garganta que sus homólogos humanos. —

Serafina barrió su mirada alrededor del pequeño grupo que se reunió en el tercer piso del Santuario, ya que pedían un rescate por sus hijos.

Las diferentes especies.

Katagaria y Arcadia.

Todos trabajando juntos para salvar a dos adolescentes que nunca habían conocido y no sabían nada. Cada uno preparado para sangrar y morir por ellos.

Ella no podía comprender, y ella sabía en su corazón que su tribu nunca haría algo como esto para guardar a los extranjeros, especialmente a niños Katagaria.

Aimee tenía un punto vicioso.

Como no quería pensar en ello, ella estaba a punto de tomar un trago cuando otros tres lobos llegaron a subir las escaleras para unirse a su grupo de ataque, uno lleva una atractiva mujer humana... cada uno de ellos llevaba un niño pequeño en sus brazos. Tres niños y una niña, que van en edades desde aproximadamente de un año de edad a eso de seis o así. Pero luego se da el hecho de que los niños eran Were-Hunters, podrían ser mayores que eso. A diferencia de sus primos y los seres humanos Apolitas, los Were-Hunters eran de edades mucho más lentas, y lo que podría parecer un niño de seis años de edad, Arcadian era fácilmente tan antiguo como diez o incluso once o doce años.

Profundamente dormido, los bebés iban acurrucados en los brazos de los adultos.

Fang se acercó de inmediato para llevar a la chica humana. — ¿Qué están haciendo aquí? —

La humana lo besó en la mejilla. — Como un hermano mayor no dejaría que te enfrentes a esto solo. O me dejes solo en la casa con una amenaza inminente de algún tipo, a pesar de que tengo dos manadas de lobos definidos en cada casa y en los alrededores de mi bloque. Se realista. Esta es una alerta de sangre, así que aquí estamos hasta que se borre y todo esté tranquilo y seguro. —

Fang rió. — Bueno, me alegro de verte. Tal vez puedas hablar con Aimee y que se vaya a la cama. Ella no me escucha y lo ha estado haciendo durante casi veinte horas seguidas. —

Erguida, la ser humana se acercó y abrazó a Aimee. — ¿Qué te he dicho sobre que descanses esos cachorros...? —

— Lo sé. Lo sé. Yo ya iba a la cama cuando todo esto sucedió. Es difícil dormir cuando mi familia está aquí planeando ir ser rudos con una horda de demonios sumerios

que fueron creados para comer dioses para su diversión. —

La loba que tenía un pequeño muchacho tenía la misma expresión de reproche en su rostro. — Necesitas descansar, AIMS. Vamos. Vamos a poner estos cachorros en la cama y puedes controlar a la manada por unas horas. — Le entregó el niño en sus brazos a Aimee, luego tomó a la niña de brazos de Fang. — Vuelvo en unos pocos momentos a prepararme para la batalla. —

Fang la besó en la mejilla. — Gracias, Lia. —

Serafina se congeló cuando el pequeño grupo se acercó a ella. La voluptuosa, humana de pelo castaño rojizo le ofreció una sonrisa amable. — Soy la señora Kattalakis. Del hermano de Fang soy la hermana-en ley y acoplada a su hermano Vane, la chica de cabello oscuro a su lado. — Ella pasó la mano sobre la cabeza del hijo mayor y dormido. — Este es nuestro hijo, Trace, y la chica es nuestra hija, Trinidad. —

Serafina inclinó la cabeza hacia ella. — Un placer conocerte.
—

— Ó ó Igualmente. —

La loba tenía un color de pelo extraño que era blanco y rubio en las raíces y poco a poco se ensombreció al negro en los extremos. Sus ojos castaños eran tan amables. — Soy compañera del hermano, de Fury, Angelia. Llámame, Lia, todo el mundo lo hace... Los dos muchachos más jóvenes son los nuestros. Aser es el más viejo, rubio, y el bebé de cabello oscuro es Ryan. —

Ella debe haber tenido una expresión peculiar en su cara porque el siguiente segundo, Lia se rió. — Sí, lo sé. Fury y Fang son Katagaria. Vane y yo somos Arcadian Centinelas. Y todos los niños son Arcadian... hasta ahora. Pero ya que ambos Vane y Furia cambiaron sus formas de base durante la pubertad, estamos esperando a ver si los niños siguen siendo

Arcadia o cambiar en pocos años. —

Sus ojos se abrieron. — ¿Pueden hacer eso? —

Aimee se rió. — Sí. Podemos cuando hemos mezclado filiación. Empecé como un cachorro y cambié mi misma. —

Ahora eso era algo que Serafina nunca había conocido o considerado. ¿Podría haber sucedido a uno de sus hijos? Edena había estado actuando muy peculiar y secreta. Serafina había pensado tontamente que podría deberse a haberse enamorado de un hombre que no le importaba para. Pero eso podría explicar algunas cosas del comportamiento más irracional de su hija...

¿Podría Edena haber cambiado de Arcadian a Katagari y tener demasiado miedo de decirle algo al respecto?

No estaba segura de lo que molestó aún más. El hecho de que podría haber sucedido o que su hija no iba a confiar en ella con la verdad.

Eso.

Edena tendría miedo de su propia madre a juzgar por algo que la niña no pudo evitar.

A medida que las mujeres se alejaron, Fury, que tenía el pelo rubio blanco similar a Blaise, se adelantó. Se movió cruzando sus brazos. — No te preocupes. Vas a aprender nuestros nombres lo suficientemente rápido. Y es más fácil de recordar que yo soy el que más probabilidad tiene de decir o hacer algo realmente estúpido u ofensivo. Pero no te ofendas. Soy socialmente torpe y retrasado en el crecimiento mental. — Arrugó la nariz en un gesto muy lobuno. — Una vez que se enteraron de que no era Arcadian más, yo fui con dureza expulsado de mi tribu Arcadian antes de ser totalmente educado. Lia sigue tratando de ser mi escuela y enseñarme cómo los seres humanos se comportan, pero

estoy aprendiendo que es muy difícil enseñar a un viejo lobo las nuevas habilidades sociales. Así que no me quiero herir tus sentimientos. No quiero decir nada por él. —

Ella le sonrió. — Igual que aquí. Yo no entiendo muy bien este período de tiempo o... cómo todos ustedes hacen las cosas. —

Se pasó la mirada por encima de su ropa. — ¿Es de cuarto siglo antes de Cristo? ¿Una Tribu de la estepa? —

— Amazon. No estoy segura de lo que entendemos por siglo IV antes de Cristo. —

Le acarició la espalda al bebé durmiendo, la moda paternal era muy humana. — El emperador o señor de la guerra me puso mayoría de los nervios alterados. —

— Filipo de Macedonia y su hijo Alejandro. —

Dejó escapar un silbido. — Sí, eres antigua. ¿Tienes el favor de Roma, o el odio por sus entrañas? —

— No es mi grupo favorito. —

— Feria de advertencia, entonces. Hay dos de ellos en esta ciudad, Romano y Valerio. Ellos están de nuestro lado. Trata de no matarlos. Especialmente Val. Una vez pasado su idiotez, que en realidad es un tipo bastante decente. Y está con una de las mejores amigas de mi esposa. Estaría la verdad apagando si lo mataras, lo que alteraría a Vane y, bueno... ya sabes, esos rollos mierda van cuesta abajo. —

Serafina se rió. Sí, sí, lo es. — Gracias por el aviso. —

Él inclinó la cabeza. — Déjame ir a meter a mi sobrino con mis hijos y yo vuelvo. —

Aislada de nuevo, volvió a escuchar el pequeño grupo continuar discutiendo la mejor manera de intentar un rescate

por sus hijos y no ser comido por los gallu en el proceso.

Por primera vez, Serafina entiende cómo Maxis se debe haber sentido cuando se había encontrado a sí mismo empujado en su tribu después de su apareamiento. Cómo completamente alienado que había sido, y cómo extranjero en el entorno y las costumbres y las caras. Debido a que había nacido entre las amazonas, que siempre había conocido sus tradiciones no lo veía. Conocido su lengua y sentido una parte de ellos. Cómo lucharon y fueron a la guerra.

Sí, había sido huérfana tras el ataque a su aldea, pero no había sido la única sobreviviente de esa noche. Quedó con su tía Amazon y la tribu les había dado la bienvenida con los brazos abiertos y una gran compasión. Cada uno de ellos le habían dado una familia adoptivas y tratándolas como hijas propias.

Desde el momento de la llegada de Maxis a su pueblo, lo habían recibieron como un extraño y nunca le habían permitido olvidar el hecho de que él no era uno de ellos, y nunca sería totalmente aceptado entre su raza.

Cuando Maxis había visto por primera vez el número de tiendas de campaña Drakaina, había frenado su caballo y gastado una mirada y con una reserva salvaje en sus ojos.

— No me digas que tienes miedo. —

— Sin miedo. Sólo inquieto. — Su mirada se había ido a la colección de mantos y escudos que las mujeres de la tribu muestran fuera de sus tiendas, estaban bronceadas y mostrando esqueletos de dragón que mataban con orgullo y alarde como trofeos de guerra. — ¿Cuál es el castigo por matar a una Amazonas en combate? —

— Ninguno, siempre y cuando sea justo y abierto. El asesinato, sin embargo, es castigado con rapidez y

severidad. Yo no te aconsejaría hacerlo. No importa lo tentado que alguien podría hacértelo. —

Y cuando se habían acercado a la gran tienda de Nala, donde una hilera de cráneos de dragón fueron montados sobre postes sus espinas dorsales, y había arqueó una ceja. — Creo que conozco a ese tipo. —

Ella se había reído, hasta que ella se dio cuenta que no estaba bromeando. — ¿Seriamente? —

— Sí, pero no pasa nada. Le debía dinero. — Había le guiñado un ojo.

Su sentido del humor y extrema inteligencia siempre la había tomado por sorpresa. Era lo que siempre le había encantado sobre su compañero.

Maxis no era lo que ella esperaba.

— ¿Estás bien? —

Tragó saliva ante la pregunta de Samia que la arrastró lejos de sus recuerdos y de volvió al presente. — Pensando en el pasado. —

Sam asintió con una sonrisa simpática. — ¿Escuché que te estabas despertado recientemente por una maldición dónde estaban todos convertidos en piedra? ¿Qué hiciste? —

— Luchó por el conjunto equivocado de dioses, y les dieron demasiado éxito en ello. —

Sam chupó su aliento bruscamente. — Eso sería. ¿Así que lo hiciste enojar? —

— Zeus. —

— Ouch. —

Serafina no comentó que cuando su mirada cayó debajo de la

camisa de Samia, donde una parte de una marca del doble arco se asomó el símbolo de un Dark-Hunter eran guerreros inmortales que habían vendido sus almas a la diosa Artemisa para luchar en su ejército y proteger a la humanidad de los Daimons que se aprovechaban de las almas humanas para alargar sus vidas, cazaban a los seguidores de su primo que había dado a luz a los Were-Hunters, y los que fueron normalmente evitados o considerados enemigos de su pueblo.

Qué extraño que Samia terminara acoplado a un Were-Hunter... Eso tenía que ser el sentido más extraño de todo.

— ¿Está usted todavía en servicio a Artemisa? —

Sam negó con la cabeza. — Tengo mi alma de vuelta. — Ella tiró la barbilla hacia Dev, que estaba empujando a su hermano gemelo. — Es un Werebear adorable que me posee ahora. —

— ¿Y eres feliz? —

Una sonrisa maliciosa se extendió por su cara. — Él tiene un tipo muy especial de la felicidad. —

— ¿Significado? —

— Le encanta bromear y me hostigas al borde de asesinato, pero yo no lo haría de ninguna otra manera. Él lo es todo en este mundo para mí. — Ella miró de nuevo a Dev para darle un abrazo desde atrás.

Una parte de Serafina envidiaba a Sam tan fácil camaradería con su compañero. Ella nunca había realmente tenido eso con Maxis. Parte de ella fue el hecho de que era mucho más alto y más masivo que ella, incluso en forma humana.

Pero sobre todo se deriva al hecho de que ella era muy consciente de los — otros— sus diferencias. El hecho de que se destacó radicalmente de otros machos.

Incluso en este grupo.

Tanto él como Illarion, y Blaise. Si bien no eran los más grandes en sus encarnaciones humanas, había algo más salvaje y poderosa forma innata. Algo sobre los que advirtieron que eran mucho más de lo que parecían. Ellos emanaban una tranquila confianza predatoria, letal que otras especies carecían.

Un aire que dijeron que eran la cúspide de la cadena alimenticia y que nadie más podría agregar a su menú en cualquier momento

A su sola discreción. Y no había nada que se pudiera hacer para detenerlos.

Él también se movía con una gracia exquisita. Una fluidez de músculos y tendones que era a la vez hermoso y desconcertante, como ver a un gato salvaje elegante acechando a su presa en la sabana.

Maxis era la máquina de matar perfecta.

Era lo que había sido concebido para. Todo lo que había sido creado para hacer. Desde los albores del tiempo, su especie había existido por ningún otro propósito que el de matar y se reproducen. Para protegerse y proteger.

Para sobrevivir en reclusión solitaria, bajo las más duras condiciones ambientales, caliente o frío, fiesta o hambre. Mientras que otras criaturas necesitan interacción social para salvar su cordura, los dragones no lo hicieron.

Las hembras fueron impulsadas biológicamente para encontrar hombres dos veces al año para desovar y continuar su especie. A menos que un hombre capte el olor de una hembra tan fértil, se contentaban con permanecer célibes y solitarios.

Solo durante siglos.

Al estar fusionado con los humanos habían cambiado eso.

Los Arcadios, porque poseían corazones humanos, las comunidades y tribus formadas o patrias de clanes dragón, como lo hicieron muchos de los Katagaria con corazón animal.

Pero Maxis había quedado solitario, incluso después de su transición.

Hasta que habían sido designados como compañeros. Con ella a solas, Maxis había sido increíblemente atento y cariñoso. Insaciable. Y fiel a la sangre de su dragón, que le había hecho su propio objeto sagrado que él había sostenido y vigilado, y se atrevió a que nadie le amenazara o dañara. Ella había sido la única cosa que había vigilado diligente y determinado.

Rara vez incluso dormía cada vez que estaba con él. Nadie podía acercarse a ella que él no mira con cuidado y sospecha, siempre listo para atacar sí que dijeran o hicieran nada para lastimarla.

Y todo el tiempo que había vivido con ella, había buscado su compañía, y la hacía sentir como si ella fuera la mujer más bella y preciosa en todo el mundo.

Teniendo en cuenta que el hambre absoluta que había poseído por ella, no tenía ni idea de cómo se las había arreglado para salir y regresar a sus formas monásticas. Incluso ahora, él no dejaba de mirarla con ese familiar, el calor abrasador en sus ojos los que se dice que quería encontrar un rincón aislado para ellos... mantuvo su boca como si estuviera probándola ya. La dejó sin aliento y muerta de hambre, y por eso, ella casi podía odiarlo.

Ella había subestimado seriamente cuánto impacto tendría su presencia en ella. Cuán traidor era su cuerpo una vez que estaba tan cerca de él. Queridos dioses, era insoportable

estar bajo que el escrutinio de oro de nuevo y no tener alguna manera de probar esos labios. Para tocar con sus manos sobre su cuerpo largo y lánguido y disfrutar de la riqueza de la piel morena...

¿Acaso todas las parejas apareadas sienten así? ¿Tenían la misma necesidad abrumadora cuando estaban juntos?

Pero entonces Serafina sabía por experiencia que el otro Arcadian Draki no respondió de esta manera a sus compañeras. De hecho, las mujeres de su tribu, incluso los que ya se aparearon, habían sido atraídos a Maxis de una manera que la había cabreado con saña. En cualquier momento en que pensaron que podían salirse con la suya, le había acorralado y le llamó "la curiosidad" por el hecho de que él era Katagari y nunca había estado tan cerca de un Katagari Drakos antes de que fuera a la batalla, especialmente uno en humano. Habían afirmado que sólo querían ver si había alguna diferencia entre sus amables y masculinos arcadios.

Fue esa misma cosa que había llevado a su primera pelea de verdad cuando ella regresó a su pueblo de una cacería para encontrar que se había ido. Su tienda vacía.

No hay señales de que había estado allí en absoluto. Algo que era una bofetada pública brutalmente grosera en el rostro, se esperaba que sus compañeros fueran a recibirlas a su regreso. Tendría que haber estado allí con el resto de los hombres y los niños y ancianos aldeanos para celebrar que regresaron de la guerra y de su partida que se montó un desfile hasta la tienda de Nala. Donde Serafina fue nombrada campeón de la reina, y se suponía que debía estar esperando fuera de la tienda de Nala para saludar tanto a ella como a Nala.

Como su compañero, su ausencia fue bien señalada, sobre todo desde que habían dejado un espacio de honor para él.

En lugar de aplausos, sonrisas, e insinuaciones sarcásticas la habían saludado.

Un interrogatorio rápido de sus vecinos y que había aprendido, Maxis habían dejado su pueblo justo después de su partida de ataque que se había montado. Nadie le había visto desde entonces.

Enojada y preocupada, Serafina se había dirigido hacia el bosque, con las especulaciones de su tribu sobre sus actividades zumbando en sus oídos. Todo, desde que se había ido a cazar seres humanos, que estaba practicando la magia negra y conjurando dioses extranjeros.

Debido a que eran compañeros, ella no tenía ningún problema de recoger su olor para realizar un seguimiento, a pesar de que era día u paso tiempo. Era la misma capacidad que la había permitido localizarlo aquí en el Santuario.

A menos que Maxis bloqueé su olor y use sus poderes en su contra, Serafina podía encontrarlo con facilidad.

Esa fue también la primera y última vez que lo había visto como un dragón.

Sin pensarlo, ella lo había seguido en una cueva oscura donde había tomado refugio a la espera de su regreso. Debido a que era la guarida de un dragón completa donde se había colocado sus propias pertenencias sin su conocimiento, ella no se había dado cuenta que era suyo.

Hasta ese momento, no había pensado en el hecho de que Maxis había llegado a su matrimonio con nada más que la espada del dragonslayer que había tomado del asesino de su hermano, con la ropa su espada, y el caballo que le había dado él como un regalo de bodas.

Cuando ella había tropezado con el dragón dormido, había desenvainado su espada, con la intención de matar a la

bestia. Sus oídos habían temblado mientras se detecta el sonido sutil del raspado del metal.

Con un estruendo feroz que le dijo que se estaba preparado para dejar de ser débil, y el fuego, que se había encendido en los ojos y se volvió hacia ella con un vicioso, gruñido salvaje. Sus profundas escamas azules se habían vuelto de color rojo brillante, un color de batalla... entonces paso a verde cuando él se centró su mirada en ella y se relajó. Él había doblado sus alas hacia abajo para poner en su espalda, y deslizó su cola al lado de su pie derecho y por detrás del izquierdo la posición de un dragón de la paz y la aceptación.

— ¿Sera? —

La conmoción y el horror, al darse cuenta de esto fue con lo que los dioses lo habían apareado a ella, y la había reclamado tan plenamente que ella realmente no recordaba los próximos minutos. Sólo que cuando ella volvió a sus sentidos, Maxis era humano y sosteniéndola contra su pecho mientras ella sollozaba violentamente. Algo que no estaba en su naturaleza.

— Lo siento mucho. — Él había besado las lágrimas en sus mejillas mientras trataba de calmarla. — No era mi intención asustarte. —

Una vez que el choque había desaparecido y su mente trabajado otra vez, ella lo miró.

Él es un dragón. Un, dragón horrible de pura sangre.

Un dragón.

Sí, sabía lo estúpido que sonaba. Ella había sabido lo que era.

Pero saber y ver...

Era tan diferente.

Fue una de esas cosas terribles, homicidas que habían matado brutalmente a toda su familia. Su madre y hermanas. Sin tener en cuenta la misericordia. Uno de los animales que no tenían ninguna delicadeza cuidado o preocupación por su pueblo. ¿Quién se aprovechaba de ellos como si ganara?

Como si no fueran nada.

Y como la había mirado alrededor de la oscura caverna y vio a sus troncos los tesoros y la guarida, las cosas que valoraba, se había dado cuenta de que esto era lo que él consideraba su hogar.

No es su tienda de campaña. No es su tribu.

No era ella.

Este era su hogar. Su guarida.

Él es un animal. La pila de paja en el suelo atestiguaba eso. Era como donde su caballo dormía. Donde no hay cama o almohada. O manta.

Incluso tenía un canal de agua.

Disgustada, ella le había empujado lejos y resucitado a sus pies como la realidad brutal que la abofeteó con fuerza.

Con expresión de sorpresa, se puso de pie. — ¿Qué está mal? —

Ella no sabía por dónde empezar.

La cuestión no era lo que estaba mal. Era lo que no era correcto. — Se suponía que el pueblo iba a darme la bienvenida a casa. ¿Por qué no estabas allí? —

Había reído burlonamente. — Realmente no quiero ver la gran cantidad de gente que te verá volver a casa con las pieles y escamas de mis hermanos que gotean del lomos de

tu caballos a medida que los arrastras por el pueblo sanguinariamente. Maldita sea seguro no quiero celebrar tus victorias furtivas y derramamiento de sangre. —

¿Serpiente? Eso tenía que ser sólo para hacer crecer su furia. ¿Cómo te atreves a desmerecer lo malo que hicieron? — ¡Yo soy tu compañera! —

El calor había oscurecido sus mejillas engañosamente humanas. — ¡Y yo soy tuyo! Acabas de dar una mirada en mí, en mi cuerpo, y gritaste por una hora, y luego entraste en shock al verme a mí. ¿Cómo te hubieras sentido si hubiera hecho eso la primera vez que te vi desnuda? —

— ¡No es lo mismo! —

— ¿No lo es? O mejor aún, ¿qué pasa si hubieras venido aquí para encontrar cráneos y huesos humanos esparcidos por el suelo y que decoran las paredes? ¿Eh? ¿Cómo reaccionarías ante la quema de grasa humana como aceite para mis antorchas? Sin embargo, me dejaste solo en tu pueblo que me llevó junto con los restos de dracokyn. Y eso incluye la carpa donde se duerme. ¿De verdad piensas que se te escapó avisar de que se los cargan y de lo que hacen de los huesos y colmillos de drakomai? ¿O que las velas que quema todo el pueblo se hacen de grasa dragón? ¿Crees que no conozco ese olor? —

Poco dispuesto a ceder desde el punto de que tenía razón, ella no se molestó en contradecirlo. En cambio, ella se trasladó a algo que no podía discutir. — ¡Tu lugar está a mi lado! —

— Sí, a tu lado. No debajo de tus pies que me pisan. Yo no soy un hombre Amazon que abastece todos tus caprichos y pide una palabra amable de tu parte. No me debes. ¡Yo no soy tu inmueble! ¡Y no voy a permitir que me trates como tal! —

— Y no voy a permitir que me avergüences delante de mi Basilinna o mi tribu. He trabajado muy duro para llegar a mi posición —

— ¿Como una asesina? —

— Cazadora de dragones. —

— No. — Él negó con la cabeza. — Entra furtivamente en una guarida de un dragón mientras duerme y cortarle la garganta no es noble. Es un asesinato. No cazas. Tú diriges la masacre. —

— ¿Y qué hacen los dragones? ¡Ustedes atacan aldeas donde duermen! ¿No es asesinar? —

— No, no lo hacemos. Nosotros no atacamos, nunca. Los Katagaria no son drakomai. No me insultes al confundir a mis hermanos con uno de ellos. Son una raza completamente diferente. Hecho por un rey de Arcadia y un dios psicótico que quería complacerlo. Fusionado con Apólitas por la magia oscura. Es la línea de sangre de su clase que contamina esos pobres bastardos Drakomai no necesitamos atacar sin provocación. No cazamos por cualquier motivo excepto para comer, y nosotros no hacemos presa en el hombre. Eso no está en nuestra naturaleza. Siempre y cuando te quedas fuera de nuestro territorio y guaridas, los dejamos en paz. —

— ¡Mientes! —

Sacudió la cabeza. — Somos animales solitarios que sólo en la guerra se enfrentan. —

Había un gesto a los troncos de los tesoros que los rodeaban. Oro y joyas que brillaban en la penumbra. — ¿Y qué es eso? ¿Son aquellos tus trofeos de guerra? —

Un choque sincero había marcado sus hermosos rasgos. — Difícilmente. No tengo necesidad de un tesoro o dinero. Esas son cosas dadas a mí para mi protección. Yo los mantengo en

fideicomiso para sus legítimos propietarios. —

— ¿Esperas que me crea eso? —

— Lo creas o no, eso depende de ti. Es la verdad. Todo lo que tengo, lo coloqué en tu tienda de campaña. —

— ¿Y por qué no estabas en mi tienda de campaña en mi regreso? —

La miró con desafío hosco.

— ¡Contéstame! —

Sus ojos se habían roto el mismo fuego que podría haber respirado fácilmente todo sobre ella. — No uses ese tono conmigo. Yo no hablo de tal manera y exijo recibir mismo respeto que nuestro a mi compañera. —

Furia había cocido a fuego lento profundamente en ella y que ella había querido golpearlo para eso. En la cultura amazónica, los hombres se inclinaban a sus mujeres, y eran, en verdad, subordinados a ellas. Pero ella sabía que él no vino de ese tipo de ambiente. Y ella hizo todo lo posible para entender y respetarlo.

Sin embargo, era difícil cuando iba en contra de todo lo que sabía.

— Bien entonces. Por favor, que me explique por qué me has humillado hoy. —

Había resopló con incredulidad y repitió sus palabras hacia ella. — Por favor, explica ¿cómo te humillado? —

— Al no estar allí cuando regresé. Mostraste una total falta de respeto por mí y mi posición en la tribu. Y todos se rieron de mí a causa de ello. —

Su mandíbula se había abierto con holgura. — Yo no sabía eso. — Su frente surcada por arrepentimiento sincero, él

cerró la distancia entre ellos y tomó la mejilla en su cálida palma. — Si esto es verdad, entonces lo siento mucho, Sera. No tenía ni idea de que era su costumbre. Nadie me dijo. Te lo juro, yo nunca quise hacerte daño. —

Era muy duro estar enojado con él cuando él la miraba así. Cuando él la tocaba con tanta sinceridad amorosa. Sintió que su ira marchitándose. Pero peor que la ira era el dolor subyacente, y sus burlas que picaban mucho más profundo de lo que quería. — ¿Por qué no estabas allí? —

Entonces lo vio. La agonía amarga en sus ojos. Su propio dolor y vergüenza. — En el futuro, me aseguraré de estar presente en tu llegada. —

— ¿Pero no te quedarás en el pueblo mientras no estoy? —

Le había sacudido la cabeza.

— ¿Por qué? —

Su mirada se había quemado en la de ella. — ¿Sabes por qué, Sera? Yo hablo en voz alta sólo ante la ira y sin resolver nada. Y ambos sabemos que lo único que puedes hacer es dejar... que no lo hagas. — Se había colocado un tierno beso en los labios. — No quiero pelear contigo por más tiempo. Ven, déjame hacer las paces para mí no fue intencional. Te lo prometo, a finales de la noche, me ganaré mi camino de regreso a sus buenas gracias. —

Y lo que decía. Siempre lo hacía. No importa lo mucho que quería quedarse enojada con él, tenía maneras de hacer volver su sonrisa. De la fusión de su ira hasta que ella se estaba riendo y feliz de nuevo.

Ese era su mayor magia de todos. Su habilidad para lavar su dolor y expulsar a sus demonios con nada más que una sonrisa burlona, uncálido abrazo, y un tierno beso.

Peor aún, había tenido razón ese día. Los miembros de su

tribu siempre había sido demasiado libre con sus manos en su cuerpo. A pesar de que sabían que estaba acoplado y fuera de los límites, que no podía hacer nada tenían constantemente que estar tratado de acorralarlo para que le pudieran comparar a un hombre "normal". Obtener una comparación "con manos".

A favor de Maxis, que había hecho todo lo posible para evitarlos y sus caricias baratos. Todo lo que pudo para encajar y complacerla. Para hacer su trabajo sindical.

Si yo le había conocido hasta la mitad.

Serafina hizo una mueca cuando la culpa se instaló con fuerza en los hombros. Ella había pedido cosas de él que iban mucho más allá de la tolerancia, ella todavía no podía soportar pensar en ellos. En las cosas que había sufrido.

7

Serafina dejó escapar un suspiro nervioso lento y ella echó su mirada alrededor del enorme ático donde Maxis había hecho su hogar. Vio cosas “modernas”— que ni siquiera podía empezar a comprender, pero aparte de unos pocos de ellos, que le recordaban mucho de su cueva escasa le levantó escalofríos de deya vu en su cuerpo.

Eran sin duda los mismos troncos de su cueva que se alineaban en la pared de ladrillo derecha. Esta fue su casa en una forma en que su pueblo nunca había sido.

Y eso la puso más triste. Había encontrado un consuelo aquí con extraños que debería haber conocido con ella. Su compañera.

Maxis usó sus poderes para iluminar cuatro enormes portavelas de hierro de 0 pie. La luz parpadeó y se fusionó con los rayos del sol naciente para emitir sus sombras contra la pared.

Illarion y Blaise los siguieron en la habitación y cerró la puerta.

Por cierto Maxis continuó con una mueca hacia su hermano, ella asumió que estaban teniendo una conversación privada en sus cabezas.

Suspirando, se reunió con la mirada en blanco de Blaise. — Él no piensa mucho en mí, ¿verdad? —

— ¿Estoy tratando de ser imparcial, pero si una cuarta parte de lo que está diciendo Illy es cierto... no tu gente realmente hace joyas de los colmillos, báscula y huesos de dragones? —

Sintió la fluencia de calor sobre la cara. — Nosotros no cazamos mandrágoras. —

— De lo que estoy escuchando, no sabes. Sus personas no se molestan exactamente para averiguar si están cazando Katagaria o no. Es, básicamente, matar indiscriminadamente y van detrás de cualquier gran serpiente que no esa Arcadian. —

— Stop, Blaise, — dijo Maxis en un tono suave. — Ella no tiene la culpa de esto. —

No. Somos tú y yo maldigo el día y que jamás dejarás que te hable de su especie. Illarion la recorrió con una mirada escalofriante. Deberíamos haber dejado a los dioses todos ellos los tienen.

— Basta, Illarion. Y yo no te hablo de la mierda, por lo que recuerdo. Estabas en ella más que yo. Además, lo que está hecho, hecho está. Ahora bien opta por ser parte de esta solución, o salir. No voy a tolerar tu pateo incesante. Tengo que concentrarme. —

Illarion levantó las manos.

— Fine. Vamos a ver cómo se maneja esto. Después de todo, ella nunca se molestó en preguntar algo sobre lo que realmente eres. De dónde vienes. Cuando te arrastraron a su mundo a convertirte en parte de él. Los tres años que viviste con ellas, ni una sola vez se preocupó lo suficiente para aprender.

Maxis gruñó a su hermano. — Quédate fuera de mi cabeza y pensamientos... Te lo juro, yo debería haber comido tu huevo en lugar de anidar en él. —

Serafina arqueó la ceja ante eso. — ¿Tú le anidabas? —

— Lamentablemente, sí, y yo hice un trabajo de pobre en él, también. Como puedes ver. —

Illarion puso los ojos en blanco

Blaise se rió. — Max intentó anidar a todos sus hermanos. Al menos aquellos de nosotros que pudo encontrar. Una vez al año, mientras que ella vivía, había recorrido hasta donde nuestra madre puso sus huevos y recogerlos para que no tuvieran que salir del cascarón solos, y a la deriva por la supervivencia. —

La mirada irritada en el rostro de Maxis le dijo que no quería que su hermano compartiera chismes con ella. Pero ella se alegró de que Blaise hubiera hablado.

E Illarion tenía razón. Había mucho que nunca se había molestado en aprender sobre su marido.

— ¿Te anido Hadyn? —

Maxis asintió. — Él fue el primero que encontré, a sólo días de edad. Vagando y perdido, como un pequeño insecto. —

No es de extrañar que hubieran estado tan cerca.

Max nos enseñó el Bane-Cry para limpiar los pulmones y por lo que no importa lo lejos que estábamos, nos podría llamar siempre fuera el uno al otro en busca de ayuda, que deberíamos necesitar. Y mientras que el resto de nuestros hermanos no respondía, Max siempre viene a nosotros si estaba en condiciones físicas de hacerlo.

Ese pensamiento trajo lágrimas a sus ojos. Y fue esa capacidad de amar que ella perdió la mayor parte de su pareja. No, él no era el animal su tribu lo había acusado de serlo. ¿Cómo podría yo haberte dejado ir?

— Ni aquí ni allí, — dijo Max, pasando una mueca molesta por cada hermano, a su vez. La condujo hacia una amplia zona del ático que estaba cerrada con cortinas.

No fue hasta que él sacó un pesado brocado azul oscuro

Cortinas a su espalda y se dio cuenta de que esto era donde — anidaba — en la actualidad.

En realidad, tenía sentido. Puesto que él dormía en forma de dragón, sería demasiado grande para cualquier tipo de cama. Y de nuevo, le recordaba lo diferentes que eran. Por el hecho de que a pesar de su belleza masculina y forma, él seguía siendo un animal en el corazón.

Como si se enterase de que el pensamiento, Illarion se burló de ella. Es una mala idea.

Suspirando pesadamente, Maxis aprobó una mirada agravada a su hermano antes de que él le tomase la mano y tiró de ella dentro del área con cortinas. Su mirada la quemó con esa mezcla peculiar de hastiada mundanidad e inocencia preciosa que era únicamente suya. — Sé que nunca me has visto como algo más que un animal y estoy muy consciente de lo que piensas de mi especie. Sólo recuerda que esto es para tus hijos y mantengo apretado en el pensamiento. —

Ella abrió la boca para negarlo, pero él puso un dedo suavemente sobre sus labios. — No mientas. Los dos sabemos la verdad espantosa. Yo soy un animal. En mi lugar. — Dio un paso atrás. — ¿Blaise? ¿Ella puede mantenerse durante un minuto? No estoy seguro de cómo va a reaccionar a esto. —

Fue en la punta de la lengua para decirle que no la tratara como un niño cuando él se movió tan rápido que casi gritó en el terror de la misma.

Había olvidado lo grande que el cuerpo de su dragón era. Cuán masivo y aterrador.

Incluso tan espacioso como el ático era, Maxis tuvo que agacharse bajo y apenas podía moverse. Llenó completamente el área. Por lo demás, no podía dar la vuelta. Más bien, él tuvo que retroceder contra la pared, donde ella

asumió dormía. Cielos, que era enorme.

— ¿Estás bien? — Blaise frotó el brazo para mayor comodidad.

Tragando saliva, asintió. — Es sólo que ha pasado mucho tiempo desde que estuve así de cerca de un dragón. Y no uno que no estaba tratando de matarme. — Debido a que se enorgullecían de ser humanos, su tribu rara vez tomó forma de dragón. Se consideró una pérdida de control... similar a una rabieta.

Las escalas iridiscentes de Maxis brillaban como joyas en la penumbra. Y mientras se movía, que vio en sus alas la cicatrización viciosa de Nala y su tribu había dejado. La culpa apuñaló a su difícil por la parte que había jugado en eso.

— Lo siento mucho, Maxis, — respiraba.

Max se quedó inmóvil ante el sonido de sus palabras sinceras. Esta fue una reacción muy diferente de lo que ella había tenido la última vez que lo había encontrado a él en forma de dragón.

No hubo gritos de terror. No corrió o atacó.

En cambio, ella se acercó a él lentamente y colocó una mano en las cicatrices del ala que nunca se había curado adecuadamente de forma desgarradora. Mientras que él podía volar con eso, no era especialmente cómodo hacerlo.

Y nunca nadie lo había tocado como lo hizo ahora, cuando él había estado en su cuerpo real.

Como si le importara.

Ni siquiera Aimee...

Levantando la cabeza, esperó a ver el desprecio familiar en su mirada por su forma de dragón. Sin embargo, no estaba

allí. Por primera vez en la historia, pasó una mano curiosa sobre sus escalas. Y a pesar de que no tenía sentido, que lo consolara.

— Eres tan caliente. —

No somos como otros reptiles. Envió a sus pensamientos a ella. Mi opinión personal es que se trata de nuestra capacidad de hacer fuego. Por alguna razón, parece elevar nuestras temperaturas del cuerpo, sobre todo cuando estamos como dragones.

Ella sonrió con tristeza a él. — No. Definitivamente no es como cualquier otra persona. — Mordiendo su labio, ella tocó la cicatriz en su pierna trasera que lo marcó como el primogénito de su raza. El Dragonbane temido. — ¿Qué es lo que me tienes que hacer? —

Confía en mí. Necesitas acostarte conmigo y déjame guiarte de este reino a donde quiera que hayan tomado a nuestros dragoncillos. Pero si luchas en esto, puedes hacerte un daño irreparable.

— ¿Confías en mí? —

Max vaciló. Honestamente. Estaba aterrorizada de lo que podría hacer con él. Pero no tenía otra opción. Era la única manera de localizar a sus hijos. Puesto que él nunca los había conocido, ni siquiera podía comenzar a realizar un seguimiento de ellos sin ella. Cualquier criatura podría utilizar su olor le llevará por mal camino. Sólo su madre sería capaz de afinar en la verdad real de los mismos. Nada sería engañar a sus sentidos maternas.

Sí.

Y aún así vio el miedo se escondió detrás de sus ojos mientras se arrodillaba a su lado.

Rodó poco para que pudiera instalarse cómodamente en el

refugio de sus brazos. Sin embargo, ella era tan pequeña ahora. No es de extrañar que ella le temiera. Una garra era casi del tamaño de todo su cuerpo. Un hecho que no se perdió, tampoco.

Su mano era temblorosa, ella extendió la mano para tocar su garra.

Es agudo, advirtió. Cuidado con el borde.

Ella se echó hacia atrás para descansar detrás de su espolón.
— ¿Cómo consigues nunca ser capturado por Dagón? —

Max vino para ayudarme, cuando Dagón me tenía atrapado. Furia oscureció los ojos de Illarion. Mis poderes estaban obligados por lo que no podía luchar o protegerme.

No fue tu culpa y volamos a ciegas, Illy.

Porque llamé en estado de pánico y tú estabas demasiado preocupado para ser cauteloso.

Max suspiró. No importa. Realmente no necesito una razón para ser estúpido. Se puede encontrar un montón de razones para participar de ese vicio en particular, por mi cuenta.

Illarion resopló mientras él y Blaise se adelantaron para ayudarlo a él.

Blaise dio un paso atrás. — Voy a mantener la guardia en la puerta para asegurarme de que nadie te molesta. —

— Gracias. — Sera estaba rígida en sus brazos.

Illarion corrió a las cortinas. Y espero que nos acompañe.

— ¿Qué quieres decir, unirse a nosotros? —

Él sonrió, pero no respondió antes de cerrar las cortinas y los dejó solos.

Ella volvió la cara hacia Max. — ¿Qué quiso decir? —

Nada. Cierra los ojos y piensa en nuestros pequeños. Imagínate estar con ellos y deja que tus pensamientos se queden con ellos. Pase lo que pase, no dejes que nada ni nadie te distraiga.

Serafina no estaba segura de qué esperar. Honestamente, estaba aterrorizada. Pero había algo innatamente calmante en la forma que Maxis respiraba. Su calor radiante se filtró en su cuerpo, adormeciéndola. Le recordaba las noches cuando él la había sostenido en sus brazos, esperando a que ella se durmiera para que pudiera escaparse y buscar su descanso en su cueva. Debido a su forma nativa era la de un dragón, que le tomó la concentración y la energía para mantener una forma humana, especialmente durante las horas de luz.

Muy pocos Katagaria podían contener la forma humana mientras estaban heridos o al luchar. Sólo los más fuertes de los fuertes lo lograban. Pero no importa lo poderoso de la bestia, cuando dormían, invariablemente regresaron a sus especies nativas. Era como involuntaria como cambiar de forma cuando es golpeado por una descarga eléctrica. Cualquier cosa que perturba las corrientes eléctricas alrededor de las células los desplazaría a ellos.

Así Maxis siempre había tenido la precaución de dejar su tienda de campaña y el pueblo en cualquier momento que necesitaba para descansar. Nunca se había confiado a no hacerles daño.

— ¿Por qué son tus escalas tan suave? — Ella respiró mientras luchaba por mantenerse despierta contra el agotamiento repentino causado por la cálida y relajante comodidad de su cuerpo.

— Todos drakomai tienen escamas flexibles. —

— Son como las plumas. —

— ¿Eres como ellos? —

Ella asintió con la cabeza, hundiendo a sí misma aún más profundo en ellas. Fue la sensación más agradable y reconfortante. Como una cama de lujo. Mejor aún fue el aroma de sándalo y vainilla que era únicamente suyo. Había olvidado ese olor delicioso de su piel que una vez le había causado el codiciar cualquier prenda de ropa que llevaba.

¿Por qué había temido esto?

Antes de que pudiera detenerse, volvió la cara en las escalas e inhaló el aroma masculino de ellos.

Maxis maldijo cuando la sintió acariciar todo el camino a través de su cuerpo. Durante un minuto, vio las estrellas de la intensidad de la lujuria que le golpeó como un golpe físico.

¡Maldición! Había olvidado cuán intensos eran estos sentimientos por ella. Cuánto ansiaba estar con ella. Mientras que su cuerpo podría ser ligeramente agitado por los demás, no era nada en comparación con lo que se siente ahora que su compañera estaba con él de nuevo.

Peor aún...

— Tú está entrando en tu ciclo fértil, ¿verdad? —

Ella respondió cavándose más profundo en su contra.

Apretando sus puños en sus escalas.

Max aspiró bruscamente con cada hormona en su cuerpo rogando por su toque. — ¿Sera? — Lo intentó de nuevo. — ¿Puedes oírme? —

— ¿Sí? — Ese tono de aliento levantó escalofríos por todo el cuerpo y fue su propia forma de una caricia.

Su propia forma de tortura.

Mordiéndose el labio, él sabía que no era el momento ni el lugar. Pero no era fácil distraerse de la calidez de su presión contra él. A partir de la curva de sus pechos exuberantes, llenos que prácticamente se derramaban de su parte superior, y la invitación de esos labios que quería probar hasta que lo hizo llorar de placer.

Él estaba a punto de rendirse cuando sintió una extraña interrupción en el éter a su alrededor.

No era Illarion.

Totalmente alerta, levantó la cabeza para buscar con todos sus sentidos. El antiguo, mal arcano era uno que no había sentido en mucho, mucho tiempo.

Y no estaba solo.

— ¿Maxis? —

Su corazón latía con fuerza desde la oleada de adrenalina repentina, se manifestó que los dos en la oscuridad y se colocó a Sera detrás de él para protegerla. Buscó la zona nebulosa a su alrededor que le recordaba demasiado de Irkalla.

Y ahora que pensaba en ello...

¿Por qué iban a estar aquí? ¿Estaba equivocado?

Cada terminación nerviosa de su cuerpo se arrastró con advertencia.

Bueno, esto no puede ser bueno. Aterrorizado de lo que pretende Kessar, Max se movió de nuevo en su forma humana y se enfrentó a Serafina. Dioses, él había olvidado lo hermosa que era. Cuanto ella una vez había significado todo para él.

Cuanto ella todavía lo hizo, a pesar de su sentido común y

mejores negaciones. Pero no había tiempo ahora para perder. Era el momento de hacer lo que le había llevado a hacer.

Sus hermosas mejillas, redondas en sus manos, él le sonrió.
— ¿Confías en mí? —

Vio la incertidumbre en esos ojos color avellana mientras buscaba su mirada con recelo. — Sí. ¿Por qué? —

Max no habló. Él no podría decir lo que él estaba a punto de hacer, ella nunca podría perdonarlo. Sin embargo, era algo que había que hacer. Dejar que ella lo odiara si ella debía.

Al menos esta vez, su odio se justificaría.

Serafina sabía que algo estaba mal por la luz en esos ojos de oro, pero que no sabía lo que era. En lugar de hablar, Maxis apretó sus brazos alrededor de ella y la atrajo hacia sí a ras de su duro y musculoso pecho. Inclinandose, él acarició su rostro contra su cuello. Su cálido aliento quemaba su piel y se crearon escalofríos por todo su cuerpo. Peor aún, la dejó sin aliento con un anhelo climatizada que lo quería dentro de ella tan mal que era casi imposible de resistir.

Justo cuando estaba a punto de preguntarle lo que estaba haciendo, ella sintió el agudo aguijón de colmillos hundiéndose en la yugular. Ella gritó y comenzó a luchar, pero fue inútil. Él la tenía completamente subyugada.

Completamente a su merced.

Débil y confundida, no entendía por qué estaba haciéndole esto a ella. ¿Estaba tratando de lastimarla o matarla? ¿Para castigarla por lo que había hecho con él? ¿El pretende que esta sea su venganza? ¿Matarla a ella y a sus hijos?

Su cabeza se tambaleaba, un momento ella estaba en sus brazos en la oscuridad. El siguiente, ella estaba de vuelta en su habitación, tumbado en el suelo detrás de la cortina

cerrada. Solo. Cerrada. Solo.

— ¿Maxis? —

¿Qué? ¿Por qué estaba aquí?

¿Qué estaba pensando?

Las cortinas se abrieron al instante para mostrar Illarion, mirando cada lugar tan confundido como ella. ¿Qué pasó?

— No sé. — Sintiendo enferma y débil, ella limpió su cuello para no encontrar el menor rastro de sangre no. — ¿Él bebió de mí? — Ella ni siquiera sabía que los dragones podían o harían eso.

El color desapareció de las características de Illarion. ¿Qué?

Ella le mostró su mano manchada de sangre. — Él me mordió... me mordió, — enfatizó, haciendo un gesto hacia su cuello, — y luego me desperté aquí. ¿Por qué? —

Blaise vino corriendo detrás de Illarion. — ¿Que está pasando? —

Illarion dejó escapar un gruñido gutural profundo. Max acaba de tomar su sangre para poder realizar un seguimiento de sus dragoncillos por su cuenta, y luego la envió de vuelta aquí sin él.

Maldiciendo, Blaise apretó los dientes. — ¿Por qué tendría que hacer eso? ¡Teníamos un plan! A uno bastante, casi decente... Eso podría haber trabajado casi. Tal vez, en la luz correcta y con buen tiempo. ¿Por qué habría alterarlo? —

Debido a que este era su plan, todo el tiempo. Para enfrentarse a ellos sin poner a nadie de nosotros en peligro. El hijo de puta estúpido planea luchar solo. ¡Porque él es un jodido idiota! Sabía que no debía confiar en él. ¡Lo sabía! Sacudió la cabeza. ¿Por qué tuve que confiar en él?

Horrorizada, Serafina se puso de pie. — ¡No podemos dejar que haga eso! Una mordida. ¡Una y se convertirá en un gallu!
—

Illarion rió amargamente a su preocupación. Ese no es nuestro peor temor.

— ¿Cómo en el nombre de los dioses es que no es nuestro mayor temor? Salvo su muerte, que es. —

Illarion puso serio cuando él la enfrenta a un lugar seco, cortar el deslumbramiento. De verdad, de verdad no sabes nada de mi hermano, ¿verdad?

8

Max sintió la oscuridad prohibida que lo acechaba. Era la misma con la que había luchado el día que Hadyn había muerto. El mismo mal que había estado, detrás de todo de su kinikoi desde la hora que habían ocupado sus puestos sagrados. Debido a quién y lo que eran, el peligro era una parte natural de su existencia. Ellos siempre lo habían sabido de él y lo aceptaron como una amenaza siempre presente a punto de estallar y matarlos y no dejar a nadie en su vecindad.

Fue por eso que se mantienen a sí mismos e hicieron todo lo posible para que nadie esté cerca de ellos. Porque cualquiera que les importaba podrían utilizarlo en contra de ellos, en cualquier momento.

Teniendo en cuenta que, debería haber sabido mejor que nunca debía tratar de tener una familia con Serafina. Pero ella había estado tan irresistible que la noche cuando había estado de luto. Él había necesitado comodidad física para aliviar su corazón doliente y ella había necesitado un hombre para aliviar sus antojos.

Ahora...

En forma de dragón, él ladeó a la derecha, alejándose de los ruidos extraños que nunca había oído antes. En su mente, él lleva los recuerdos de Sera de sus hijos. Y el total del amor, la devoción y la adoración cuando ella dio a luz a sus dragoncillos lo calentó profundamente. Si cerraba los ojos, casi podía fingir que lo amaba, también.

Y lo que más odiaba era lo mucho que deseaba tener esa parte de ella. Pero al menos le encantaba una parte de él.

La mejor parte.

Irascible y alegre, Edena era la imagen misma de su madre que había visto en la flor de su juventud. Largo, pelo rojo llameante con flequillo que fueron siempre oscureciendo sus ojos y molestando a su madre para castigarla por esconder su mundo vibrante color oro.

Su hijo era fuerte y alto, desafiante, y demasiado rápido con sus remontadas sarcásticas para la paciencia y la cordura de su madre. El cabello de Haydn era de un tono más profundo de castaño, y su piel de la aceituna oscura de Max. Dónde Edena tenía la piel de porcelana de su madre con un poco de pecas sobre su nariz, Hadyn no había tenido ninguna en absoluto. Ambos tenían pómulos altos de Max y la forma felina aguda de los ojos de su madre. Pero los hoyuelos profundos de Edena debilitaron su corazón más. Al igual que su madre, que tenía una sonrisa que podría iluminar la noche más oscura y debilitar la resolución más severa.

Que los dioses se apiaden de cualquier hombre que jamás se volviera en contra de esa sonrisa.

Y estaba tan agradecido que habían nacido humanos. El hecho de que ambos lo habían sido los salvaron del odio de su madre. Que ni por niños lo había visto en los ojos de Sera, la condena despectiva que había vislumbrado y la dirigió hacia él a veces, cada vez que él hizo algo demasiado Dragonesco a su alrededor.

Pero esos días de ocultar su verdadera naturaleza quedaron atrás de él. Si querían doblegar al dragón...

El dragón estaba aquí y estaba listo para la guerra.

Vengan, perras.

Bajando sus alas, él se abalanzó bajando, y siguiendo sus olores hasta que estuvo seguro de que sus hijos estaban cerca de los restos desmoronados de un antiguo templo. Luego se cambió parcialmente a su forma humana, dejando

sólo sus alas para que pudiera llevar un menor, pero igualmente letal, perfil cuando él exploró toda la zona. Un escalofrío le levantó el pelo en la nuca mientras escuchaba los vientos de la tierra a su alrededor.

Todavía se sentía la presencia del mal inquietante. Le acarició todo a su alrededor. Pero más que eso, captó el olor de algo aún más peculiar...

Arcadian.

¿Qué demonios?

Su nariz se crispó en el olor familiar. Era similar a Illarion y sin embargo totalmente diferente. No era su hijo, pero si un pariente.

Disolviendo sus alas, Max se deslizó a lo largo de las sombras, escuchando atentamente cualquier signo de sus enemigos.

Esta era una guarida de dragones. Pero no cualquiera den... Se asomó por una ventana a espiar a la gente dentro.

Eran dos un lobo y un Drakos. Dos grupos que normalmente no se asocian entre sí.

Aún más peculiar, que hablaban en el dialecto más antiguo de Inglés medieval. ¿Mercian? O ¿Saxon? Realmente necesitaba a Ciegan, Illarion o Blaise aquí para esto. Sería llevarlo justo hasta su callejón.

Como era...

Podía recordar sólo vagamente el idioma y seleccionar algunas palabras perdidas que no tenían sentido para él.

No es que importara. Él no estaba aquí para ellos y que no se preocuparía por su discusión. Cerrando los ojos, utilizó sus sentidos para centrarse en lo que le había llevado a este

lugar oscuro. Él sintió la presencia de su hija primero.

Su ira ardiente que era tan similar a la de su madre le hizo sonreír. Hasta que él entendió la fuente de su furia y por qué era tan intensa en la actualidad.

Su vista se oscureció instantáneamente. Querer la sangre, se dirigió directamente hacia el templo más antiguo a unas cuantas yardas de distancia, donde estaban reteniendo su hijo e hija en un gran escenario que parecía haber sido diseñado para juegos o eventos.

Eso por sí solo sería suficiente para molestarlo. Pero lo que puso su sangre a una temperatura de ebullición era lo que estaban haciendo allí. Los varones mayores luchaban con su hijo en un juego fuera de la ley de Prine para ver quién sería el primero en dormir con su hija.

Con sólo un escudo y espada de protección, Haydn se quedó sangrando y golpeado en el centro de la arena y en una pierna una gran cadena. Aun así, no se dio por vencido y sin mostrar debilidad. Más bien, él luchó contra ellos con la valentía de un gladiador.

Cuando uno de los hombres se apresuraron hacia su hijo, Max casi cometió el error de ir a la carga para salvar a su hijo. Pero estaba en inferioridad numérica en serio.

No es que él tuviera que preocuparse

Haydn cogió al bastardo con el escudo, lo volcó a la suciedad, y lo apuñaló antes de que él se volviera y tomó al siguiente que vino a su espalda. Serafina había entrenado a su hijo también. Él luchó como un campeón.

Aprovechando su distracción, Hadyn cortaba a través de ellos, Max se movió rápidamente hacia su hija.

En el momento en que tocó sus manos, ella trató de luchar y atacar. — Shh, — sopló al oído. — Estoy aquí para salvarlos.

—

Volvió la cabeza para mirarlo por encima del hombro, ella abrió los ojos como si pudiera saber quién era.

Max destrozó las cadenas que la sujetaban al poste de acero.
— ¿Puedes montar? , — Susurró.

Con cuidado de no alertar a los otros que estaban cerca y vieran lo que estaba haciendo Max o que él estaba allí, ella asintió en silencio mientras ella valientemente se sacó la mordaza de su boca.

Él se tomó un momento en su mejilla amoratada y admirar su valor y belleza, con el amor, la alegría, la tristeza y el dolor que le abrumó. Esta era su carne y sangre. Su hijo. Algo que nunca había pensado tener. Especialmente una vez que había dejado a Serafina atrás. Se había relegado a sí mismo a vivir su vida en la soledad y completamente estéril.

Ahora, su hermosa hija se puso delante de él, la perfección crecida. No del todo una mujer, pero definitivamente no era una niña.

Más que nada, quería aplastarla contra él y sostenerla durante el resto de su vida. Para mantenerla a salvo y atesorada.

Si sólo él tenía más tiempo.

Pero aún tenía a su hijo para asegurar. Besándola en la mejilla, se volvió y tomó la forma de su dragón.

— Voy por, mi hijo. —

Cuando los otros gritaron y corrieron para cubrirse y tomar las armas por su repentina aparición en medio de ellos, ella se saltó de su cuello y se aseguró a sí misma.

Max voló por su hijo.

Haydn comenzó a atacarlo, también, hasta que vio a su hermana en su espalda.

— Está bien, ¡Hade! Él está aquí para nosotros. —

Sin embargo, él vaciló mientras miraba a Max. No había miedo en sus ojos, solamente una apreciación sana para el tamaño y ferocidad de Max. Con una garra, Max fue hasta la estaca que sostenía al niño en su lugar y bajó la cabeza para que Hadyn pudiera unirse a su hermana.

— No te preocupes. Los llevaré con tu madre en pocos minutos. —

Sin embargo, antes de que Max pudiera retirarse, los arcadios desataron una andanada de flechas electrificadas sobre él con una locura frenética.

Bueno, mierda, esto es nuevo.

Y no era el dolor de las heridas de las flechas que lo malo. No es que se sentían bien... sobre todo. Lo peor fueron las sacudidas de electricidad que enviaban a través de su cuerpo que le obligaron a cambiar de dragón a humano y viceversa. Algo que se sentía como la peor clase de espasmos musculares imaginable.

Sus hijos rodaron al suelo y aterrizó cerca de él, fuera de peligro. Max tropezó lejos de ellos, aterrorizando podría inadvertidamente aplastarlos mientras cambiaba. Acéptalo, nadie quería ser atrapado debajo de un dragón de nueve toneladas. Los refuerzos que los osos habían hecho en las vigas del Santuario para sujetar su peso fueron la materia de leyendas.

Los arcadios acometieron con ímpetu al ataque mientras estaba debilitado e incapaz de luchar.

Echando la cabeza hacia atrás, Max gritó y llamó a cada pedacito de la magia que podía.

Y con él, envió a sus hijos al Santuario donde su madre estaría esperando por ellos. Trataría de seguir detrás de ellos, pero no tenía la fuerza suficiente. ¡Maldición! La electricidad era la única cosa que era brutal para su especie. No sólo cometía estragos en sus cuerpos físicos, sino que no era el mejor amigo de su magia tampoco.

Ahora mismo...

Mataría por tres segundos de control.

Jadeando y débil, intentó encontrar refugio. O darse la vuelta en uno de esos bastardos mutantes.

Fue inútil. Eran demasiado rápidos para correr como las cucarachas o los roedores que eran.

Apenas hizo diez pies antes de que lo hubieran rodeado. Al menos veinte dragones de Arcadia y los lobos estaban allí. Guerreros masculinos y femeninos armados y listos para matarlo. O peor aún, atarlo.

Aun así, él lucharía hasta el fin. Roció tanto fuego como pudo en forma de dragón, pero rápidamente se esfumó cuando se volvió humano.

Se preparó para la batalla con uno de los Drakos que tenía el pelo largo y oscuro que se le acercaba. El hombre miró con odio a Max. Volveré a ti, perra.

Sin embargo, mientras intercambiaban su desdén mutuo y burlas, había algo extrañamente familiar en la Arcadia. Max ladeó la cabeza, tratando de colocarse.

— ¿Me reconoces, dragón? —

— No, — mintió, porque no quería que le diera ningún tipo de satisfacción.

Con un chillido furioso, lo abofeteó a Máx. — Fue mi abuelo al

que matastes! — Dando un paso atrás, él hizo un gesto con la barbilla en los demás que se reunieron alrededor de ellos.

— Convoca a mis primos. Dile a Damos que por fin he localizado al bastardo Dragonbane. Esta noche nos vengaremos de la línea de sangre ¡Kattalakis! Y mañana vamos detrás de sus hijos a terminar lo que empezó. Santuario o no Santuario. ¡Todos ellos van a quedar grabados en el suelo! —

9

Serafina se volvió hacia el destello brillante, esperando encontrar allí a Maxis. El choque repentino de ver a sus hijos...

Alivio y amor se vierte a través de ella. Las lágrimas llenaron sus ojos. Gritando en agradecimiento, corrió hacia ellos y les agarró en el abrazo más apretado que pudo a pesar de que Haydn dejó inmediatamente una protesta verbal que ella le estaba haciendo daño. Ella sacudió tan mal, que temía sus piernas serían hebillas.

Hadyn no la sostuvo contra su pecho, estaba segura de que se habría arrugado a sus pies. Ni siquiera su condición desaliñada y el hecho de que necesitaban ser llevados por un baño y ropa limpia se dé que eran las cosas más hermosas que jamás había visto en su vida.

— Está bien, mamá, — que respiraba mientras descansaba la barbilla contra la parte superior de su cabeza. Al igual que su padre, mucho más alto que ella. — Estamos bien. Está todo bien. —

No iba a llegar tan lejos. Su pobre bebé estaba cubierto de sangre y moretones. Su ropa de andar por casa rotas y sucias. Y eso hizo que deseara que la garganta y el corazón se lo oprimieran a todos los que se habían atrevido a tocarlo. ¡Cómo se atreven a poner las manos sobre sus hijos!

Su respiración entrecortada, ella se echó hacia atrás para examinar a Edena. Al igual que su hermano, su túnica y pantalones estaban rotos y cubiertos de mugre y sangre. Serafina sintió que el color de su rostro como un pensamiento aún peor lo que cruzó a través de ella.

Edena era de la edad ideal para un Dragonswan y

apareamiento...

Voy a matarlos. A cada uno de ellos con mis propias manos y montar sus cabeza en mi pared... con Santuario, sin Santuario.

Serán condenados Misericordia.

— Hadyn les impidió que me...— Edena le aseguró rápidamente, como si pudiera leer los pensamientos de su madre y sabía el origen de la creación de la furia de Serafina.

— Apenas. — Él se tambaleó hacia atrás y cayó a sentarse con las piernas cruzadas en el suelo. Difícil.

Rastrillando la mano por el pelo castaño corto, dejó escapar un suspiro agotado, y luego hizo una mueca cuando él rozó sus nudillos contra su mejilla amoratada. Él la miró con un gesto adorable que era idéntico a uno que Max había utilizado cuando vivía con ella y ella solía confundir con sus extrañas maneras — Amazonas. — — ¿Dónde estamos? —

Serafina no respondió a su pregunta rasposa, ella pasó u a mirada por encima de las piernas y miró a su alrededor, en busca de Maxis para unirse a ellos. Tendría que haber estado aquí ahora.

¿A qué distancia detrás de ellos puede estar? ¿Porque le estaba tomando tanto tiempo?

Asustada se aparta de sus bebés otra vez, ella mantuvo su mano en Edena. — ¿Dónde está tu padre? —

— ¡Yo sabía que era él! — Edena golpeó a su hermano, quien hizo una mueca y la empujó suavemente a ella para que ella no fuera a golpear su hombro de nuevo. — ¡Te lo dije! —

— No, no lo hiciste. —

Haciendo caso omiso de su ira, Edena encontró la mirada de Serafina con tristeza en sus ojos. — Ellos lo atacaron y nos envió aquí mientras él luchó contra ellos. No creo que él fuera capaz de seguir. —

Blaise maldijo.

Fue entonces que sus hijos se dieron cuenta de que había otras personas en la habitación con ellos. A Edena la retiró Haydn y se puso en pie para ponerse entre ellos y sus tíos.

Serafina sonrió ante el gesto dulce protector que tenía tan similar a lo que habría hecho Max. Aunque para ser honesta, no había mucho el pobre chico pudiera hacer ahora mismo en su condición de herido, excepto caer y tropezar en su camino para atacar. Pero Dios le amaba por intentarlo.

Soltó a Edena para tomar suavemente a Hadyn por la cintura y hacer a su enorme cuerpo de adolescente a un lado.

Frotándole la espalda, ella sonrió con orgullo a él para hacerle saber lo mucho que apreciaba su dulce consideración. — Edena, Haydn... conozcan a sus tíos. Blaise e Illarion. —

— Hola. — Blaise hizo un gesto hacia la pared.

Desconcertado por eso, Hadyn frunció el ceño y Edena.

Illarion los ignoró a todos. Retorció la cara por las bromas. Tenemos que llegar a Max. ¿Dónde está él?

El ceño de Hadyn funde a una máscara de shock. — ¿Alguien más piensa lo extraño que es un que tío no puede ver y el otro no puede hablar? ¿Hay una razón para eso? —

Blaise lanzó una sacudida a él que lo dejó aullando. — Cuidado, mequetrefe. No necesito mi vista en este encontrarte y golpear tu culo. En cuanto a la voz, Illarion tenía sus cuerdas vocales cortadas por los seres idiotas humanos que trataron de impedir el fuego de respiración

cuando él era un niño. Alégrate de que no consiga poner sus manos sobre ti. —

De inmediato bajó la cabeza. — Lo Siento. No fue mi intención ofender a ninguno de los dos. Soy un idiota insensible que no siempre consulto con mi cerebro antes de que yo comprometa mi boca, sobre todo cuando me estoy haciendo daño. Si te hace sentir mejor, en las últimas veinticuatro horas, yo tenía tres demonios tratando de comerme para la cena, una docena de arcadios lanzándome mierda, y mi hermana gritando hasta casi dejar mis tímpanos sangrado. Bastante seguro de que perdí algo de testosterona en el camino. Definitivamente una mierda de toneladas de orgullo y dignidad. —

— ¡Hadyn! ¡Cuida tu boca! —

— Lo siento, mamá. —

Sacudiendo la cabeza, Serafina fue y agarró la espada de batalla de Maxis de la percha que le aseguró a su pared cerca de la puerta. Cuando empezó a salir, Illarion la atrapó. ¿Qué estás haciendo?

— Tú y Blaise cuiden a los niños. Me dirijo detrás de Maxis.
—

— Eso sería profundamente una mala idea. —

Serafina miró por encima del hombro para ver Fang de pie con la puerta abierta. — ¿Discúlpeme? —

Se hizo a un lado para mostrar a otro alto, de pelo oscuro Arcadian Centinela detrás de él. Sólo que este no era su hermano Vane. Era otro Drakos.

Uno que nunca había conocido antes. Vestido con una cota de malla medieval y sobrevesta amarilla, y con el pelo recogido en una cola de caballo, que tenía un aura de refinamiento real y feroz, guerrero y arrogante. Aunque la

mayoría de los Centinelas optaron por ocultar sus marcas faciales con su magia, la suya eran más que evidentes.

Fang hizo un gesto entre ellos. — Serafina Drago, conoce a Sebastián Kattalakis, Príncipe de Arcadia. —

Su mandíbula se aflojó al darse cuenta de que se trataba de uno de los príncipes reales. Un descendiente directo de Licaón, rey de Arcadia que había fundado su raza.

Pero antes de que pudiera inclinarse ante él, Illarion resopló con desdén. Que le den, ¿Fang? Eres un Kattalakis, también.

Sebastián arqueó una ceja arrogante por su despido grosero. — Sí, pero mi abuelo era el hijo del rey. El heredero original de Apolita nacido de su reina, Mysene. —

Bueno la fi-fi, Sr. Fancy Pants. ¿No es usted especial? ¿Quieres una galleta de héroe para ir con ese título?

Blaise fingió un ataque de tos. — Discúlpeme. Estoy teniendo un flashback raro de Kerrigan. ¿Debo irme ahora antes que las cosas mortales comiencen a volar? —

No, yo soy el que abandono. Mi hermano me necesita y el aire aquí es de repente rancio.

— ¡Espera! — Sebastián ordenó en un tono que dejaba Illarion con una expresión agria en su hermoso rostro. Una que dijo que Sebastián estaba a punto de estar en el dolor grave. O en un pabellón de quemados.

— Vine aquí para advertir a Fang sobre lo que estaba sucediendo. Hace unos minutos, recibí una citación de mi primo para asistir a un castigo para el Dragonbane que fue capturado. —

Serafina se quedó sin aliento ante sus palabras.

¿Por qué has venido aquí?

Sebastián se encogió de hombros ante la pregunta beligerante de Illarion. — Pensé que tal vez quiera obtener la palabra de Savitar para detenerlo. Como limani, Fang tiene la capacidad de ponerse en contacto con él. Yo no. Y habiendo sido torturado, yo mismo, yo no lo apruebo contra otro. Nunca. Encuentro toda la práctica de mal con gusto y lo tan bajo de nuestra especie.

Serafina no podía estar más de acuerdo.

Illarion miró a cada uno de ellos a su vez. ¿Qué hicieron ustedes? ¿Saque anuncios? Durante miles de años, Max permaneció oculto y seguro. Él cubrió esa mirada hostil hacia ella. Usted viene de nuevo a su vida durante cinco minutos e empieza a desmoronarse de nuevo. Ahora todo el mundo sabe quién es y todos están atacándolo. ¿Por qué tienes que arruinar su vida cada vez que te acerques en ella?

— ¡Eso no es justo! —

¡No lo es! Él nunca hizo nada por ti, excepto tratar de protegerte. Me gustaría que le hicieras un favor y salir de su vida antes de que lo mates.

Blaise se quedó sin aliento. — Illarion... —

No lo hagas, hermano. Es la verdad lo que hablo. Todos lo estamos pensando de ella. Yo sólo lo dije. Estoy harto de ver a mi hermano sangrar por ella.

Serafina dio un paso hacia él, con la intención de hacerle comer esas palabras, pero antes de que pudiera, un fuerte golpe sonó en el otro lado de las cortinas.

Todos ellos se congelaron.

Al unísono, se dirigieron hacia el ruido inesperado. Un suspiro exasperado fue interrumpido por las cortinas sólo lo suficiente para lanzar un objeto redondo entre ellos. Se lanzó a través del cuarto y aterrizó con otro golpe húmedo, blando

en el suelo antes de que rodara a unos cuantos pies.

Edena gritó y corrió hacia su hermano cuando el objeto se posó cerca de ella y resultó ser una cabeza humana sin cuerpo.

Un instante después, una enorme, dragón espinoso asomó la cabeza por entre las cortinas para ofrecer una sonrisa de medio lado. — Lo siento amor. No me di cuenta que alguien estaba aquí. —

Serafina se quedó boquiabierta al ver a Maxis tendido como si nada inusual hubiera ocurrido.

Él arqueó una ceja de dragón en Sebastián. — Espero que este no sea un amigo tuyo. Y si lo es, mierda dura. Él era un imbécil. ¿Alguien tiene algún hilo dental extra-grande con él? Tengo un trozo de dragonslayer Arcadian atascado en mis dientes. Cosa desagradable para soportar. Illarion, te equivocas. No sabe a pollo. Más como a culo pudriéndose por más de tres días. —

Blaise y Fang se echaron a reír. Sebastián pareció ofendido. Haydn y Edena quedaron boquiabiertos.

— Si dijera eso, yo estaría en la restricción para siempre, — Hadyn murmuró a su hermana.

— Sí, lo harías. Y no lo olvides. — Sacudiendo la cabeza, Serafina cerró la distancia entre ellos para que pudiera comprobar a Max y asegurarse de que estaba bien.

Que ella no estaba alucinando su repentina aparición.

Max no se movió mientras veía a su Dragonswan caminar hacia él con un paso lento. Esperó a la condena y estuviera seguro de que seguiría por su haber matado a uno de los suyos.

¿Pero honestamente? Estaba demasiado cansado y

demasiado dolorido para la atención. Dejaría que lo odie. El hijo de puta se lo merecía. Habían tratado de pincharlo.

La próxima vez, ellos deben traer más hombres. Lanzas grandes. Y marinarlos ellos mismos en un poco de salsa de soja.

Gah, ¿qué tipo de dieta meada era, solo para pobres? ¿Carne de gato podrido? ¿Vino Col?

Sin embargo, en lugar de condenarle, se dejó caer de rodillas en la cara y cayó contra su hocico. Y cuando ella se lanzó a llorar, al sostenerlo cerca, no estaba muy seguro de qué pensar ni qué hacer. Fue tan inesperado que por unos instantes, él estaba bastante seguro de que estaba soñando.

O muerto.

— ¿Sera? , — Dijo con los dientes apretados. La forma en que lo había sostenido, no podía abrir la boca sin dañarla.

Aún así ella no se movió. Ella se aferró a él con mano de hierro, mientras sus lágrimas calientes cayeron contra sus escalas. Preocupado y mucho más caliente de lo que se debería estar y en la cantidad de dolor que se encontraba, se obligó a regresar a su cuerpo humano para que pudiera abrazarla y no correr el riesgo de dañarla. Él se encargó de conjurar una manta y jeans para sí mismo por las cicatrices de la vista de sus hijos o hermanos.

Se sacudió el pelo de las mejillas húmedas. — ¿Qué pasa, Seramia? , — Preguntó, con el cariño que había hecho por ella lo hiciera por mucho tiempo.

Ella estaba tan molesta que no podía hablar. Ella se puso de rodillas y envolvió su cuerpo alrededor de él, y lo mantuvo en un fuerte abrazo con la mejilla apretada contra su corazón. Tenía un brazo envuelto alrededor de su cuello y el otro bajo el brazo, y se agarró las manos detrás de la espalda con

tanta fuerza, que no estaba seguro de que ella nunca iba a dejado ir.

Completamente desconcertado, se encontró con la mirada de Illarion por encima del hombro.

¿Ayuda?

Por primera vez, Illarion la miró con algo que no era irracional odio. Si Max no lo conociera, pensaría que su hermano finalmente aprobaba a su Dragonswan.

Sólo abrazarla, Max. Ella necesita saber que tú estás realmente aquí y todo. Es cómo las mujeres son a veces.

Después de haber sido acoplado a una hembra humana que lo amaba, Illarion sabría mejor que él. Pero Max no estaba tan seguro de toda la pieza. Le dolía tanto que apenas podía dibujar una respiración profunda. Y estando en un cuerpo humano era todo tipo de infierno especial.

Por no mencionar...

— Fang, no pasará mucho tiempo para que los arcadios puedan rastrearne aquí y exigir que los encienda a ellos. — Las medidas con el Dragonbane, y las leyes del Santuario no se aplicaban a él. Él era la única criatura a la que podían legalmente negar refugio. Era totalmente decisión de los propietarios si querían dar el calor de la misma.

Y su experiencia personal, dijo que nadie quería ese tipo de miseria, y definitivamente no los culpó por no querer ir en contra de otra patria que lo cobije. Sobre todo porque él no era familiar.

Después de haber vivido aquí por más de dos siglos, no podía pedir a los Peltier ir a la guerra por él. Ellos ya habían perdido suficiente para esta locura de Katagaria frente Arcadian.

— Si vas a proteger a mi familia para mí, que son inocentes en todo esto. Me aseguraré de que llevo a los demás fuera de tu puerta. Sólo necesito un minuto para recuperar el aliento, y recoger un par de cosas. Te prometo que no voy a poner al Santuario en el fuego cruzado con mi desorden. —

Resoplando, Fang metió las manos en los bolsillos traseros. — Muchacho, no te atrevas a insultarme con esa mierda. Pueden besar mi culo de lobo peludo, sabes exactamente de que Aimee sería capaz de desollarme vivo si me atreviera a dejar que ellos te atrapen. No me doy por vencido por familia. — Hizo una pausa. — Bueno, ellos podrían tener a Fury. No soy tan apegado a él. Pero sólo lo habían mantenido hasta que abriera la boca, y luego lanzar su culo de nuevo hasta mí con una catapulta. Él es como un mal boomerang de esa manera. —

Max se rió ante su tono hosco, sabiendo de la bravuconería que era. Fang mataría a su hermano. — Tú realmente no quieres este tipo de calor. Confía en mí. —

Fang echó un vistazo a los otros dragones en la habitación. — Tú fuiste uno de los primeros residentes que los Peltier tomaron en cuando se mudaron aquí. Cuando Eli y su mochila utilizaron tu brujería de prender fuego a la primera barra, tu pusiste a salvó a Aimee, Dev, y Cherif de que la quemaran viva a ella. Y tú eres la única razón por la que el fuego no se extendió a la Casa Peltier y atrapar a los otros que estaban durmiendo allí, incluyendo un Dark-Hunter habrían sido atrapados en el interior en la luz del día. Conozco las historias, también. Hermano, no hay nadie en este lugar que no quisiera luchar por ti. Ahora no sé qué le pasó a hacer que te marcaran y a mi realmente no me importa... Lo único que sé es que eres tú. Y si lo mataste, él se lo merecía. Así que eres libre de quedarse. Si son lo suficientemente tontos como para atacar, conozco un bar lleno de más hambres, de Carontes en el distrito de

Warehouse que le encantaría masticar carne de dragón. — Miró a la cabeza en el suelo. — Y a diferencia de ti, no les importa si Sen sabe a pollo o no. — Entonces él se rascó la barbilla. — Tú vas a recoger eso, ¿verdad? Porque yo no quiero tener que explicarlo. —

Frotándose la frente, Sebastián dejó escapar un lento suspiro. — Espero que sepas lo que estás haciendo, lobo. —

Fang arqueó una ceja. — ¿Me has conocido? Por supuesto no tengo idea de lo que estoy haciendo. —

Ignorando comentario hosca de Fang, Max se levantó para hacer frente a Sebastián. — Vaya a su Regis y diles que he llenado de sustancias peligrosas a los que me tomaron y atraparon a mis dragoncillos. ¿Quieren al Dragonbane? Quiero sus gargantas. Feria de combate. En el círculo. —

— ¡No! — Serafina se quedó sin aliento.

— ¿No? — Max arqueó una ceja.

— Quiero matarlos. —

Él le sonrió. Ese era su Dragonswan. Feroz hasta el final. — Demasiado tarde. Llamé a desafío primero. —

— Les das a luz. Debería tener el honor de vengarlos. —

— Y en el caso de que esto vaya mal, prefiero que pierdan a los padres a no saber que están unidos. —

— Preferiría no perderlos tampoco, — dijo Edena. — Sin ofender. —

Hadyn asintió con la cabeza.

— Estoy de acuerdo con los niños. — Blaise sonrió.

Ignorando el comentario, Sebastián se encontró con la mirada de Fang. — Si quieres que dé el reto, lo haré. Pero

ver tu espalda. Tengo un mal presentimiento sobre todo esto. —

Fang suspiró. — Dé Channon. Lo haremos lo mejor posible. —

Sebastián inclinó la cabeza a ellos antes de que desapareciera.

— ¿Channon?, — Preguntó Serafina.

— Su compañera. — Fang hizo un gesto hacia la sangre en el cuerpo de Max. — ¿Ustedes necesitan tener a Carson? —

Max sacudió la cabeza. — Sólo necesito descansar. Voy a estar bien. — Miró a Haydn. — ¿Y tú, niño? —

Hadyn miró a su madre y se mordió el labio. — ¿Estás bien, Matera? —

— ¿A qué te refieres? —

— ¿Acerca de nuestro padre? —

Ella frunció el ceño, todavía no estaba segura de lo que estaba hablando.

Edena dio un paso adelante para colocar una mano en su hombro. — Dile a ella, Haydn. Es la hora. —

Asiente con la cabeza, se inclinó hacia adelante a cuatro patas y Edena retrocedió para darle mucho espacio. Un segundo después, Hadyn surgió en una forma de dragón que era casi indistinguible de la de Maxis.

Con un gemido de profundo alivio, rodó sobre su espalda y dejó que su lengua pasara el borde de su boca. — Gracias a los dioses. Necesitaba esto. — Él jadeó y gimió su miseria. — Ah, igah, era tan difícil mantenerse humano! — Su cola se agitaba como un perrito feliz.

Serafina no estaba segura de qué hacer con él o sus comentarios. — ¿Hadyn? —

Riéndose de su angustia, Edena se trasladó a frotar su vientre. — Él va a estar bien, mamá. Es sólo un bebé grande. —

— Nena, mi culo. ¡Esa mierda daña! —

— ¡Hadyn! —

— Lo siento, Matera. ¡Fue brutal! — Él cubrió una garra sobre su hocico.

Aturdida, Serafina trató de darle sentido a esto. — ¿Me estás diciendo que eres Katagaria? —

Todo estaba todavía en la habitación. Como si cada uno de ellos esperara con gran expectación por su respuesta y su reacción.

— Sí, — le chilló.

Serafina se estremeció ante la duda subyacente en la voz de su hijo. — Oh, Hadyn. — Ahogando en lágrimas, se dirigió a él y le acarició el hocico, como lo había hecho antes a Maxis. — ¡Precioso! ¿Cómo puedes pensar por un momento que no te gustaría esto? —

— Oh no lo sé. ¿El hecho de que eres una dragonslayer que lleva botas hechas con las pieles de los dragones que has matado? —

— De tal palo, tal astilla. — Ella sostuvo su mano hacia Maxis mientras le acariciaba la mejilla con escamas de su hijo. — No me importa qué forma tomas, muchacho. Sigue siendo el bebé que he llevaba dentro de mí. El ángel que me cuidó y protegió. ¿Cómo puedes pensar por un segundo que alguna vez te pudiera odiar por algo que no puedes evitar? —

Edena golpeó su estómago. — Te lo dije. —

Hadyn la aporreó a ella con su cola.

— ¡Mamá! —

— Haydn, deja de golpear a tu hermana con tu cola. —

— Ella empezó. —

Serafina se volvió a Maxis. — ¿Harías algo así? —

— ¿Como qué? —

— ¿Habla con ellos? ¿Qué hiciste cuando tus hermanos pelearon? —

Se encogió de hombros. — Déjalos. Por lo general, se detienen una vez que el sangrado les estropeaba. —

Hadyn rió. Edena miró horrorizada.

Riendo, Max pasó junto a Sera por lo que finalmente podría echar un vistazo a sus hijos. Fue un sentimiento tan extraño estar con extraños que eran suyos. Sin embargo, una parte de él lo sabía. Podía sentirlo.

— ¿Puedo abrazarte?, — Preguntó Edena.

Las lágrimas brillaban en sus ojos antes de que ella se arrojara contra él. Haydn volvió a ser humano para poder lanzarse contra la espalda de Max y se acunaba entre ellos.

Serafina no podía respirar mientras los observaba. En ese momento, ella realmente se odiaba por lo que había hecho. Lágrimas nublaron su visión mientras observaba a sus hijos con el padre que nunca debería haber sido un extraño para ellos.

Como si sintiera su tristeza, Maxis extendió la mano hacia ella y la tomó en sus brazos. Ella tomó su mano y les permitió que la tragaran a ella en su capullo.

Hasta Hadyn protestó por sus costillas que dolían. Dando un paso atrás, volvió a ser un dragón.

Maxis sonrió a Edena, entonces Hadyn, antes de volverse a Blaise. — ¿Puedo pedirte un favor? —

— Claro. —

— El gallu no va a parar y tampoco los dos paquetes que vienen por mí. Se trata de una venganza de sangre que tiene siglos de antigüedad. Necesito a mis hijos donde no puedan llegar a ellos. —

— ¿Quieres que me llevaré a Avalon? —

— Por favor. Es el único lugar que conozco fuera de su alcance. —

Haydn y Edena protestaron inmediatamente.

Serafina quería discutir, también, pero ella sabía que Maxis tenía razón. Esta era la única manera de mantenerlos a salvo. Ellos ya habían sido castigados por los dioses por sus acciones. Ella no quería que estuvieran en la línea de fuego de nuevo. — El tiene razón. Es sólo por unos días. Prometo. Ir con su tío y nos pondremos en contacto muy pronto. —

Como Blaise empezó a salir, Max lo detuvo. — Dile a Merlín que no se preocupe. No he olvidado mi juramento o mis deberes. En caso de que caiga, la tutela se destinará a Falcyn y luego a ti. —

Él arqueó una ceja. — ¿Porque no Hadyn? —

Max sacudió la cabeza. — Yo nunca le haría eso a él. La maldición es demasiado fuerte. —

— Así que nos la das a nosotros. Gracias hermano. —

Max se echó a reír. — Conseguir algo de vuelta por todos los

años de infierno que me has dado. —

Blaise se puso serio. — Se lo diré a ella. Ten cuidado. —

— Y ustedes. — Besó la mejilla de Edena y abrazó Hadyn una vez más.

Tomó a Serafina y dijo adiós. Con la excepción de Nala cuando los tomo, nunca habían sido separados antes. — Iré muy pronto. Los amo a ambos. —

— Te quiero. — Edena la besó en la mejilla.

Hadyn la abrazó y la besó. — Te quiero, Matera. —

— Te amo. Protege a tu hermana. —

— Lo haré. — Y luego se fueron.

A solas con Maxis e Illarion, Serafina se sentía tan extrañamente vacía. Ella había sido una madre durante tanto tiempo que había olvidado lo que era estar sola. Para no tener que mirar por encima del hombro para asegurarse de que sus hijos se mantenían al día con ella y no quedarse atrás.

Ahora...

— Tenemos que prepararnos para la guerra. —

Maxis asintió.

Illarion fue a la cabeza sin cuerpo. Yo me encargo de esto. La envolvió en una camiseta. Sus ojos tristes, bloquean la mirada con Maxis. Lo siento mucho que te arrastré a esto. Luego miró a Serafina. Y siento que he sido tan grosero contigo todo este tiempo que has estado aquí. No es realmente la que has jodido la vida de mi hermano y la arruinó, mi señora. Soy... Y te juro tanto que no voy a derramar mi odio sobre ti más. Por favor, perdóname.

10

Max agarró el brazo de Illarion cuando empezó a salir. — No tienes nada de que pedir disculpas por lo que a mí se refiere. — Él esbozando una sonrisa de reprendiendo. — Por lo dicho, podrías haber sido un poco más amable con mi Dragonswan. —

La agonía atormentaba en la mirada de Illarion era abrasadora. ¿Cómo puedes no odiarme? ¿Por lo menos, me culpes ni me maldigas por lo que te he hecho?

Max hundió la mano en el pelo largo de Illarion y bloqueando la mirada con él para que pudiera ver la sinceridad en su corazón. — ¿Mi vida sin ti podría haber sido mejor? ¿En serio? Vamos a decir que nada de esto hubiera pasado. Eso que me quedé un drakomas completamente lleno de sangre caliente. ¿Dónde estaría ahora? En una cueva en algún lugar solo como estaba, que permaneciera en Avalon? Tienes razón, Illy. Eres un rango, hijo de puta jodido que me perdonó que un dios terrible nos diera este destino. Debo llevarte fuera ahora mismo y vencer a esa mierda dentro de ti por hacerme esto. —

Illarion resopló. Te odio.

Sonriendo, aumentó la presión en el cabello de su hermano antes de que él lo dejara en libertad. — Yo también te odio. —

Entonces Illarion hizo la única cosa que no había hecho desde que era un pequeño dragonet. Tomó a Max en un fuerte abrazo y lo mantuvo allí.

Cuando por fin se dio un paso atrás, se negó a mirarlo a los ojos, como si la acción lo hubiera avergonzado demasiado para reconocerlo. Voy a comprobar a los otros. Estoy seguro

de que ustedes dos podrían utilizar un momento para ustedes para recuperar el aliento, y decidir qué hacer con su tribu y los demonios que los reclaman.

— Gracias. —

Illarion inclinó la cabeza hacia él, luego fue a la izquierda.

De pronto, a solas con Serafina, Max se dio la vuelta, sin saber qué decir. Había vuelto de nuevo en su vida como un torbellino invisible y trajo todo tipo de devastación y revelaciones en su estela. Era casi tan rápida y sorprendente como inesperado el regreso de Illarion después de siglos de ausencia. Honestamente, los dos se habían dejado tambaleándose sintiendo sin conexión a tierra y mareados.

Mientras que el regreso de Illarion le había requerido para reorientar sus arreglos de vivienda - se había visto obligado a aprender a compartir su espacio en el ático con otro dragón - esto...

Esto cambió todo. El hecho de que él era un padre completamente redefinido quién y qué era, así como en sus lealtades y responsabilidades laicas.

Tenía ahora una familia.

Su primera prioridad a proteger eran los miembros de Peltier y la Sangre Real. Estaba así protegiendo su propia progenie y asegurándose que vivieran.

Nunca antes había Max lamentado ser marcado como Dragonbane. Ni siquiera había intentado defenderse durante el juicio.

Ahora...

Su familia lo necesitaba a él para no ser cazado. Por primera vez en la historia, lamentó lo de días atrás y la decisión que había tomado de tirar su vida. Lo que había parecido una

solución simple entonces, ahora, tenía consecuencias imprevistas letales.

¿Cómo puedo deshacer esto?

No tenía ni idea.

Serafina se acercó a Max lentamente, sin saber de su estado de ánimo repentinamente sombría. Que decirle para aliviarlo. Había un aire peculiar en él que ella no podía distinguir. Pero una cosa era obvia...

— Estás sangrando. — Ella lo tomó del brazo para llevarlo de vuelta a su... bueno, ella dudó en cómo llamar a la paja que se extendió en el suelo como una cama. Cualquiera otra cosa le podía insultar. — Hay que limpiar tus heridas antes de que una infección se fije adentro. —

— Van a sanar. —

Ella quería discutir, pero él sabría mejor que ella. Aún así... — me sentiría mejor si me permites atenderlas. —

Por último, su mirada se suavizó. Alguna rigidez dejaron sus miembros.

Ella pasó la mano contra la mancha de sangre en su camisa y frunció el ceño ante él. — ¿Cómo eres capaz de mantener tu forma humana y estar herido de esta manera? —

Se encogió de hombros. — Soy una bestia diferente. Con la excepción de Illarion y yo, los otros se llamaron para formar los Were-Hunters eran todos Draconi. — Más pequeños en estatura, eran más animales en la naturaleza que sus primos drakomai que eran más grandes. También carecían de las mismas habilidades mágicas y paranormales.

— ¿Cómo un dios no sabe la diferencia? —

— No creo que le importara. O tal vez lo hizo y él estaba

probando las diferentes razas Drako para ver cuál podía combinar mejor con ADN Apolita antes de mezclar nuestra sangre con el hijo de Licaón. — Suspiró. — Al final, ¿realmente importa? —

En realidad no. Su corazón dolorido por lo que le habían hecho a él y a su hermano, se sacó la camisa por la cabeza para examinar las heridas en su cuerpo humano. Las heridas que conocía eran probablemente más profundas en su forma de dragón, aún ocultas por su magia - como solía hacer con su marca. Debe de haber luchado ferozmente por sus hijos. Pero entonces, eso era lo que mejor sabía. Lucha y sangrar para proteger. — ¿Cómo llegaste tan lejos? —

— Luche. —

Reprimiendo una sonrisa a su confirmación verbal de sus pensamientos, trazó las crestas de su duro abdomen. Su cuerpo había sido siempre uno de los mejores de cualquier hombre. Generosamente salpicado de pelos dorados oscuros, ese cuerpo la había tentado y la complacía al borde de la locura. En una ocasión había pasado horas pasando sus uñas sobre los picos y valles de su pecho desgarrando y esas poderosas piernas. El príncipe griego con el que había sido fusionado debió de ser bastante espectacular. No es de extrañar que Lycaon hubiera estado tan decidido a salvar la vida de su hijo.

Maxis le cogió la mano entre las suyas. — ¿Por qué me tocas cuando sé cuánto estás de disgustada con mi raza? —

Esas palabras sentidas la ahogaron. — Nunca me he disgustado, Maxis. Sólo me asustan. —

— ¿Asustarte? —

Ella asintió con la cabeza mientras ella confesó el secreto que siempre había mantenido de él. Ya era hora de hacerle saber la verdad. Para dejar ver su corazón y verdaderos miedos.

Por qué ella se había apartado de él cuando debería haber adoptado todas las partes de su señor dragón. — He luchado contra dragones suficientes para saber lo poderoso que eres en realidad, a pesar de que intento ocultarlo. El mismo aire que te rodea chisporrotea con la energía que tiras. Como ya he dicho, el hecho de que puedes mantener tu cuerpo mientras tienes esta cantidad de dolor... Nadie más puede hacer eso. —

— Esa no es razón para temerme. —

Ella dejó escapar una risa nerviosa contradictoria. — Es toda la razón para temerte. Eres el Dragonbane. Que dibujó la primera sangre sin razón. —

Se retiró como si ella lo hubiera abofeteado. — ¿Así que es eso, entonces? Me juzgas sin saber. ¿Has visto mi corazón y todavía estás ciega? —

— No, ahora tú eres el injusto. —

— ¿Cómo lo sabes? —

— Si no me importaras, ¿crees que habría llevado a tu bebe mientras que nunca sabría si era humano o dragón? Cada día que estaba embarazada, estaba aterrorizada de lo que iba a salir de mí. —

Él resopló con desdén. — Porque temías que no serías capaz de amar a un nacido dragonet verdadero. —

Lágrimas nublaron su visión mientras hablaba y con su vergüenza eterna en voz alta. — En parte. Tienes razón. Tenía miedo de eso. Pero cada vez que pensaba de purgar de mi parte, yo no podía. Porque me acordé de la forma en que me sostuviste, me protegiste. Cómo sostuviste maltrato de mi tribu en silencio para que no herir mis sentimientos, y me hizo decidida a mantener esa parte de ti, no importa qué. —

— ¿Tu viste? —

Ella asintió. — Y me odio por no decir nada. —

En ese momento, mientras miraba para arriba en su mirada herida, vio la misma dolorosa memoria inquietante que aún la perseguía.

Serafina había viajado de vuelta de una misión particularmente peligrosa. Debido a que habían estado al borde de la guerra con otra tribu amazónica, Nala se había quedado con un contingente de guerreros para defender el pueblo debería estar bajo ataque, y envió a Serafina a dirigir sus fuerzas contra los dragones que habían visto.

Exhausto y herido después de perder la mitad de su partida de caza con los Katagaria, Serafina había hecho otra cosa que el sueño de volver a casa y dormir durante unas horas. De acurrucarse al cálido cuerpo de Maxis y con él la mantenerse hasta que se olvidara de los olores rancios de la batalla.

En cambio, Nala había emitido una convocatoria inmediata para un público a su regreso.

Recién salida de la matanza, Serafina se había ido a su reina y se inclinó, pensando que el asunto tenía que ver con su caza o las amazonas que amenazan con invadir sus tierras.

No podía estar más equivocada.

Nala se había levantado de su trono - algo que nunca fue una buena señal. — Hemos tenido a esa cosa que ha arrastrado a nuestro pueblo y nos obligó a tolerar desde hace años para que usted tuviera un compañero de juegos. —

— ¿Perdón? —

— ¡Su compañero rabioso! ¡Él me atacó! —

La mandíbula de Serafina había caído. — ¿Discúlpeme? —

Nala se refirió a los restos de una contusión profunda de color púrpura en el brazo. — Tu animal me atacó. ¡Sin ser provocado! Él es desobediente. ¡Irrespetuoso... peligroso! ¿Y si hubiera atacado uno de los niños? ¿O la pareja de otra persona que no podían protegerse a sí mismo? —

— Basilinna, por favor. Estoy segura... —

— ¡No! No más de sus excusas. Él es un animal que se desató y has dejado sin vigilancia, caminar entre nosotros sin ningún tipo de reglas o límites. Nosotros, ya no podemos permitirle dar vueltas, sin marcar. No después de esto. Ha llegado el momento que debes elegir tus hermanas o tu bestia. ¡No voy a excusar esto! — Ella hizo un gesto de su brazo lesionado.

— ¿Estoy siendo expulsada? —

— No. Usted debe someterlo a una desgarrada. Sólo entonces podré permitir que se quede en nuestro pueblo, pero sólo mientras lo tengas encadenado como el animal salvaje que es. Si no estás de acuerdo, voy a tener lo ejecutarlo. —

Aterrorizada, Serafina había tragado saliva audiblemente. Maxis no toleraría que se le mantenga encadenado. Y ella no podía culparlo.

Nala lanzó un collar en ella. — Tráemelo dentro de la hora a su castigo o voy a enviar una tesela por su cabeza. —

Sus manos estaban temblando, ella cogió el cuello y la metió en su bolso. Una parte de ella quería mendigar, desesperadamente a Nala para que cambiara de opinión. Pero ella sabía que sería inútil. Nala estaba demasiado enojada.

Y ella era reina. Su palabra era la ley que todos ellos vivieron y murieron.

Incapaz de luchar contra el comando de Nala, Serafina se había dirigido a su tienda, donde encontró Maxis esperando con su exiguo puñado de ropa ya empaquetado.

En el instante en que vio su rostro, se había estremecido visiblemente. — Supongo que has oído. —

— Que me magulle Basilinna? ¡Claro! ¿Qué estabas pensando? — Ella nunca olvidaría la expresión de su cara. Se atrevió a aparecer como si ella lo hubiera abofeteado por ninguna razón. Y eso sólo tenía más enojada.

— Yo iba a pasar a mi cueva, pero yo no quería hacerlo hasta su regreso. Me pareció descortés no decir adiós y no le diga a dónde iba. Yo sé lo mal que te pones cuando no sabes dónde estoy. Ahora que estás de vuelta... Creo que es lo mejor. Nadie más aquí sabe dónde estaré. —

— ¿Eso es todo, entonces? ¿Esa es tu solución? ¿No, por lo menos vas a pedir disculpas? —

Shock total llenó sus ojos y la expresión. — ¿Para qué? —

— ¿Avergonzándome? ¿Asaltas al líder de mi tribu? ¿Algo de esto te suena familiar? —

Con el ceño fruncido, él la miró. — Les pedí que te fuera conmigo. —

— ¿Esa es tu respuesta? ¿Yo no abandonaré mis deberes y tribu por ti, a tus órdenes, por lo que está bien para que tú puedas asaltarlos a ellos cada vez que vayan? —

— No dije eso. —

Furiosa, ella se había visto mientras recogía su mochila y se la colgó sobre su espalda, entonces su espada y capa de piel. Un tic furioso había trabajado en la mandíbula, como si tuviera algún derecho a estar enojado después de lo que le había hecho a los dos. Tuvieron suerte que Nala no estaba

pidiendo la vida de ambos. — Voy a estar en la cueva cada vez que tengas tus antojos de mí. —

Cuando empezó a irse de ella, le había tomado el brazo para detenerlo. — Espera, Maxis. —

Hizo una pausa para mirarla con una expresión de esperanza la esperanza de que se hubiera derretido rápidamente a tristeza y resignación al darse cuenta de que ella no iba a dejarlo salir.

Suspirando, él se inclinó para besarla en la mejilla.

Y tan pronto como él estaba a punto de besarla, ella colocó el collar alrededor de su cuello y lo encendió.

Su respiración se había vuelto al instante desigual mientras dejaba caer todo lo que tenía y trató de sacarlo. Dado que nunca había usado un collar, que no había sabido que iba a ser doloroso. Pero cuando él se puso de rodillas, jadeando y desesperado para eliminarlo, se dio cuenta de que estaba prohibiendo su magia. Realmente le dolía.

— ¿Qué has hecho? — Su tono había sido llenado con absoluta agonía.

— Nala ha exigido una desgarrada. Es hora de que aprendas tu lugar. —

Sus ojos se ampliaron, había la mirada con tal furia que ella realmente había dado un paso atrás por miedo.

— No hagas esto, Sera. No voy a perdonarte. —

— Es demasiado tarde para eso. No tengo otra opción. — Agarrando el cuello, ella trató de arrastrarlo a la tienda de Nala. Luego aprendió rápidamente lo pesado que era su obstinado peso, inerte.

Con otra opción, le había dejado en su tienda para decirle a

Nala que lo había agarrado. Y mientras se alejaba, sus maldiciones para ella sonaron en sus oídos.

— ¡Para esto, Sera, y voy a dejarte para siempre! ¡Te prometo que no voy a tomarte! Te arrepentirás de lo que has hecho. ¡Lo que permites que ellos hagan en mí! —

En retrospectiva, ni siquiera estaba segura de por qué lo había hecho. Nala nunca había sido tan buena con ella. Ella podía culpar a la humillación de ser llamado ante su reina a su llegada. Especialmente teniendo en cuenta el número de veces que le había dicho a Maxis de mantenerse alejado de los demás. Le había ordenado retirarse. Su agotamiento por su regreso...

Un millar de cosas que eran excusas estúpidas y pobres.

Lo único que realmente podía decir en su defensa fue que ella no había tenido ni idea de lo brutal que sería para él. Normalmente, una desgarrada era unos latigazos, no más de diez para un compañero de mal comportamiento, de unos días en el pozo, y un par de semanas más de rehuir.

Luego todo volvía a la normalidad. Puesto que era rechazado Maxis, y él era más fuerte que la mayoría, y que no había pensado mucho acerca de ser castigado, aparte de que sería apaciguar a Nala y evitar que más acción sea tomada en contra de Maxis.

Sin embargo, en el instante en que ella le dijo a Nala que estaba con collar y esperaba, Nala había llevado la mitad de la aldea para sacarlo y para que lo pudieran atacar como si él fuera el único responsable de todos los males que un Katagaria había hecho a un Arcadian. La alegría salvaje en sus ojos mientras llovía una ira inimaginable en su cuerpo todavía envió escalofríos por ella.

Cuando ella empezó a avanzar para protegerlo, Nala la había agarrado y empujado a su espalda. — Usted no puede

interferir en esto o se le torturaría después —

— Basilinna —

— ¡Lo digo en serio! Nadie desafía mi autoridad. Y definitivamente no era un perro de mierda. —

Serafina había dado un paso atrás, pensando que sería más rápido. Pero unos minutos más tarde, cuando no mostraron señales de detenerse, cuando sus vítores de júbilo habían seguido ellos empeoran, y que aún tenía que dar un castigo formal para él, y que no se habían separado o detenidos a pesar de las amenazas de Nala.

Se habían encendido ella entonces. Dio una pelea sin cuartel que la había forzado a retirar o corría el riesgo de perder a sus hijos no nacidos.

Por el momento su enojo se gastó y finalmente se había arrastrado, luego arrojado en el foso, el daño estaba hecho. Maxis apenas había sido capaz de respirar o moverse. Sus alas estaban rotas, yacía allí, jadeando de dolor como el animal que lo acusaron de ser.

— ¿Maxis? —

Se había negado a mirarla. En su lugar, había contemplado el muro de boxes, lentamente parpadeó.

Afligido y enfermo, Serafina había querido calmarlo. Para retomar todo de vuelta. — Maxis, por favor, mírame. —

Por último, la había clavado con una mirada llena de odio frío.

El tiempo y el silencio colgaban entre ellos mientras trataba de pensar en algo que decirle. Pero al ver su estado y la furia de la traición en esos ojos de oro, la ira y la rabia que ella merecía totalmente...

No había pensamientos que vinieran a su mente.

En cambio, él había hablado esas palabras en voz baja que la habían perseguido desde entonces. — Te lo dije cuando nos apareados que yo con mucho gusto te daría mi corazón, mi vida y mi amor, pero que cuando lo hice que vine con una condición. Nunca abusar de mí. El amor no es abuso. Y me has hecho daño, por última vez, mi señora. Ya he terminado con usted. Para siempre. — Entonces él había cerrado los ojos y se negó a mirarla.

Ahora él se puso delante de ella otra vez. Y ella tenía su nueva oportunidad toda arruinada.

Una nueva oportunidad para reconstruir. Si le hubiera permitido.

Queriendo empezar de nuevo, ella extendió la mano y le tocó el pelo corto que le recordaba lo diferente que era del dragón feroz al que se había sido acoplado hace mucho tiempo. — ¿Vas a decirme que lo que pasó entre tú y Nala? —

Más tristeza oscureció sus ojos. — No te importa. ¿Qué diferencia hace? —

— Porque en vez de atacar a continuación, debería haber pedido tú versión de los hechos, y yo nunca lo hice. Quiero saberla, ahora. ¿Por favor? —

Max vaciló. Todavía no estaba seguro de que esto era una buena idea. Pero realmente, ¿qué más daba?

Asintiendo, él tendió la mano. — Deja que te enseñe. —

Ella frunció el ceño. — ¿Muéstrame cómo? —

Sus ojos se la llevaron a la tarea para su vacilación. — ¿Todavía no confías en mí? —

— No dije eso. Acaba. —

— Tú no confías que no voy a hacerte daño. — Ella podía negarlo todo lo que quisiera, pero él vio la verdad en su mirada de avellana. Con un profundo suspiro, se dirigió a su dormitorio. — Te unes a mí o no, te toca a ti. Realmente no importa de una manera u otra. — Él lo había escrito hace siglos su relación terminaría.

Cansado, dolorido, y honestamente cabreado sobre todo con ella, se dirigió a su pequeño montón de pieles a veces utilizado como una almohada. Tendría ya que se hubiera convertido en un dragón de no haber sido por el horror de sus ojos que la delataban cada vez que lo veía en su verdadero cuerpo. Pero entonces, él estaba acostumbrado que las personas reaccionaran mal a él.

Él era un dragón, después de todo. Sólo arrojaban partes de su especie cuando los dragones eran falsos o habían sido sacrificados y estaban celebrando su muerte.

Así que se quedó pasmada cuando lo siguió y se acostó a su lado.

— Muéstrame. —

Abrió los brazos en invitación.

Serafina vaciló, sin saber lo que iba a hacer con ella. Como otra opción, se acurrucó y se dejó que la abrazara. Ahuecando su cabeza, él apoyó la barbilla en su pelo y la acunó contra su cuerpo. Podía oír su profundo latido del corazón, feroz debajo de su oreja.

— Cierra los ojos y deja que te guíe. —

Ella obedeció y se quedó atónita con las imágenes... no, los recuerdos empezaron a jugar a través de su mente. Sólo que no eran sus recuerdos, eran suyos.

Max se había ido a bañar y buscar agua fresca a la espera de su llegada. Desde hace más de quince días, se había visto

obligado a soportar la miseria total de la vida entre las amazonas sin ella. Debido a su promesa, fue encerrado en su pueblo donde no tenía la más mínima de la hospitalidad.

Mientras que ella había sabido algo de él, ella no se había dado cuenta de que había sido expulsado de sus comidas, también. Que cada vez que regresó a su casa para encontrar comida esperando por ella, era algo que había cazado y preparado para ella porque no le permitirían tomar sus porciones a menos que ella estuviera allí y lo conseguía para ellos.

Ni siquiera se le permitió sacar agua de su pozo para que no contamine la misma. Más bien, él tuvo que ir de excursión a la corriente para recoger su propia agua y llevarla de vuelta a su tienda de campaña.

Cuando volvió a llenar su tienda, se encontró con Nala en su tienda de campaña, esperando.

— ¿Dónde estabas? —

Preocupado por su presencia inesperada, él puso su agua abajo y frunció el ceño ante su pregunta. — ¿Ha sido herido Sera? — Era una suposición natural, ya que fue la única vez que la reina fue a visitar a la pareja de alguien.

Riendo, ella le rodeó. — No. Envió ni una palabra. Ellos no van a estar de vuelta por unos días más. —

Su estómago se había encogido ante la perspectiva de estar incluso más tiempo sin ella. — Oh. —

— Así que dime, dragón, ¿qué haces aquí mientras ella se ha ido? —

Encogiéndose de hombros con indiferencia, él volvió a llenar sus reservas de agua. — Yo espero. —

Había arqueado una ceja ante eso. — ¿Y? —

No estaba seguro de por qué le preguntó eso, él había puesto la jarra a un lado. Era lo que hace su especie. No eran un grupo creativo. Más bien, comprueban su perímetro, marcan su territorio, y lo guardaban cayendo bajo su protección. Las aficiones no sirven a ningún propósito excepto para distraerlos de sus funciones.

— ¿Y qué? —

— ¿No lo entiendes esperar es aburrido? —

— En realidad no. —

Ella chasqueó la lengua con la mirada. — Usted sabe, que yo podría ayudarle con su capa caída. —

— ¿Cómo es eso? —

Nala se había detenido frente a él entonces. Sus ojos hambrientos, había extendió la mano y trazó una línea por el centro del pecho que se había dirigido directamente a una parte de su anatomía que no era para ella.

Max le cogió la mano justo cuando ella se fue al sur de su ombligo. — Estoy emparejado. —

En lugar de ser intimidado, se había enganchado con el dedo en la cintura de sus pantalones. — ¿Sabes lo que sigo pensando? —

— No tengo idea, mi Basilinna. —

— La noche que Serafina te trajo para nuestra inspección. —

El calor había impregnado sus mejillas en el amargo recuerdo de una noche que preferiría olvidar. Para apaciguar a su reina y sus hermana mujeres de la tribu, Sera lo había "presentado" él a ellos para que pudieran inspeccionarlo y tener la seguridad de que era lo suficientemente dócil para residir en su pueblo. Completamente desnudo, se había visto

obligado a soportar su escrutinio audaz y andar a tientas lo grosero de su cuerpo, ya que se aseguró que era "hombre" lo suficiente como para vivir entre ellas.

Ninguna parte de él se había quedado sin examinar.

O acariciaron.

Para el final de la misma, había estado tan furioso y herido que él la habría dejado a Sera, pero la había disculpado y le prometió que no iba a dejar que lo trataran así de nuevo. Que se trataba de un evento de una sola vez, y que ella lo haría por él.

Aun así, la humillación y el dolor se habían quedado en su corazón. Sobre todo porque él sabía que no se lo hicieron a los varones de Arcadia. Los arcadios eran respetados y permitían su dignidad.

Nunca a él.

El animal.

— ¿Lo de aquella noche? , — Le había preguntado, dando un paso atrás, fuera de su alcance.

Ella había cerrado la distancia entre ellos y alargó la mano para tocar las plumas en el pelo trenzado. — Usted es el macho más guapo en nuestra tribu. ¿Sabía usted eso? —

— No, Basilinna. No he prestado mucha atención a los otros hombres aquí. —

Había reído de eso. — Ya sabes, parte de su trabajo en esta tribu es agradar y servirme. —

Esas palabras habían enviado escalofríos sobre él. Especialmente cuando llegó a los cordones en sus pantalones.

Agarrando sus manos, él la había dejado. — Basilinna, por

favor. No puedo hacer nada. Usted sabe las leyes de nuestro pueblo. —

— Y qué desperdicio que son. Aún así... usted tiene otras partes que son capaces de complacerme. — Ella había llevado la mano al pecho. — Dime que no has sido tan curioso acerca de otras mujeres como nosotros acerca de ti. —

Había tratado de apartarse, pero ella era implacable.

— ¿Sabes cuántas veces he visto a los dos como animales en celo? Sé exactamente de lo que eres capaz, un amante con la boca y las manos. —

La ira y la vergüenza hacen una mezcla mortal en su corazón. — ¿Usted está espiándonos? —

— Fue la curiosidad humana. Algo que un animal no lo entendería. —

El insulto le había picado. Siempre odiaba cuando se dijeron así a él.

— Ahora como tu Basilinna, te ordeno que vengas a mí. ¡Dame lo que quiero! —

La agarró con más fuerza para mantener sus manos fuera de sus pantalones y fuera de su cuerpo. — No. —

— ¿No? — Su tono sorprendido habría sido ridículo temía que la situación no había sido tan grave. — ¿Te atreves a negarte? —

Él la miró. — Sólo soy un animal mudo, incapaz de comprender las complejidades de cómo funciona su sociedad. En mi mundo, las reglas son simples. Tengo una compañera y yo pertenezco a ella, y a nadie más. —

— Y ella sería la primera en llevarte desnudo a mi cama y

encadenarte allí si le pido algo que es de ella. ¿Eres demasiado estúpido para comprender eso? —

Aún más furioso, que cuando había empezado a negarlo. Pero en el fondo de su corazón, sabía que Nala estaba diciendo la verdad. A cada paso, Sera le había mostrado que iba a someterse a su reina, no importa lo ridículo o lo que significara el comando.

Qué humillante.

Sin embargo, él no iba a aceptar esto. No sin una pelea. — A continuación, obtén el permiso de Sera. Pero sin ella... No voy a hacer esto. Ella es mi Dragonswan. La lealtad a mí y mi corazón van primero para ella. —

Nala le había dado un revés. — ¡Y ella viene a mí, estúpido hijo de puta! — Ella llegó a él de nuevo.

Esta vez, Max la había agarrado del brazo y la obligó de nuevo, hacia la abertura de la tienda. — ¡No voy a su mierda, puta! No me importa quién seas. Tú no eres mi Sera y yo no quiero su culo humano en mi cama. — Él la había empujado con tanta fuerza que se había tropezado y caído por la abertura, fuera de la tienda.

Sabía que si se quedaba, él probablemente la matara, Max había reunido inmediatamente algunos suministros a su espalda, y dejó el pueblo para dirigirse a su cueva para esperar el regreso de Sera. Este era el único lugar en que alguna vez se sintió que él pertenecía. Donde nadie se burlaba de él o lo menospreciaba.

Él había vuelto a su forma de dragón tan pronto como pudo y voló a la seguridad de su único refugio. Sera estaría furiosa por esto. Él lo sabía. Ella nunca le gustó siempre que enfureció a su reina. Y habría un montón de gritos después.

Pero no era una puta para ser usado. Y mientras él haría

cualquier cosa para complacer a su pareja, era donde él dibujó la línea. Él se ocuparía de la furia de Sera. Pero él era a la vez tratado como un objeto inanimado, sin voluntad propia.

Sí, su corazón era el de un animal. Leal. Fiero. Protector. No entendía la duplicidad y la mentira de su pueblo. Por encima de todo, que no entendían la traición y la mentira.

Honestamente, deseó que Sera pudiera entender por qué él no quería quedarse en casa sin ella.

Estas son mis hermanas. Nosotros nos encargamos una de la otra.

¿No me preocupo por ti?

No es lo mismo, Maxis. Tú no entiendes el vínculo de hermandad que compartimos. Tengo un juramento que defender.

¿Y qué de nuestra unión? ¿Tu palabra a tu pareja?

Las Parcas nos obligaron a estar juntos.

Las mismas Parcas que te ponen con mis hermanas. Sus lazos con ellas no son más fuertes que sus vínculos conmigo.

Así que no, no entiendo tu lealtad a ellas sobre la de tu propio compañero. ¿Por qué no vienes conmigo?

No puedo, todo lo que sé es estar con ellas.

¿Por qué no? Salí de mi mundo por ti.

No es lo mismo.

¿Porque yo no soy humano?

Y hay un argumento siempre se detiene, porque todo se reducía a un hecho. Era un indigno animal de corazón humano.

Había soñado con encontrar un hombre para amar. Max nunca sería nada más que una decepción para ella. No importa lo que dijera o hiciera. Cuando ella miró a los ojos, no veía a un hombre allí.

Ella vio una bestia indomable. Aquella que la avergonzaba.

Afligido por la ira que él sabía que iba a desatar en él cuanto regresara, estaba pesadamente en su cueva donde se había reunido todos los elementos que cayeron bajo su protección y al carajo con cada uno de ellas. Con su cola, azotaría a todas ellas, odiando lo que era.

Odiar el hecho de que el corazón de su dragón se enamoró de una mujer humana que era incapaz de amarle.

Y por eso se quedó, a pesar de la animosidad y desafíos.

Porque en el fondo, donde lo odiaba más, era donde tenía la esperanza de que un día Sera podía mirar más allá de su corazón y ver su alma, la que le pertenecía. Que iba a aprender a no despreciarlo por algo que él no podía evitar más de lo que podría ayudar a nacer en un grupo de perras de espíritu.

Pero las esperanzas y los sueños eran para los seres humanos.

Y así apareció, era el amor.

Serafina se apartó y regresó a su propio cuerpo. Durante un minuto, que no podía moverse ni respirar mientras escuchaba el latido constante del corazón de Maxis. Cuando ella repite sus recuerdos y sintió una rabia ciega consumirla.

Esta vez, no estaba en él. No fue porque realmente se lo merecía.

— ¿Por qué no me lo dijiste? — Susurró.

— Nunca escuchaste. —

Él estaba en lo correcto. Empujándose a sí misma, ella se quedó mirando a esos ojos heridos y trazó la línea de sus labios con la punta de sus dedos. — Lo siento mucho. — Por primera vez, vio a la humanidad a través de sus ojos y comprendió exactamente lo que Aimee había querido decir.

Durante toda su vida, se había centrado en el clan de los Katagaria que habían atacado su aldea y mataron a su madre. Ella aún no sabía por qué se habían hecho eso.

Un asesinato, una masacre animal. Eso era todo lo que le habían dicho nunca otra cosa. Fue lo que hizo un Katagaria. Todo lo que sabían. Eran animales salvajes que mataron indiscriminadamente y sin conciencia.

No les importaba quién o qué destruyeron. Eran incapaces de comprender.

Pero Maxis tenía razón. Él nunca había mostrado ese lado de ella.

Bueno, dando vueltas en la cabeza durante unos minutos, no obstante. Sin embargo, ella podría excusar eso. Ella habría hecho cosas peores si hubiera estado allí para salvar a sus hijos.

Por primera vez, miró a su compañero y no buscó el ser humano en su interior.

Ella vio su corazón animal por lo que era. Bonito.

Y se dio cuenta de que eso era de lo que ella se había enamorado. Ese era el animal dentro de él que ella atesoraba encima de todo. Era lo que le hizo Maxis. Lo que lo hacía diferente de los demás hombres.

Con el ceño fruncido, se pasó los dedos contra sus mejillas frías. — ¿Por qué estás llorando? —

— Porque te hice daño cuando no debería haberlo hecho. Yo escuchaba a los demás cuando debería haber mantenido el consejo contigo a solas. Y, sobre todo porque sé que no merezco la segunda oportunidad que voy a pedirte. —

Max aspiró bruscamente ante sus palabras. Podía sentir que les quería decir. Por lo que habían “significado” ellos antes y lo que había vivido para lamentar el confiar en ella.

— No sé, Sera. Han pasado tantas cosas entre nosotros. —

— Tienes. Sé que no tengo derecho a pedirte esto. — Ella tomó su mano entre las suyas y le besó la palma. — ¿Puedo compartir una memoria contigo? —

Vaciló antes de asentir. — Sólo pienso en ello y te veo. —

Tenía tantos recuerdos que quería mostrarles a sus hijos. Pero había uno en particular que debería ver.

Fue cuando sus gemelos habían entrado primero en la pubertad. Habían sido aterrorizados de sus emociones y magia.

Hadyn en particular había sido asustadizo. En retrospectiva, se dio cuenta de que debía haber sospechado que estaba cambiando de humano a Katagari. Como tal, había sido incluso más resistente a sus nuevos poderes que Edena. Tampoco había sido más fácil los arcaños mal vistos en cualquier persona que cedió a su naturaleza animal y se hubiese transformado.

Su gente lo consideraba débil para cambiar de forma. Mientras que otras patrias Arcadias tenían sus propias leyes y costumbres, la de ella se espera que mantengan su forma humana, no importa qué sucediera.

Pero sus hijos no eran como los demás y ella lo sabía. Por encima de todo, ella quería que se sientan más cerca del padre que nunca habían conocido.

Para ayudarles a llegar a un acuerdo con quién y lo que eran, Serafina les habían llevado a la cueva que había pertenecido a Maxis. Sus esperanzas habían sido para ponerlos en contacto con su noble padre.

Haydn se había detenido tan pronto como llegaron a la entrada. — ¿Qué es ese olor? —

— Tu padre. Esta era su guarida mientras vivió conmigo.

Eso había cambiado tanto sus actitudes. Entraron en la cueva y miró a su alrededor como buscando algún tipo de conexión con el dragonswain que nunca habían conocido.

Edena había frunció el ceño. — ¿Por qué nos trajiste aquí? —

— Así ustedes podrían cambiar en un dragón, y no temer lo que son. —

La mueca de Haydn hizo una burla a su hermana. — Ragna dice que nunca debemos dar rienda suelta a la bestia dentro de nosotros. Una vez que es hecho, es difícil de reprimir.

— Ellos nacieron arcadios. Ustedes dos no lo son. Su padre era, dragonswain orgulloso feroz y que nunca deberían avergonzarse de esa parte de ustedes mismos. Debido a que ustedes están mezclados, estoy pensando que podrían tener habilidades especiales como un dragón de las que los otros carecen. Ustedes podría incluso ser capaz de mantener esa forma por más tiempo. El mínimo, ustedes debe probarlo y ver. —

Edena había colocado la cara hacia arriba. — No lo sé. —

— Yo lo haré. — Haydn había entrado profundamente en la cueva, asegurándose de poner un montón de espacio entre ellos. Él les dirigió una sonrisa brillante. — ¡Mira esto! — Un instante después, había tomado su forma de dragón.

El miedo había robado el aliento de Sera, pero rápidamente

lo escondió de su hijo.

Había tropezado, de la misma manera que Max e Illarion tenían cuando habían sido transformados en seres humanos. No podía parecer su cuerpo enorme de dragón. — Oh, esto es tan raro. — Entonces él había abofeteado su cola en la pared. — ¡Ay! Tengo que ver eso. — Él tiró hacia atrás y se golpeó en la cabeza con el extremo de púas.

Al instante, había regresado a ser humano para que pudiera frotar la lesión no intencional que se había hecho a sí mismo. — ¡Oh Dios mío! ¿Es sangre? — Él había tendido la mano a su madre. — Mira eso. ¡Estoy sangrando! —

Tratando de no reír, Sera corrió hacia él mientras Edena se había burlado de su valiente hermano.

— ¡Oh Dios mío! Sólo mi gemelo idiota podría golpearse a sí mismo con su propia cola. ¿Cómo de estúpido eres? —

— Lo haces y ve lo difícil que es esa cosa de controlar. Juro que tiene una mente propia. —

— No, es dulce, tu cola en la frente. —

— ¡Edena! — Serafina había jadeado. — ¡No puedo creer que hayas dicho eso a tu hermano! ¿Dónde siquiera has oído eso? —

— ¡Por Dios, Matera! Tengo casi treinta años. Soy la última de mis amigas que no ha tenido un amante aún. Y si eso es lo que te preocupa, entonces necesitas hablar con su hijo acerca de dónde ha estado plantando esa cola más corto últimamente. —

Gruñendo, Haydn se había lanzado a su hermana, pero Sera lo había atrapado. — ¡Deténgase! ¡Los dos! ¿Y a quién has estado cortejando, joven? —

Antes de que pudiera responder, Edena habló por él. — No lo

llamaría cortejar. —

Había mirado boquiabierto.

— ¿Haydn? Mírame y responde a mi pregunta. ¿Por qué no me dijiste? —

Había levantado la barbilla desafiante. — No es una discusión que un hombre quiere tener con su madre. —

— Y no es culpa suya. Se arrastran sobre él cada vez que tú nos dejas. —

— ¿Es esto cierto? —

Había asentido tímidamente. — Dicen que mi padre tenía increíble resistencia porque era un dragón y quieren saber si me parezco a él. —

Horrorizada, ella miró a su hijo. — ¿Y les permites probar contigo? —

Imperturbable, había sonreído. — Cada vez que puedo. —

— Te castigarán. Sigue y te llevarán allí, a sangrar. —

— ¿Qué? —

— Lo digo en serio, Haydn. Lo serás, antes que te hagas más daño. —

Haciendo pucheros, él obedeció.

Se volvió hacia su hija. — Muy bien. Tu turno. —

Edena se movió de nuevo y sacudió los brazos a los costados. Con un profundo suspiro de coraje, ella cambió de forma e inmediatamente golpeó la cabeza contra el techo. — ¡Ay! —

— ¡Hah!— Haydn había bromeado con su voz profunda, ronca. — ¡Te lo dije! —

— Silencio, Haydn. O voy a ir por ti. —

— Al igual que verte intentarlo. —

Serafina les gruñó. ¿Por qué siempre tienen que luchar, todo el tiempo? No tenía sentido para ella y ella quería ahogar a los dos. — ¡Niños, paren! —

Satisfechos estaban sofocadas por un minuto, ella se acercó a Edena. — ¿Cómo te sientes? —

— Haydn tenía razón. Es extraño. ¿Se sintió como que esta es la primera vez que cambió? —

Sera había sonreído ante la pregunta. — ¿Quieren saber un secreto? —

— Sí. —

— Nunca he cambiado. —

Ambos habían mirado boquiabiertos.

— ¿Nunca? — Hadyn jadeó.

— Nunca. Mis padres no creían en él para los arcadios. Y ya que nunca he estado en shock... siempre he sido humana. —

Edena había vuelto a ser humana. — ¿Entonces por qué nos haces esto? —

Había corrido el pelo de ojos de su bebé que le recordaban tanto de Maxis. — Debido a que tu padre era hermoso, un dragón orgulloso. Y quería compartir esta parte de él. Nadie debe tomar eso de ti. No vuelvas a dejar que ellas te usen. —

Con el ceño fruncido, Haydn se había acercado a ellos. — ¿Te encantaba nuestro padre? —

— Lo hice y lo siento yo lo tomé de ti. Pero nunca tengas miedo de usar el don que te dejó con estás drakomai.

Mantén la cabeza con el orgullo de eso y nunca dejes que nadie te haga sentir inferior. —

Max se apartó de su memoria para mirarla. — ¿De verdad se los dijiste? —

Ella asintió. — Quise decir lo que dije, Maxis. —

— Entonces demuéstalo. —

— ¿Cómo? —

— Conviértete en un dragón. —

El color desapareció de su rostro. — ¿Perdón? —

Max respiró hondo antes de que él explicara su ultimátum. — ¿Dice que deseas un nuevo comienzo? A continuación, abre tu corazón y muéstreme que está dispuesta a cambiar. Quiero que te enfrentes a la bestia dentro de ti. Como hicieron nuestros hijos cambiaron, quiero que cambies. Sólo una vez. Si puedes abrazar al dragón dentro de su propio corazón, entonces podríamos tener una oportunidad. —

— ¿Y si no puedo? —

— Entonces sé que estás mintiendo. Si no puedes soportar al dragón que vive en tu cuerpo, ¿cómo pudiste aceptar y amar a el que está dentro de mí? —

Serafina sabía que tenía razón. Pero mientras lo miraba, dudaba de que pudiera hacerlo. Durante demasiado tiempo se había negado a esa bestia. La había escondido. Para dejarlo ahora...

¿Y si ella no podía volver?

— Quiero decir esto, Sera. Me diste una elección imposible una vez. Ahora te doy una. Cambia para mí o me perderás para siempre. —

11

— ¿Quieres que cambie aquí? , — Preguntó Serafina, mirando alrededor del lugar que de repente parecía demasiado pequeño para los dos dragones de tamaño completo.

Una luz burlas brillaba en sus ojos. — ¿Lo harás? —

— No sé... Tengo miedo. —

La luz juguetona se extingue inmediatamente. — Y es por eso que estoy insistiendo. Es necesario comprender a la bestia dentro de ti. Haz las paces con esa parte de ti misma. Quiero que entiendas el regalo que le diste sin saberlo a nuestros dragoncillos. —

Aún así, la aterrorizaba. Pero él tenía razón. Lo había hecho a sus hijos esto. Para ser justos, ella debía hacerlo también.

Maxis se apartó de ella y se puso en pie. Él extendió la mano para ella. — Ven conmigo, mi cisne precioso. Te voy a enseñar lo que significa ser un dragón feroz. Confía en mí. —

Contra toda razón y cordura, lo hizo.

Su mano temblorosa, tomó la suya y le permitió tirar de ella a sus pies. Un momento estaban en su loft de Nueva Orleans y en la siguiente...

— ¿Dónde estamos? —

— Avalon. Es el lugar más seguro que conozco que puedo traerte para esto. El único lugar que conozco que podemos ir y no ser inquietados ni perseguidos. — Su mirada se oscureció antes de que él le diera un casto beso que la dejó extrañamente sin aliento. — Ahora déjate llevar. —

Ella esperó a poner un poco de distancia entre ellos antes de

tomar una respiración profunda y...

Dejar caer los brazos a su lado, ella negó con la cabeza. —
No puedo hacer esto. —

Él arqueó una ceja mientras él le dio una mirada severa y cruzó los brazos sobre el pecho. — ¿No puedes o no quieres?
—

No lo haré, pero ella no estaba dispuesta a admitírselo a él.
— ¿Por qué es tan importante para ti? ¿Qué es lo que realmente importa? —

— Porque tienes miedo y me tanto. Quiero que entiendas la bestia en tu corazón. Para ver por ti misma lo que significa ser un dragón. Sólo una vez en tu vida, Sera. Eso es todo lo que pido. Apacíguame. —

En todos estos siglos, que rara vez le había pedido nada. Y mientras estaba allí, la llenaba de vergüenza al recordar aquellos puñado de veces.

Cada vez que ella estaba fuera de casa, le había pedido dejar que se quede en su cueva en la que no era ridiculizado por su pueblo, y que se le había negado la comodidad. Él le había pedido que no lo entregue a su tribu para inspeccionar como un animal enjaulado.

Ella le había negado eso, también.

Le había rogado huir con él, y empezar su familia. Para vivir, los dos, en paz. Ninguna tribu. Sin odio. Para comenzar de nuevo y crear, en lugar de destruir.

Y la última cosa que él quería fue que ella odiara a Nala sobradamente.

Las lágrimas llenaron sus ojos de nuevo al darse cuenta de lo injusta que había sido.

Cuan cruel.

Se ahogó en un sollozo.

— Sera, — ella respira mal, y él se destella a su lado para poder reunirse en sus brazos. — Está bien. No tienes que hacer esto. —

Y eso logra hacerla llorar como un niño. Enterró la cara contra su pecho y lloró como todo el dolor y el pesar que se vierte a través de ella. Deberían haber tenido una vida juntos. En cambio, sus miedos y orgullo le habían dividido durante siglos. Tenía a ella y sus hijos atrapados como estatuas de piedra y le obligó a vivir en soledad célibe completamente.

Peor aún, le habían herido la única criatura en su vida que nunca había tratado de hacerle daño. En toda su vida, Maxis era el único que jamás se había puesto primero. Y a pesar de todo, aún lo hacía.

Enterrando las manos en su pelo, le puso sus labios en los de ella y lo besó. Dejó que el sabor de su dragón llenara sus sentidos al recordar la forma en que había sido una vez. Cómo la había saludado y la abrazó. Sin reservas. Sin engaño, una vez su compañero leal y valioso.

Mordiéndole los labios, ella dio un paso atrás para sonreír hacia él. — Yo soy tu Dragonswan. Muéstrame. — Con una respiración entrecortada, se obligó a abandonar el refugio de sus brazos y correr hacia la pradera abierta.

Max no estaba seguro de qué pensar. No hasta que la vio extender sus alas, y luego transformarse en un hermoso dragón rojo. Su risa llenó sus oídos mientras corría, despreocupada, a través de la pradera.

Por cerca de tres segundos y luego se tropezó y cayó de bruces.

Preocupado por su bienestar, corrió tras ella. — ¿Estás bien?
—

Trató de enderezarse y cayó otra vez... y otra vez. Por último, se sentó y dejó escapar un suspiro de frustración de fuego. — No es fácil ponerse de pie, ¿verdad? —

— Lo es para mí. — Él cambió de forma para mostrarle a ella. — Tienes que equilibrar tu peso un poco diferente. Utiliza tus alas para contrarrestar. —

Ella intentó. Y fallado. — Maldito sea tu hacer que parezca tan fácil. —

Con una sonrisa, él la ayudó a levantarse y utilizó su cuello y peso para ayudar a su... al igual que lo había hecho por sus hermanos cuando habían sido joven. — ¿Mejor? —

Ella asintió con la cabeza y sonrió cuando finalmente recuperó el equilibrio era inestable. Extendiendo sus alas amarillas, se movió hacia adelante, luego se sentó de nuevo para mirarlo. — Tenías razón. No es diferente cuando eres un dragón, ¿verdad? —

— No. —

— Todavía soy yo. —

— ¿Crees que serías alguien más? —

— No pero...—

Él arqueó una ceja de dragón. — ¿Pensaste que ibas a perder puntos? —

No, algo peor. — Yo pensé que iba a ser menos... —

— ¿Humana? —

Ella asintió.

— Como he dicho, es la Apolita sangre humana lo que hace

que los Katagaria sean peligrosos. No es el dragón. El dragón sólo los hace más grandes. —

Y al parecer con altos cargos. — ¿Puedes enseñarme a volar? —

— Mejor te enseñe a levantarte por ahora. Yo no quiero que te dañes a ti. — Y así le mostré cómo usar sus alas para levantarse a sí misma desde el suelo.

Riendo y sonriendo, Sera lo hizo después de algunos minutos de intentar. Mientras que ella todavía no era tan consumada o casi tan elegante como él, estaba bastante satisfecho con sus esfuerzos. No estaba mal para un primer intento.

Max sacudió la cabeza ante su emoción vertiginosa. — No puedo creer que nunca he hecho esto antes. ¿Nunca tuviste curiosidad? —

No era tan simple como eso. — Nunca he estado en shock. Y... Luché contra la urgencia de cambiar en todo cualquier momento que se apoderó de mí. Mi tía, Keria, siempre decía que nunca debemos ceder ante el animal dentro de nosotros. Que debemos temer porque nos lleva y nos gobierna. —

— ¿Y ahora? —

Ella cambió de nuevo a ser humano. — Nunca debí haber temido. Lo siento, Maxis. — Completamente desnuda, ella hizo lo que nunca había hecho antes. Ella abrazó a su forma de dragón.

Cerrando los ojos, Max saboreó la sensación de su carne cálida, femenina contra sus escalas. Maldita sea, lo hizo con tanta fuerza que por un momento, que no podía respirar.

— Um, tengo una pregunta. —

Abrió los ojos para mirarla. — ¿Eso es? —

— ¿Cómo puedo obtener ropa? —

Riendo, volvió a ser un hombre para que pudiera reunirse a sus brazos, y presionar la parte de él que está más desesperada por ella contra su cadera. — ¿Estás segura de que quieres? —

Serafina chupó su aliento bruscamente mientras pasaba sus manos sobre su piel desnuda y mordisqueó la carne de su cuello. — No, si vas a hacer eso. —

Y entonces él se apartó y la soltó, y comenzó a circundarla algo que hizo siempre que quede mareada y caliente. Fue una combinación de su olor y la forma en que chisporroteaban cuando la miraba. Como si él fuera a devorarla, saborear cada pulgada de su cuerpo. Qué invariablemente lo hizo. Con una minuciosidad que era inhumano y embriagador.

Y con esa combinación particular de bestia salvaje y sexy man era mortal.

— Max... —

Baja la frente a ella y se acercó para un apasionado beso increíblemente dulce cuando él la levantó de sus pies y la contuvo al ras de su cuerpo duro y musculoso. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura mientras él los bajó a la tierra para que pudiera profundizar su beso. Inclined la cabeza hacia atrás, ella gimió ante lo bueno que su boca se sentía en la garganta. Lo increíble que era tener toda la fuerza y estar duro y presionando debajo de nuevo.

— Te he echado mucho de menos, — ella respiró mientras exploraba la riqueza de su piel satinada con las manos.

— Y yo, a ti. — Él tomó la cara mirando hacia abajo a sus ojos. — Cuando me enteré de lo que Zeus había hecho a tu tribu, quiero que sepas que me fui detrás de ti, para

liberarte. —

Ella parpadeó con incredulidad. — ¿Qué? —

Él asintió con la cabeza. — Traté de hacer trueque para tu liberación. Lo siento mucho, te fallé. —

¿Cómo iba a pedir disculpas a ella después de lo que habían hecho con él? ¿Después de lo que había permitido que lo hicieran? — ¿Fuiste tú el que puso un refugio ante la piedra? —

Calor manchando sus mejillas mientras le daba una mirada tímida. — Como yo no podía liberarte, quería protegerte. Zeus había prohibido que cualquiera de las piedras se eliminara de donde las había colocado. Te hubiera aplastado. Así que construí el refugio sobre ti para mantener su piedra lejos de cualquier daño. Yo habría hecho lo mismo por los niños, también, si lo hubiera sabido. —

Ella lo miró con asombro. — No puedes evitarlo, ¿verdad? —

— ¿Qué? —

— Cuidar de mí. —

Él tomó su mano en la suya y la besó en la palma de la mano marcada. — Tú eres mi Dragonswan. Yo mi daga Strah. Es un honor cuidar de ti. —

— ¿Es esa la única razón? —

Sacudiendo la cabeza, él le acarició el cuello. — No. — Su aliento caliente quemó su piel y envió escalofríos por todo su cuerpo. — Tú eres mi corazón, Serafina. Y dejarlo fue lo más difícil que he hecho. —

Ella hundió su mano en su cabello y acunó su cabeza contra ella con amor por él que la inundó. — Lo siento, Max. —

Besó sus labios y se echó hacia atrás para ofrecerle una

sonrisa triste. — Está todo bien. Nací maldito. Incluso ahora, yo sé que no seré capaz de mantenerte conmigo. —

— Lo has dicho que antes, pero nunca me lo explicaste. ¿Cómo fuiste maldecido? —

Se pasó los dedos por el pelo como la tristeza oscureció sus ojos. — Mi madre me dio a luz a robó a mi padre. Cuando me negué a permitir que ella me use, ella me maldijo por ello. Es por eso que Illarion fue capturado como un dragón joven y tenía la garganta cortada. Fue hecho para castigarme. No tengo permitido tener felicidad, como los demás. —

— Oh, akribos... no fue la maldición de tu madre que nos separaba. Fue mi estupidez. Mi egoísmo. Pero te prometo, no voy a dejar que nada se interponga entre nosotros otra vez. —

Max quería creer eso. Realmente lo quería. Sin embargo, incluso mientras decía esas palabras, sabía que algunas cosas eran mucho más fácil decir que hacer.

Y no importa la emoción intención o sentido, no todas las promesas podrían mantenerse. Los dioses eran perras amargadas que a menudo hacen mentirosos al hombre y a la bestia. Y la misericordia nunca se lo había demostrado a su especie.

Había estado tan herido que no podía permitirse creer en nada. Él lo sabía mejor que nadie.

Pero al menos la tenía un poco de tiempo. Y él se comprometía a saborearla el poco tiempo que se les concediera.

Cerrando los ojos, mojó sus labios y los de ella y la aspiró. Su cuerpo era tan increíblemente suave y cálido. Tan dulce. Había olvidado lo bien que se sentía sentirse. Cuánto le gustaba la sensación de sus piernas contra su miembro

deslizándose mientras le mordió los labios y el mentón. Siempre había sido una mujer de gustos increíbles. La mayoría de los hombres habrían sido aterrorizados por la forma en que ella se sostiene a sí misma.

Siempre había querido que la mayor parte de ella. No fuera nada para volver a casa y en broma le volteara la tierra para que ella pudiera estar a horcajadas. A veces ella le había acechado por el bosque cuando iba a bañarse. Tan pronto como lo había despojado de sus ropas, se había abalanzado como un depredador, lloviendo besos y caricias por todo el cuerpo.

Incluso ahora, ella lo puso de espalda para que pudiera lamer y degustar su pecho y el abdomen. Ella vivió para ser el más agresivo en la cama. Era como si tuviera algo que demostrar a los dos. Y él era lo suficientemente hombre para darle la ventaja y se echó hacia atrás y disfrutó de su juego. Y dejarla salirse con la suya con su cuerpo.

Él siseó mientras mordía sus costillas, y luego fue bajando a lamer y jugar con su hueso de la cadera, mientras que su mano ahuecó su saco y le masajeara suavemente hasta el punto de que apenas podía contenerse.

— ¿Sera? — Él apartó la mano mientras jadeaba de placer.
— Ha sido demasiado tiempo para que usted haga esto. Me temo que mi control no es lo que solía ser. —

Un pequeño mohín lo tentó aún más. — Entonces tendré que llevarle de vuelta en la lucha contra la forma. — Su pequeña sonrisa maliciosa le encantó hasta que ella se inclinó para llevárselo a la boca.

— Oh queridos dioses, — se quedó sin aliento cuando todo daba vueltas. Durante un minuto, estaba seguro de que iba a explotar cuando su boca trabajó haciendo magia en su cuerpo. Pero entonces justo cuando estaba a punto de perder

el control, le dio una larga lamida a él y arrastró su cuerpo hasta que pudo sonreír hacia él.

Max hundió las manos en la riqueza de los rizos rojos, ya que caían en cascada sobre los hombros pálidos y ocultaron sus regordetes, pechos llenos. — Seramia. —

Serafina acariciado el cariño que ella había echado eso de menos más de lo que se había dado cuenta. — Mi dragón precioso. — Inclinandose hacia delante, le besó los labios increíbles antes de que ella misma se deslizara sobre él.

Ellos gimieron al unísono. Mordiendo su labio, ella tomó un momento para saborear la grande y gruesa plenitud de él, dentro de ella. Nadie nunca había sentido la forma en que lo hizo. No porque él era un dragón, pero porque lo amaba. Y mientras lentamente levantó sus caderas para empujar contra ella, ella temblaba. — Quiero que sepas que nunca me perdí la fe contigo, Maxis. Desde el día en que nos apareamos, nunca he tomado otro amante. —

— ¿Por qué? —

— Simplemente no podía. No importa lo mal que me fue durante mi ciclo, yo no quería a nadie más. Que me miren otros hombres y que no fueras tú. —

La sonrisa en su rostro la calentó a fondo. — Gracias. —

Tomando sus manos, se los llevó a sus pechos mientras ella se echó hacia atrás y le montó de la forma en que había soñado de hacer todas las noches desde que había estado ausente. Él la llenó por completo. Y hay un momento, se olvidó de todo lo demás. Sobre todos los años que les habían separado.

Max se entregó a ella por completo. Pero entonces él siempre había hecho eso. Tenía una forma de llegar más allá de cualquiera y todas las defensas que había acondicionado. Era

por eso que se había visto obligado a dejarla. Porque ella era la única cosa a la que no podía decir que no.

Nunca.

Ella era su santuario.

Y su peor infierno. Para ella, no había nada que no haría. Incluso consignar a la muerte.

Cuando volvió en sus brazos, él la abrazó y se unió a ella allí, en esa paz perfecta. Y mientras jadeaban, sintió que su velocidad de los latidos del corazón como la levantó en su sangre. Era una necesidad animal de combinar su fuerza de la vida con la de ella para que no se vieran obligados a vivir sin ella. Era algo que todos Were-Hunters no unido se sentía cada vez que tenían relaciones sexuales con sus parejas.

Él había cometido el error una vez de pedirle a unirse con él. Y aunque sus palabras de declinación habían sido amable, la expresión de horror absoluto en sus ojos color avellana se quemó para siempre en su corazón. Se había encogido una parte de su alma al ver que dura reacción.

Ese rechazo.

Así que él la sostuvo en sus brazos y no se molestó en repetir esa pesadilla.

Serafina escuchó el feroz latido de corazón de Max bajo la barbilla mientras trazaba círculos sobre su pecho y alrededor de su pezón. Su propio corazón estaba tratando de sincronizar con la suya. Para enlazar con él. Ella incluso podía sentir sus dientes se alargan para la ceremonia que uniría plenamente.

En la vida y la muerte.

Y en su mente, recordó cuando Max había pedido primero que ella. Había sido justo después de que habían sido

apareados. Después de que ella había tirado el cuchillo y lo aceptó.

Su solicitud inesperada le había sorprendido.

Ahora...

— ¿Te unir conmigo, Maxis? —

Él se quedó completamente quieto y se volvió rígido alrededor de ella. — ¿Perdón? —

Levantando a sí misma, ella lo miró. — ¿Podemos unir? —

Un ceño luz dibujó sus cejas juntas como él apartó el pelo de la cara. — No hay nada en este mundo que me gustaría más... —

— Entonces, ¿por qué tengo la sensación de escuchar un pero en su tono de voz? —

— Sabes pero, estoy bajo una orden de ejecución, con casi todos los Were-Hunter en existencia haciendo fuego por mí. Y tenemos dos dragoncillos que necesitan a su madre al cuidado de ellos. No puedo correr el riesgo de que me caiga y llevaré conmigo a la tumba. —

— No voy a dejar que te hagas eso. —

Él apretó sus brazos alrededor de ella. — Y esa es la cosa más dulce que nadie me ha dicho nunca. Gracias. Pero no puedo aceptar un vínculo contigo en este momento. —

Deseando que las cosas sean diferentes, Serafina apoyó la cabeza en su pecho y tocó la marca en su pierna. — ¿Cómo paramos a los demonios que te quieren? —

— Esa es la pregunta, mi señora, para la que me gustaría desesperadamente tener una respuesta. —

De repente, un grito feroz chillido sonó desde el bosque a su

alrededor.

Sera se cogió de él — ¿Qué es eso? —

Max se sentó inmediatamente. — Es una Bane-Cry. Illarion está bajo ataque. —

12

Max volvió al Santuario para encontrar todo tipo de infierno suelto. Rémi estaba encerrado en la Casa Peltier con su hermano Cherif, Carson, y los niños y las mujeres embarazadas, junto con los monos aulladores y una contingencia de arcadios y Katagaria listos para entregar sus vidas por Aimee y los demás.

Mientras bajaba las escaleras de su ático con Sera detrás de él, se encontró con Rémi en el pasillo fuera de la habitación de Aimee. Sin duda Rémi había tomado ese puesto para asegurarse de que nadie se acercaba a su hermana y la amenace mientras ella descansaba.

Max se detuvo frente a él. — ¿Que está pasando? Escuché mi llamado hermano. —

Con su sonrisa burlona familiarizados en su lugar, Rémi hizo un gesto con la barbilla hacia las escaleras que conducían a la parte principal de la casa. — Illarion está con los demás en el bar. Estamos sosteniendo el fuerte aquí. Las Amazonas regresaron con los lobos Kattalakis Arcadia que quieren tu culo en una bandeja. Probablemente deberías quedarse aquí mientras Dev y los otros tratan. Personalmente me hubiera gustaría que me dejen una onza de carne de lobo. Ya que no puedo tener a Fang por no tomar a mi hermana, me conformaría con sus primos. —

A pesar del hecho de que la mayoría de los cambiantes y las personas no le gustan a Rémi debido a su personalidad mordaz, a Max extrañamente sí. Ellos siempre lo habían visto cara a cara con su filosofía básica. En caso de duda, mátalos a todos y deja a los dioses resolverlo.

Rémi miró por encima del hombro de Max a Sera. — ¿Quieres

que cuide a tu Dragonswan mientras vas por ellos? —

Max se volvió un poco para sonreír a la expresión perturbada en su hermoso rostro. — Um... no. — Él pasó un brazo alrededor de sus hombros. — Creo que voy a darle rienda suelta a ella con ellos. Ella es mucho más feroz de lo que soy yo. —

Rémi llegó tan cerca de una sonrisa como el oso puede. Al menos hasta que su sobrino Jake salió del cuarto de los niños con un pequeño niño, en sus brazos.

— Hey tío Rémi, ¿piensas que es seguro agarrar un poco de leche de la cocina? No quiero despertar a mi madre y dejarla fuera. Trato de conseguir dormir a Aubie, pero él no me escucha. —

Max no se perdía el profundo dolor familiar que cruzó por los ojos azules de Rémi al ver a Jake y Aubert. Eran los hijos de su hermano gemelo Quinn y su compañera Becca, la osa de Rémi aún estaba perdidamente enamorada y quería ser acoplada. Pero las Parcas habían sido aún más crueles con él de lo que habían sido con Max y Sera.

Enmascarando el dolor, Rémi rozó la mano por el cabello oscuro de Aubert para calmar al niño quejándose que quería su leche. — Lo conseguiré. Ustedes dos quédense aquí donde es más seguro. —

— Bueno. Voy a ir a conseguir. — Jake se dirigió de nuevo a la guardería, mientras que su hermano pequeño gimió en protesta.

— ¡Aubie quiere leche! —

Mientras caminaban por las escaleras hasta la cocina, y hacia la barra, se oían los gritos de enojo que extrañamente le recordaban a gritos infantiles de Aubert.

Rémi se mordió el labio mientras murmuraba en voz baja lo

mucho que quería luchar. — Basta un culo para mí, Max, — dijo en un tono más fuerte, antes de tomar la leche y de regresar hacia sus sobrinos.

Max se dirigió a las puertas vaivén, Sera lo tomó del brazo. — ¿Conmigo? —

Él le sonrió ante la oferta inesperada. — ¿Ahora ves a mi forma de pensar? —

— Lo hago. —

— El tiempo de mi señora, apesta. — Max se tomó un momento para tirar de ella en sus brazos y besarla en la frente. — Nada significaría más para mí. Pero no puedo hacer eso a los Peltier y a mi hermano. No después de todo lo que han hecho por mí durante estos años. —

— Y es por eso que te amo y te odio. —

Resoplando en su extraño sentido del humor, la soltó y se deslizó a través de la puerta giratoria para ver lo que estaba sucediendo en el bar.

Fang, Vane, Dev, Illarion, los lobos y los osos estaban en el bar, listos para la guerra contra todos los miembros de la tribu de Serafina. Afortunadamente, el bar estaba todavía cerrado a los seres humanos o esto habría sido una situación aún peor.

— ¡Te exijo poner mano sobre el Dragonbane! Atacó a nuestra patria, mató a nuestros miembros, y... —

— Lloro a tu mamá, perra, no me importa. — Fang cambió a lobo.

— Fang — Vane se puso entre su hermano y el otro lobo. — ¡No ayudas! —

Dev se rió. — Tal vez no, pero es muy entretenido y ayuda a

levantar mi estado de ánimo inmensamente. —

Samia golpeó a su marido en el estómago. — No te metas en esto. Si quisiéramos hacer explotar la barra hacia arriba, de nuevo, lo hubiéramos traído a Rémi aquí. —

Sera pasó junto a Max para hacer frente al grupo. — Esto no es sobre el Dragonbane. Se trata de un pacto con Nala y con un demonio. —

— Cállate. — Nala la miró.

— No. No en esto. No voy a ver qué destruyas a mi compañero de nuevo. —

— Serafina... —

Pero Sera no estaba teniendo parte de esto. — Voy a renunciar a mi lealtad a la tribu antes de que yo permita que lo lleves. — Sacó su espada de la vaina. — Quieres Maxis... tienes que pasar sobre mí. —

Illarion se puso de pie a su espalda.

Completamente aturdido, Max se congeló en el lugar. Honestamente no podía creer lo que estaba viendo. ¿Era siquiera real?

¿Sera él estaba defendiéndolo?

Fang asumió el cargo en el lado izquierdo del cuerpo de Sera. — Como se puede ver, nos gusta nuestro Dragonbane. Va muy bien con los muebles. —

Un aplauso sarcástico sonó, rompiendo a la tensión. — Lindo. — Desde la parte trasera de los arcadios, un demonio dio un paso adelante. Él no era Kessar, pero había algo remotamente familiar en él. Max trató de recordar dónde lo había visto antes.

Definitivamente gallu. El hedor era inconfundible.

El demonio se detuvo frente a Fang y él lo recorrió con una sonrisa burlona. — Sin embargo, ya están todos olvidando algo. Mientras que ustedes están obligados por las leyes de su Omegríon, nosotros no. ¿De verdad quieres dar rienda suelta a mis guerreros aquí? ¿Cuánto tiempo creen usted que ustedes y sus animales durarán? —

Fang no perdió el ritmo. — Lo suficiente para montar tu cabeza en mi pared. —

El demonio abrió la boca para hablar, luego comenzó a hacer un extraño ruido de gorgoteo.

Sera e Illarion retrocedieron. Como lo hizo Nala. Max cerró la distancia entre ellos para proteger a su familia.

Más rápido de lo que podía parpadear, Dev tomó un cubo de fregona y lo puso frente al demonio en el momento para atraparlo mientras descargaba el contenido de su estómago. Haciendo una mueca y maldiciendo, él miró a Sam. — Sí, y al tener tantos sobrinos y que un bar, me entero de que comió demasiado por el sonido, y por lo de Grab con: un cubo tío tengo que lanzar.

Presentaba una cara aún peor, se volvió hacia el demonio. — ¿Estás? Porque tío, esto es un poco de materia desagradable que conseguiste pasar. Y realmente espero que esta mierda no sea contagiosa. —

En cambio, el demonio cayó de rodillas en agonía. Él estaba en tan dolorido, que no podía hablar.

Dev pone el cubo a un lado, ya que todos miraron al demonio en silencio aturcidos. — ¿Alguien sabe de un médico de demonios? —

— ¿Qué pasa con él? , — Preguntó Nala.

Fury se encogió de hombros. — Estoy pensando en que su última víctima no le cayó bien. ¿Qué había comido? —

Dev resopló con sarcasmo. — A juzgar por el contenido de la cubeta, yo diría que un Muppet. Parece Kermit. —

Sam dejó escapar un sonido de dolor extremo. — Todos ustedes están tan graves. —

Con un gesto exagerado, Lia asintió con un acuerdo completo.

Y aún así el demonio se convulsionó y amordazado. Jadeó y farfulló.

Entonces estalló aparte.

Al unísono, todo el mundo dio un paso atrás desde el punto donde había estado como si tuvieran miedo de que, también, fuera contagioso.

— Mierda,— Dev respiraba.

Fury tomó la mano de Lia. — Maldito tía es vertiginoso. —

Fang y Vane miraron los restos humeantes del demonio antes de que barrieran la mirada alrededor de la habitación.

— ¿Savitar? — Vane llama.

Fang frunció el ceño. — ¿Thorn? —

Nadie respondió. Los rasgos eran pálidos, Fang se encontró con la mirada de Max. — ¿Alguna vez has visto u oído hablar de algo como esto? —

Antes de que pudiera responder, Nala se quedó sin aliento en estado de alarma. Entonces ella gritó de dolor.

Sera dio un paso hacia ella. — ¿Basilinna? —

Ella levantó la mano para demostrar que se estaba poniendo lentamente gris. — Creo que me estoy volviendo de piedra... ¿verdad? —

Horrorizada, Serafina examinó su propio cuerpo. — No creo.
—

Con la respiración entrecortada, Nala negó con la cabeza. — ¿Qué es esto? — Hubo gritos, y desapareció, y llevó a su amazonas con ella.

Fang y Vane se volvieron hacia los arcadios, pero sin su demonio y guerreras amazonas, sus bravatas se desvanecieron.

— Esto no ha terminado, — su líder prometió. — Yo también soy un Kattalakis Lykos y exijo la satisfacción de ver al que maldijo a nuestra corona por sus crímenes. ¡Regresaré! —

Y con eso, se habían ido.

Max se dio cuenta de que estaba más pálido Sera de lo que había estado. — ¿Seramia? —

— Yo no me siento bien, tampoco. — Apretó la mano en la frente. — Es tan extraño. — Sus piernas se doblaron.

Max la tomó en sus brazos y la teletransporta desde la barra, de vuelta a la Casa Peltier y a la enfermería. — ¡Carson! —

El Gerakian apareció al instante. — ¿Que está mal? —

— No lo sé. Está enferma o algo así. —

Max dio un paso atrás para que Carson pudiera examinarla. El tiempo le preocupaba se mordió el labio y esperó ansiosamente que el médico les diga que ella estaba bien. Que eso era sólo el agotamiento del increíble y largo día que habían tenido.

Eso era lo que él esperaba.

Por desgracia, no era lo que Carson vio.

— Esto es extraño. Es como un hechizo que Kessar

desbloquea y está actuando. —

El aliento de Max estaba atrapado en su garganta mientras el miedo se fue a través de él. No... Carson estaba equivocado. Tenía que ser. — ¿Qué? —

— Se está convirtiendo lentamente en piedra. —

En ese momento, sintió como si todo el viento lo había violentamente golpeado sacándolo de su cuerpo. — ¡Mierda! No me jodas, Carson. —

Sacó el estetoscopio del cuello. — Yo no lo sé. — Acariciando a Sera suavemente en el hombro, le ofreció una sonrisa simpática y triste. — Lo siento. No tengo idea de cómo revertir esto. —

Sus ojos brillaban cuando se encontró con la mirada de Max, pero consiguió parpadear sus lágrimas. — Debería haber sabido que los dioses no nos permitirían ser libres. Estábamos destinados a ser castigados por montar en contra de ellos. Seamos realistas, no son exactamente conocidos por su misericordia. —

Max se dejó caer de rodillas frente a ella con mil emociones que le saquearon a la vez. Pero lo que lo golpeó al más duro, era el miedo y la angustia. Ella era su amor y que no quería perderla de nuevo.

— No puedo dejarte ir. No otra vez. —

Ella le pasó la mano por el pelo. — Lo siento. Nunca debí haber seguido a Nala en su guerra contra los dioses. Estaba tan segura de que los sumerios se harían cargo de Grecia. — La risa era amarga, ella hizo una mueca. — Perra estúpida, nunca respaldó un bando ganador en ningún conflicto. —

— ¿Por qué se monta en contra de ellos? —

— No lo sé. Yo estaba enojada con los dioses por lo que nos

habían hecho a nosotros. Lo que habían hecho a nuestros hijos. Yo quería la sangre de Apolo y Artemisa para la creación de nuestras razas. Ser los jefes de las Parcas por condenarnos. Fue una carrera suicida. Sin embargo, me hizo sentir poderosa, como si tuviera algo de control sobre mi destino. ¿Qué estúpido es eso? —

— No era estúpido. Un poco montón arrogante y miope. Pero no es estúpido. — Él puso su cabeza en su regazo y la abrazó con fuerza. — No puedo volver... — Él la atravesó con una mirada furiosa. — No lo haré. —

— No hay nada que podamos hacer. —

— Sí hay. —

Serafina se quedó helada al escuchar el tono de usó. Presentimiento que envió escalofríos por todo su cuerpo. — En qué piensas? —

Mordiéndose el labio inferior, tragó saliva. — Quédate aquí con Carson. Vuelvo ¿está bien? —

— Maxis! —

Él no escuchó.

Cuando él desapareció, ella trató de detenerlo. Saltó de la cama y lo agarró por el brazo.

Era muy tarde. Se había ido sin dejar un solo rastro. Sólo un ligero revuelo en el aire que no dio ningún indicio de que él había estado allí en absoluto. Aterrorizada, se encontró con la mirada de Carson que reflejaba sus propia preocupación. — ¿Qué está haciendo? —

El médico negó con la cabeza. — No tengo ni idea. Pero estoy pensando que no puede ser bueno. —

— Sí. Secundo. —

Max vaciló cuando él hizo algo que sabía que era una enorme estupidez. Era la clase de estupidez que si uno de sus hermanos lo hubiera hecho, le habría golpeado y dejado sin sentido. Y tener que tirar agua sobre ellos para revivirlos.

Entonces golpearlos más.

Pero no podía pensar en ninguna otra manera de salvar a su Dragonswan de su destino. Y si él no se movía rápido, sería demasiado tarde.

Con un profundo suspiro, cerró los ojos e ignoró el dolor de sus heridas. Llamó a cada onza de aliento de dragón dentro de él y fue teletransportado del Santuario a las Puertas de Samotracia. Mientras que los seres humanos en este tiempo y lugar no vieron nada, pero eran los restos irregulares de una época pasada, él sabía dónde estaba la apertura a un lugar más sagrado y laico. Al igual que las puertas de entrada a Avalon y Kalosis, que brillaban sólo en los latidos de un corazón débiles directo al anochecer y al amanecer. Tan rápidamente que era fácil perderse o descartarlo como un truco de la vista.

Pero este era uno de los últimos lugares donde sus hermanos dormían en el mundo moderno.

Y este era donde estaba uno de sus últimos hermanos .

— ¿Falcyn? —

Nada más que la brisa marina de la tarde le respondió. Max se abrió paso a través de las ruinas del antiguo complejo del templo donde la humanidad una vez había pagado tributo a los dioses de la antigüedad. Donde una vez habían hecho ofrendas a su especie, con la esperanza de ganar su cooperación y afecto.

Las cosas hoy eran tan diferentes.

— Maldita sea, ¡Falcyn! Si me puedes escuchar, ¡contesta! —

— Yo no respondo a los seres humanos. Si quieres hablar conmigo, elige el idioma correcto. —

Max rió amargamente mientras se cambió a drakyn. — Yo no tengo tiempo para que seas un imbécil. Te necesito, hermano. —

Algo le golpeó con fuerza en su pecho y lo hizo volar. Por el dolor, y a distancia voló antes de que se estrellara contra el suelo, él diría que debe haber sido la cola de púas de Falcyn.

Con un gemido lleno de dolor, él se incorporó. — ¿Te sientes mejor? —

— En realidad no. Cuando te rompa el apetitoso culo, entonces yo debería estar emocionado. —

Esta vez, cuando él atacó, Max cogió el golpe. Haciendo uso de su campo de fuerza, bloqueó y lo envió de vuelta a su hermano mayor. — Por favor, Falcyn... por favor. —

La presión contra él disminuyó.

Luego desapareció. Max se relajó, sólo para darse cuenta demasiado tarde de que se trataba de un truco. Falcyn se materializó en la espalda y lo atrapó en una llave de cabeza viciosa. Él se atragantó con la fuerza mientras sostenía a Max contra su cuerpo.

— He aquí lo que queda de mi isla gracias a ti, hermano. ¡Trajiste a esos bastardos griegos aquí y te odio por ello! —

Sí, está bien, esto podría haber sido un error enorme. Había esperado que unos pocos miles de años te hubieran suavizado la ira de su hermano.

Al parecer, Falcyn necesitaba unos pocos miles más.

— Lo siento. Yo tenía otro lugar adonde ir. —

— Y no tengo nada más que decirte. —

Sin más remedio, Max se volvió hacia él y le volcó. — ¡Escúchame! No quiero pelear contigo. —

Pero era una pelea. Falcyn se le vino como un perro muerto de hambre en un buffet detrás de la última costilla de cerdo. Maldición, se había olvidado lo duro que su hermano podría golpear. Con otra opción, se transforma en un dragón. Era la única manera de sobrevivir y él no quería matar a su hermano.

Bien...

Teóricamente. Sin embargo, si Falcyn no volvía a sus sentidos pronto, Max podría cambiar de opinión. No necesitaba a su hermano con vida para reclamar lo que buscaba. Sólo su conciencia que no requiere un Falcyn respirando.

Oh queridos dioses, ¿es realidad? De repente, Illarion estaba entre ellos en su cuerpo de dragón, empujándolos para apartarlos. ¡Paren! ¡Los dos!

Falcyn se dio la vuelta, tratando de picarlo una vez más con su cola.

Max lo tomó con sus garras y lo mordió tan duro, que Falcyn gritó.

Illarion lo fulminó con la mirada. ¿Era necesario?

Max lanzó su cola. — Un poco. —

Con un gruñido irritable, Falcyn disparó fuego contra él.

Illarion lo congeló con sus poderes. Miró a Falcyn. Estamos en las semifinales de nuestra casa. ¿Puedes por favor no sacrificar nuestro linaje más?

— Entonces será mejor que él salga de mi vista. —

Falcyn...

— Lo digo en serio, Illy. Yo no estoy de humor. — Él giró pesadamente hacia su puerta.

— Necesito un Dragon Stone, Falcyn. Mis hijos y mi cisne morirán sin eso. —

Falcyn se congeló. — ¿Te atreves a pedirme eso? —

— Eres el único que queda, que tiene uno. —

Falcyn se volvió a mirar a cada uno de ellos con una mirada furiosa, feroz. — Y realmente no me importa un carajo. Váyanse a casa. Los dos. No quiero volver a verte de nuevo. —

Con esas palabras frías hablado, desapareció entre las puertas.

Aturdido, Max se le quedó mirando. — ¿En serio? —

Lo siento, Max.

No puedo creer esto, se rió con amargura. — Sabía que eras egoísta y frío, Fal, pero esto... Mamá estaría orgullosa de saber la cantidad que tienes de ella. Ojalá te hubiera matado cuando tuve la oportunidad, ihijo de puta! —

Para, Max. ¿Sabes por qué se siente de esta manera.

Si seguro. Como todos los demás, culpó a Max de cosas que Max no había querido. Pero eran cosas en las que no podía ayudar. Que él había hecho todo lo posible para evitar.

Ahora Sera y sus hijos pagarían por eso.

Max le dolía con el peso de su culpa y dolor. No estaba bien. No le importaba llevar el peso de su castigo. Estaba acostumbrado a él. Pero no pudo presentarse a la vuelta y golpear a su familia.

Ni siquiera Falcyn.

Pero no había nada que pudiera hacer. Su corazón roto había fallado, lideró con Illarion para volver al Santuario para que pudiera pasar todo el tiempo que tenía con su esposa antes de que los dioses la convirtieran en una estatua muerta de frío.

Medea vaciló fuera de la habitación de sus padres cuando un mal presentimiento pasó por ella en un silencio poco habitual la saludó. No eran los sonidos que normalmente oía cada vez que se aventuró aquí a esta hora que eran reconfortantes, ni mucho menos, pero...

— ¿Mamá? ¿Padre? —

La puerta se abrió por su propia voluntad.

Aún más cauteloso, deslizó sus manos a sus armas, listo para atacar a cualquier amenaza que podría estar esperando en el, en la sala había luz de unas velas de gran tamaño. Con sus cubiertas arrugadas, la cama con dosel tamaño king estaba vacía. Por un lado, las cortinas se alejaban como si hubiera sido desalojada rápidamente.

Entonces oyó el sonido revelador leve de la enfermedad desde el cuarto de baño.

— Estamos aquí, — su padre llamó.

Aún no sabía que esto no era un truco, Medea se movió rápidamente, pero con cautela hacia los sonidos de arcadas.

Cuando llegó a la puerta que estaba entreabierta, ella la empujó más y se congeló en completo shock.

Apenas vestida, su madre estaba enferma, mientras que su padre la sujetaba. Su pelo corto negro alborotado y su

hermoso rostro contorsionado por la preocupación. Alguien, sin duda, su padre, había trenzado el pelo largo de su madre, que era rubia, para mantenerlo fuera de su camino mientras ella estaba enferma.

Ambos estaban pálidos y temblando.

Aterrorizada, Medea corrió más cerca de ellos. — ¿Que está pasando? —

Stryker tragó saliva antes de responder. — No lo sé. Ella despertó con arcadas. Y ha estado enferma por más de una hora. — Ajustó el paño frío sobre la cabeza de su madre.

Desde que era Daimons y tenía su marca de demonio no podría enfermar, en teoría, o quedar embarazada, esto podría no ser bueno. Medea se arrodilló al lado de su madre. — ¿Matera? —

Con un tono verdoso en su piel, su madre puso una mano tierna en la mejilla de Medea y trató de sonreír. — Voy a estar bien, pequeña. Sólo necesito un minuto. —

Pero podía decir por el miedo en los ojos de su padre que era peor que lo que su valiente madre dejaba ver.

— ¿Necesitas algo? — Le preguntó a su padre.

Ella dejó escapar un suspiro de frustración. — Odio ir a la carga con cualquier otra cosa... —

Él arqueó una ceja.

— Kessar regresó al campo de juego. Mi espía en el Santuario acaba de enviar un mensaje que él tiene la Tabla de Esmeralda en la mano, y ha despertado a los jinetes y va a venir por ti. —

Su madre hizo un sonido de supremo dolor. — Odio a esas perras. Debería haberle arrancado la garganta a Nala cuando

tuve la oportunidad. —

Sólo tu madre pudo reunir tanto odio y veneno en esa condición. Pero entonces, eso era lo que amaba Medea más de Zephyra. Era una luchadora hasta el amargo final.

Su padre se rio de la amenaza. — ¿Él viene a mí? —

Medea asintió. — Y quiere a Max. —

— ¿El dragón? —

— Sí. —

— ¿Por qué? — Le preguntó a su padre con el ceño fruncido.

Antes de que pudiera hablar, hubo otro golpe en su puerta.

Medea se levantó. — Voy a ver quién es. — Ella se había teletransportado a la puerta, con la intención de sacudir al que estaba allí. Sin embargo, tan pronto como abrió y vio a su segundo al mando y su mejor amigo, Davyn, sabía que algo andaba mal.

Él tenía el mismo tono verdoso en su piel y su guapo, y encantador amigo parecía tan enfermo como a su madre. Y al igual que sus padres, su pelo rubio alborotado por toda la cabeza, algo que Davyn nunca permitió que sucediera.

— ¿Que está mal? —

Apoyó su mano contra el marco mientras luchaba por respirar. — Hay algún tipo de enfermedad difundiéndose en nuestras filas. — Cuando empezó a hablar, se interrumpió en un ataque de tos. — Es como si tuviéramos una plaga. —

Una sensación aún peor pasó por ella en esas palabras. Cada vez que alguien menciona la palabra "plaga" y "Daimon" sólo un nombre vino a su mente...

Apolo.

Y ese rata hijo de puta acaba de pasar a estar en su residencia.

Aterrorizada ella tenía razón, pero en realidad, sin esperanza de verdad, ella se acercó a Davyn. — Vamos, nena, me vas a llevar a la cama. — Se apartó de ella. — No es que no apreciara la ayuda, pero no quiero que tú te contagies lo que sea el infierno que es esto. Además, Stryker sería mi fin si te lo contagió a ti. —

Ella resopló ante su sentido del humor enfermo. — Sólo tú podrías ser tan divertido y que enfermo al mismo tiempo. Vamos, antes de que yo te gané de todos modos. Sólo por si acaso. —

Ofreciéndole una débil sonrisa, desapareció.

Medea se tomó un momento para ver cómo estaba la mamá y el papá de nuevo.

Su padre gigante y musculoso tenía a su madre acunada en su regazo como un niño pequeño. Zephyra parecía tan pequeña y frágil, dos cosas que Medea normalmente no se aplicaría a una mujer que era tan feroz y fuerte sin medida.

Él le tomó la cara a su madre con su enorme mano mientras la mecía suavemente y mantuvo la cabeza metida protectoramente debajo de la barbilla. Su amor era obvio, atragantó. Medea trajo lágrimas a sus ojos. Para todos los fallos de su padre, él adoraba a su madre.

Y ella.

Sintiendo su presencia, él giró su mirada. — ¿Quién era? —

— Davyn. Voy a ver algo y luego te voy a actualizar. —

— Confío en ti, hija. —

Cuando empezó a salir, él la detuvo.

— ¿Medea? —

— Sí, Padre? —

— Te amo. —

Durante un minuto, no pudo moverse. Aunque ella sabía que él sentía de esa manera, no solía decirlo. Al igual que su madre, su padre era una criatura violenta feroz. Un Daimon despiadado en la acción, sin afectos. El hecho de que se sintiera obligado a decir algo la preocupó aún más.

— Yo también te quiero. — Y cuando ella se retiró, le oyó hacer lo último que jamás esperaba.

Le susurró una oración a Apollymi para ayudar a curar la enfermedad de su madre.

Sí, eso fue aterrador.

E irónicamente, era donde se dirigía. Si alguien tiene una pista acerca de esto, sin duda, la antigua diosa de la destrucción de la Atlántida podría saber algo.

Medea se había teletransportado desde su casa al palacio en la colina donde Apollymi residía con sus guardias Carontes. Ya que era tarde, no estaba segura de donde la diosa podría estar. Durante el día, que era tan oscuro como la noche en este reino del infierno conocido como Kalosis, la diosa se encontraba normalmente en su jardín.

Medea no estaba segura si Apollymi dormía o lo que hacía por la noche. A decir la verdad, nunca había pensado mucho en ello. Aunque ahora que lo hizo, Apollymi debe estar sola. Ella se mantenía al margen de los Daimons que la adoraban. Aparte de los demonios Caronte que tenía vigilando, y no había televisión por cable aquí. La maldición que la encarceló en este reino le impidió visitar a su hijo, Acheron, o de salir de este lugar.

¿Qué hace la diosa?

Definitivamente no jugaba al crochet o parchís.

Medea dudó que estuviera en el gran salón del palacio de mármol negro. — ¿Hola? — Eso parecía la forma más segura para anunciar su presencia sin irritar una diosa demasiado peligrosa.

Una alta mujer Caronte apareció a su lado. Con el pelo largo verde que hacía juego con sus ojos, tenía la piel de color amarillo anaranjado claro y naranja oscuros los cuernos y alas. — ¿Sí? —

— Está bien, Sabine. Estoy segura de que ella está aquí para pedirle una cura para mi madre. Usted está excusada por la noche. Ve a ver a tus pequeñitos. —

Volviéndose, la Caronte dio una ligera inclinación a la elegante diosa Atlante.

— Sí, Akra. —

Como un fantasma silencioso, Apollymi se deslizó fuera de las sombras. Su largo cabello rubio blanco flotaba alrededor de su cuerpo esbelto cuerpo, y tenía un gran contraste con su vestido negro. Sus ojos eran remolinos plateados llenos de compasión, se acercó a Medea. — He oído la súplica de tu padre. ¿Qué está pasando? —

Medea vaciló. Esta era la Destructorra Atlante. Una diosa de la crueldad y la destrucción total que había amasacrado a todo su panteón y a su familia...

No eta la reina de los Peluches.

— ¿Por qué eres tan... — Medea se estremeció ante el uso de la palabra frente de la diosa para que no le ofenderla y terminar como una mancha en la pared o en el suelo, — ¿del tipo? —

Apollymi rió maliciosamente. — Mientras que sus pensamientos son correctos, son de niños, les recuerdo que maté a todos sobre el hecho de que se hizo daño a mi hijo. — Ella se puso seria. — A pesar de las luchas que hemos tenido durante los siglos, Stryker es mi hijo también, y aunque yo no lo vi nacer, no es menos querido para mí. Y como cualquier madre, yo no puedo y no permito que un hijo sea dañado por otro, y que he alojado dando una mano a Stryker. No voy a permitir que él ataque a Apostolos o a Styxx. Mientras que deje a sus hermanos y sus familias en paz, no lo voy a romper en pedazos. Y no le haría bien hacer daño y lo haría por cualquier de mis hijos. —

Ella tomó la barbilla de Medea en la mano. — Y eso te incluye a ti. Ahora ¿qué necesitas de mí, hija? —

Medea vaciló de nuevo. Honestamente, no estaba acostumbrada a afecto de alguien que no sea su madre, y por un tiempo, hasta que los seres humanos habían asesinado, su marido.

Su relación con su padre era muy nueva. Nunca había tenido un abuelo de ningún tipo, y este lado de Apollymi la asustó.

Definitivamente hizo sentir incómoda. Pero por ahora, iría con él.

— Parece que hay una plaga en movimiento a través de la Spathi aquí. Davyn está enfermo, como mi madre. —

Los ojos plateados arremolinados de Apollymi brillaron rojos mientras dejaba caer su mano. Un viento invisible se extendió por la habitación, azotando su pelo alrededor de su cuerpo.

Con una maldición silbando, se dio la vuelta y se alejó.

— ¿Akra? —

— ¡Sígueme! —

Medea sabía que no debía cuestionar o desobedecer ese tono de voz. Ella aceleró sus pasos para alcanzar a la diosa, quien la llevó a un nivel inferior del palacio que había pertenecido a Misos, el dios de la Atlántida de la muerte y la violencia. Desde el aspecto de este nivel, se diría que este era el lugar donde ese antiguo dios una vez había recibido a sus invitados malditos "especiales" para el castigo en sus vidas posteriores.

Según el hermano de Medea, Urian, esas almas habían sido de los primeros que consumaron al original Daimons y Apollymi había traído aquí y salvado de la maldición de Apolo. Las almas de los corruptos condenados los habían alimentado durante mucho tiempo.

Pero, por desgracia, todas las cosas buenas llegaron a su fin. Y después de un tiempo, los Daimons habían sido obligados a salir y alimentarse de seres humanos en el mundo para alimentar y alargar sus vidas.

Gracias a Apolo y su horrible maldición.

Al llegar al final del pasillo, Apollymi usó sus poderes para abrir una puerta de hierro de espesor. Encadenado en un montón y desnudo en el suelo estaba Apolo, el dios griego que los había condenado y brutalmente eviscerado al hijo de Apollymi Acheron cuando era humano. Esa traición fue por lo que la diosa lo odió para la mayoría. Pero palidecía en comparación con los miles de años de Apolo había pasado torturando al hermano gemelo de Acheron, Styxx.

Como nieta de Apolo, Medea, probablemente, debería sentirse mal por el antiguo dios. Pero su maldición le había costado su vida y él no había hecho nada cuando los bichos humanos habían matado a su marido y su hijo pequeño por ninguna otra razón que el hecho de que Apolo les había maldecido a crecerles los colmillos y vivir sólo por la noche, ella simplemente no podía encontrar en su corazón algo que

le sobrara. Más bien, lo odiaba aún más que lo que su padre lo hizo.

Furiosa, se cobraría en él.

Apolo se retiró riendo. — Yo no lo haría, si yo fuera usted. —

Ella vaciló. — ¿Significado? —

— Sé por qué estás aquí y sí, soy la causa de todo. —

Apollymi echó la mano y lo inmovilizó contra la pared detrás de él. — ¿Qué has hecho? —

Él se rió aún más duro. — Todos ustedes olvidaron que yo soy el dios de las plagas. Ahorré lo suficiente de mis fuerzas para un último retorno y la inversión. —

Medea se quedó helada. — ¿Qué hacemos, Akra? —

La expresión en el rostro de Apollymi confirmó su peor temor. No había nada que pudieran hacer. Un dios no podía deshacer el hechizo de otro dios o una maldición.

Crueldad brilló en los ojos de Apollymi. — Una vez, hijo de puta mereces otra. —

Apolo en realidad palideció ante sus palabras. Había estado aquí el tiempo suficiente para aprender a temer lo que veía, ya que todos ellos lo hicieron. — ¿Qué quieres decir? —

Apollymi deslizó una sonrisa insidiosa a Medea. — No podemos matar a Apolo. No podemos deshacer este último truco... Pero nadie dijo que no podíamos alimentar a los gallu y dejar que lo conviertan en una de sus perras de sangre como lo hicieron a Zakar. ¿Qué piensas? —

Medea se rió maliciosamente. — Oh mi Señora Apollymi, cómo adoro la forma en que su mente trabaja. ¿Debo llamar a Kessar para una negociación? —

— Sí, pequeña. Creo que debes. —

Apolo gritó. — ¡No puedes hacer eso! ¿Tienes alguna idea de lo que van a hacer en el mundo? —

Ella le pasó con una mirada fría y vacía. — Te olvidas, querido Apolo, yo soy Apollymi la Gran Destructor. ¿Crees que me importan esos tontos mortales? — Ella sonrió a Medea. — Convócalos. —

13

Desnudo bajo su montón de pieles, Max yacía en el suelo de su loft, sosteniendo a Sera en sus brazos. Había enviado a Illarion y a Blaise para ver a los niños y devolverlos para que pudieran estar con ella antes de que ella se convirtiera en piedra. Pero él quería unos últimos momentos privados para decir adiós.

Parecía que cada latido del corazón hizo poner su cuerpo más frío y más rígido. Se estaba muriendo lentamente en sus brazos. Estaba tratando todo lo que se le ocurrió para mantenerla caliente y vibrante. ¿Cómo podrían sus poderes ser tan inútiles?

Ella le ofreció una sonrisa triste mientras tocaba sus labios. — No te preocupes, señor mío dragón. No es tan malo. Realmente. No es como estar muerto... Sólo un largo sueño. Ni siquiera sabré que estoy allí. —

¿Cómo eso ayudaría? En todo caso, le hizo peor saber que ella existía en un estado oscuro, vacante.

Sus ojos brillaban, ella extendió la mano para correr con la mano el flequillo. — Sólo deseó poder ver tu pelo como lo recordaba. Te ves tan manso. Así, humano. — Ella le arrugó la nariz juguetonamente.

Él se rió mientras acariciaba suavemente sus pechos. — Yo hubiera pensado que preferías mi pelo corto y recortado, como los hombres de tu pueblo. —

— No. Es la manera de los dragones salvajes que siempre me han engañado más. Fue lo primero que me atrajo de ti, por encima de todos los demás. —

— Entonces cierra los ojos. —

Ella lo hizo, y él usó sus poderes para devolver su pelo al primitivo, estilo bárbaro como había sido la primera vez cuando se habían acoplado.

Tomando su mano, él la besó en la palma de y la llevó a sus largas trenzas delgadas, que estaban atadas con plumas.

Sera jadeó cuando ella abrió los ojos para verlo. — ¿Cómo hiciste eso? —

— Tengo mis maneras drakomas. —

Riendo, ella tomó una trenza fina alrededor de su dedo índice y jugó en su pelo largo con tanto deleite que en realidad le puso duro otra vez. Aunque cómo le podía dar su última voluntad y estaba climatizada más allá de él. Fue una buena cosa que no tenía una cama, mientras él estaba seguro de que la hubieran roto.

Ella le rozó la trenza contra sus labios carnosos. — Ahí lo tienes, mi salvaje dragón. —

Max se inclinó sobre ella y la besó mientras su corazón se rompió con la idea de perderla de nuevo. Tenía tantos poderes. Así como muchas baratijas y tesoros de los dioses. Objetos encantados que por mucho tiempo muchas personas habían muerto a lo largo de la historia para encontrarlos y poseerlos. Pero nada que pueda detener podía evitar esto.

Nada.

Así que se aferró a ella con tanta fuerza que ella finalmente protestó.

— Me estás aplastando. —

— Lo Siento. Sólo quiero mantener tu calor seguro. — Él bromeó el lóbulo de la oreja con la lengua.

Ella suspiró de placer. — Cómo me gustaría que pudiera. No hay nada más quiera que quedarme contigo. —

Alguien llamó a su puerta. Max usó sus poderes para ponerles la ropa de nuevo sobre ellos antes de que él dejara a su visitante entrar en su habitación.

Era Illarion, con una de las esferas mágicas de Merlín.

Max frunció el ceño. — ¿Donde están los niños? —

Están bien y todavía en Avalon. Puesto que no están en el proceso de reconversión de piedra, Merlín los mantuvo allí. Ella piensa que lo está afectando Sera y su tribu aquí no puede romper la barrera para llegar a ellos en su lado. Tenía miedo de que si los envió de vuelta, que hubieran comenzado a transformarse, también.

Sera dejó escapar un sonido de felicidad mientras se sentaba. — No están cambiando? —

Illarion mostró la bola de cristal para que ella viera.

Tanto a los niños que estaban allí, en lo que parecía ser el castillo de Merlin en Avalon. Se veían felices y, lo mejor de todo, sanos y completos. Si no, un poco preocupados y estresados.

Edena se mordió el labio mientras movía su cabeza como un pajarito, tratando de centrarse en la cara de su madre. — ¿Mamá? —

Sera le sonrió mientras tomaba la bola en sus manos. — ¿Edena? ¿Haydn? ¿Están bien? —

Hadyn asintió. — Estamos bien. ¿Tú? —

— Maravillosa, ahora que sé que los dos están bien. —

Los labios de Edena temblaron. — ¿Es verdad? ¿Estás cambiando? —

Ella asintió. — Quiero que ustedes dos escuchen a su padre y dejen que los cuide para mí. ¿Pueden hacer eso? —

Ambos asintieron.

— Te quiero, mamá, — dijo Haydn, poniendo su mano en el orbe. — Me gustaría estar allí para decírselo a la cara. —

— Al igual que yo Sólo recuerdo que no importa qué, voy a estar cerca. Y Edena, necesito que seas amable con tu hermano en mi ausencia. Deja de tratar de cortarle las alas todo el tiempo. Van a aprender a volar o estrellarse por su cuenta. —

— Voy a tratar. Por ti. —

— Los amo a ambos. Por favor, cuiden del otro y de su padre y sus tíos por mí. —

Edena empezó a llorar y Hadyn la tomó en sus brazos para consolarla.

Max tragó saliva cuando una idea se le ocurrió. — ¿Merlín? ¿Estás ahí con los niños? —

La hermosa hechicera blanca y rubia se movió para estar al lado de ellos. — Estoy aquí. ¿Qué necesitas? —

— Si llevo a Serafina a ti en Avalon, ¿crees que podrías detener el giro? Eso está salvando a los niños ¿podría salvarla, también? —

Merlin vaciló. — Podría, pero también podría matarla, ya que está en el proceso de cambio ya. No sé qué tipo de hechizo Zeus le atribuye. Sabes tan bien como yo lo irrazonable que la magia puede ser, y las consecuencias imprevistas. — Miró a sus hijos. — Además, ella no es tu línea de sangre. Mientras llevaba a tus jóvenes ha mezclado su sangre con los suyos, que no es lo mismo que ser nacido de un drakomai. Simplemente no hay narración de lo que podría suceder. Lo

siento, Max. No quiero probar algo y perderla. —

Las lágrimas le ahogaban. Merlín tenía razón. Con ella en piedra, siempre habría una posibilidad de que pudiera encontrar otra manera de restaurarla. Para obtener la tabla de Kessar y utilizarla para liberarla de nuevo.

Pero no había forma de volver a los muertos. Sobre todo si Zeus astilla su estatua primero.

— Gracias, Merlín. —

Ella inclinó la cabeza hacia él antes de que la niebla en el orbe se los tragara.

Sera ladeó la cabeza para mirar hacia él. — ¿Qué hay con esa mirada? ¿Qué estás pensando? —

Sí, me estás asustando, también.

Él se paró. — Me voy tras Kessar y la tabla. —

— ¿Estás loco? —

Max sacudió la cabeza. — Es la única manera. La utilice para liberarte. Entonces puedo usarla para mantenerte aquí, también. — Miró a Illarion. — ¿Correcto? —

Su hermano sacudió la cabeza. Sí... no, esto es una muy mala, mala idea. Como tratar de hacer el brushing (estilo lo peinado) en el pelo mientras te duchas, o mear en contra de un fuerte viento. ¿Estás loco?

— No. Estoy desesperado. —

La misma cosa.

Él dio a su hermano una sonrisa irritada.

Bueno, lo estás.

Sera se puso de pie junto a él. — Estoy de acuerdo con

Illarion. Ni siquiera puedes pensar en hacer esto. ¿Estás loco? No se puede entrar en una colonia de demonios y amazonas que quieren verte muerto, y tomar la tabla de la cabeza de un demonio que te ambiciona más que nada. Tienden a reaccionar mal a tales cosas. Créame. Lo he visto. Creo a Nala y la llevó a la garra con el último dragón poseedor de tal arrogancia. —

Illarion señaló su acuerdo con Sera. ¿Cuántos desafíos más estás planeando dar? Mierda, Max. Hay maneras mucho menos dolorosas de morir. Ahogamiento en ácido me viene a la mente.

De repente, una luz brilló en la habitación con ellos. Max se dirigió hacia ella, pero algo lo mantiene en su lugar. Una fuerza poderosa e invisible que no podía romper.

Furioso, se manifiesta una ráfaga de fuego para atacar. Hasta que reconoció la fuente del poder.

Falcyn.

Sólo que esta vez, no estaba en forma de dragón. Vestido con su antigua vestimenta de guerra negra, llevaba pieles y las pieles de los asesinos que habían cometido el error de ir detrás de él, como trofeos y testamento a sus habilidades marciales insuperables. Su pelo negro era corto a excepción de una larga trenza que se envuelve alrededor de la garganta y adornando como un colgante de dragón de plata que hacía juego con sus ojos claros. Ellos brillaron como el mercurio en la penumbra.

Y no se perdió ningún detalle en absoluto.

Los ojos de Illarion se abrieron cuando lo vio allí. Él inclinó la cabeza en reconocimiento del orden de nacimiento de su hermano mayor y por respeto.

Devolviendo el gesto para Illarion, Falcyn cerró la distancia

entre ellos con ese paseo predatorio feroz que era únicamente suyo.

Sin decir una palabra, se detuvo frente a Serafina y encontró la mirada de Max. — ¿Puedo? — Estaba prohibido para un drakomas tocar otro sin permiso. Para ellos era un delito de matar en su cultura.

Max asintió.

Sera frunció el ceño mientras miraba hacia atrás y adelante entre ellos. — ¿Max? —

— Está bien, Sera. Este es mi hermano Falcyn. Yo confío en él... la mayoría de los días. —

Ignorando su burlas sádicas, Falcyn tocó la frente helada, entonces su mano. — ¿Quién le maldijo? —

— Zeus. —

Se burló con desdén. — Entonces espero que esto moleste seriamente a ese bastardo con un golpe apagado. Deberías haberme dicho eso desde un principio. Yo no habría tenido que buscarte como casi siempre antes de ayudarte. —

Con una garra, Falcyn hizo una pequeña incisión en la muñeca hasta que pudo reunir tres gotas de sangre.

De su mochila, sacó una pequeña bola oblonga que se asemejaba a un huevo, luego la cubre con su sangre. Lo colocó en sus manos y les tomó alrededor de él mientras él cantaba en la lengua de su madre. Él usó sus manos para activar la bola, que como huevo.

Después de unos segundos, Sera chupaba el aliento bruscamente, pero Falcyn sostuvo sus manos en su lugar alrededor del huevo. Ella siseó. — Me quema. —

Max apretó sus brazos alrededor de ella. — Va a estar bien.

Él está sacando el veneno de ti. Dale tiempo al trabajo. —

Sólo entonces se relajó un grado.

Por el momento Falcyn terminaba el ritual, ella estaba aún más pálida, pero su respiración era más sólida.

Falcyn limpió la piedra con su manga, y la devolvió a su cartera. Miró sobre el desván expectante. — ¿Dijiste que tienes dragoncillos? —

— Un hijo y una hija. Están con Blaise. En Avalon. —

Por primera vez, las características de la cara del Falcyn se suavizaron. Blaise siempre ha tenido un lugar especial en sus afectos. — Voy a verlos protegidos y blindarlos, también. —

Cuando empezó a salir, Max lo detuvo. — Gracias hermano. ¿Puedo preguntar por qué cambiaste de opinión? —

Falcyn volvió a las cortinas para mirar hacia atrás primero a Max, luego a Sera. — Sigo pensando que eres un idiota. Todavía odio y envidio cada aliento que llena tus pulmones. Pero tú eres mi hermano y somos drakomai. No es mi lugar tomar de ti tu corazón... Si hay alguna manera de ayudarla, entonces estoy moralmente obligado a hacerlo. ¿Sabes el código vivimos y morimos pero independientemente de lo que siento por ti, es mi responsabilidad proteger lo que amas y preservar nuestra línea de sangre. —

— Una vez más, gracias. —

Falcyn no respondió a eso. Era como si una parte de él estaba avergonzado por la gratitud. En su lugar, se volvió hacia Illarion. — ¿Todavía tienes la uña de dragón que te di? —

Siempre.

— Sí, no lo que he oído mal. — Falcyn le dio una palmada en

el brazo. — He oído que la prestaste a una addanc. ¿Qué demonios te pasa? ¿Yo no te enseñé nada? — Él negó con la cabeza ante Illarion. — ¿Un addanc? ¿En serio? —

Falcyn hizo un sonido de disgusto supremo. — Todos mis hermanos son imbéciles. Lo juro. Ahora me llevaras a los dragoncillos y antes que Blaise chupe la poca inteligencia que tienen y los deje escasos, también. —

Illarion puso los ojos en blanco.

Cuando se fueron, Max se echó a reír.

Sera frunció el ceño. — ¿Qué? —

— Me di cuenta de por qué me gusta Rémi tanto. Me recuerda a mi propio idiota hermano. —

— Y lo encuentras tan gracioso? —

— Lo hago. —

Sera extendió los brazos para examinarlos como esperando comenzara a crecer en frío lentamente de nuevo. — ¿Va a durar esto? —

— Debería. Falcyn es el más antiguo de nuestra especie, que yo sepa. — Arrugó la nariz ante ella. — Es incluso más viejo que yo. —

— ¡Guau! Entonces, ¿por qué te odia, entonces? —

— Yo le fallé y Haydn. Es por eso que no voy a dejar nunca a nadie más que amo. — Él pasó la mano por el pelo antes de levantarla hasta rozar contra su labio inferior.

Esa sola acción envió escalofríos por ella. Peor aún, despertó su hambre por él de una manera que era aterrador. Antes de que pudiera detenerse, ella tomó su cara entre las manos y lo llevó sus labios a los de ella para que pudiera devastar su boca y beber hasta llenarse de él.

Max se rió cuando él la levantó y la apretó contra la pared detrás de ella. — ¿Cómo puede mi cisne morir de hambre tan pronto? —

Ella le mordisqueó la barbilla y bigotes, con ganas de olvidarse de todo lo demás.

Si tan sólo pudiera.

— Tenemos que ver lo de Nala. —

Él asintió con la cabeza. — Tengo que conseguir la tabla de nuevo y asegúreme de que Kessar no lo usa. — Él la levantó y la echó al hombro.

Sera jadeó ante la acción, sobre todo cuando se dirigía a la puerta. — ¿Qué estás haciendo? —

Él juguetonamente acarició sus piernas contra su pecho mientras seguía llevándola. — Sigues metiéndome en problemas. Yo no te voy a dejarte fuera de mi vista. —

— Puedo caminar, ya sabes. —

— Sí, pero yo soy un dragón. Somos conocidos por secuestrar a hermosas doncellas y llevárnoslas a nuestras guaridas. —

Riendo, ella se entregó a su abrazo. — Siempre me he preguntado acerca de eso. ¿Por qué los dragones toman a las mujeres? —

Él chasqueó la lengua juguetonamente. — Estoy ofendido que le pides que te del viaje que acabamos de tener en mi cama. —

— Eso no es una cama... En tu paja, que quieres decir. —

Al llegar al final de las escaleras, la alegría se desvaneció de su rostro. Su mandíbula cae, él le deslizó de su hombro y la dejó en el suelo delante de él.

Sera se volvió para ver a un nuevo grupo reunido en la planta baja de la Casa Peltier. El poder viene de ellos era lo suficientemente inquietante, pero eran dos grupos de dioses gemelos idénticos que pusieron sus nervios de punta y la aterrizaron.

Un par fácil de confundir uno por el otro. Ambos eran altos, oscuros, e increíblemente sexys. La única manera de distinguir uno del otro era que el de la izquierda tenía el pelo negro corto y el de la derecha no.

— El pecado, — dijo Max, extendiendo su mano hacia él. — Zakar. —

Se estrecharon la mano a su vez.

El otro conjunto era mucho más fácil de distinguir. Mientras que los dos tenían el pelo largo hasta los hombros en estilos similares, uno tenía su negro con un par de remolinos por ojos plateados. El otro era rubio con ojos de un azul vibrante.

— Styxx,— Max saludó el rubio. — Acheron. — Dio un paso atrás para presentarla. — Mi compañera, Serafina. —

Acheron inclinó la cabeza hacia ella. — Ojalá nos reuniéramos en mejores circunstancias. Sobre todo porque yo estoy aquí para preguntarle a tu compañera si está bien o si contigo alimentamos a los gallu. —

Sin aplaudió a Max en la espalda y le puso una mano firme en el hombro. — En realidad, no es una petición. Abróchate el cinturón, con botón de oro. Te estamos lanzando debajo del autobús. —

Max se quedó boquiabierto. — ¿Perdón? —

— Sí,— estuvo de acuerdo, Styxx que lo rodeaba a Max. — Y sabiendo lo que estaban planeando hacer seremos tu seguridad. — Él dirigió una sonrisa a Max. — Al igual que tu pelo nuevo, por cierto. Va bien con todo el traje de dragón

para sacrificarte a los dioses. Buenos tiempos. —

14

— ¿Sacrificar a un dragón? — Sera repitió con un jadeo. —
Eso es una broma. ¿Correcto? —

— Claro. Vamos a llamarlo así.

Mirando, ella de Styxx a Max. — No creo que me guste mucho. —

Max se aclaró la garganta. — Eso está bien. Algunos días, no le gusta tampoco. Y estoy pensando que hoy es, sin duda uno de ellos. Todos ustedes saben que en este momento que voy cerca de treinta horas sin dormir, ¿verdad? —

Acheron se rió. — Adelphos Bienvenido a mi mundo,. Creo recordar el sueño... erase hace en un gran tiempo. O tal vez era una alucinación provocada por un extremo sueño. Es difícil de decir, en este momento. —

Max se frotó la ceja con el dedo medio. — Así que estás pensando en darme de comer a los gallu. ¿Cualquier otro edificio tomado durante mi ausencia que necesite saber? —

Zakar dejó escapar una risa malvada. — Estás muy tranquilo para ser un dragón a punto de ser sacrificado. —

— Sí, bueno, nosotros no bajamos fácil. Ustedes no saben lo que es la indigestión hasta que intenten comer a un dragón. Tenemos la tendencia a reprimir. Y duro. —

Dev gritó de dolor. — Y eso es más acerca de su vida sexual, de lo que cualquiera de nosotros necesita saber. —

Max juguetonamente disparó una ráfaga de fuego contra él.

— ¡Oye! ¿Te importa? — Fang se interpuso entre ellos y la apagó. — ¡No quemes el bar! Maldita sea, los niños, hay algunas cosas que debería no tener que decir, y que están en la parte superior de mi lista. Deja de jugar con fuego en el interior... alrededor de la barra de madera y del alcohol ¡es inflamable! —

— En fin... — Sin ignoró el arretrato de Fang. — ¿Sabes dónde se esconden? —

— Irkalla. —

— Oh, — dijo Sim en un tono tan seco que podría ser utilizado para deshidratar océanos. — Eso es genial. Irkalla... ¿Por qué? —

Max inclinó la cabeza como impartiendo un gran secreto. — Bueno, yo no soy... espera. Sí, es cierto, soy un experto. Así que voy a asumir que está ahí porque no se puede ir a buscarlo y sacarlo con tus oídos, gritando. O matarlo. —

— Tiene razón. — Zakar dejó escapar un suspiro agravado. — Me gustaría que pudiéramos retroceder en el tiempo y patearle el culo a cada miembro de la familia que teníamos cuando los tomamos en el desencadenamiento de estos bastardos. —

Sera frunció el ceño. — Espera... ¿No puede Ishtar descender a Irkalla y volver? ¿Eso no significa que puedes, también? —

Eso ensombreció los ojos de Sin. — Es un tiempo y lugar

diferente. Y yo, lamentablemente no soy un dios, mi hija lo es. — Dio un paso atrás como reconsideró su curso de acción.

— Puede que no tenga que ser... —

Miraron a Max con una ceja arqueada.

Max se frotó el labio inferior con el pulgar mientras consideraba sus recursos. — Sera me dio una idea. En realidad tengo lo Asushunamir se utiliza para restaurar a Ishtar a la vida. —

Zakar miró boquiabierto con una mirada de incredulidad total. — ¿Tú eres el Koru-Nin? —

— Sí. — Max conoció mirada igualmente con la boca abierta de Fang. — Es la verdadera razón por la que nunca he dejado el Santuario antes de ahora. No me podría importar menos la marca Dragonbane. Por ella cualquier persona quiere tratar de matarme, y traigan amigos, y tengan palas para marcar sus tumbas. Más bien es lo que yo protejo que me mantiene oculto. No puedo dejar para que caigan en las manos equivocadas. Y si alguna vez sucede que me bajen... Sólo mis hermanos Falcyn o Blaise tienen la capacidad de hacerse cargo de su administración. Ni siquiera Illarion podía manejar su poder. —

Serafina había conocido la Sa'l Sanguine Real era importante, pero no fue hasta que vio sus rostros ahora que entendió completamente los deberes de su compañero. ¿Qué tan importante era Max en el universo en su conjunto.

Y lo increíblemente poderoso y mortal un objeto. No es de extrañar que los demonios estaban tras él.

Zakar estrechó su mirada en Max como tratando de entenderlo. — ¿Alguna vez la has usado? —

— No es mi lugar. Tampoco me tientes. —

— Por lo tanto, ¿por qué él es el guardián de la misma. Alguien más, o todos estamos haciendo homenaje a como nuestro gran y malvado señor feudal. —

Max resopló en tono seco de Acheron. — Inclínate ante mí, escoria de la Atlántida. —

— Exactamente. —

Con los ojos atormentados, Max entrelazó los dedos en el pelo de Sera, mientras hablaba con los demás. Fue la expresión más tierna de atención que nadie le había jamás dado y le tocó mucho más de lo que quería admitir. — Teniendo en cuenta todo esto, no hay ninguna razón que no podamos recuperar la Tabla de Kessar y los demás. Incluso en Irkalla. —

Sin golpeó los nudillos. — Vamos a las arenas de Irkalla con su sangre. —

— No. — Acheron sacudió la cabeza ante la oferta de Sin. — Creo que eso es una mala idea profundamente, y Katra no tendría tanto el culo si te llevamos y no pudiéramos traerte de vuelta por cualquier razón. Ella no va a dejarte ir allí sin ella. ¿Estás dispuesto a arriesgar su vida? —

— ¡Diablos no! —

Acheron le guiñó un ojo. — Buena respuesta. —

— ¿Quién es Katra? — Sera preguntó a Max.

— La esposa de Sin y la hija de Acheron. Como su esposa, ella es técnicamente parte del panteón sumerio y podría descender a Irkalla con nosotros, si ella decide hacerlo, y como dijo Ash, lo haría para proteger a Sin. Pero ella es también la hija de Artemisa. Con ese linaje y los vínculos con esa cantidad de panteones que compiten, ¿quién sabe lo que podría suceder si ella fuera allí. Si bien la mayoría de los dioses debería estar durmiendo, no sabemos a ciencia cierta

si eso es cierto de todos ellos. Nuestra suerte, y mi experiencia personal, dice que hay que prepararse para una desagradable sorpresa. — Max suspiró pesadamente. — Para estar seguro, tenemos que hacer esto independiente de los panteones externos. Con la excepción de Illarion, cuyo padre es Ares, el drakomai puede ir sin ningún problema. —

— ¿Qué tal un Hellchaser lobo? —

Max inclinó la cabeza a Fang. — Eres bienvenido, hermano. —

— ¿Amazonas? , — Preguntó Sam.

— ¿Es usted un semidiós? —

Ella se descubrió un poco. — Nieta de Ares. ¿Cuenta eso? —

— Más cerca de lo que deberíamos para una oportunidad, especialmente teniendo en cuenta el aspecto descontento en la cara de Dev. —

— Sí, — dijo Dev irritado. — Volvamos a Katra. Anda tu. Voy. No me convertirá en un demonio, Sam. Me vería mal con dientes de sierra. —

Ella gimió ante su compañero.

— Eso también deja a Chi, y yo, — dijo Acheron. — Estamos mejor no arriesgándonos tampoco. —

— Pero todavía lo estamos. —

Sera frunció el seño a Styxx. — ¿Cómo puedes estar sin tu gemelo, no? —

Styxx dejó escapar una risa malvada. — Es una larga historia. La versión corta es que estaba escondido en el vientre de mi madre como un feto para esconderse de su panteón que quería matarlo. Mientras que su madre es una diosa, mi madre era una reina humana. Así que, aunque nos

parecemos - otro truco de su madre de ocultar y disfrazarlo - Soy un Chthonian. Él es un dios. Me Borra para el servicio activo en los reinos inferiores gobernados por panteones antiguos que prohíben su participación. —

Fang comprobó su teléfono antes de volver a hablar. — Y ese es mi jefe. Thorn el mundo tiene su propia situación de gran explosión y eso requiere toda su atención. De hecho, él me quería ayudar, entonces decidió que llamaría en Cadegan y Varyk a la vez, y dejarme que lidiar con esto. —

Sera cruzó los brazos sobre su pecho. — Así que estamos un puñado contra una horda? —

Una luz juguetona oscureció los ojos de Styxx. — probabilidades típicas para mí. —

Max hizo un gesto con la barbilla hacia Styxx. — Styxx era el comandante de la Estigia Omada. —

Era su turno para tener su caída de la mandíbula en el nombre de uno de los ejércitos más exitosos y famosos de la historia. Se clasificó la altura de Aquiles y sus mirmidones. En las guerras Greco-Apollon, el Estigia Omada había sido invencible. — ¿Fuiste tú? Pero no eres más que un bebé. —

Styxx se rió de su insulto intencional. — Así que fue Alejandro Magno. Es increíble lo que la gente puede hacer cuando están muy motivados y hay un ejército enemigo para pulular por encima de su cadáver, en caso de que caiga. —

— Muy, muy cierto. —

Ahora era el teléfono de Acheron que sonó. Se apartó a responder.

— Luna de Sangre, — dijo Dev, fingiendo un acento malo. — Para los que vivamos. —

Cherif se burló. — Puedo manejar eso. Es el morir lo que me

aterra. —

Fang asintió con la cabeza a su poniendo más de su último plan con mayor detalle. Aunque para ser honesta, Serafina todavía no estaba contenta con él. Algo le estaba molestando en el fondo de su mente.

Después de unos segundos, Acheron regresó, a sus rasgos pálidos. — Eso es Artemisa. El gallu está atacando Olympus.

—

— ¡Mia! — Sin desapareció inmediatamente.

Sera frunció el ceño ante su reacción aterrorizada.

— Mia es su hija, — explicó Max. — Ella debe estar con su abuela. —

— Oh mierda. —

Max miró a Acheron. — No nos dejes. —

— Gracias. —

Se quedaron atrás cuando Acheron les teletransporta al Olimpo. Debido a que pertenecía al panteón griego, sólo los dioses, o los que permiten, podían acceder a él. Obviamente, tanto Acheron como Sin tenían permiso para visitar.

Al menos el templo de Artemisa, si no el resto de los edificios de la montaña, ya que era donde aparecieron unos segundos más tarde.

Max nunca le había gustado ir a la batalla con la familia. Le gustaba aún menos con suegros a su lado. Pero sabía de qué se trataba de quién y qué era.

Una guerrera amazona feroz.

Sería el peor de los insultos pedirle que quedarse en casa y sentase en esto. Así que hizo lo único que podía. Manifestó

su casco y la espada y se los entregó a ella.

Ella frunció el ceño mientras se los llevó, y se puso al frente a la cabeza. Con una adorable sonrisa que hizo las cosas difíciles a su cuerpo, ella desenvainó su espada. — ¿Cómo hiciste eso? —

— Yo soy quien te dio la espada a ti, ¿recuerdas? —

Serafina estrechó su mirada con desconfianza en él antes de que ella examinara la empuñadura de su espada, como si la viera por primera vez. — Está encantada, ¿no es así? —

El rubor en su rostro y la inclinación tímida a la cabeza respondió a su pregunta.

— Esto nunca fue un regalo de bodas. Era su manera de protegerme en la batalla. —

— Yo no quiero que te hagas daño. — Se mordió el labio de la manera más adorable. — Es la Espada con que peleo. Aquiles me la envió para vigilar y proteger. —

Las lágrimas la ahogaron. Ella se había dado cuenta de que sus habilidades de batalla habían mejorado después de su acoplamiento a Maxis. Y ella había pensado que era extraño que había dejado de ser herida en la batalla. Ni siquiera un rasguño. Lo había atribuyó a su propia necesidad de permanecer entera y una mejora de sus habilidades.

Ahora...

Ella lo besó como una profundidad de agradecimiento a su compañero le había abrumado e inundó su corazón con calidez. Era adorable precioso. — Te amo. —

Max no podía respirar cuando esas palabras lo golpearon como un puñetazo. Ella nunca había dicho eso a él antes.

Ni una sola vez.

Honestamente, no había habido momentos en los que estuvo bastante seguro de que ella lo odiaba. Momentos en que él habría jurado que quería tomar la espada y ejecutarlo con la misma. O cortar una parte de su cuerpo a la que era bastante aficionado.

Bromeando, ella puso su mano en la barbilla para que pudiera besar con su boca abierta para él. — Te quiero, también, Serafina,— dijo con una voz masculina fingida.

Él se rio y besó su palma marcada. — Que yo definitivamente lo hago. Sólo me tomó por sorpresa tu reacción. —

Reuniéndose en sus brazos, él la abrazó cuando las siervas de Artemis abrieron una puerta y corrieron gritando en su habitación con los demonios persiguiéndolas.

Sí, esto era aún peor de lo que había esperado. ¿Cómo los gallu habían llegado aquí, no podía imaginar. Ellos no deberían haber tenido acceso al Olimpo.

Sin embargo, allí estaban.

Acheron ignoró a las doncellas y se precipitó a una habitación a su izquierda. Max colocó a Sera detrás de él, mientras que los otros fueron a ayudar a las siervas de Artemisa y los otros dioses.

Serafina nunca había visto nada como esto. Era peor que cualquier ataque de un dragón en que jamás hubiera estado. Los dioses estaban luchando, sin embargo, los gallu eran feroces.

Tan pronto Acheron abrió la puerta a su derecha, vieron que Artemisa se había encerrado en su habitación con su nieta, que tenía la coloración de Sim, pero era la viva imagen en miniatura de Artemisa. Cabe destacar que la chica era ferozmente la calma mientras se aferraba a su abuela. Era como si supiera que Artemis nunca permitiría que le hicieran

daño al venir a ella.

Pero la visión más impactante fue el demonio Malachai que protegía a ambas. En la toda la gloria de su demonio completo, llevaba su armadura de combate negra y tenía sus alas extendidas para proporcionar una barrera entre ellos y cualquier persona o cualquier cosa que viniera a través de las puertas detrás de Artemisa o Mia. Tenía la piel de color rojo y negro se arremolinaba sobre una cara bonita y un cuerpo perfecto. Pero debido a su apariencia demoníaca y los ojos de color rojo brillante, hubiera sido exquisito.

La entrada de Sin, permitió que el dios sumerio se ponga detrás de él para ver a su hija, que se lanzó de Artemisa para caer en brazos de su padre. Cuando siguieron detrás de Sim, el demonio les enfrentó con su espada, listo para la batalla.

Hasta que vio a Acheron.

Acheron se detuvo en seco como si esperase que el demonio le atacara.

En cambio, el Malachai inclinó la cabeza. — Hemos tratado de teletransportar a Mia cuando empezó, pero tienen todo el lugar bloqueado. Estoy sorprendido alguno por ustedes. —

Acheron manifiesta su personal. — Yo no uso los canales estándar. Tengo mi propio punto de acceso. —

— Me alegra oírlo. ¿Puedes sacar a Artemisa y a la bebé? —

Sin acunó la cabeza de Mia con la mano. — Bien Nick. No puedo teletransportarme fuera de aquí con ella. Estamos encerrados. —

— Grande, — el Malachai murmuró antes de que él entrecerrara los ojos en Max. — Hey dragón, ¿quieres ayudar a un hermano? Creo que juntos podemos tener una ruta para salir de aquí. —

— Justo detrás de ti, chico. — Max se convirtió en su forma de dragón. Dudó. — ¿Quieres unirse a nosotros o quedarte?
—

Serafina frunció el ceño ante la pregunta hasta que se dio cuenta de que Max tenía una silla de montar en su espalda. Mientras que ella había oído hablar de los dragones de guerra y sus jinetes, que nunca había visto uno. — ¿Estás seguro?
—

— No hay lugar Prefiero que así sea. —

La idea de montar un dragón la aterrizzaba. Pero ella sabía que Max no le haría daño, y su curiosidad se levantó. Cuán diferente podría ser que montar un caballo en la batalla? Sólo un poco grande el caballo, de verdad.

Bueno, un caballo mucho más grande. Aún así...

Tragando su miedo, se obligó a subir a su ala y en la silla.

— ¿Estás lista? —

Ella se aseguró a sí misma a la silla y se preparó para el vuelo. — Lista. —

La fuerza de su elevación le robó el aliento. No es de extrañar la silla tenga un respaldo alto como para ella. Los vientos batían en ella mientras seguía al Malachai a la batalla. Sus enormes alas se hicieron esperar y él seriamente podía maniobrar a pesar de su tamaño gigantesco.

Como podía el Malachai.

Juntos, llovieron las explosiones de fuego en los gallu. El peleando desde aquí era feroz. Entre los dioses y los demonios. Por su vida, y ella no podía entender por qué los gallu estaban atacando el panteón griego. Y cuando se enfrentaron, comenzó a darse cuenta de la razón porque Maxis la había colocado en su espalda.

Desde aquí arriba, no podía llegar a nada. Nada ni nadie podía acercarse a ella. Una parte de ella estaba irritada. Por lo otro se quedó prendada.

Hasta que se ladeó con fuerza hacia la izquierda. Ella agarró la silla para ver lo que lo había causado.

Artemisa había salido de su templo y fue disparando feroz y rápida a los demonios con su arco y flechas.

El Malachai se rió de su furia. — Creo que alguien está un poco molesta se atrevieron a amenazar a su nieta. —

Max asintió. — Pero me da una idea. —

— ¿Qué? — Sera preguntó mientras volaba lejos del Malachai, hacia el templo principal en la colina.

Él pasó rozando la horda demoníaca. — Mira la cantidad de demonios aquí. —

— Hay muchos de ellos. ¿Tu punto? —

Max se cernía justo fuera del frenesí de la batalla. — ¿Quieres hacer algo de reconocimiento? —

— Depende. Si tenemos que luchar, ¿vas a dejar que toque el suelo? —

Giró la cabeza de su enorme dragón en torno para mirarla por encima del hombro. — Quieres que te pillen, ¿verdad? —

Ella levantó las piernas que estaban a una milla más o menos por encima del suelo. — Es difícil pasarlo por alto. —

Él le dirigió una sonrisa impenitente. — Bien. Si hay peleas, voy a bajarte. —

— Muy bien entonces. Muéstrame el camino, mi señor dragón. Obviamente voy a ir a donde me llevas. —

Maxis se retiró de la lucha y trató de salir del Olimpo. Al

principio, él no podía. Algo lo había bloqueado. Pero la herencia de su madre le permitió eludir la magia gallu y encontrar un camino de vuelta a través de él, a pesar de todo lo que habían puesto sobre el lugar para mantener a los demás que no entren o salgan.

Decidido a llegar a la tabla de su hermano, la llevó hasta Irkalla. Mientras que él no había visto a Kessar entre los atacantes en el Olimpo, sabía que la mayoría de los demonios gallu tenían que estar allí y no en su reino escondido donde habían estado antes.

Lo que significaba que tenía una oportunidad de conseguir la tabla mientras que los gallu luchaban contra los dioses griegos y otros.

Odiaba retirarse de la lucha, pero esto era mucho más importante. La Tabla Esmeralda era tanto una amenaza para su seguridad, si no más, que solo los demonios que estaban luchando. Esta era su mejor oportunidad de recuperarla.

A la entrada del antiguo reino inferior, Max se detuvo y dejó a Sera desmontar. Manifestó su propia armadura y armas. Hizo una pausa mientras recuperaba el curioso ceño fruncido en su rostro mientras ella lo observaba. — Es difícil de colarse en las cavernas en el cuerpo de un dragón. —

— Cierto. Tomas una gran cantidad de espacio. — Había una luz traviesa en sus ojos color avellana que era increíblemente seductora. Recordaba ahora por qué había sido tan difícil salir de ella. ¿Por qué él la había llevado a una habitación privada la noche que se conocieron, en lugar de enviar a ella por su camino.

Siempre había sido tan exigente acerca de los cisnes en su vida. Nunca había tenido un amante humana. Los seres humanos nunca habían recurrido a él de ninguna manera. Había estado tan selectivo y escaso en sus amantes que sus

hermanos a menudo se habían burlado de él.

Pero la noche Serafina había entrado a dar de beber a sus hermanas mujeres de las tribus, y que a él no le había importado lo que eran. Su toque audaz le había electrificado y sus labios le habían despertado una parte de él que no sabía que existía. Eso por sí solo debería haberle advertido que estaban destinados a estar juntos.

Que las Parcas la habían decretado como suya.

Ahora...

Él bajó la cabeza debajo de la cabeza para poder capturar sus labios regordetes y beber de ella. Como siempre, ella respondió a su pasión con el calor suficiente que le hizo maldecir esta misión y el hecho de que ellos no tenían un solo minuto para que él tirase la armadura de su exuberante cuerpo y saborearla de la manera que él quería.

Pero más tarde, lo haría muy seguro de que sabía exactamente cuánto él todavía la deseaba. Profundizando el beso para un último gusto, se apartó con un gruñido irritado y se obligó a atender el asunto más apremiante.

Que lamentablemente no fue su necesidad y el dolor en la ingle hinchada.

Serafina sintió la ausencia de su calor corporal como un golpe físico. Sus sentidos estaban todavía tambaleándose y desenfocados de ese increíble beso. Y mientras lo veía caminar delante de ella, tenía dificultades para permanecer centrada en distinta forma, innegablemente sexy que tenía. Era mucho más fácil luchar con él como un dragón.

A ningún hombre se le debe mirar bien la carne.

Mordiéndose su labio, ella utiliza el dolor para centrar sus pensamientos en algo más que la forma en que su armadura se aferró a sus músculos. La forma en que se movía como un

guerrero letal.

¡Para!

Ella sacudió la cabeza para despejarse. ¿Tienes idea de a dónde vamos? Ella envió sus pensamientos a él.

Sí y no. Estoy seguimiento de la tabla. Pero no, no sé la disposición aquí.

Finges bien.

Se rió en silencio.

No sabía por qué se permitió encantarse a ella tanto. Estaba completamente irresistible. Y ella se quedó tranquila, ya que se coló a través del reino inferior, y a fin de no distraerlo de su tarea. Estaba increíblemente oscuro aquí. E inquietantemente tranquila. No era extraño que los sumerios siempre habían descrito este lugar como monótono y aburrido.

Los muertos aquí decayeron en la nada tal como lo hicieron en sus tumbas. Y la única cosa buena que podía decir era que no castigan a sus muertos. Pero tampoco se les recompensa por una vida bien vivida. Simplemente existían aquí hasta que se desvanecieran.

Completamente trágico. Qué, horrible lugar, y lúgubre es que te envíen a la eternidad.

De repente, Max se detuvo.

Sera trató de mirar por encima del hombro para ver lo que tenía su atención, pero él era demasiado alto por ella.

Espera aquí.

Ella quería discutir, pero sabía que no debía intentarlo, así que asintió y se quedó en su puesto. Probablemente era lo mejor. De esta manera ella podría ver en la oscuridad si para

alguien se acercarse sigilosamente a ellos. No es que ella podría ver en la oscuridad.

Pero tal vez tendrían respiraciones pesadas. Haciendo su trabajo fácil.

No haberse bañado por unos días...

Unos minutos más tarde se sentían extremadamente largos como una eternidad en el infierno, ella sintió una presencia detrás de ella. Ella dio la vuelta, con la intención de golpear al culpable y correr.

— Soy yo, — Max le susurró al oído. — Me dio la tabla. —

— ¡No hagas eso! — Ella movió ligeramente sus dedos contra su estómago para hacerle saber lo poco que apreciaba su sorprendente centenar de años a partir de vida.

Abrió la boca para hablar, luego se quedó completamente quieto cuando sonó una voz cortando la oscuridad con una resonancia profunda y espeluznante.

— Bien bien. Sabía que si pensabas nuestros números bajarían y vendrías. Aquí Nala pensó que yo era un tonto por decirle eso. —

Quedándose sin aire, Serafina se estremeció cuando alguien encendió una antorcha en la oscuridad. Entonces ella deseó que no lo hubieran hecho.

Oh queridos dioses.

Estaban rodeados de gallus.

15

Max maldijo entre dientes al ver Kessar en la luz de las antorchas cegadoras. Una trampa jodido... y él había caído en ella. Debería haber sabido que la tabla no sería tan fácil como encontrar y agarrar.

¡Qué estúpido soy yo!

Bueno, eso no lo soportaría pensar en este momento. Peor aún, había sabido que el demonio no era un idiota. Que sólo tendría una oportunidad en esto y eso sería todo.

Y lo eché a perder.

Bien hecho, una idiotez.

No sólo se había suicidado, sino que había matado a Sera, también. Sin embargo, se negó a ser parte de su muerte. De una forma u otra, tenía que sacarla de esto, por lo menos.

Oraría por un milagro, él se dio la vuelta a Sera y la empujó suavemente en las sombras, esperando que esto funcionara, ya que era el objetivo más grande que buscaban. Luego corrió, llevando a los demás lejos de su ubicación. De acuerdo, no era el plan más brillante, jamás, pero por suerte eran bastante estúpidos y corrieron tras él con todo lo que tenían.

Lo que no esperaba era que ella se fuera detrás de él, también. Y ella se convirtió en un dragón y lo recogió para hacerlo volar por encima de los demonios persiguiéndolos, no podía haber estado más aturdido.

Al principio, ni siquiera había creído que era ella. Pero mientras miraba sus hermosas escamas rojas y las garras

que lo sujetaban, no tenía dudas.

Su Dragonswan lo había salvado con el dragón que odiaba.

Por desgracia, no podía viajar lejos en esa forma. Las paredes de la caverna se estrecharon tanto que ella tuvo que bajar y volver a ser humana o el riesgo de perder o romperse sus alas.

— Impresionante, — dijo en un tono asombrado.

Ella flexionó el brazo como si se asegura a sí misma que era “normal” de nuevo. — Y lo que hiciste fue tremendamente estúpido. ¿Cómo has logrado sobrevivir durante tanto tiempo? —

— No tengo idea de verdad. — Él comprobó para asegurarse de que todavía tenía la tabla con él, entonces se centró a lo largo de las paredes vidriosas, tratando de elegir un camino a través del lugar hacia una salida o al menos un poco de luz. Ni siquiera sus poderes podrían detectar nada. Fue tan frustrante estar completamente ciego.

— ¿Todavía tiene la Tabla? —

— Sí. No es tan malo lo que está haciéndonos. Si Kessar me captura y me sangra, va a ser mucho peor. Para todo el mundo... especialmente para mí. —

Sera lo consideró. — Usó la tableta para despertar a mi tribu. ¿Puedes utilizarla para hacer lo mismo? —

Max vaciló. — ¿A qué te refieres? —

— ¿Se puede revertir lo que ha hecho a mi tribu y liberarlos de nuevo? —

No estaba seguro de que le gustaba donde sus pensamientos iban con esto. — Sí, pero no veo cómo podría ser útil. — Sobre todo porque las amazonas y los Katagaria querían

incluso más muertos que los demonios.

— Si se les libera, podemos hacer retroceder a los demonios, y estoy pensando que Nala sabrá alguna manera de salir de aquí. —

— Incluso si lo hace, no creo que ella vaya a ayudarte y sé que no me va a ayudar. Soy el dragón cuya cabeza quiere montar en la pared. —

— Creo que puedo convencerla. —

— Yo no estoy seguro de querer apostar mi vida en esto. —

— Tienes una idea mejor? —

— Luchar en nuestro camino. —

Ella se burlaba de lo que él consideraba casi legítimo, en su sano juicio, era un plan. — ¿Crees que va a hacerlo? —

— ¿Me lanzo a la lógica? No. ¿Por qué quieres ser mala conmigo de esa manera? —

Ella se rió de su tono de broma. — Lo digo en serio, Maxis. Puedo conseguir que nos ayuden y luchar con ellos. —

— ¿Y si te equivocas? —

— Te construiré una buena pira funeraria. —

Dejó escapar una breve carcajada. — Ustedes tienen un tipo que no es nada gracioso. —

— ¿Tienes una mejor opción? —

— Tristemente no. Al menos nada por lo que no me diera yo mismo una bofetada por proponerlo. — Él dejó escapar un largo suspiro al oír a los demonios acercándose a ellos. Tenían que decidir y actuar con rapidez o iban a tomarlos de nuevo. — Correcto. Vamos a tomar ese camino con tu tribu. Pero si me comen o ensartan llevándome a la muerte... No

voy a estar feliz. —

Dio un paso, luego se detuvo. — ¿Alguna idea de donde los demonios podrían haber llevado a mi tribu? —

Él gimió ante su pregunta. — Ninguna. —

Antes de que pudiera hablar, él la empujó detrás de él y comenzó a derribar a los demonios con el fuego de nuevo. La aterrizaron lo cerca que habían estado de ellos mientras ella había trazado un escape. Si no hubiera estado prestando atención, los demonios los hubieran tomado a ellos. Así las cosas, gritaban desde el ataque de Max y cayó hacia atrás, hacia la oscuridad.

Max los empujó hacia adelante, más profundamente en el reino inferior con lo que estaba completamente familiarizado, deseando tener otra salida. Peor aún, el olfato y la vista de la caverna húmeda traía recuerdos que no quería o necesitaba en este momento en particular, enterrados desde largo tiempo.

En el fondo de su mente, vio al Dagón como el antiguo dios caminando entre sus jaulas, tratando de decidir a quién utilizaba, el siguiente en sus experimentos inhumanos. El joven príncipe de pelo oscuro que se parecía a su padre y a su madre, era Apolita y lo arrastró tras él.

— ¡Quiero ser un dragón! Tienes que hacerme uno! ¡Lo prometiste! —

Dagón lo había mirado al príncipe. — Deja de quejarte, Linus. Estoy haciendo lo mejor que puedo. Ya viste lo que pasó. La última Apolita me fusioné con un dragón explotó en sangrientos pedazos. ¿De verdad quiere correr ese riesgo? —

Linus había expulsado un suspiro de frustración y pisoteó el pie como un niño petulante. — ¡No es justo! ¡Soy un príncipe. Segundo en la línea al trono. Debo tener mi elección

de los animales a los que quiero fusionarse! —

Dagón había pasado una mirada irritada en el hombre más joven. — Tienes suerte de que tu medio hermana y tu padre son dioses cuyo esposo devoto está dispuesto a hacer esta mierda por ti. Así que en vez de molestarme con tu queja insípida, debes estar diciendo, ¡Gracias, tío Dagón, por hacer todo lo posible para salvar mi vida y por no haberme fusión con una hiena o un burro!. —

— ¡No te atreverías! —

Dagón se volvió hacia él con una sonrisa malvada. — Yo soy el dios de la magia negra y poseído con un perverso sentido de la ironía y la hostilidad, ¿realmente quieres empujar mi paciencia, muchacho? —

Linus había decidido sabiamente poniéndose a la izquierda de Dagón para tirar de un león de su jaula hacia la sala donde realizaba sus experimentos grotescos.

Solo, el príncipe se había desplazado a Max y a Illarion. Su mirada teñida por la locura, había mirado hacia ellos. — Usted me puede entender, ¿verdad? Sé que puedes. Quiero ser un dragón, también. Como tú. Para tener tu poder y fuerza. Imaginen lo que podríamos hacer juntos... el poder de un dragón y la línea de sangre de un príncipe divino. Podríamos gobernar esta tierra y todos los reinos y los pueblos. Entonces me gustaría mostrar a mi padre y hermano quien debería haber sido el verdadero heredero... —

Cuando él se alejó, Illarion había mirado a Max. ¿Vas a decirle al dios lo que piensa su sobrino

No. Que Dagón le fusione con uno de nosotros. Lo mejor que le puede pasar a este mundo es que el príncipe Linus explote y muera. Preferiblemente con una gran cantidad de dolor.

¡Maxis! No puedes hacer eso. Se supone que debemos proteger la vida humana.

Él no es humano, Illy. Es Apolita y es un loco.

Aun así, creo que tenemos que decirle a Dagón.

Y creo que deberíamos quedarnos fuera él. Nada bueno ha venido del drakomai entrometiéndose en los asuntos de los dioses o el hombre. Nos arrastraron a esto, y tenemos que salir nosotros mismos de la forma más rápida y limpia posible.

Pero fiel a su naturaleza más irritante, Illarion no había escuchado. Le había dicho a Dagón de los ilustres planes del príncipe. Y para proteger a su sobrino de ellos, Dagón había mentido y le dijo a Linus que su padre no quería correr el riesgo de fusionar al príncipe con los dragones. Más bien, al hermano mayor de Linus, EuMon, y que les habría cruzado a ellos, y a Linus con los lobos.

Un brebaje aún más peligroso y no tenía alternativa más segura Dagón había imaginado. Desde la fusión acentuada y la esencia de ambas especies, que habían tomado la ambición del príncipe Apolita y cruzado con la extraordinaria crueldad, astuta y sanguinaria con la que marcó a los lobos.

Al tratar de salvar a sus hijos, Lycaon los había condenado.

Así se demuestra que incluso los dioses y reyes podrían ser estúpidamente ciegos cuando se trataba de la familia por las ganas de hacer lo mejor por ellos. Los sentimientos siempre se pusieron en el camino del sentido común y cegaron al más inteligente de los seres.

Y debido a eso, Max y Sera estaban a punto de ser comidos por los gallu.

Max gruñó con frustración. Toda su vida había sido retorcida porque los dioses jugaban con cosas que deberían haber

dejado solas. Y eso incluía a su madre y su fascinación con su padre. Pero para una tarde caliente, no habría siquiera que haberlo concebido.

En este momento, Max había estado profundamente agradecido tenía a su padre que guardaba su pantalón y no había ido a perder el tiempo con la perra que lo engendró. ¿Cuánto alcohol tenían con su madre en ese momento, de todos modos?

Irritado al respecto, Max agarró suavemente a Sera para volver al camino y tiró de ella hacia un pasaje. No tenía ni idea de dónde esto lo llevara. Pero parecía un poco más seguro que por el que habían ido.

Todos los poderes que tenían y no podrían ayudarles a salir de esta. Entonces, ¿cuál era el uso?

— Vas a estar bien, Max. —

Él vaciló ante su tono alentador. — Me alegro de que todavía tienes tu optimismo. Una mina te estrelló contra una pared hace un tiempo atrás. Creo que ahora tienes una conmoción cerebral. —

— Tengo fe en ti. —

— ¿Desde cuándo? —

— Siempre. — Ella puso su mano en el brazo. — ¿Sabes por qué te elegí esa noche en el estudio? —

— Yo era el único varón sobrio en la habitación? —

Ella rió. — No. En esa habitación llena de guerreros, te destacaste como el más feroz. Si bien agrupadas para la protección y la seguridad, te quedaste solo. Sin Miedo. Desafiante. Fue la cosa más sexy que he visto nunca. Tú eras todo lo que siempre había querido ser, pero nunca tuvo el coraje de serlo. —

Max se detuvo cuando sus palabras llegaron a un lugar tierno en su corazón que lo dejó sintiéndose extrañamente vulnerable. Nadie le había dicho nada tan amable a él. Por extraño que pareciera, nunca se había sentido particularmente heroico. La mayoría de los días, él sólo se sentía perdido y a la deriva. Apenas llegando a través de ellos.

Pero él quería ser un héroe para ella.

— Oh Seramia... eres mucho más valiente que yo. —

— ¿Cómo lo sabes? —

— Tu mayor temor siempre han sido los dragones que mataron a tu familia. Y de que ellos volvieran a matar a lo que amas. En lugar de esconderte y correr, te enseñaste a ti misma como luchar contra ellos y hacerles frente. Y cada vez tocó la llamada a salir para la batalla, fuiste la primera en ensillar y estabas lista. Y cuando las Parcas te ataron la vida a la misma cosa que despreciabas más, la recibisteis y me permitiste estar en tu casa, todo el tiempo que esperaste por mi traición. —

— Eso no era coraje. Lo que te hice fue muy malo. Yo te culpé por lo que hicieron otros dragones. En lugar de juzgarte por tus acciones y tu corazón, te he juzgado por ellos y por mi propio miedo. —

— Tú eras humana. Y no hay nada malo en ello. —

Serafina tragó las lágrimas que la asfixiaban a ella. Ella aún no sabía cómo podía aceptarlo porque ¿quién y qué era. Tal vez ese era el corazón del dragón en su interior. Que le permitió ver el mundo de manera diferente a veces. Más clara. Más concisa.

Ella le envidiaba esa habilidad. Para ella, todos y todo fue ver a través de un velo de sospecha nebuloso. Y tenía razón. La

confianza nunca había sido fácil para ella. Había habido demasiadas mujeres de su tribu que habían intentado tirar de ella para bajarla y mentir acerca de ella para Nala y que no pudieran reemplazarla a ella como campeona.

Incluso Nala, cayó sobre Max para herir a los dos.

Sera nunca había conocido en quién confiar, excepto en sí misma.

Hasta ahora.

En toda su vida, él era el único en que podía tener fe. Su dragón nunca había tratado de traicionarla.

— Entonces, ¿cómo vamos a salir de esto, Max? —

Max se detuvo cuando una idea radical lo golpeó. Realmente radical. El tipo que los guardaría o condenaría al mundo entero. Lástima que no sabía que no sería capaz de decirlo hasta que apretara el interruptor.

Entonces sería demasiado tarde.

Pero entonces era la vida. A veces había que dar ese salto y orar.

Patinando hasta detenerse, alejó a Sera de él. Por si acaso lo peor ocurriera. Si tenía que morir, quería que fuera con ella en sus brazos. Sólo esperaba no tener que pagar por uno de sus errores estúpidos.

— ¿Max? —

Él no respondió, en vez de eso usó sus poderes para acceder a la tabla y hablar una lengua antigua que no había usado desde el día en que había matado a su madre por su última traición.

Serafina apenas podía respirar mientras Maxis formó una pared estrecha de músculo para su protección a su alrededor.

Ella sabía que él estaba haciendo esto para mantenerla a salvo, pero por en ese momento sólo quería tener una respiración sin trabas. Su latido del corazón era fuerte bajo su mejilla cuando una extraña luz empezó a iluminar a su alrededor.

No tenía idea de lo que estaba haciendo hasta que el humo blanco comenzó ondulante desde el suelo y las paredes. Iridiscente y translúcido, era hermoso, y se balanceaba como si estuviera bailando. El gallu se detuvo en seco como hipnotizado por los movimientos rítmicos. La niebla que comenzó a girar y crear formas más grandes.

Haciendo una pausa, Namtar maldijo a los demonios. Luego les instó a dispersarse. — ¡Corran! Es la liliti! —

Pero fue demasiado tarde. liliti descendió sobre ellos con venganza y hambre, como pirañas que no habían comido en las últimas décadas.

Cuando llegaron hacia Max, soltó una ráfaga de fuego que los hizo retroceder. Moverse en la dirección opuesta, colocó a Sera detrás de él.

— ¡Eso fue horrible! —

— Lo sé. Esperemos que no tengan manera de salir de aquí. Pero era todo lo que podía imaginar. Después de lo que dijo sobre el despertar de sus hermanas, recordé que mi madre estaría aquí en Ikalla, dormida, también. Como su hijo, tengo la capacidad de convocarla. —

— Eso es aún más aterrador. —

— Y uno de los pocos beneficios que vienen con ser el hijo de mi madre, y de haber sido amamantado por sus hermanas. —

Ella frunció el ceño ante sus palabras. — Pero pensé que me dijiste que no fuiste amamantó. —

Él le dio una sonrisa amarga. — No se trata de la misma manera que las madres amamantan a sus crías humanas. Créeme, es mucho más duro e incómodo. —

Eso era todo lo que tenía que decir. Ella definitivamente no quería más información de la que le había dado, lo que sabía de él y de su pueblo. — Lo siento, Maxis. —

— ¿Por qué? —

— Todo lo que se te ha hecho a ti. Y por el hecho de que te ves tan cansado ahora. Me gustaría poder encontrar un lugar seguro para que duermas por un rato. —

La besó en la mejilla. — Está todo bien. —

Aun así, se sentía culpable por ello. Ella los había traído a su puerta y lo condujo directamente a él. En vez de darle de comer a los demonios, ella debería haberle protegido con la misma determinación y la integridad que él habría mostrado.

Nunca más volveré a ser tan egoísta.

Pero entonces la maternidad se lo había enseñado. ¿Cómo poner a otra persona y sus necesidades antes que ella. Valorar otro ser más que a ella misma. Es extraño como Max, el animal, había nacido con ese sentido y de la forma en que fue parte de un todo más grande y su vida no era tan importante como la continuación de los demás. O tal vez fue el ser macho. No estaba segura. Lo único que sabía era que había dado a luz a sus hijos antes de que ella lo hubiera entendido a él.

Cómo deseaba poder haberlo amado en su pasado de la forma en que podía ahora.

No es demasiado tarde.

Al menos esperaba que eso fuera cierto.

Sin embargo, mientras se abrían camino a través del mundo subterráneo oscuro, se lo preguntó.

De repente, Max se congeló frente a ella tan rápidamente que ella se estrelló contra su espalda. Permaneció rígido completamente.

Ella abrió la boca para preguntarle qué le pasaba cuando vio.

Allí, delante de ella estaba Nala y el resto de su tribu amazónica. Sólo que no eran de piedra, o en el proceso de retorno a la piedra.

Parecían completamente normales. Como si no hubiera pasado nada o que los demonios no estaban lejos de matarlos o comerlos.

Confundida, Serafina rodeó a su compañero y se acercó a Nala, que llevaba una sonrisa de bienvenida peculiar en su rostro. — ¿Basilinna? —

Nala dejó escapar un suspiro de alivio. — Ahí tienes! Nosotros pensamos que tendríamos que enviar una patrulla para encontrarte. —

Esa extraña sensación de inquietud empeoró. Algo definitivamente no estaba bien. — Hemos venido a liberarte, Max y yo. —

Ella volvió a reír como si Sera estuviera loca. — Ese nunca fue el trato, hija. El trato era que Kessar derrocaría a los dioses griegos del Olimpo y entregármelos a mí, y a su vez, yo le daría a tu compañero. Él sólo cumplió con su parte. Ahora voy a cumplir la mía. —

16

Max no podía respirar cuando escuchó esas palabras duras y fue inmediatamente llevado de vuelta al día en que Sera le había entregado a su tribu por su desgarrada. Aún recordaba la renuncia fría en su cara, ya que lo llevaron a cabo para vencerlo.

La forma en que había quedado allí...

Tal vez se lo merecía. Como si ella no le importara en absoluto lo que le hicieran con él.

Una parte de él había muerto ese día. La herida más grande de su corazón que nunca se había curado por completo.

Ahora, ella lo iba a hacer con él de nuevo. Sólo que esta vez, Kessar lo mataría. Sabía que con cada parte de sí mismo. No había ninguna posibilidad de sobrevivir.

¿Esto habría sido su plan desde el principio? ¿Sería por eso por lo que había estado tan desesperada por encontrar a sus hermanas mientras estaban aquí?

Eres un tonto. ¿Cuándo vas a aprender que nunca llegarás a estar bien con su pareja?

Serafina vio la expresión en el rostro de Maxis. En ese momento, ella sabía lo que pensaba y la golpeó con fuerza. No es que él la puso en duda.

El hecho de que ella se merecía su duda.

Alcanzándolo, ella tomó su cara entre las manos. — Te hice una promesa, bebé. Tengo la intención de mantenerla. —

Con esas palabras habladas, ella hizo lo que nunca había

hecho antes. Dio un paso atrás, se volvió hacia su reina, y sacó una ráfaga de fuego en todas ellas.

— Y yo estoy cumpliendo con la mía, Nala. Si alguien quiere un pedazo de mi compañero tiene que pasar sobre mí. ¿Quieres pelear? Ustedes ármense mejor, perras. — Ella soltó eso como una oportunidad más antes de que Max la agarrase de su cintura y la tirase hacia atrás por el camino por donde habían venido.

Él tropezó y casi se cayó mientras corrían. — Atacaste a tu tribu. —

— No. Defiendo a mi compañero. —

— Disparaste fuego contra ellas. —

Hizo una pausa para mirarlo. — ¿De verdad vamos a perder el tiempo para revivirlo? —

— Definitivamente estamos haciéndolo. — Él rompió una sonrisa adorable. — ¿Brazos arriba, perras? —

— Me dejaste sola demasiado tiempo con furia. —

Se echó a reír al mismo tiempo su tribu se acercaba y ganando terreno rápidamente que ella cuidaba. Las flechas se dispararon más allá de ellos. — Brazo arriba, Strah Draga. —

Con esas palabras, él se convirtió en su forma de dragón. Ella saltó a la silla y se sostuvo con fuerza.

Max se levantó sobre sus patas traseras y utilizó sus alas para crear un viento masivo que las envió de nuevo a sus culos.

En ese momento, ella lo amaba aún más. — No tienes que tener piedad de ellas por mí. Querían al dragón. Que se inclinen. —

— ¿Estás segura? —

Ella se inclinó sobre su cuello y lo besó. — Positivo. En esta batalla, eres el único que me importa. —

— En ese caso... — Max echó la cabeza hacia atrás y sacó su Bane-Cry.

Era algo que los drakomas no hacían a la ligera y estaba reservado para cuando sus vidas estaban en peligro grave, y que no tenía salida. En todos los siglos que había vivido, nunca había hecho el grito. Él sólo los había contestado.

Sobre todo porque él nunca lo había necesitado y sobrevivió a una pelea.

Por primera vez, quería vivir. Y él luchó con las amazonas y gallus con todo lo que tenía. Ellas vinieron a él con lanzas y garras, y desataron su fuego y la magia en ellas, mientras que las azotó a ellas con su cola.

Golpeó el suelo, haciendo que las estalactitas cayeran encima de ellas. Varios gritó fueron empalados.

Todavía seguían llegando.

Max no podía teletransportarse. El gallu no liberaría las puertas inferiores. Ninguno de sus hermanos drakomai podría entrar.

Pero no detuvo a sus tías demoníacas para ayudarlo. Rodearon y corrieron a los gallu y amazonas, haciendo lo mejor para protegerlo a él y a Sera.

Siguió avanzando lentamente de nuevo en la oscuridad, tratando de encontrar una manera de salir de este lío y oscuro reino.

Mientras iba hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó, y cayó por la ladera de un barranco.

El jadeo de Sera se hizo eco en sus oídos.

Por un momento, su corazón dejó de latir ya que temía que la había perdido. Entonces, sintió sus manos en sus escamas, cerca de su silla, aferrándose a su cuerpo. — Todavía estoy aquí, — y respiraba.

Tranquilizado, extendió sus alas y captó la ligera brisa para que pudiera viajar a través de la negra oscuridad no se veía. El borde de sus garras raspó contra los lados de las paredes, pero parecía lo suficientemente grande como para no retenerlo. — ¿Puedes ver algo? —

— No. ¿Tú? —

— Nada. —

De repente, oyó a Kessar gritando. — Si quieren que les suelte, dragón, nos das la tabla y Adiós. —

Max dejó escapar un suspiro de cansancio en una demanda que él sabía que nunca podría cumplir. No había manera de que entregara esos objetos a una criatura como Kessar. Él sería demasiado destructivo con ella.

— Parece una buena casa de vacaciones. ¿Qué piensas? —

— Claro, — dijo Sera en el mismo tono juguetón. — Pon unas cortinas. Un poco de color. Cabezas reducidas. Podemos hacerlo. Particularmente si clavamos la piel de Kessar en la pared. Eso sería una decoración muy cuidada. ¿No estás de acuerdo? —

— Y el cuero cabelludo de Nala y... aye. Muy acogedor. —

Serafina se rió. Sólo su dragón podía manejar ser tan divertido cuando las cosas eran así de graves y alarmantes.

— ¿Cuál es tu respuesta, dragón? — Kessar exigió de nuevo.

Max aceleró.

Y se estrelló contra una red.

Aterrorizado que habría aplastado o herido a Sera, de inmediato cambió la forma y la atrapó contra él. Por desgracia, cuando lo hizo, ella ya sacó su cuchillo para tratar de cortar las cuerdas. Un cuchillo que se internó en su estómago humano.

Las facciones de Sera palidecieron. — ¿Max? —

Incapaz de respirar por el dolor y la profundidad del corte inesperado, cayó hacia atrás y utilizó cada pedacito de la magia que lo que pudo para mantener su forma humana. Él tenía que cambiar. No había suficiente espacio en la red para los dos si fuera un dragón.

Él la mataría.

Serafina sacudió al ver la cantidad de sangre que estaba derramando a su lado. — ¿Qué he hecho? —

Con su respiración entrecortada, le dio una sonrisa triste. — Tienes que correr, Sera. — Le entregó la pequeña tabla y se la puso en la mano. — No dejes que te atrapen. —

— No puedo dejarte de esta manera. —

— Tienes que. Pensar en tus hijos. Ellos te necesitan. — Su mano temblorosa, la besó. — Te amo, Seramia. — Y con eso, se cortó a través de la red con su garra. — Utiliza tu forma de dragón y a volar. —

Sera pasó a través de la red de cordón de cáñamo en bruto, y cambió, pero no fue muy lejos. Ella no pudo. Especialmente cuando ella miró hacia atrás para verlo tendido inerte en la red, esperando la muerte.

Solo.

Y todo por culpa de ella.

Negándose a dejar que se termine así, se fue por él.

En el instante en que vio su cuerpo flotando de dragón, él la miró. — ¡Sera! ¿Qué estás haciendo? —

— Nos metimos en esto juntos y seguirá siendo de esa manera. — Cuidadosamente como pudo, ella le acunó con los brazos de dragón a su pecho, y ganó una nueva apreciación por su moderación. Él lo hizo parecer tan fácil de usar su cuerpo de dragón como el de un humano, pero no lo era. Se requiere un tipo completamente diferente de la destreza y habilidades.

Y mientras volaba, rezó por un milagro.

Uno que no sabía que vendría con su respiración y se volvió más y más débil, y los demonios estaban más y más cerca.

— No me dejes, Maxis. Por favor... —

Justo cuando pensaba que podría haber dejado atrás a sus enemigos, un destello brillante en frente a ellos la cegó.

Y más enemigos los rodearon.

17

Max se despertó con un extraño zumbido mecánico. Como un vaporizador o algo. Se mezcló con el débil sonido de algo y risas. Coches pasando en la calle.

Un bar lleno de gente y la música metal al lado...

— ¡No se mueva! —

Intermitentemente había abierto los ojos, se encontró a Sera sentada en el suelo a su lado, acariciándole el hocico. Pero la parte más impactante fue el hecho de que la cabeza de su dragón se acuna a en su regazo.

Y sus pechos apretados contra su mejilla.

Um, sí...

Él tenía no ningún deseo de salir de esta posición. Sobre todo porque ella sostenía su cabeza en un ángulo que le permitía ver hacia debajo de su camisa, y el hecho de que ella no tenía un sujetador. Algo que le hacía agua la boca y que su corazón se acelere.

A pesar del dolor, se puso como roca de duro. Afortunadamente, él estaba acostado en su estómago por lo que él era el único que sabía de esta situación incómoda era él. Y el suelo debajo de él, por lo que probablemente no era más feliz al respecto.

— ¿Estoy muerto? —

Ella frunció el ceño. — ¿Porque preguntas eso? —

— Esto no se siente real. Mi habitación... Tu. — Muerto o soñando parecía una de las dos conclusiones lógicas, y si era

un sueño, que le gustaría pensar que ya estaría desnudo con ella.

— Es real. Como el apuñalamiento accidental que te di cuando estábamos atrapados. —

Maldita sea, que no había sido un sueño. No es de extrañar que su lado dolía tanto. Por lo menos ahora sabía que su memoria lo era todo.

— ¿Estás segura de que fue un accidente? —

— Ah, ahora que estás diciendo, ¿qué significa eso? —

— Todavía estoy. — Ella resopló ante él. — Sí, bueno, esa es mi historia y me estoy apegando a ella. —

Si no estuviera con tanto dolor, podría haberle sumado su risa, pero él todavía no estaba convencido de que no lo había hecho intencionalmente.

¿Estás despierto?

Max escuchó el sonido de la voz de Illarion en la cabeza. Antes de que pudiera moverse, su hermano se acercó a interponerse en su campo de visión. Junto a Falcyn, quien se arrodilló junto Sera.

Sí, él había vuelto de la muerte una vez más, sobre todo con Falcyn aquí para verlo. El infierno debe de haberse congelado y algunas otras catástrofes para que esto suceda.

Falcyn recogió su oreja y lo dejó con frialdad y fracasó al volver sobre sus ojos. — Tuviste una herida desagradable y perdiste demasiada sangre. Si no fuera por tu cisne, no habrías Nunca sobrevivido. —

Sera visiblemente se encogió. — Si no fuera por mí, no habría estado herido. —

— Bueno... — Falcyn arrugó la nariz. — Vences en algo.

Pierde un poco. Además, todos hemos querido apuñalarlo a veces. Tienes suerte de que fuiste la primera. —

Max se echó a reír, y luego gimió. Deja a tu hermano, imbécil. Ignorando Falcyn, volvió a mirar a Sera. — ¿Así fue lo que sucedió, de todos modos? ¿Cómo hemos llegado de allí? —

— Respondieron a tu Bane-Cry. Sólo les tomó un poco de tiempo para pasar a través de los escudos que lo sujetaban a y que les impedía ayudar. —

— Y tus hermanas? —

Ella levantó la barbilla como una crueldad fría y se le oscurecieron sus ojos. — Mis hermanas murieron al lado de mi madre cuando yo era una niña. La tribu amazónica que a la que fui atada todavía está cumpliendo con los gallu, para quién sabe qué fines. Esa es su elección. —

— Hemos derrotado a los gallu del Olimpo,— dijo Falcyn, sentado en cuclillas. — Pero fue un mal día para Zeus y tripulación. No están contentos con el daño que se ha forjado. —

Sin mucho menos, ya que tu esposa insistió en la estancia de Artemisa con ellos hasta que las cosas se calmen. Y Apolo es capturado de nuevo ya que él está trabajando ahora con los gallu contra su padre y el resto de su antiguo panteón.

Max aspiró fuertemente en eso. Sim y Artemisa tenían un mal historial juntos. Sin duda, Sim era extremadamente infeliz teniendo su campamento de suegra en su casino, ya que apenas podía tolerar la presencia de Artemisa. A pesar de que tenía un montón de espacio, no quiso darle la bienvenida allí.

Falcyn trajo su atención a él de nuevo. — Tengo la tabla de Haydn. Decidimos que sería más seguro romperla y los

pedazos los llevas. Y debes mantenerlos en lugares separados. —

— Gracias. —

Falcyn inclinó la cabeza hacia él. — Aún no significa que me gustes, sin embargo. —

— Te odio, también, hermano. —

Hubo un golpe tímido en la puerta antes de que se abriera para mostrar a Edena y Hadyn entrar. Ellos vinieron con comida y bebida que la pusieron en el suelo, al lado de su madre.

— Nosotros le daremos espacio, — dijo antes de que Falcyn lidere a Illarion y Blaise para salir de la habitación.

A solas con su pareja y sus hijos, Max no estaba seguro de qué decir. Fue muy surrealista el tenerlos aquí en su loft de aislamiento. O más bien su desván. Que como su familia, estarían compartiendo a partir de ahora. Sí, eso realmente hizo un número en su cabeza.

Edena se sentó junto a su madre. — ¿Cómo te sientes? —

— Bien. —

Ella sonrió. — Me alegra oír eso. — Aun así, hubo una vacilación que manchó su sonrisa y fingió palabras alegres.

Max manifiesta una manta, y luego se entregó a su humano. — ¿Mejor? —

Ella se sonrojó profusamente. — Um... no me importa a mí. Estoy acostumbrada a Haydn verlo como un dragón. —

— Deenie es la que me tiende a mí cuando estoy enfermo o... atascado. ¿Alguna vez te quedas atrapado en una forma o la otra y no eres capaz de cambiar? Realmente es una mierda. —

Max sonrió al recordar aquellos días, y le dio la bienvenida a la amabilidad de su hijo. A diferencia de su hermana, Haydn no tenía ninguna reserva en su forma, en el tono, o manera. — Hace algún tiempo, pero sí. Es un asco. —

Hadyn avanzó más lentamente. — Sabemos que necesitas descansar un poco más. Sólo queríamos asegurarnos de que estabas bien. No te has movido en tres días enteros. Todos nosotros hemos tenido miedo de eso. —

Max se ahogó en su revelación. — ¿Tres días? ¿Hablas en serio? —

Edena asintió. — Los demonios son tan infelices. Zakar, Espina, y Fang han puesto sellos y espejos por todas partes la Casa Peltier y el Santuario de modo que no puedan entrar de nuevo. Hasta el momento, de trabajar. —

— ¿Qué pasa con las amazonas? —

— Ellas trataron,— respondió Hadyn. — Mamá y Samia, juntas con las hembras Peltier y un Dark-Hunter llamado Chi les patearon el trasero tan fuerte que dudo que volverán por un tiempo. —

— Bien. —

Edena se inclinó para besar su mejilla. — Volveremos más adelante a molestar. Obtén un poco más de descanso. — Ella se levantó para irse.

Hadyn avanzó. — Estoy muy contento de que mamá no te mató. — Y con eso, los gemelos se habían ido.

Max no estaba seguro de qué hacer con sus hijos. Era un poco extraño, pero a él les encantó. Y hablando de cosas que lo hicieron sentir incómodo...

Empujó suavemente la manta y se movió.

Sera jadeó inmediatamente. — ¿Qué estás haciendo? —

— Han pasado tres días. Necesito ir al baño. —

El rostro de Sera explotó con el color. — Oh. Lo siento. — Ella soltó su brazo para que pudiera ponerse de pie. — ¿Necesitas mi ayuda? —

Su oferta le encantó. Pero... — Hay algunas cosas que prefiero hacer solo. Esta es una de ellas. —

— Bueno. —

Serafina se recostó en sus brazos mientras que Max fue a asistir sus necesidades. Había sido una extraña unos pocos días, mientras que se habían aclimatado a su nueva vida. Este mundo era tan diferente a lo que habían conocido.

Por suerte, Haydn y Edena parecían estar ajustándose más fácil de lo que era para ella. Por supuesto que ayudó a que los Peltier tenían niños cerca de su edad que los habían tomado bajo sus garras de oso y les estaban enseñando idiomas y cultura.

Los hermanos de Max estaban todavía bastante sospechando de ella. Como Fang y los otros.

No había nada que pudiera hacer al respecto. Así que hizo todo lo posible por ignorarlo y no dejar que la molestara.

Cuando Max volvió un poco más tarde, tenía una toalla negra envuelta alrededor de sus caderas delgadas y su largo pelo rubio y las plumas estaban mojadas.

— ¿Te has duchado? —

Asiente con la cabeza, se dirigió de nuevo a su jergón en el suelo.

También se había afeitado. El aroma fresco y limpio de jabón y dragonswain hace a su cabeza tambalearse. Pero la visión

de sus puntos a través de su abdomen, donde Carson le había atendido, le recordó que él no estaba en condiciones para lo que querían sus hormonas.

Lástima, eso.

Cuando se acostó, ella se vio abrumada por la magnitud de él en su cuerpo humano. Mientras que ella no era tan grande como éste, ya que él era como su dragón, y era un buen tamaño de criatura. Aún feroz y delicioso.

— Sigue mirándome así y vas a tener que cumplir esa promesa silenciosa en tus ojos. —

Ella frunció el ceño. — ¿Qué prometen? —

— Subir encima de mí y dar un paseo como un niño vertiginoso en el exterior en un caballo mecánico de Piggly Wiggly con un saco lleno de monedas. —

Su mandíbula cayó. — No estoy completamente segura de lo que quieres decir con la analogía, pero... —

Interrumpió sus palabras con un beso abrasador que la dejó sin aliento y mareos. — Creo que sabes exactamente lo que quiero decir. — Y para probar tu punto, él presionó su mano contra el bulto debajo de su toalla.

— No quiero herirte. —

Riendo, mordisqueó sus labios y luego la barbilla. — ¡Ale la pena el dolor. —

— ¡Maxis! —

— Es verdad. — Él deslizó su mano bajo su camisa para ahuecar su pecho y se burlaba de su pezón endurecido con el pulgar. — Hazme el amor, Sera. He vivido demasiado tiempo lejos de ti. —

— Y yo, de ti. — Ella se agachó entre ellos para quitarse la

toalla. Se quedó sin aliento mientras miraba su belleza sin adornos. Él era increíblemente guapo y feroz.

Lo mejor de todo, él era suyo.

Y él la observaba con un hambre que era su propia forma de juego previo. Uno que le daba ganas de agradar y se burlaba de él hasta que fue tan vertiginoso como el niño que había descrito con el saco lleno de monedas.

Poniéndose de pie, se quitó la ropa lentamente para él como solía hacerlo, deleitándose en los murmullos de placer que escapaban de sus labios mientras la miraba pelar con la ropa. Cuando ella finalmente desnuda, se acercó a ella y la acercó lo suficiente para que él pudiera lamer su pecho mientras sus manos acariciaban con suavidad su cuerpo.

El corazón le latía con fuerza mientras saboreaba su tacto e hizo su propia exploración de su largo y duro, musculoso carnosos. Ella siempre lo había amado, extendiendo sus manos sobre las enormes alas de su espalda. Sentir la textura de la misma y la flexión de sus músculos mientras se movía.

— Eres exquisito, — y respiraba.

— Y tú eres hermosa. — Él lamió su oreja hasta dar escalofríos que surgieron todo sus brazos. Riendo, lentamente deslizó sus dedos hasta el muslo, y hasta el centro de su cuerpo donde ella ansiaba su toque. Ella gimió en voz alta de lo bien que se sentía mientras tocaba suavemente y jugaba hasta que ella estaba tan caliente y sin aliento que estaba a punto de liberarse.

Pero esto no quería que terminara. Y definitivamente no tan pronto. Empujándolo hacia atrás, ella a horcajadas sobre él y empalándose con cuidado a misma en su cuerpo.

Jadeando, Max agarró sus caderas y empujó contra ella,

conduciéndose a sí misma aún más profundo.

EL Miedo le había hecho daño, se ajustó el peso hasta que se vio obligado a entregar todo el control sobre ella.

La sonrisa en su rostro hizo que su corazón latiera más rápido. — Veo lo que estás haciendo. Soy todo tuyo, mi dama dragón. Haz tu mal camino conmigo hasta contener mi corazón. —u

Hundió las manos en su cabello húmedo y poco a poco lo montó hasta que llegaron al unísono. Sólo entonces se deslizó fuera de él y se acostó a su lado mientras escuchaba su respiración entrecortada.

Cerrando los ojos, Max la abrazó mientras saboreaba el familiar olor de Nueva Orleans y del Santuario y los sonidos mezclando sus respiraciones preciosas.

Tan familiar y tan extraño. Nada volvería a ser lo mismo de nuevo.

— ¿A dónde vamos desde aquí, Sera? —

— ¿Qué quieres decir? —

Él tenía tanto miedo de su respuesta, pero nunca había sido un cobarde y él tenía que saber. — ¿Cuáles son tus planes para el futuro? —

Serafina se congeló ante su tono sin emoción. — ¿Quieres que me vaya? —

— Dioses no. Yo sólo... Yo no sé cómo te siente acerca de este período de tiempo. Acerca de... — apenas contuvo la palabra "Mi" dragón. Así que estaba curioso por ver el curso.

— ¿Qué quieres? —

— A ti. —

— ¿Y? —

Inclinó la cabeza para mirarla. — Siempre he sido un dragón de medios sencillos. Tu sabes. Pero hemos conmovido en un avispero con todo lo que ha pasado desde tu llegada. No estoy seguro de que podamos ir lejos. El gallu podrá seguirnos. Y no tenemos sólo que pensar en nosotros. Yo sigo siendo el Dragonbane. —

Serafina tragó duro por algo en lo que no podían escapar. Eso estaría con ellos para siempre. — ¿Por qué lo mataste, Max? —

— ¿Importa? —

— No. Te amo, independientemente. Pero me gustaría escuchar tu lado de eso. —

Con la cabeza metida debajo de su barbilla, él jugaba con su pelo. — ¿Puedes creer mi verdad que debo darte? —

— He aprendido a confiar en ti. Lo que digas, voy a creerte. —

Aún así, dudó antes de responder. — Fue un accidente. Él no fue el que se suponía iba a morir. Más bien era su hermano. —

Gaping, ella se levantó para mirar hacia él. — ¿Y eso hace todo mejor? —

— Si hubieras conocido a su hermano, sí. Él era un idiota. —

— ¡Max! —

Antes de que pudiera responder, otro golpe sonó en la puerta. Por el olor, él sabía que era Alain Peltier. El mayor de los osos. — ¿Sí? —

Alain no abrió la puerta, y hablaba a través de él. — No me gusta molestarte, dragón. Pero tenemos una mala situación. Savitar ha llamado al Omegríón y has sido convocado. Por

ley, tenemos que llevarte. Sin embargo, hemos dado un voto, y estamos de pie en solidaridad a tu lado. —

— ¡No! — Sera negó con la cabeza. — No puede ir. No voy a permitir que te enfrentes a ellos. No me importa lo que diga Savitar o cuántos estén contigo. Esto es un suicidio! —

Max no respondió a su malestar lo arrebató. — ¿Cuánto tiempo tengo? —

— Tenemos que salir de inmediato. —

18

Después de la ducha más rápida de su vida, Serafina estaba vestida con unos vaqueros y una camiseta, y se fue con Max a la sala de la Casa Peltier, donde sus hijos y, básicamente, todos los residentes adultos bajo su techo lo esperaron. Así como todos los Dark-Hunter, ex y actuales, en Nueva Orleans, junto con Acheron, Sin, Zakar, y Styxx.

— ¡Esto es una absoluta gilipollez! — Dev gruñó, sin darse cuenta de su presencia detrás de él. — Yo digo que digamos nosotros a Savitar dónde metérselo. —

Acheron se rió mientras miraba pasado de Dev para encontrarse con la mirada de Max. — Te reto. —

Max se detuvo junto a Dev y puso su mano en el hombro. — Está bien, oso. No tengo miedo. —

Serafina entrelazó los dedos con los suyos. — Para que conste, yo quién soy. —

Con el ceño fruncido, Aimee acarició su estómago. — ¿No podemos hacer algo? Max está aquí bajo nuestra protección. Pensé que nuestras leyes lo protegieron, siempre y mientras no salga. —

Styxx suspiró pesadamente. — Lo hicieron. Pero los otros dragones están llamando a pedir su culo. Él atacó y tienen el derecho de exigir una audiencia por su nuevo crimen... y el viejo, cuando se manifieste por ello. —

Vane asintió. — Es por eso que todos vamos. Como Kattalakis, somos testigos de su carácter. Nuestra familia comenzó estando en contra y vamos a hacer todo lo imposible por impedirlo. —

El ceño de Hadyn se igualó al de Aimee. — ¿Y si no pueden?
—

Dev esbozó una sonrisa maliciosa. — Estoy lanzando al dragón por encima de mi hombro y corriendo hacia la puerta. ¿Vas a cubrir mi retiro, chico? —

Suspirando pesadamente, Samia se llevó las manos enguantadas a la nariz. — Ojalá que estuvieras bromeando con esa amenaza. En cambio, tengo esta horrible visión en mi cabeza y una úlcera en el estómago. —

Dev la besó en la mejilla. — Te prometí que vivir conmigo nunca sería aburrido. —

Ella dejó escapar un suspiro cansado. — Eso es lo que hiciste. Eso definitivamente hace un oso de palabra. —

Cuando empezaron a salir, Illarion dio un paso adelante para ir con ellos a la Omegrión.

— ¡No! — Max rugió, empujándolo hacia atrás hacia sus hermanos. — Blaise, mantenerlo aquí. —

La mirada de asombro en el rostro de Illarion habría sido histérica si la vida de Max estaba en juego.

Tú no me puedes dejar fuera de esto.

— Puedo y lo haré. —

Illarion movió la cabeza en negación. Trató de pasar alrededor de Max, pero Max no estaba permitiendo nada de eso.

Max llamó a su hermano y lo empujó hacia atrás de nuevo. — Lo digo en serio. Te quedas. — Miró a Falcyn, y entonces a Blaise. — Él no tiene permitido ir. Hay que mantenerlo aquí. No importa que suceda. —

Un escalofrío recorrió la espalda de Serafina. Illarion sabía

algo acerca de todo esto. Algo de lo que Max no quería hablar en voz alta. Y dado lo que sabía de su compañero, sería incriminar a Illarion en el asesinato y dejar libre a Max.

No había otra razón para actuar de esta manera. Para estar tan enojado e insistente. Ninguna otra razón para negar la presencia de Illarion en la audiencia. No, a menos que temiera que su hermano hablar y se condenara a sí mismo con el fin de proteger a Max de cualquier daño.

Conoció la desconsolada mirada atormentada de Illarion y en ese momento, ella sabía exactamente lo que había sucedido. — Has matado al príncipe, ¿no? No fue Maxis. Fuiste tú. —

— Sera, — Max gruñó. — No te metas en esto. —

Pero ella no podía. No si eso significaba salvar a su compañero. Liberar a Max, ella fue a Illarion y lo obligó a mirarla a los ojos. — Dime lo que pasó. —

— No importa. — Max tragó saliva. — Tengo la marca y soy el Dragonbane, no Illarion. Déjalo en paz. — Él miró a sus hermanos. — Que quede aquí. —

Y antes de que pudiera decir otra palabra, Max se desvaneció.

— ¡No! — Sin embargo, ya era demasiado tarde. La bestia irritante ya se había ido.

Aterrorizada y temblando, se volvió a Illarion. — Dime la verdad. ¿Qué pasó? —

Fue un accidente.

Ella miró a Acheron. — Tenemos que llevar a los demás a escuchar. De alguna manera. —

Vane estuvo de acuerdo. — No te preocupes, Sera. No pueden comenzar el consejo todavía. Cuatro de los miembros

todavía están aquí. —

Ella arqueó una ceja ante el número. — ¿Cuatro? —

— Yo, la Fury, la compañera de Alain -. Tanya, y Wren Tigarian detrás de ti—

A Tanya Peltier la había conocido mientras cuidaba la herida de Max. Tranquilo y tímido, el alto, oso Katagari de pelo oscuro que trabajaba como uno de los cocineros en la Casa Peltier y que supervisaba el cuidado de los residentes allí, y estaba en la barra del Santuario al público. Ella hizo los menús para sus hijos y familias, y era Ursulan Regis para la rama Katagaria desde la muerte de la matriarca Nicolette Peltier.

Y mientras que Tanya estaba acoplada al mayor bearswain Peltier y tenía tres hijos con él, Serafina no podía dejar de notar la manera en la cara de la osa que se iluminó cuando el vocalista de los Howlers se le acercaba. Tanya brilló positivamente al mirar a Ángel, quien hizo todo lo posible para evitar estar cerca de ella.

Eso también dice mucho sobre su relación, ya que Ángel era muy amable y tolerante.

Como no quería pensar en eso, Serafina se volvió a encontrar al otro miembro del consejo, observándola desde la esquina trasera de la sala. Apartado del grupo y, sin embargo, una parte de ellos.

Al igual que Max, Wren tenía ese mismo aura inquietante de depredador silencioso que dice que estaba en la mira y le gusta la presa. Evaluando cada movimiento para detectar la debilidad que iba a utilizar para lograr dejarte fuera de servicio en una matanza. Lo más preocupante fue la forma en que sus ojos cambiaban de color dependiendo de la forma en que la luz le golpeó. Pasaron de un gris claro con un vibrante turquesa.

Altamente preocupante.

Hasta que desató una sonrisa amable en ella que le hacía parecer juvenil y tímido, y alrededor de la misma edad que Haydn. — Lo Siento. Mi esposa Maggie siempre estoy recibíendome para hacer que la gente se sienta incómoda. Aunque ella parece disfrutar de mi al hacerlo en las fiestas de su padre. A veces incluso me pone a la altura, pero es una perra en el patio de recreo. Ha enviado a tres de las niñeras de mi hija de plano a la terapia. —

No estaba segura de qué pensar, dejó escapar una risa nerviosa.

Él extendió la mano hacia ella. — Wren. Encantada de conocerte. —

Ella movió la mano y por la marca en su palma, ella sabía que era un raro tigrard. Su aroma le dijo que era entre leopardo de las nieves y el tigre Katagari... ¡Qué mezcla peculiar!

— Sera. Gracias por venir. —

Se metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás. — De nada. Tuve una experiencia desagradable similar con el Omegríón hace unos años. Esperemos esto resulte igual, ¿de acuerdo? —

Tanya se acercó y frotó los brazos de Seraphina reconfortantemente. — No te preocupes. No vamos a dejar que se lleven a tu Máxi, no más que los dejamos castiguen a Wren. Siempre los vemos detrás de nosotros. —

Pero cuando llegaron a la sala del consejo Omegríón en la misteriosa casa en la isla Neratiti de Savitar, Sera sintió que su esperanza escaseaba rápidamente. La gran cámara circular estaba decorada en color burdeos y oro. A través de las ventanas abiertas que se extendió desde el suelo de

mármol negro con el techo dorado, podía ver y oír el mar en todos lados de la habitación. Por extraño que parezca, la habitación entera le recordaba a una antigua tienda del sultán. Profusamente decoradas, tenía una enorme mesa redonda en el centro que le dio curiosidad, en cuanto al resto del palacio podría ser similar. Pero una mirada la mueca de enojo en el hermoso rostro de Savitar y sabía que no iba a pedirle un tour.

Él todavía estaba vestido con un traje negro, con el pelo húmedo y se cruzó de brazos mientras se sentaba en su trono que fue puesto a un lado de la habitación para que pudiera ver a lo largo a los miembros del consejo, la mayoría de ellos ya estaban allí, y así en silencio se podía oír el crujir de la madera en las paredes.

Eso, también, dijo todo sobre el estado de ánimo sombrío de Savitar.

Compuesto por un representante de cada raza de Were-Hunter, y de las ramas de Arcadia y Katagaria, el consejo Omegríon hizo que las leyes para gobernar sus carreras deberían haber tenido veinticuatro miembros.

Pero una silla en la mesa quedó para siempre vacía. Una advertencia y un recordatorio inquietante.

De vuelta en el día, que había pertenecido a la Arcadia Balios o de la patria jaguar. La leyenda dice que hace siglos, los Regis de ese grupo habían quedado tan en conflicto con el temperamento de Savitar que había una sola mano que destruía a todos los miembros de su especie.

La extinción total.

Qué dice todo sobre el poder y el temperamento del Chthonian descontento sentado para el juicio de su compañero.

Su largo pelo negro peinado hacia atrás liberando su rostro, Savitar miró al grupo que había llegado con ella. — Qué bueno que se unan a nosotros. ¿Confío en que todos ustedes tuvieron una buena siesta después de que los convoqué? —

Acheron tuvo la audacia de reírse. — ¿Una impresionante señorita de ola te ha retorcido, Big Kahuna? —

— No empieces, Grom. No estoy en buen estado de ánimo.
— Savitar se sentó en su trono para mirar a la gran multitud. Pero fue la colección de dragones de Arcadia y Katagaria y los lobos Arcadian Kattalakis sobre su lado derecho lo que puso su tic en la mandíbula.

Savitar dejó escapar un largo suspiro de exasperación. — Oíd, oíd... ah, a la mierda. Estamos aquí hoy para una mierda y todos nos conocemos. Así que vamos a prescindir de la formalidad habitual y seguir adelante con esta caza de brujas antes de perder lo poco agarre que todavía tengo de mi paciencia. — Se pasó el pulgar por su perilla. — Así que, Dare Kattalakis, expone su caso y demandas al consejo. Y hazlo rápido, con el menor número de palabras posible. —

Un lobo que tenía un asombroso parecido a Fang y Vane dieron un paso adelante. Sera que no estaba segura de si había nacido de la misma camada o no, pero las apariencias decían que tenía que ser de parentesco cercano.

Se aclaró la garganta, se trasladó a estar en el centro de la mesa redonda para defender su caso. — En primer lugar, quiero reiterar lo que es una parodia y es que el asiento de mi familia esté tomado por... —

— Wah, wah, wah... dejar de llorar gilipollas,— Savitar gruñó. — Tu hermano Vane es la cabeza de los arcadios y Fury lidera el Katagaria. Busca una terapeuta que le importe una mierda, o si deseas desafiar a cualquiera de ellos por su posición, lo podemos hacer para tener un poco de

entretenimiento. Al infierno, voy a hacer palomitas para el espectáculo. De lo contrario, perra, manos a la obra. —

Wow, que estaba en un estado de ánimo muy peligroso por detrás. Sera estaba contenta de que no estuviera enfadado con ella.

Dare levantó la barbilla, pero sabiamente mantuvo su mirada del antiguo hosco. — Bien. Todos sabemos por qué estamos aquí. Maxis Drago como Dragonbane es la causa de la guerra entre los Arcadios y los Katagaria. Debido a sus acciones por sí solas, todos nosotros hemos perdido familia y ha lastimado y nos maldijo a la guerra perpetua. Ahora ha desatado a los gallu y a Apolo en nosotros! Él es... —

— ¡Eso no es cierto! — Las palabras salieron antes de que Serafina pudiera detenerlas.

Todos los ojos en la sala se volvieron hacia ella. Eso habría sido bastante malo, pero cuando ella se vio bajo el escrutinio vicioso de la mirada lavanda de Savitar, quería salir corriendo por la puerta. Y no ayudó que Illarion y sus hermanos escogieron ese momento para mostrarse y recibir una mirada aún más feroz de Max.

Pero al menos las características de Savitar finalmente se suavizaron como si aprobara ambos sucesos. — El Dragonswan habla. —

— ¡Ella es su puta! —

Savitar colgó su mano y agarró Drago Kattalakis que la había insultado con una fuerza invisible que lo levantó y lo inmovilizó contra la pared entre dos de las ventanas abiertas. — Sólo se me permite a mí ser un gilipollas insultante en esta habitación. ¿Entendido? —

Drago asintió.

Savitar le tiró directamente al suelo, donde aterrizó con un

gemido lleno de dolor y en un nudo, sin ceremonias, antes de que el antiguo volviera su atención a Sera. Cuando habló, fue en una clase de tono paternal. — ¿Usted decía, querida? —

Sí, su bondad fue aún más aterradora que su maldad. Y la dejó aterrorizada. Ella nunca le había gustado hablar en público y esto... esto era peor que enfrentarse a una manada de dragones enojados para hacerse una fiesta en sus entrañas.

— Está bien, Sera, — dijo Max amablemente. — Tú no tiene que hablar por mí. —

Esas palabras le dieron el coraje que necesitaba. — No, pero alguien lo debe hacer. Yo no sé quién lanzó a el gallu - —

— Esos seríamos nosotros, — dijo Zakar, levantando la mano. — Oops. Lo siento por eso. —

Savitar puso los ojos en blanco. — Sentando en el culo al punk y cierra la boca. Tú y yo hablaremos más adelante. —

Zakar rió de buen humor. — Espero que te tomes tu primera Abilify (un antiséptico), viejo. —

Savitar comenzó a mover el dedo a Zakar, luego se rindió y lo despidió con un gesto. — Cállate. — Volvió su atención a Sera. — ¿Estabas diciendo? —

— Sólo que mi compañero es inocente. Los gallu vinieron detrás de él primero. Y ninguno de nosotros tiene una idea de donde está Apolo. Ni siquiera sabemos de lo que está hablando. — Metió la mano marcada en Max.

Hizo una mueca antes de que él entrelazara sus dedos con los de ella y agarró la mano con fuerza en la suya.

Savitar observó el solo gesto muy de cerca durante varios latidos sin comentario.

— ¿Exijo que pague por sus crímenes! — dijo Ermon Kattalakis, uno de los dragones de Arcadia, exigiéndolo. — ¡Fue la sangre de mi abuelo la que derramó! —

Una extraña mirada pasó entre Savitar y Acheron, entonces él y Styxx, antes de que él se pusiera en pie.

Sin decir una palabra, Savitar cerró la distancia entre él y Max. — Se me ocurre, Maxis, que con nuestro historiador, Nicolette Peltier, ido, no hay nadie aquí que conozca la historia de este consejo. Ella murió antes de que pudiera pasar los orígenes a su única hija. — Se volvió hacia Tanya. — Supongo que debes heredar esa parte de su trabajo tan bien, ¿no? —

Tanya parecía asustada de estar bajo ese feroz escrutinio que Sera había hecho. — Sería un honor para mí, mi señor. —

Una media sonrisa extraña jugado en los bordes de los labios de Savitar mientras él seguía acariciando su barba con el pulgar. Miró de nuevo a Max. — ¿Qué dice usted, drakomas? ¿Se ha dado permiso de romper nuestro pacto? —

Vio la indecisión en los ojos dorados de Max mientras debatía. Miró de ella a Illarion, luego a sus hijos.

Era la hora. Illarion inclinó la cabeza hacia él. Di la verdad, hermano. Vamos a discutir por lo mismo.

Con un golpe audible, Max asintió. — A pesar de que, les recuerdo, que cuando la verdad se les dijo la última vez, no sirvió de nada. A nadie le importaba. —

Haciendo caso omiso de eso, Savitar dio un paso atrás y luego para que pudiera caminar un círculo alrededor de la mesa. — Algunos de ustedes han estado viniendo aquí durante siglos. Ustedes ocupan escaños que heredaron de su familia o ganado a través del combate. Todos ustedes saben

el honor que es sentarse aquí y representar a sus especies independientemente. Tanto los que tienen corazones-Apolitas, humanos, y los nacidos con corazones de animales. Dos mitades de un todo único. Tan sensible, y para siempre condenados por los dioses a la guerra unos contra otros por ninguna razón real, aparte del hecho de que los dioses son unos pendejos. Todo el mundo sabe una parte de la historia. Lo que ninguno de ustedes sabe es por qué su respuesta es para mí. ¿Por qué usted no lo contesta a este consejo...? —

Savitar señaló Max. — Usted culpa del Dragonbane para la guerra que divide sus dos ramas de la misma especie, pero él no hizo esto. Eso pertenece a las tres perras que maldijeron su carrera en el comienzo. Para Zeus y Apolo y sus rabetas infantiles que hicieron llorar a las Parcas que hicieron algo porque se sentían estafadas, que se salvaron de la maldición Apolita, que habría requerido a todos morir horriblemente a los veintisiete años de edad durante un evento en que no tenían parte. Pero al igual que con toda la historia, es sólo una pequeña parte de datos que le han dicho, que fue coloreado por aquellos que tratan de influir en su opinión y hacer que ustedes se odien sin razón real. Para mantenerlos divididos por sus diferencias sin importar cuando debería ser todo y se centró en las tragedias reales que tienen en común. Los que los unen como una sola especie, sintiéndose mal. Síganme, niños, y dejen que les enseñe lo que nunca han visto, pero lo que ustedes necesitan saber. —

Y con eso se echó las manos. Las puertas se estrellaron cerrándose y la oscuridad cayó en la habitación completamente oscura y que por un momento, Sera sentía como si estuvieran en Irkalla de nuevo.

La repentina nada, inesperada fue opresiva y aterradora. Pero la presión de Max en su mano y la presencia a su lado, era como que había una claridad de una puerta.

Y justo cuando pensaba que no podía aguantar más, se encendió una luz para mostrar un Máx y un Illarion mucho más jóvenes. Mientras que ella había sabido cuánto Hadyn se parecía a su padre, no fue hasta ahora que se dio cuenta de lo mucho que compartían en la cara, la forma, y manierismos.

Pero, lo que apreció más fue el hambre y la harapienta condición de Illarion, sucia y Max se había quedado con él. Los dos estaban en forma humana, manteniéndose allí sujetos por sus cuellos, y encerrados en una jaula, donde otro hombre los miró. Éste estaba impecablemente vestido con atuendo principesco, real.

La mandíbula de Sera se aflojó al ver lo último que había esperado. Maxis no era el príncipe griego.

Illarion lo era.

Mientras tanto, Max miró a través de los barrotes de su jaula al príncipe y su ropa elegante, y la dama de cabello oscuro a su lado. Había visto al príncipe numerosas veces desde que ellos habían sido traídos aquí, pero la mujer era una nueva adición a su monótona y sucia casa.

— ¿EuMon? — Se quejó, tratando de sacar al príncipe a la distancia del brazo. — ¿Por qué me has traído aquí? ¿No te cansas de mirar a esos todo el tiempo? ¡Es tan espeluznante!
—

Max no apreciaba ser llamado espeluznante cuando las únicas singularidades eran las reales en la habitación y eran los que necesitaban su especie para seguir viviendo más allá de su vigésimo séptimo cumpleaños. No había nada espeluznante acerca de ser un dragón.

¿Los cuerpos humanos-Apolitas?

Esa fue la materia de pesadillas. Se olía y tenía toda clase de

rarezas en ellos que prefiero no sufrir.

El príncipe sonrió a su bella y menuda esposa, pero su mirada no se apartó de los dos dentro de la jaula. — Míralos, Helena. Por el hecho de que él no habla, nunca se sabrá que seré yo. Y el otro... él es la imagen misma de Pherus. Es como si todavía estuviera buscando a mi hermano en sus ojos. —

Ella arrugó la nariz con disgusto. — Pherus nunca fue tu hermano. Él era el hijo de un esclava. —

— Esclavo o no, él era mi hermano a través de mi padre. Y yo lo quería como tal. — EuMon se lamió los labios. — ¿Crees que ellos nos puedan entender? —

— No. Son animales y tiene suerte sobrevivieron a la fusión que tu tío te hizo. Ahora, ¿podemos irnos? No me gusta estar aquí. Huelen. — Ella apretó su delicada mano en la nariz para ilustrar su punto.

En lugar de dejarlos, EuMon se arrodilló y tendió la mano a Illarion. — Aquí, muchacho... ven a mí. —

Leyó los labios, e Illarion se acercó más a Max.

EuMon bajó la mano y suspiró. — Parece que tenemos que ser capaces de entrenarlos. ¿O no? —

Max reprimió una burla. Como si pudieran.

— Tal vez para no mojar las alfombras o sus camas, pero no tengas la esperanza de nada más que eso. Como ya he dicho, son animales estúpidos, incapaces de pensamiento o de civilización. —

Ah, sí, eran el problema en esta ecuación...

— ¡Eres terrible, Helena! — Bromeó.

De repente, un gran número de guardias irrumpieron en la cárcel. Max se tensó ante la vista de ellos. Algo que no era un buen presagio para los mantenidos en jaulas. En cualquier momento muchos vinieron por el estilo...

Uno de los prisioneros estaba gravemente herido.

O muerto.

El Prince EuMon se puso de pie para enfrentar a los soldados con cara de piedra. — ¿Cuál es el significado de esto? —

— Órdenes del rey, Alteza. Estamos para destruir todos los experimentos para aplacar a los dioses. —

El rostro del príncipe se puso blanco y se le encogió el estómago a Max. — ¿Qué? —

El guardia asintió. — El dictado vino del sacerdote principal esta tarde. Los dioses están exigiendo que todas las abominaciones sean sacrificadas. De lo contrario, van a matar a tu padre, a ti, y tu hermano. —

Illarion intercambió una mirada de pánico con Max.

No tenga miedo, hermano. No voy a dejar que te lleven, Max prometió, con la esperanza de que no mentía cuando dijo esas palabras.

Pero no había nada, salvo la duda en los ojos de Illarion. Algo que cortar con los huesos de Max. ¿Cómo podría su hermano pensar por un minuto que él habría de permitirles sacrificarlo?

Nunca. Incluso si eso significaba su vida, él guardaría a Illarion a salvo de ellos y salir de este lío.

Con un rugido poderoso, Max se precipitó en ellos.

El príncipe se tambaleó hacia atrás con un jadeo feroz, arrastrando a su esposa con él.

Gritando, ella cayó al suelo. — ¡Te lo dije! Él es un animal! ¡Mátalo! ¡Mátalo ahora! —

La furia atravesó a Max con tal ferocidad que él perdió el control completo de su magia, incluso con el collar para controlarlo. Lo único que sabía era que él se negó a ceder. Se negó a verlos matar a su hermano.

Los aullidos y gritos de los otros llenaban sus oídos mientras los soldados se dedicaron a llevar a cabo sus órdenes.

¡Esto era una absoluta mierda! Max se lanzó contra los barrotes, una y otra vez. Cuando esto no fue suficiente, convocó a todos los fragmentos de la magia que pudo y mantuvo su concentración. Entonces las mandó fuera por el aire alrededor de ellos.

Al igual que un choque térmico, que salió de él, y envió una onda pulsante a través del aire. Una que rompió la jaula y envió a los guardias, príncipe, princesa a dar volteretas.

Débil, pero decidido, Max agarró a Illarion. — Libertad para los demás. ¡Que les den, si esas perras van a tomar mi vida por esto! —

¡No es nuestro lugar!

— Yo no respondo a los dioses griegos. Pueden besarme el culo escamoso. — Max agarró las llaves del guardia que estaba más cerca de él. Mostrando sus colmillos, tomó la espada del hombre, luego se trasladó a liberar a los arcadios y Katagaria. Su hermano todavía estaba allí. — ¡Illarion! ¡Mueve! ¡Protege a todos los que puedas! —

Por último, Illarion comenzó a cooperar.

Tan pronto como tenían las puertas abiertas y habían comenzado a salir, los guardias se fueron a detenerlos.

— Tenemos que hablar con el rey, en primer lugar. Nadie

puede salir de aquí. —

Para su sorpresa completa, EuMon dio un paso adelante. —
Que se van. —

— Alteza --

— ¡Hazlo! —

De mala gana, el guardia se hizo a un lado y ordenó a sus hombres que se retiraran.

Agradecido por el príncipe, que fue lo que les permitió salir sin guerra y derramamiento de sangre, Max inclinó la cabeza hacia él. — ¿Puedes mostrarnos el camino de salida? —

El príncipe se redujo una mirada mala en él. — ¡Sabía que podías hablar! Te necesito para demostrárselo a mi padre. —

— Y necesitamos una guía antes de que tu padre se entere de esto y nos mate... Por favor. Mi hermano y yo siempre hemos sido superados siempre hemos tratado de escapar. Sé que hay un camino hacia el bosque, pero no hemos sido capaces de localizarlo. —

Sin dudarlo, él asintió con la cabeza. — Sígueme. —

— ¡EuMon! — Su mujer respiraba. — No puedes hacer esto. Si los dioses han hablado... —

— Son sensibles, Helena. Míralos. — Hizo un gesto hacia Max y a Illarion. — La mitad de ellos son Apolitas. No puedo condenarlos a morir y sobre todo no en una ejecución en la jaula después de todo lo que les hemos hecho. Sería un error. Yo soy su príncipe. Es mi lugar el protegerlos. —

— ¿Y qué de tu hijo que llevo? ¿Quién le protegerá cuando los dioses te maten por esta arrogancia? —

Él la besó suavemente en la frente. — Relájate, preciosa esposa. Nadie me va a matar. — Apartándose, lideró a

Illarion y los demás a través de la oscura caverna. —
Sígueme y te llevo a tu libertad. —

Ella miró a Max, ya que comenzó la presentación de la cueva.
— Tengo un mal presentimiento sobre esto. —

Max no le hizo caso y la indigestión que creía que era un mal presentimiento, también, como él trató de conseguir sacar a los otros fuera lo más rápidamente posible. No confiaba en que los guardias no los atacarían, a pesar de lo que el príncipe había ordenado.

Como el último Apolita animal presentado por delante de ellos, comenzó a respirar un poco más fácilmente. Estaban casi fuera de allí.

Fiel a su palabra, EuMon les ayudó a trasladarse a un pequeño campamento en el bosque, donde Max e Illarion habían hecho que todo el mundo tuviera un lugar donde dormir y algo de comer.

— Gracias, — dijo Max al príncipe antes de ir a cuidar a su hermano.

EuMon lo detuvo. — Todas estas semanas y que no has dicho nada. Has pretendido ser mudo. ¿Por qué? —

— No había nada que decir. Su tío nos arrancó de nuestros hogares y vive para usted. Tanto Apolita y animal. Sin tener en cuenta lo que pensamos o queríamos. ¿Y luego nos convirtieron en esto? — Hizo un gesto con enojo a su cuerpo humano. — Es posible que haya deseado a un dragón en usted, alteza, pero prometo Illarion no, ni yo queríamos esto. Tampoco ninguno de los otros. Ahora que usted tiene un poco de la genética de mi hermano en su corazón, usted debe saber exactamente lo que pensamos. —

— Usted tiene un código de honor feroz y el parentesco. ¿Ahí es de donde esto viene? —

Max inclinó la cabeza. — Y ahora me dice que sus dioses han decretado nuestra muerte por sus obras. ¿Cómo crees que me siento? —

— Voy a hablar con mi padre. Es un hombre razonable. —

Max arqueó una ceja ante su mentira.

— El nos ama. —

Lo cual era cierto, pero... — Eso lo hace muy poco razonable.
—

El príncipe asintió. — Si tú y tu hermano vengan conmigo... Que mi padre vea que eres capaz de pensamiento racional y hablas. Se va a cambiar todo. Prometo. Ven y ayúdame a configurar esto bien. —

Aún así, Max se mostró escéptico. No fue tan fácil como el príncipe lo hizo sonar. Él lo sabía. Sin embargo, al mirar entre los rostros desolados, llenos de miedo, sabía que tenía que intentarlo.

Por ellos.

Illarion convencía a los otros para acercarse a Max. Seguramente tú no crees sus mentiras.

— Tenemos que tratar. —

Sacudiendo la cabeza, Illarion no quería participar, pero amaba a su hermano demasiado para dejarlo ir por su estupidez solo.

Así que juntos, se dirigieron de nuevo hacia el palacio, con EuMon a la cabeza.

Por primera vez, salieron de la caverna y en los jardines del palacio, los llevaron a donde vivía la familia real.

Acababan de llegar a los jardines, cuando un hombre que

parecía inquietantemente similar a Vane se acercó a ellos.

— ¿Qué es esto? —

— Vamos a ver a Padre. —

El recién llegado frunció el ceño con feroz desaprobación. — ¿Qué has hecho? —

El príncipe dejó escapar un suspiro cansado. — Linus, por favor. Tengo que hablar con él y yo no tengo tiempo. —

— Ya oíste lo que dijo el sacerdote a Padre. Hemos enfurecido a los dioses. Si no les regresas para su ejecución en este momento, van a exigir tu cabeza, también! ¿Quieres morir? —

— Y lo que sea para que dejen de hacer eso de todos modos después de que los demás se hayan ido. Los dioses son caprichosos. Tú lo sabes. No confío en ellos. —

Linus hizo un gesto hacia Max y luego a Illarion. — ¿Pero confías en un animal? —

— No son sólo animales. Ellos pueden hablar. —

Linus se burló. — Ahora estás siendo ridículo. ¿Has comido acaso un mal lote de loto? —

— No está mal. —

La mirada de Linus se había ampliado en el sonido de la voz de Max. — Sí, ¿puede pensar y hablar? —

— Claro. —

Sus ojos se oscurecieron peligrosamente mientras se movía para enfrentar a Max. — ¿Es usted la razón por la que Dagón me hizo esto a mí? —

— ¿Hice qué? —

En respuesta a la pregunta de su hermano, Linus encendió a EuMon. — ¿Es que lo hizo? —

— ¿Hacer qué? — Repitió EuMon.

Linus rastrilló con una mirada mordaz. — Siempre fuiste el hijo favorito de Padre. ¿No había sido amenazada tu vida, estoy seguro de que tendrías que déjame morir, como lo hizo nuestra madre. —

EuMon dejó escapar un suspiro cansado. — No tengo tiempo para sus inseguridades. Muévete a un lado. —

— Correcto. Nunca tienes tiempo, ¿verdad? — Linus se burló de Helena. — Tomaste la novia que era para mí y ahora tomó mi forma animal ¿verdad?. Debería haber sido el dragón. ¡Tú no! —

— ¿Qué locura hablas? —

— ¡Helena era mi novia! —

Ella levantó la barbilla desafiante. — Me negué a tu mano después de que te conocí. Hay una crueldad en ti, Linus, que me asusta. Tratado o no, nunca te has casado con esta familia, no había conocido a EuMon y visto por mí misma, que a diferencia de ti, él tiene un alma. —

Gritando con ira, se abalanzó sobre ella, pero Max lo atrapó y lo obligó a retroceder. — Para. Tener negocio común diré que hay que atender algo aquí. —

La mandíbula de Linus se aflojó. — Por lo tanto, es cierto. Usted habla. Con usted me podría haber convencido Dagón para darme la forma que yo quería, pero en su lugar optó por permanecer en silencio? ¿Mataste a tu propia voz para que no sea como tú, también? Lo hiciste, ¿verdad? —

— ¿Qué? —

Linus empujó Max a distancia. — Todos ustedes me dan asco. Nunca puedo tener lo que quiero. —

Están locos, hermano. Debemos salir.

Max no podía estar más de acuerdo. Protege a la princesa.

Cuando Illarion se mudó a cumplir, Linus sacó un cuchillo y atacó. — ¿No me des la espalda a mí, EuMon! No te tendrán en cuenta! —

EuMon lo empujó a un lado mientras él se abalanzó sobre Illarion. — ¿Eres estúpido? ¡Es un animal, idiota! Soy el príncipe. ¿Cómo puedes no decirme dejándome aparte? —

Esas palabras habían abofeteado a Max duro. Sobre todo porque la única forma de distinguirlos era por las galas, uno llevaba y la inmundicia de su hermano, en su opinión, tenía más de Linus, y de lo que no se había dado cuenta, era de su diferencia en el vestir.

Linus arrebató el arma de la mano de su hermano y dejándola libre. — ¡Debería haber sido el heredero! ¡Soy mucho más digno! —

EuMon se había reído en su cara. — Nunca fuiste digno. — Con eso, lo desarmó y le dio una patada hacia atrás.

Horrorizado, Max había ayudado a Illarion a ponerse en sus pies. Luego colocó su cuerpo entre Illarion y los príncipes para protegerlo.

Poniendo los ojos en blanco, EuMon arrojó el cuchillo. — No le hagas caso. — Él lo tocó a Max en el brazo y luego a Illarion. — Sígueme y nosotros arreglaremos esto. —

Cuando empezaron a poner distancia, Max captó el movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió para desarmar a Linus, pero él todavía no había llegado a dominar su cuerpo humano. Antes de que pudiera hacer nada para detenerlo,

Linus lo apuñaló y luego se volvió a los demás.

Furioso, Illarion había atacado.

— ¡Alto! — EuMon gruñó, tratando de conseguir paz entre ellos.

Max sabía que el príncipe se vería perjudicado si no se le quitaba del conflicto. — ¿Alteza? — Él tiró de él al mismo tiempo Illarion y Linus se tambalearon juntos, luchando por el control de la cuchilla.

Cerraron duro en Max y EuMon, tirándolos fuera del balance y enviándolos a tambalearse.

En un gran montón, los cuatro cayeron al suelo.

Cuando Max fue a pararse, se dio cuenta de que estaba cubierto en un montón de sangre, más de lo que deberían haber estado. Aturdido, tardó unos segundos en darse cuenta de que era EuMon, cuya arteria había sido cortada, abierta en su caída.

Jadeando por aire, se encontró con la mirada de Max. — Proteger a mi esposa. —

Con ojos embrujados, Linus se puso de pie y se tambaleó hacia atrás. Dejó caer el cuchillo, apretó su mano empapada de sangre en los labios.

— ¿Alteza? —

Gritando de agonía, Helena se había precipitado hacia adelante a llorar al lado de su marido. — ¡No me dejes, EuMon! ¡Quédate conmigo! — Ella aplica presión a la herida, pero ya era demasiado tarde.

Como su último acto, EuMon estiró y sacó el collar de Max para que pudiera cambiar de forma libremente. — Protege a todos. — Y con eso expulsó el aliento final.

Helena había echado la cabeza hacia atrás y gritó como una arpía. — ¡Usted bestia! ¡Usted mató a mi marido! —

— No... — Linus respaldaba por el terror. — Usted vio por sí misma. Fue un accidente. —

Sacudiendo la cabeza, ella sollozaba y sollozaba.

Max miró a Illarion, que los observaba con una mirada igualmente horrorizada. ¿Qué hacemos?

No tenía ni idea. Linus estaba loco y él nunca diría la verdad e implicarse a sí mismo en esto. Su temor de ser culpado por la muerte de su hermano, no permitiría eso. Los dioses habían decretado que todos ellos muriesen...

Pero una mirada a la cara de Illarion y sabía que nunca habría dado un paso atrás y dejar que eso suceda.

Tengo que llegar a un lugar seguro.

Sólo había un lugar en el que él podría pensar que estaría a salvo del alcance de los dioses. Un lugar donde el rey no podía exigir la cabeza de Illarion. Recogiendo a su hermano y la princesa llorando, cambió a su forma de dragón y tomó vuelo con ellos.

Sus gritos aterrorizados llenaban sus oídos mientras ella lo insultó y trató de liberarse. Illarion luchó contra su agarre. Le retiró el cuello para que pudiera volar, también!

Aún no. No estaba seguro de lo que la importancia que tendrían cuando llegaron a su destino. Podría ser acogedor.

La experiencia le dijo que no lo haría.

Aun así, Max cerró los ojos y rezó para que esto funcione. Cuando por fin llegó a la playa del sur, él puso a su hermano y la princesa abajo sobre la arena blanca, y luego aterrizó. Con un nudo en el estómago, miró por encima de las olas

perfectas e hizo algo que no había hecho en siglos.

Convocó al demonio Chthonian. El único ser que se le dio protección y cargó sobre su especie.

Por supuesto, nadie había visto al hijo de puta en siglos y todo tipo de especulaciones abundaron. Algunos dijeron que él había finalmente muerto de las heridas que había sufrido durante la gran guerra Chthonian. Otra que el dios griego Mache le había maldecido en represalia por haber sido atados y encarcelados.

Otro dijo que la diosa Apollymi le había ahogado cuando se hundió la Atlántida. Incluso que había un rumor de que Artemisa lo había capturado y lo estaba manteniendo como su mascota en el Olimpo.

Max no sabía si nada de cuanto de eso era cierto.

Todo lo que sabía era que necesitaba un milagro y que la única criatura que podría ayudarles a era el Chthonian que había una vez llevado a la gente de la madre de Max a la libertad.

Echando la cabeza hacia atrás, dejó escapar un grito de convocatoria a la bestia.

La princesa se apartó de él cuando las olas rodaron dentro y fuera en la playa.

— ¿Qué está haciendo? — Preguntó, lanzando sus manos sobre sus oídos para silenciar los sonidos de su llamada.

Max no le hizo caso y continuó convocando a Savitar.

Y a medida que el tiempo pasaba lentamente y nadie respondió a su llamada, se dio cuenta de que el Chthonian debería estar muerto.

O que no le importaba.

Abatido, se alejó de la playa, hacia su hermano. Su mandíbula se aflojó cuando vio al hombre alto, musculoso acercarse a ellos.

Era Savitar.

Sus ojos brillaban de color lavanda cuando se detuvo al lado de Illarion y barrió su mirada sobre el vestido empapado de sangre en la princesa. — Parece que me perdí un partido impresionante. Cuidado que me ilumines, ¿dragón? —

Max le dijo rápidamente lo que le habían hecho a ellos, y lo que le había pasado a EuMon y a Illarion. — Necesito tu ayuda, Chthonian. —

Savitar se había burlado. — Ya he terminado ayudando a los demás. La última vez que lo hice... resultó mal para todos. Especialmente para mi, y yo no estoy bien, la mayoría de los días. —

— Nos van a matar. —

— Todo el mundo muere en algún momento. —

— ¿Eso es todo, entonces? ¿Estás literalmente, lavándote las manos de nosotros? —

Savitar se encogió de hombros. — Tienes una nueva vida. Debes disfrutar de ella. —

— Hasta que las Parcas nos hayan matado, que quieres decir. —

Savitar había estado inmóvil. —¿ Vamos de nuevo? —

— ¿Las Parcas griegas? Debido a Apolo y Zeus, han ordenado a todos ser sacrificados. —

— Deberías haberte quedado con eso, hermanito. —

— ¿Significa? —

Savitar sonrió. — Significa que no hay mucho que yo no pudiera hacer con esas tres perras que gritan en agonía. Lléveme a tu campamento. —

En el momento en que regresaron, la mayoría de los híbridos Apolita animales estaban muertos. Mientras que Max se había ido, los guardias habían encontrado su campamento y los sacrificaron a un exiguo puñado antes de que ellos los hubieran expulsado.

Disgustado por la cruel horror, Max había caminado alrededor de los otros cambiaformas recién hechos, asegurándoles lo mejor que pudo.

— ¿Qué vamos a hacer? —

Se encontró con la mirada de Savitar.

Finalmente vio la chispa que vivía en su corazón.

Savitar se adelantó. — Con una nueva especie, te ofrezco mi protección. Voy a dar a conocer que los Chthonians son conscientes de ustedes y que nadie, especialmente los dioses, han de aprovecharse de ustedes sin repercusiones. —

Mientras Savitar trató a la nueva especie, Max había finalmente retirado el collar de Illarion.

Ya era hora.

— Lo sé. Lo siento. —

¿Por qué esperar?

— En caso de que nos llevaran, que podría haber pasado con el príncipe, y el haber escapado. En tanto que te quedaste en tu cuerpo humano. —

Illarion negó con la cabeza mientras examinaba a los demás. Somos una abominación. ¿Seguro que deberíamos haber sobrevivido? Tal vez hubiera sido más amable con nosotros si

nos consignan a la muerte.

— Quizás. Pero entonces la vida no es amable. Todo lo que tenemos para conseguir a través de ella es la otra. Yo no podía mantenerte al margen y verlos morir. —

Illarion dejó escapar un suspiro cansado. Su sangre de Arel lo retorció a veces. ¿Qué es esta necesidad innata que tienes de proteger?

— No lo sé, pero debes esperar que lo tenga. Un dragón en su sano juicio te habría dejado atrás. —

A medida que ellos redondeaban, Lycaon y su ejército montó para terminar con su masacre.

Hasta que el rey vio a Savitar. — ¿Cuál es el significado de esto? —

Savitar se enfrentó al rey sin miedo. — Estoy aquí para llevarlos a sus propias tierras para vivir. —

— No puedes hacer eso. —

Savitar arqueó una ceja. — ¿Me quieres cruzar? —

— Los dioses lo han decretado. —

— Y yo, como Chthonian jurado proteger la vida mortal de los dioses, vuelco ese decreto. —

Lycaon negó con la cabeza. — ¡No puedes hacer eso! Ellos van a matar a mis hijos en represalia. —

— Está hecho. —

Mientras discutían, Helena agarró el brazo de Max. — No puedes dejar que regrese al palacio. No después de lo que ha pasado. —

Confundido, él frunció el ceño. — ¿Quieres viajar con nosotros, con los animales? —

— Por favor. Tengo miedo de lo que Linus va a hacerme y a mis hijos. Mientras que podrías mantenerme viva y si me reclamas como tuya, nunca voy a sufrir y mis hijos van a vivir. No es así siempre y cuando sean herederos del trono de su padre. Tú lo viste. Sus ambiciones son despiadadas y él no se detendrá ante nada. Peor aún, sabemos que mató a EuMon. En tanto cualquiera de nosotros esté vivo, él nos verá como una amenaza y nos quiere eliminar. ¿Entiendes? —

Illarion había sacudido la cabeza. Max... Conozco esa mirada en su cara. Tú eres el que siempre me dice que me mantenga al margen de las cosas.

Max había empujado a la princesa más cerca de Illarion. — Mantén un ojo en ella, por un minuto. —

No estoy seguro de lo que estaba haciendo, cerró la distancia entre Savitar y el rey. En el momento que Linus lo vio, él al igual que su hermana en ley (cuñada) prevé.

Ordenó que Max fuera arrestado por el asesinato de su hermano, y exigió la devolución de Helena.

Ella tenía razón. Linus nunca sufriría si ella vivía y terminaba con el nacimiento de los hijos. Los mataría a ellos y los eliminaría de la línea de sucesión.

— Él y su hermano mataron al mío, y exijo su cabeza por ello! —

— Illarion es inocente. Yo, solo, soy el responsable. —

Savitar lo miró con una mirada furiosa. — ¿Entiendes lo que estás haciendo? —

Diablos no. Pero parecía ser la única opción.

Se encontró con la mirada furiosa de Savitar. — Yo sólo entiendo lo que sucederá si no lo hago. —

Suspirando con disgusto, Savitar presionado sus dedos en el puente de la nariz, como si tuviera un tumor cerebral formándose. Cuando los guardias llegaron a tomar a Max, Savitar los detuvo.

— ¡No! Los arcadios que han creado son una raza aparte y no deben ser sometidos a las leyes de los hombres. — Savitar miró a Linus y su padre. — Son un grupo sensible y deben hacer sus propias leyes para gobernarlos. Si Maxis enfrenta el juicio, será por un jurado de sus pares híbridos y no de un hermano con intrigas y afligido padre. Si la farsa se debe hacer, debe ser imparcial. —

— Porque eso hace que sea mucho mejor — Max murmuró.

Savitar redujo un ceño amenazador hacia él. — No me alagues, dragón, o te convertiré en uno de ellos. —

— ¿Y qué de este jurado? — Lycaon exigió. — ¿Quién va a supervisarlos? —

— Yo personalmente lo garantizo. Tienes mi palabra. —

La furia, y la promesa de que esto no había terminado, lo fulminó desde los ojos del rey. — Bien. Yo te sostengo en ella. Pero quiero que la cabeza del dragón quede montada en la pared de mi cuarto por lo que ha hecho! Voy a estar esperando que lo traigas a mí cuando esto termine. De lo contrario, voy a declarar la guerra a esta nueva raza. — Y con eso, el rey llevó a su ejército a distancia.

Illarion finalmente se acercó a ellos. No me alegro de que no esté todo arreglado. Ni siquiera un poco.

Savitar rió amargamente. — Estás bien. Nada ha terminado. Este es solo el comienzo. Espere hasta que Zeus y Apolo oigan hablar de esto. — Miró a su alrededor los rostros y los animales...

Apolitas, leones, águilas, halcones, gavilanes, tigres, lobos,

osos, panteras, leopardos, chacales, leopardos de las nieves, jaguares, guepardos, y dragones.

— ¿Qué demonios fue lo que Dagón estaba pensando? —

Max dejó escapar su aliento agotado. — Que su esposa estaba de duelo por su hermano y que él tenía la magia para que sea mejor. —

— ¿Se tiene esto de mejor? —

Max se encogió de hombros ante la pregunta de Savitar. — ¿Es mejor que la muerte? Aye. Apenas. —

— Y tú, dragón, eres un idiota. —

— Me han llamado cosas peores. — Miró a Illarion. — Y eso fue hace apenas unas horas. —

Savitar negó con la cabeza mientras se encontraba con la mirada de la princesa. — Esas son las primeras de su tipo que llevas, lo sabes, ¿verdad? —

Su rostro se había puesto pálido. — ¿Qué? —

— Usted le ha concebido después de que su marido había sido transformado. La buena noticia es, no van a morir de la maldición Apolita que viene con el linaje de EuMon. La mala noticia es que los dioses no estarán contentos de que a su príncipe se le ha frustrado su maldición. — Savitar gruñó en la agravación. — Sólo hay tanto atenuante que puedo hacer. El conocimiento de los dioses y esas perras, en particular, te puedo decir que esto no ha terminado. Tendrán algo nuevo en el almacén para todos nosotros. Y no va a ser misericordioso. —

Y él había estado en lo cierto. A pesar de la evidencia y el testimonio de Elena sobre lo que había pasado, Max había sido declarado culpable durante esa primera reunión Omegrión. Cuando Illarion fue a testificar, Max lo había

mantenido fuera de él, para que no se implique a sí mismo y quedara bajo el fuego.

Mejor uno debe marcarse que ambos. Él había presionado a Illarion por la necesidad de mantener a Helena segura y cumplir con su promesa a EuMon. Algo que no podría hacer si ambos estaban siendo perseguidos.

Así que había sido marcado mientras Illarion había quedado como guardia Katagari para los primeros príncipes Arcadian nacidos de una madre humana.

Pero para Max e Illarion, no habría habido ningún Were-Hunters que dejaran su espada.

Sólo Linus y EuMon.

Lycaon habría sacrificado alegremente al resto de la sobra de sus dos hijos y la ira de los dioses del Olimpo.

Un lobo y un dragón.

Serafina se quedó en el temor de su compañero. Ella no había tenido ni idea de los sacrificios que había hecho por su pueblo.

Nadie lo tenía. Fiel a su nacimiento y sangre de Arel, Max había hecho sus deberes en silencio. La única vez que se había dejado contra ellos fue cuando se vieron amenazados sus hermanos.

Cuando ella y sus hijos estaban bajo fuego.

La peor ironía era que, ni él ni su hermano, ni siquiera cometieron un asiento y el consejo se había comenzado a causa de ellos. En su lugar Helena y otra Drakos nacida de un experimento anterior entre un esclavo Apolita y el dragón habían dado los primeros de Regis. Helena como Arcadian Regis, hasta que su hijo mayor, Pharell, había sido lo suficientemente mayor como para heredar, y Cromus, quien

cedió su lugar al Katagari hijo de Helena, Portheus, cuando había alcanzado la mayoría de edad.

Linus había sido dejado al descubierto con la misma línea de sangre de lobo que había conducido a Vane, Fang y la Fury. Alguna vez se amarga por haber sido obligado a su condición de lobo, que había librado con gusto venganzas contra los Katagaria y otras especies. Y había sido su poderoso testimonio y liderazgo que había condenado a Max.

Su necesidad despiadada para acabar con todos los demás y descartar a los que lo habían forzado a Savitar para crear los limanis para que los Were-Hunters tenían algún refugio de los dioses y otros fueran de matarlos sin necesidad.

Ahora, Savitar se retiró y se iluminó la habitación. Uno por uno, se encontró con la mirada de los que estaban sentados en la mesa del consejo. — Ahí tienes. Sí, técnicamente Max creó la primera sangre Were-Hunter, pero lo hizo en la protección de todos ustedes. ¿De verdad van a ser como el primer consejo y le condenarán de nuevo, sabiendo esto? —

Damos Kattalakis, descendiente de EuMon y Helena, que actualmente ocupaba el asiento Arcadian Drakos, se levantó. Su aspecto le recuerda a Sera el gran parecido a Vane y él se parecían mucho a su hermano Sebastián, a quien ella había conocido antes.

Poco a poco, con cautela, se acercó a Max y a Illarion.

Su rostro ilegible, se quitó la máscara de plumas que cubría sus marcas de Centinela. Tomó la mano por las escalas como a una obra delicada, estudió la máscara antes de hablar. — Es la costumbre de mis patria para que éstos fueran de los restos de los Katagaria que hemos matado. Esto fue hecho para recordarnos que, si bien se trata de animales, que no lo somos. Que somos civilizados y descendemos de la sangre de los príncipes. En particular, EuMon Kattalakis. —

Dejó caer la máscara en el suelo y miró a Max, luego a Illarion. — No sé por qué mi bisabuela falló a decirnos de ti, pero te prometo que si yo debiera tener la suerte de tener dragoncillos un día, ellos sabrán la verdad y lo que debemos a nuestros primos Katagaria. — Poniendo en su hombro el puño, le saludó a Max. — Gracias por salvar a mi familia. Como jefe de los Kattalakis Drakos, juro que si alguna vez oigo el Bane-Cry de usted, o sus compañeros o niños, todos los miembros de nuestra patria responderá. Por nuestro honor. —

Max inclinó la cabeza y le devolvió el saludo. — Gracias. —

Sonriendo, Damos lo atrajo en un abrazo, y luego a Illarion. — Mi padre que se enrolle en su tumba. — Se volvió a Savitar y frunció el ceño. — ¿Esto es por lo qué siempre me odiabas? —

Savitar asintió. — Los pecados del padre, hermano. Pecados del padre. Pero hoy en día, que tomó el paso correcto. Y lo vi. —

Resoplando, Damos apareció menos divertido cuando se volvió hacia Dare Kattalakis. — ¿Cuál de ustedes, primo? —

— Pueden besar mi culo peludo. Todavía estamos en guerra.
—

19

— Deberías haber comido a los lobos, hermanito. —

Todos en la sala se volvieron hacia Falcyn por sus palabras secas, sin emociones, y muy crueles.

Él le devolvió la mirada, completamente impenitente. — Solo digo. Son crujientes cuando se fríen. Carne magra. Debajo cartílago. Nos hubiera salvado a todos la migraña de tratar con ellos ahora. —

Fury se atragantó. — Hablando como uno de los lobos, estoy muy ofendido por eso. —

— Bueno, — dijo Falcyn sin una pizca de remordimiento o disculpa en su tono. — Yo he ofendido a los lobos y Were-Hunters igual. Todo lo que necesito hacer ahora es alimentar a un bebé adorable lindo y mi trabajo para el día lo hago. —

Blaise golpeó a Falcyn en el pecho. — No te preocupes, él es parte Caronte. Entregarle un poco de salsa barbacoa y él es feliz. —

Falcyn aprobó una mueca tales irritable a Blaise que a pesar de que era ciego, Blaise sintió y se echó hacia atrás, no por miedo, sino por sentido común.

— Él no es Caronte, — dijo Max secamente. — Eso sería una excusa demasiado fácil para él, y en realidad no es uno. No es más que un bastardo irritable... Al igual que Savitar. —

Savitar arqueó la ceja. — Puedo guardar el culo ¿y te lleva mi golpe? En serio —

— Me disculpo, pero odio tu falta de sinceridad más que tus insultos. —

— Sí, lo sé. — Savitar miró a los miembros del consejo. — Bueno, ya sabemos donde están los dragones y donde los lobos oficialmente... — Él miró a Vane para su confirmación en su postura.

Vane cortó una mirada feroz a su compañero de camada, Dare. — Oficialmente, el Kattalakis Lykos, ambos Katagaria y Arcadian, consideran a Max un hermano. No tenemos ningún problema con él y la votación que suprime la marca. —

— Creo que la segunda, — Fury de acuerdo. — Y espero que te ahogues con él, Dare. Él y es mi culo peludo. —

Star dio un paso hacia adelante, pero su hermana le tomó y le impidió hacer algo profundamente estúpido. Al igual que atacar a sus hermanos delante de la Omegrion y Savitar.

Savitar volvió su atención a la otra Kattalakis Drakos, que estaba de pie con Dare y Star. Alto y oscuro, el Katagari Regis favoreció a Fang más que los otros.

Sus ojos brillaron de ébano mientras consideraba su respuesta. Después de unos segundos, sacó el colgante del dragón de plata de su cuello y lo miró descansando en su palma. — Yo crecí con historias sobre el Dragonbane y cómo mató a la primera Arcadian a sangre fría, viciosamente, y comencé a nuestra guerra de las especies. Mi padre estaba impresionado por mí que debemos no ser tales animales. Que debemos esforzarnos por encontrar lo humano en nosotros mismos, incluso cuando parecía enterrado y perdido. — Él miró a Dare y a Star. — Estoy pensando que mi padre estaba equivocado. Deberíamos haber abrazado al Drakos más de que la llamada a la humanidad. —

Darion se adelantó y reclinó la mano a Illarion. — Yo voto para quitar la marca y yo cedo mi asiento en el consejo para el heredero legítimo. Tú eres por el hecho de que llevas la sangre del príncipe EuMon, no es mi familia. Es justo que

debas ser el que hace las leyes para nuestro pueblo. —

Illarion negó con la cabeza. No puedo tomar eso.

Darion levantó las manos y dio un paso atrás. — Eres Regis, Stra Drago. Me niego a mi asiento. No tengo derecho a él. —

Savitar miró a su alrededor con el resto de los miembros del Omegrión. — En aras de la brevedad, estoy suponiendo que el resto de ustedes están de acuerdo. ¿Hay alguien que se oponga? —

Dante Pontis, de los Katagaria pantera Regis, levantó la mano. Con el pelo largo y oscuro que llevaba en una cola de caballo, que era el epítome de un depredador descontento. — No voy a protestar, pero tengo una pregunta. — Se volvió hacia Maxis. — ¿Por qué te marcaste como el original? —

Max se encogió de hombros con indiferencia que realmente no sentía. — Soy un idiota. —

Dante sonrió. — Si bien, como un compañero gilipollas yo mismo, puedo respetar eso, ¿Por el cuidado? —

— El estado de ánimo del consejo en ese entonces era muy diferente. Todavía estaban brutos y cabreados desde que se les puso en una jaula y experimentaron con. Ellos sólo habían dicho acerca de la maldición que las Parcas habían transmitido, que no podían elegir a sus compañeros. Habían de ser asignados, si quisieran o no, y que las Parcas habían decretado la guerra eterna entre la especie. —

Y la razón humana era nueva para los animales, Illarion inserta. Estaban enojados y arremetiendo contra todos, en especial contra mi hermano y contra mí.

Max asintió. — Cuando empezaron a atacarme, yo reaccioné como cualquier drakomas habría hecho. Les dije que se jodan a sí mismos y atacaron de nuevo. —

Savitar resopló con desdén. — Hablar era poner el lápiz labial en un cerdo... Estás autorizado a decir que reaccionaron mal. —

— Está bien, reaccionaron mal. —

— Sí, eso es una exageración, — dijo Savitar por lo bajo.

Max fingido y con indignación. — No sé de qué estás hablando. Pasó un millón de años desde la última vez que exageré sobre cualquier cosa. —

Savitar puso los ojos en blanco.

— De todos modos,— Max continuó. — Perdí los estribos sobre sus acusaciones y... — Señaló hacia el techo. — Todavía se pueden ver algunas de las marcas donde la lucha estalló y casi se quemó el edificio. —

— Ahí es donde yo reaccioné mal. — Savitar esbozó una sonrisa falsa. — Como resultado, Max fue condenado y yo no estaba de humor para refutar o absolver su decisión unánime. Todos tuvimos un día muy malo. —

— Y he tenido un poco más, — Max susurró en voz alta.

— Sí. Lo siento. — Savitar cruzó los brazos sobre su pecho.

— Wow, — dijo Dante en tono sarcástico. — Suena como el estado de ánimo en que estaba cuando monté la piel de mi hermano en la pared de mi club. —

Savitar asintió. — Básicamente... Así que, todos estamos de acuerdo? —

— Sí. — Fury a dirigió una sonrisa diabólica. — Dare eres un gilipollas y a nadie le gustas, en absoluto. —

Dare estaba enfadado por él.

Fury enseñó los dientes. — ¡Eres un poco punky bastardo!

¡Vámonos! Vamos, tú y yo. ¡Aquí y ahora! ¡Estoy listo para recoger tu piel con mis dientes! ¡Vamos! —

Vane cogió a Fury y lo empujó de nuevo hacia Max. — ¿Te has por casualidad traído una correa? ¿O un bozal? —

— No, pero estoy pensando que debería haberlo hecho. —

Así Dare lo soltó para mirar a Fury, que todavía se estaba burlando y cuestionando su filiación, un brillante destello iluminó la habitación, lo que le hizo acercarlo. Todo el movimiento se detuvo cuando aparecieron Cadegan y Thorn cerca de Savitar. Tan sangrado y en mal estado físico. Apenas vivos yacían en un montón enredado a los pies de Savitar.

Thorn tenía sus brazos alrededor de Cadegan como si apenas los hubiera conseguido sacar de una situación desagradable justo antes de que hubieran sido destrozados. La palidez de su rostro magullado añadió un testimonio más de esa suposición.

Aturdido, Max no se movió. Los hijos de un poderoso demonio, ambos guerreros experimentados y una vez habían sido caballeros medievales. Thorn en realidad era aún más antiguo que eso y había nacido como un antiguo señor de la guerra, y tenía miles de años de experiencia de combate pesado condenado y cruel.

Una cosa los dos sabían cómo hacerlo...

Lucha. Especialmente sin colmillos, garras, alas y eran sobrenaturales.

Su respiración era entrecortada, Thorn tomó el rostro de Cadegan en un gesto extra. — ¿Todavía conmigo, hermanito? —

— Ach, sí, pero sólo porque me Jo... Mi chica me patearía el culo si me viniera a casa muerto. —

Analise Romano, que era el Arcadian Regis para los leopardos de las nieves y un médico, salió corriendo de su asiento para ver a Cadegan cómo estaba.

Thorn cedió cuidadosamente el cuidado de su hermano hacia ella antes de que él se levantara y se limpiara la sangre de sus labios. Miró primero a Fang, a continuación, a Savitar. — ¿Recuerdas la situación que te he mencionado? —

— Bueno ¿un poco? — Savitar preguntó sarcásticamente.

— Al igual que su temperamento del Olimpo durante una fiesta de la luna llena. No hace falta decir que tenemos un problema enorme. Y nuestros nombres están grabados en toda esa fiesta divertida. — Thorn se trasladó a cubrir un brazo sobre el hombro de Styxx y el otro sobre Acheron. — ¿Nos registramos con mamá últimamente? —

Acheron se encogió visiblemente. — Ah Dios, ¿qué estuviste haciendo ahora? —

— Bueno, — Thorn apretó su brazo alrededor de sus cuellos ambos, — Sólo tengo una... idea brillante ¿podrías pedirle la custodia de Apolo a ella? —

Styxx hizo la misma mueca Acheron había hecho hacía un momento. — Eso si yo fuera un idiota. ¿Por Qué? ¿Qué hiciste? —

Thorn abofeteó a Acheron y a Styxx juguetonamente en la cara y aplastó las mejillas juntas. — Mama Apollymi le encontró un nuevo compañero de juegos, — dijo en el mismo falsete utilizado al hablar con los niños pequeños. — Ella alimenta su culo con Kessar, y ¿no estamos contentos que tiene un nuevo amigo, niños y niñas? —

— Oh queridos dioses. — Zakar repitió las palabras de Acheron y se tambaleó hacia atrás. — Por favor, dime que no lo hizo. —

Con una risa histérica sarcástico, Thorn dejó a Styxx, dio un paso atrás, y le dio una palmada. — ¡No espera! ¡Se pone mucho mejor! Ni siquiera has escuchado la parte buena todavía. ¡No! Sí... ella decidió que sería una gran idea para esclavizar a Apolo como una perra de sangre, Z. Sí... sí, ella lo hizo. —

Gimiendo, Zakar se cubrió el rostro.

Thorn asintió y aplaudió la espada del dios sumerio. — Por lo menos se ve el choque de trenes que viene. —

Acheron lo miró. — Ilumina a aquellos de nosotros que no lo hacen. —

Thorn se apartó para continuar. — Para resumir, Kessar se alimenta del dios, y ellos hicieron un pacto para combinar sus naturalezas amantes de la diversión con los espíritus amables. Como resultado, Apolo ataca al Olympus. —

— No. — Acheron sacudió la cabeza. — Yo estaba allí. Eso fue Kessar quien atacó al Olympus. —

— No, punky. — Fue Apolo el que condujo a esos demonios. Es la forma en que entraron. Adivina las tres cosas que quería. Y la paz mundial no es definitivamente una de ellas.
—

— La venganza. —

Thorn sacudió la cabeza ante Dante y emitió un sonido zumbador sarcástico. — Demasiado fácil, y levantó un dado. Adivina otra vez. —

Enfermo del estómago, Max intercambió una mirada de pánico con Illarion.

Thorn aplaudió. — Oh, mira, creo que tener a los dragones. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Illarion, siendo el hijo de Ares, debe saber exactamente lo que quiere. —

Está detrás del Spartoi (fueron los hombres que nacieron de los dientes de un dragón, sembrados por Cadmo).

— Sí. Si es él. —

Fury frunció el ceño. — ¿Que es la Spartoi? ¿Es como un modelo de plástico de los 300 Dioses?, alguien, por favor me dicen que es una figura de acción y no lo que me temo que podría ser... —

Serafina hizo una mueca. — No. Es tu miedo, estoy segura. Son una rama bastante desagradable e invencible del ejército de Ares. Se dice que cuando un drakone de Ares les siembra en la tierra, brotan en plena madurez, listos para la batalla y destruir a las órdenes de quien los plantó. —

— Y supongo que tiene la custodia de los pequeños en este momento? — Thorn señaló a Illarion. — ¿Cómo puedes saber eso? Su padre gritó como una niña de trece años de edad, en un avistamiento Shawn Mendes. —

— Sí, lo hizo, en efecto,— Cadegan acordó cuando se levantó con las piernas temblorosas, la tocándose sus costillas. — Para un dios de la guerra, Ares es un poco pendejo. No es Aeron, eso es seguro. —

— Y hablando de nuestro favorito Dios de la guerra Celta, todavía está luchando contra ellos y tengo que volver a ayudar antes de que lo hagan un gallu a él y todos bajen en una bola de fuego sarcástico de Aeron. Lo conviertan y este fuera. Yo no quiero ser parte de esa lucha. Jamás. — Thorn miró a Savitar. — Sí, soy un cobarde tan grande, porque he luchado contra el mal con que está Aeron, tenía mi culo me entregó en un plato con puré de manzana y sin embargo, y... no, gracias. Nada vale una grave patada en el culo. —

Max dio un paso adelante. — Vamos a resolver esto con ustedes. —

— ¿Nosotros? —

— El drakomai. —

Sera asintió. — Y el Drakos. —

Con los ojos abiertos y furiosos, Max se quedó boquiabierto. Pasó una sonrisa reprendiéndolo. — No me mires así, Señor Dragón. Yo no quiero que luches, ya ves. —

Edena y Hadyn avanzaron para unirse a ellos.

— Oh diablos, ino! — Max se rompió. — Puede ser que no tengas voz ni voto en lo que hacen Sera! —

Cuando empezaron a protestar, Serafina negó con la cabeza. — Tu padre tiene razón. Ninguno de los dos está preparado para esto. Y si no sacas los ojos en mí, señorita, voy a molerte hasta que estalle el sol, y a tu hermano también, sólo porque él te enseñó a hacerlo cuando eras pequeña. —

Edena resopló y cruzó los brazos sobre su pecho. — Me gustaba más cuando no habla y no se llevan bien. —

Hadyn asintió con la cabeza, pero sabiamente se mantuvo en silencio.

Cuando Thorn volvió a moverse, cuatro Were-Hunters cayeron al suelo sin razón.

Muertos.

El silencio se hizo eco de todo el mundo sabía exactamente lo que quería decir. Aquellos fueron compañeros unidos cuyas esposas habían sido asesinadas en otro lugar. Tres concejales y uno de los lobos de Arcadia que habían venido con Star y Dare. Para que eso suceda simultáneamente, sólo había una causa.

La Guerra.

— ¿Qué demonios? — Dante respiraba.

Thorn y Savitar estaban pálidos.

Acheron dijo. — Ellos se están dividiendo y atacando a nuestras familias para destruir nuestras defensas y golpear nuestra moral. —

— Está funcionando, — dijo la Fury en un tono de pánico.

Savitar hacía señas para Zakar, Sin, y Styxx. — Vamos a ver a Apollymi a Kalosis y nos aseguramos de que está seguro. —

Thorn hizo un gesto con la barbilla en los Peltier y los hermanos Kattalakis. — Tomaremos el Santuario. Sera, es mejor que te unas a nosotros. Nala está con ellos. Puedo sentirlo. —

Cadegan y Blaise intercambiaron una mirada determinada. — Nos quedaremos aquí para proteger a tus jóvenes. No tengas temores aquí es seguro. —

Acheron miró a la drakomai. — Volveremos al Olimpo, a terminarlo. De una vez por todas. —

Illarion y Max asintieron.

Serafina vaciló. Es extraño, nunca había estado a caballo en la batalla sola.

Ahora ella lo haría. Lo último que quería era estar sin Max a su lado. Pero esto tenían que hacerlo por los demás y por su gente.

— Recuerde, Maxis. — Sera le recordó. — Estoy en el equipo. —

Él le guiñó un ojo. — Es cierto, pero no estés en 'ganar' 'pelear' y 'morir'. —

Ella le gruñó, tentada a golpearlo y sumirlo. — Y mejor que hagas lo mismo. —

— O tú. No me hagas ir a Hades y bajar a ese hijo de puta para ayudarlo a volver. — Besándolo a ella, se tomó un momento para saborear su aroma y la sensación de su cuerpo presionando contra el suyo. — Te amo, Seramia. No rompas mi corazón. —

Dejó caer su mano profundamente en su pelo largo y lo apretó en el puño. — Para ti solo, respiro. —

Max apretó los dientes ante esas palabras. Para su gente, eran la confesión más profunda del amor, y que le hizo casi imposible dejarla.

Pero no tenía otra opción. Con un último beso, miró más allá de ella a sus hijos. — No te olvides de tu espada, mi dama dragón. —

Ella le guiñó un ojo. — Nunca. —

Inclinando la cabeza, dio media vuelta y se unió a Acheron y sus hermanos. Había pasado siglos desde que se había ido a la guerra real con Falcyn e Illarion. Sin embargo, parecía que nada de ese tiempo se medía y cambiando fue a la formación.

Como mayor, Falcyn tomó ventaja. El Katagaria Drakos fue a pelear con ellos en el Olimpo, mientras que los arcadios fueron con los otros para proteger el Santuario.

En el momento en que llegaron, era muy diferente al anterior. Apolo y Kessar había incendiado prácticamente todos los edificios, y la mayoría de los dioses se habían retirado del conflicto. Sólo un puñado valiente se mantuvo para tratar de salvar lo que podían. Demon y su gemelo, Phobos. La mayoría de los Dream-Hunters, incluyendo Arik y Delphine, así como Lydia, Solin, y Xypher, que debían haber

ido convocados por los demás cuando comenzaron los enfrentamientos.

Sólo el templo de Apolo quedó de pie perfectamente intacto. Pero ese no era su objetivo o destino.

El Templo de Ares fue lo que atrajo su atención. La estructura de hierro tenía las puertas delanteras rasgadas y abiertas. Y las perchas que por lo general estaban tripuladas por Insidia y Nefas estaban vacías. Cuerpos de demonios ardían en los escalones.

Era fácil de encontrar donde el Malachai todavía estaba, envuelto en una amarga lucha contra los demonios y Apolo.

Max sonrió a la vista. Nick siempre había sido obstinado en una reyerta. Ese niño nunca supo cuándo rendirse o entregarse. Era una de las cosas que le gustaban de chico, y era por lo que había cuidado a Nick y que no se convirtiera al mal.

Hasta aquí.

A pesar de que Nick había nacido maldito y destinado a ser una de las criaturas que finalmente destruyeron la tierra, se enfrentó a una guerra interna cada día para mantenerse de cruzar una línea y convertirse en lo que había sido su padre.

Cherise Gautier estaría orgullosa de su hijo. Especialmente a verlo conseguir su culo Cajún pateado en defensa de un panteón que no se preocupaba por él. Pero los Nick que importaban y estaban obligados al Olimpo, y para salvarlos, que lucharon en contra de las probabilidades abrumadoras.

Sí, todavía era un buen chico.

Cuando lo rodearon, Max vio a Illarion y vio la tristeza en los ojos de su hermano. A diferencia de él y Falcyn, Illarion había nacido y fue entrenado para luchar como un equipo. Cada vez que su hermano se fue a la guerra sin su Edilyn, sintió su

pérdida con cada parte de su ser.

Y el hecho de que Illarion montaría para la defensa de Sera significaba todo para Max. Era el desinterés de su hermano, lo que él atesoraba más.

En cada jardín crece una sola rosa tan perfecta que una vez que la escarcha la toma, hay otra vez que puede crecer allí de nuevo. Mi rosa es y será siempre mi Edilyn. Y yo nunca voy a dejar el luto por ella.

Esas fueron las palabras que Illarion había tatuado en su brazo con una rosa por su esposa caída.

Cuando se quedó solo, Illarion era ocioso de acariciar las palabras como si él tocara a su esposa. Había dejado una parte de él y se hicieron añicos en Max que no estaba seguro de que alguna vez viviera de nuevo.

Si pudiera pedir un deseo, sería quitarle su dolor, a su hermano.

Pero las Parcas nunca habían sido amables con los dragones.

— ¡Vienen! —

Max se trasladó a dar con los demonios alados primero, en un esfuerzo por proteger a sus hermanos. Illarion y Falcyn en su espalda, para cubrir su flanco.

Sen había estado en lo cierto. Los gallu eran viciosos con sus habilidades.

— ¡No dejes que te arañen! — Acheron advirtió, sin darse cuenta del hecho de que eran inmunes.

Max vomitaba fuego y barría el suelo, arrasando tanto como pudo. Él y sus hermanos cayeron al lado de Zarek y Jericó mientras trataban con un grupo de demonios fuera del Salón de los Dioses. Le tomó un tiempo, pero finalmente ellos

tenían el control, encabezaban la colina hacia el templo de Apolo.

A sí mismo, con sus alas, Jericho se metió entre los dragones. — Gracias por la ayuda. —

Falcyn inclinó la cabeza hacia él. — ¿Qué es lo que buscan?
—

— Apolo apareció, diciendo Zeus debe abdicar. Ya sabes lo que pasó. A pesar de que él es sólo una figura decorativa en estos días, Zeus arrojó unos pocos rayos a él y que estaba con él. —

Zarek agarró un demonio que intentó morderlo y se le colgó con tanta fuerza un golpe, que voló y casi golpeó a Max.

— ¡Oye! —

— Pato, — dijo Zarek, un poco tarde.

Max dio la vuelta hosco hacia el dios.

Por una vez, Zarek ignoró el insulto cuando se lo dirigía detrás de otro grupo. Por lo menos alguien disfrutó de la lucha.

Un destello extraño distrajo a Max cuando empezó a girar. Miró por encima del hombro para ver a Illarion perdiendo altura. Asustado algo estaba mal o Illarion había sido herido, se fue después por su hermano.

Sin decir una palabra, Illarion metió las alas y aterrizó cerca del templo de su padre.

— ¿Algo está mal? —

¿Escuchas eso?

— Oír, ¿qué? — Sólo los sonidos de la batalla llenaron sus oídos. Eso y la feroz paliza de su corazón acelerado.

Illarion ladeó la cabeza. Es Cercamon.

— ¿Quien? —

Un trovador del siglo XII. Edilyn fue siempre a verlo cantar.

Max oyó entonces. Claro y sutil. Apenas audible y sin embargo distinto.

Bel m'es quant ILH m'enfolhetis

E · m fai badar e · n vau muzan!

De leis m'escarnis m'es bel si

O · m gaba dereir'o Denan,

Qu'apres lo mal que me venra bes

Ser leu, lieys s'a Ven a plazer.

¿Qué demonios? ¿Por qué estaba cantando en el fondo? Parecía una elección extraña para un dios griego de la guerra.

Metal, Pantera... eso tendría sentido. Estaba Metal muerta definitivamente. Era la poesía medieval y el amor?

No, simplemente no encaja.

Illarion volvió a humano para que pudiera colarse en el interior y dar un vistazo. Max hizo lo mismo sólo para descubrir que no era Ares el que estaba cantando en medio de la batalla.

Era Apolo. ¿Qué tipo de sentido tiene?, supuso, ya que Apolo era el dios de la música y la poesía, y más bien pasivo. ¿Claro, porque no? Él y Nero. Tocando el arpa mientras

Roma, estaba en allí. El Olimpo quemado.

El dios probablemente necesitaba la luz de los fuegos para leer con sus viejos ojos.

Como si sintiera su presencia, Apolo dejó de tocar y estrechó su mirada con enojo en las sombras que les ocultaban. — Pequeños dragones, todos en una fila. ¿Envías al gran dios griego, muy profundo en su dolor? —

Un escalofrío recorrió la espalda de Max. Él agarró el brazo de Illarion y trató de tirar de él hacia atrás, pero su hermano no obedecería. Era como si él se estuviera desplazando por alguna fuerza mística invisible. Al igual que la música le atrajo contra su voluntad.

Apolo se puso en pie, mientras seguía a arrancándola de su lira. — Sé que estás ahí, hijo de Ares. Puedo sentirte. Ven y dale a tu tío un abrazo... canta conmigo. —

Illarion realmente dio un paso adelante.

Max hundió sus garras en el brazo de su hermano, esperando que el dolor pudiera llegar a través de él, ya que nada más estaba funcionando, y negó con la cabeza. ¡Es un truco!

Al presionar los labios, Illarion finalmente dudó.

— Ahh, — dijo Apolo en un tono petulante. Arrancó una nota amarga. — ¿No confías en mi? ¿Sabes cuál es la razón por la que Dagón te eligió para sus experimentos hace tantos siglos, ¿no? Debido a que eras mi sobrino, pensó usarte para los Apolitas, por mi maldición. Sabía de mi amor por ti, como tu tío, y sin usar misericordia. Es por eso que le rogué a Zeus y a las Parcas que te ahorrarán el tiempo de la masacre. —

Apolo chasqueó la lengua. — Tu medio hermano está celoso, Max no te dijo eso, ¿verdad? Que yo nunca quise que te perjudicará. Tú y los hijos de Lycaon tuvieran que ser excluidos de la limpieza. Tu hermano te mintió, Illarion, para

salvar su propio culo, y para ganarte para su causa. Es lo que ha estado haciendo desde el principio. ¿Por qué crees que te dejó atrapado todos esos siglos en Le Terre Derrière le Voile?

—

Max se quedó boquiabierto con furia por esa acusación. ¡Cómo te atreve! ¡Basura! Sabes mejor que eso, Illy. Tú estabas ahí. Tú los has oído, igual que yo. ¡Esa no es la forma en que sucedió! Y nunca supe que estabas atrapado. Yo hubiera ido por ti, si lo hubiera sabido.

La duda repentina en los ojos de Illarion le cortó alma profundamente. ¿Cómo podía creer a Apolo sobre él ni por un instante? Sobre todo después de todo lo que habían pasado juntos.

— No se nace de la sangre de Arel, pequeño sobrino. Usted no tienes ninguna lealtad a nadie para salvar nuestro panteón. Únete a nosotros y te voy a dar lo que más te interesa. —

— Illarion,— Max habló en voz alta, tratando de alcanzar a su hermano a través de cualquier hechizo que el dios estuviera tejiendo con su lira y palabras. — No lo escuches. Él está mintiendo. ¡Sabe que está mintiendo! —

Su hermano dio un paso atrás y agarró al brazo de Max para mantener el equilibrio.

Aliviado de creer que su hermano había elegido sabiamente, Max lo envolvió con sus brazos alrededor de él y lo abrazó. Podía sentir a Illarion temblando contra él.

Hasta que una luz, voz musical llamó con la cadencia de un ángel perfecto.

— ¡Illarion? —

Su respiración era entrecortada, Illarion se echó hacia atrás y miró con los ojos muy abiertos. ¿Edilyn?

— Estoy aquí, mi precioso querido. ¡Te he extrañado mucho!
—

Apolo se rió. — Todo lo que tienes que hacer es unirme a mí, sobrino. Ayúdame a recuperar lo que me fue robado y yo veré que te reúnas con tu Edilyn. —

Max sacudió la cabeza y agarró con fuerza al brazo de Illarion. — ¡No puedes hacer esto! ¡Illarion! ¡Es un truco! —

Sus ojos estaban embrujados, Illarion miró a los ojos con una locura y anhelo que nunca olvidaría. ¿Y si se tratara de Serafina? ¿Qué opción tendrías, hermano?

¡Maldición! La verdad de esa declaración ardía como fuego en sus entrañas. Él sabía la elección que haría.

El mismo Illarion hizo lo que su hermano, lo empujó y corrió a Apolo.

En ese momento, Max sabía que no podía quedarse. Si lo hiciera, estaría obligado a luchar con la última criatura en este planeta que nunca lo había dañado.

El hermano que había pasado toda su vida protegiendo.

Peor aún, él sabía que no era Edilyn. No podía ser. Era una ilusión de algún tipo. Pero Illarion estaba tan desesperado por tenerla a su espalda que no le importaba. Él había pasado escuchando a la razón.

Distraído, Max miró de nuevo en el templo para comprobar a Illarion mientras abrazaba a cualquier demonio o criatura que llevaba la piel de la mujer de su hermano. Sus pensamientos y emociones eran tan dispersas y crudas que por un momento, se olvidó de que él todavía estaba en un cuerpo humano.

Había olvidado que estaba en el medio de una guerra y una batalla.

Pero se lo recordó rápidamente cuando un demonio se materializó delante de él y le pasó completamente a través de su corazón una espada, y le dio una patada tirándolo al suelo, dejándolo allí para morir.

20

Savitar entró en Kalosis esperando una zona de guerra. Pero el silencio absoluto del palacio oscuro de Apollymi era aún más aterrador. Nada parecía fuera de lo normal.

Nada.

Estaba tan tranquilo que sólo el sonido del latido de su propio corazón llenó sus oídos. La oscuridad era opresiva y estéril. Inquietante. Aterradoramente francamente en su propio bien. Sí, esto tenía todas las características de una película Criaturas del Futuro y era exactamente el tipo de casa que se espera de una mujer que se llama La Gran Destructora.

Zakar frunció el ceño cuando Savitar se dio la vuelta, buscando el número de muertos que deberían haber estado aquí. — ¿Se supone que estaría vacío como esta? —

Styx negó con la cabeza. — No lo creo, — dijo lentamente, estirando las palabras. — Es un poco demasiado... —

— ¿Normal? — Preguntó Zakar.

— Sí. —

Savitar no podía estar más de acuerdo. — Yo podría haber jurado que habría más... —

— ¿Sangre? — Esta vez fue el Sim el que pesó. Como nieto en ley de la Destructora, estaba bien versado en sus cambios de humor más viciosos y fiestas con baños de sangre.

Zakar asintió. — Y la violencia. Definitivamente esperada con sangre en las paredes y la violencia. —

— ¿La violencia? ¿Te atreves a entrar en mi casa sin invitación? Oh, la violencia que puedo sin duda darte, perro sumerio. —

Se volvieron para encontrar a Apollymi de pie en toda su gloria, regia en las escaleras de su palacio, mirándolos. Su vestido negro emplazado alrededor de su figura etérea contrastaba con su pelo blanco como la nieve.

Sus ojos, dos remolinos plateados brillaban como el hielo. — ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo te atreves a irrumpir en mi casa. — Para ser poco más que un susurro, esas palabras llevaban más amenazas que cualquier grito.

Savitar se aclaró la garganta. — Pensamos que los demonios estarían atacándote. —

— ¿Que qué? ¿Ibas a montar en tu tabla de surf, y encontrarme, impotente, a mí contra una feroz horda de demonios de mis enemigos? Cómo de vulgar heroicidad de parte de ustedes, Savitar. Pero como se puede ver claramente, no tengo necesidad de rescate alguno. Todo está bien y normal aquí. —

— ¿No estás siendo atacada? —

Apollymi rió. — Oh sí. Me atacaron y me desaté mi formidable furor de las mareas sobre los bichos que se atrevieron a tales cosas. — Ella se estremeció, como si tuviera una agonía de placer supremo. — Fue emocionante. Positivamente divina y deliciosa. Si ustedes tienen algún problema más demoníacos aquejan en la superficie, por favor, por favor enviarlos aquí para mi disfrute. He echado de menos la emoción de la matanza. El sabor de la sangre y gritos orgásmicos que hacer justo antes de que expulsen ese aliento final, donde en vano quieren aferrarse a la vida, pero en última instancia, deben entregarse a la muerte. Tal, armonía es preciosa y dulce. — Ella dejó escapar un suspiro

de satisfacción suprema y sonrió en éxtasis total. — Eso es lo que vivo. —

Zakar miró a su hermano y resopló. — Estoy pensando que ella necesita un poco de tiempo a solas. —

Savitar le dio una palmada en el pecho. Dura. — Se bueno. Ser cortés. O voy a dar rienda suelta a ella contigo. — Él los dejó subir las escaleras que estaban por encima de él, el epítome de la helada perfección absoluta. — ¿Seguro que estás bien? —

Ella le pasó una mirada divertida. — Te gustaría mostrarte los cuerpos, pero mis Caronte están teniendo una fiesta con ellos. Si te das prisa, es posible encontrar algunos restos que quedan. Tal vez una uña o un diente que todavía tienen que consumir. — Ella arqueó una ceja. — ¿Estabas realmente preocupado? —

— Claro. Como Acheron. —

Sus rasgos se suavizaron. Miró más allá de él para ver a Styxx en la parte inferior de las escaleras. Para él, ella sonrió cálidamente. — Mis muchachos hermosos. Tú puedes estar seguro de que vas a tomar mucho más que unas ratas de alcantarilla sumerias para amenazarme. Sin embargo, no es una cuestión de preocupación. —

Ella volvió su atención a Savitar. — Parecería que Apolo desató una enfermedad desagradable entre los Apolitas aquí. Ya hemos perdido a varios de ellos de la misma. Muchos más están enfermos. Los únicos que parecen inmunes son Medea y Stryker, sin duda porque son sus hijos. Incluso Zephyra está enferma. He intentado todo lo que sé para ofrecer una cura, pero yo no soy una diosa de la curación. —

— ¿Es una maldición o una plaga? —

— El hijo de puta griego llamó una plaga. Una enfermedad,

supongo. ¿Puedes ayudarlos? Por favor. —

Esas fueron las palabras que nunca podría pasar por alto cuando las pronunció. Por ella, no había nada que no haría. — Absolutamente. Voy a hacer todo lo que pueda. —

Ella recorrió con la mirada por encima de su ropa y suspiró de irritación total. Sacudiendo la cabeza, agarró el borde de su traje, lo abrió y se lo cerró. — ¿Alguna vez aprenderás a vestirte como un ser humano? —

Él resopló ante su tono condescendiente. — ¿Alguna vez dejarás de regañarme por mi armario? —

— No... y túapestas a mar y sol. Es una combinación repugnante. — Ella se estremeció y frunció los labios. — Hueles a felicidad y buenos momentos. Cosas repugnantes son eso. — Ella le dio una luz, y lo empujó delicada.

Por eso solo, él sabía que no estaba irritada tanto como ella decía. Si lo hiciera, lo habría arrojado por las escaleras o le estrellaría a través de sus paredes.

Ella sacudió la barbilla hacia los dioses sumerios. — Sigue con él, ahora. Ve a curar a mis Daimons. Ellos te necesitan. —

Cuando empezaron a salir, ella llamó a Styxx a su lado.

Styxx era tímido mientras subía las escaleras y se detuvo frente a ella. — No estás pensando en tirarme hacia abajo con ellos, ¿verdad? —

Sonriendo como si ella saboreara ese pensamiento, o tal vez su descarado jugueteo, le revolvió el pelo. — Te vistes tan mal como Savitar. Te lo juro, tú y tu hermano. Ustedes siempre me buscan enojar. — Ella tomó un momento para enderezar su ropa. — Espero una visita pronto de tu Betania y los bebés. Confío en que cuidas de tu hermano, Tory y sus hijos en mi ausencia. —

— Sabes que lo hago. —

Ella asintió con gusto. — Hazlo. Es por eso que vives. — Besando su mejilla, ella le dio un abrazo. Pero la forma en que ella se aferró a él, era obvio que no estaba Styxx al que imaginaba sosteniendo.

Era a Acheron.

Apollymi tomó la cabeza en las manos antes de que ella lo dejara en libertad. Su mirada fue a Savitar y se volvió hacia el de granito absolutamente. — Mantener a todos a salvo, Chthonian. No te voy a perdonar por la muerte de otro niño me encantan. —

— Nunca te dejaré de nuevo. —

Esta vez, ella lo hizo explotar a través de la pared antes de que ella se volviera y desapareció.

Serafina tocó la línea en la puerta de la cocina. Sus instrucciones eran mantener a Nala y sus guerreros en el club y no permitir los combates en la calle, donde los seres humanos pudieran ver, o en la Casa Peltier donde los niños, humanos o animales, podrían verse perjudicados.

Nala le dio una patada hacia atrás, contra la pared. — ¿Te atreves a decir que eres una Arcadian y estás del lado de los Katagaria? Yo sabía que el día que trajiste a casa a ese animal contigo deseabas encendernos un día, iputa de un Katagari! —

— Es mejor ser una puta de un Katagari de la perra de un demonio. Debes de haber tragado todo su néctar para que él te deje vivir. —

Gritando con indignación, Nala se le golpeó a la cabeza.

Serafina utilizó su espada para desviar el golpe y le dio un rodillazo con fuerza.

Nala se tambaleó hacia atrás con un gemido de dolor. Sera no le dio ninguna misericordia. Ella avanzó hacia ella, para llover golpes tan rápidos y controlados como pudo. Esto no era sólo de ella. Se trataba de proteger a su familia y lo que más amaba.

— Apolo nos devolverá a la piedra, si no seguimos sus órdenes. ¿Es eso lo que quieres? —

Sera ponchó mirando. — No voy a vivir mi vida con miedo. Eso no es parte de nuestro código amazónico y no es definitivamente Draconiano. — Furiosa, barría los pies de Nala de debajo de ella y le desarmó. — Y estás absolutamente segura que no te estás volviendo de un Basilinna! No me doblarías nunca, — dijo, repitiendo su código de honor. Ella ladeó la espada en la garganta de Nala. — Ahora ceder tu corona o perderás la cabeza. —

De repente, los combates se desaceleraron y se detuvieron cuando las que les rodean se dieron cuenta del hecho de que Nala ya no estaba en la batalla. Que ella estaba en su parte espalda arrastrándose lejos de Serafina.

Nala dejó de moverse tan pronto como se dio cuenta de que todo el mundo estaba mirando. Sólo entonces se empujó a sí misma de pie y con su ex amazona altiva.

Sera le cortó la retirada. — Cede a la tribu, o llamaré a votar. — Lo cual, después de esto patéticamente eres débil, Nala perderías.

Y eso sería aún más humillante.

— Bien. Cedo mi posición como Basilinna, pero no a una puta de un Katagari. —

Gruñendo, Sera comenzó contra ella, pero Samia la tomó y le

impidió tomar la cabeza de la perra a sangre fría.

— Ella no es digna de honor, Serafina. Además, todos sabemos la verdad. Ella renunció a su honor al intentar tomar a Max y él, un simple Katagari, confirmó su voto para contigo. —

Sam pasó una mirada mordaz sobre el cuerpo de Nala. — La única pena en esta sala le pertenece. Hágale saber que vive. Deja que esto le persiga todas las noches cuando ella intente dormir y se haga eco en su cabeza con la voz de las Furias hasta que la conduzca a la locura con la verdad. — Ella miró a su alrededor con el resto de la tribu de Sera. — A la medida de la Basilinna de los Jinetes Thurian, yo llamo a un voto de las escitas. ¿Quién quieren que lleve a su nación? Una cobarde, o eligen a alguien digno? —

Tisiphone dio un paso adelante y envainó su espada. — Honestamente? Sólo queremos ir a casa a lo que sabíamos. Las Escitas se hacen con la política de los dioses. No nos han tenido para nada a salvo de la miseria. Nuestro único deseo ahora es volver a nuestro período de tiempo en la próxima luna. Ninguna de nosotros es feliz aquí. Y si bien estaríamos honradas de tener a Serafina como nuestra líder, respetamos el hecho de que ella va a querer quedarse aquí con su pareja e hijos. Ella tiene más de poder obtener su paz. Ninguna de nosotras volverá a juzgarla por eso. —

Sera bajó la espada del cuello de Nala. — ¿Así es realmente lo que todas ustedes sienten? —

Una por una, asintieron.

— Entonces, es con gran tristeza que pierdo a mis hermanas. Pero no voy a parar. Sé lo que es vivir sin lo que se necesita para ser feliz. Y no le deseo eso a nadie. —

Serafina entrecerró los ojos en Nala. — Ni siquiera a ti. — Pero a pesar de esas palabras, amargas el odio se levantó

dentro de ella y ella tenía una cosa que necesitaba saber. — Puse mi fe en ti. Yo confiaba en ti más incluso que en mi compañero. ¿Por qué me mientes sobre él? —

— ¡Porque yo te odio! — Las lágrimas brillaban en los ojos de Nala cuando ella se quitó el guante de cuero y mostró su palma a Serafina. Una palma que llevaba una marca de apareamiento Katagari. — Al igual que tu, me dieron a un bastardo Katagari. Pero me contuve ante un juramento a mi dragonslayer sagrada y me negué a sellar el apareamiento. — Ella miró al resto de su tribu. — Nos mintieron. La marca no se marchita. Se mantiene como un recordatorio de que siempre seré estéril, y que el hijo de puta que me hizo esto aún vive. Mi único consuelo es que él es impotente. — Ella pasó una mueca feroz sobre el cuerpo de Serafina. — No es justo para el que debe ser tu compañero Katagari y yo, Basilinna de mi tribu hermana, debes entender sin tu comodidad. En caso de no tener hijos. —

Mientras Sera se sintió mal por su reina, no justificaba su crueldad a ellas. — No tenías derecho a culparme o a Maxis por tu cobardía. No fue tu juramento lo que impidió el apareamiento. Era tu propio miedo. —

Nala gritó y corrió hacia ella, pero Dev la agarró y la forzó de nuevo. — Es necesario un tiempo de espera, mujer. — Miró a Sam. — Estoy poniendo éste hielo. Las dejo damas para asistir a las demás. —

Sam los barrió con una mirada. — Todo depende de ustedes, mis hermanas. Nos comportamos y le permitimos la libertad aquí hasta la próxima luna. O iniciar como la mierda y te puedes sentar en una jaula Nala y esperar. —

Las Amazonas envainaron la espada y se bajaron.

Fang suspiro de alivio. — Bien. Ahora todas ustedes pueden ayudarnos a limpiar el desastre que hicieron. —

Gratificante tenerlo terminado y hecho, Serafina había avanzado para ayudarlo cuando alguien la tocó en el hombro. Ella abrió la boca, pensando que era otro ataque, luego se relajó cuando vio a Falcyn detrás de ella. Miró más allá de él, en busca de su compañero. — ¿Dónde está Max? —

La expresión de su rostro hizo un nudo en su estómago.

— ¿Qué? — Ella jadeó.

Cuando él no respondió de inmediato, sintió que todo el aire dejarse atrapar de sus pulmones como si le hubieran dado un puñetazo.

— No... él está viniendo. — Su tono no admitía discusión. Max estaría aquí. Le había prometido y nunca faltó a su palabra.

Las lágrimas brillaban en los ojos de Falcyn cuando tomó suavemente la mano y la había teletransportado desde el bar en al ático con Carson y una mujer pelirroja que no conocía.

En su forma de dragón y de su lado, Max yacía en el suelo con un charco de sangre a su alrededor. Carson y la mujer estaban tratando de detener la hemorragia, pero nada podía frenarla. Corrió por todas partes y había recubierto las hermosas escamas de Max.

Cuando Carson la vio, dio un respingo. — Lo siento, Sera. No hay nada que podamos hacer. Tomó una herida directamente a su corazón. Honestamente no sé cómo lo hizo de nuevo estar con vida y todavía respira. —

— No... no! — Ella corrió a gran cabeza de Max y se lanzó contra su cuello. Su respiración era trabajosa débiles sacudieron ominosamente su pecho y la garganta. — Maxis? ¿Puedes escucharme? —

Te escucho, Seramia.

Estaba demasiado débil para hablar siquiera. E incluso la voz en su cabeza no era más que un mínimo susurros.

Las lágrimas la cegaron mientras ella se aferró a él. — No me puedes dejar! Ahora no. Me prometiste que no me romperías mi corazón. —

Lo siento. Él deslizó una ensangrentada, pata con garras hacia ella para que pudiera tocar su cadera.

Sollozando, Sera pensó en todas las veces que había sacrificado dragones en su pasado y había tomado tanto orgullo en ello. Estúpidamente había usado sus pieles y escamas como trofeos. ¿Era su castigo por tanta crueldad?

Ella pasó la mano contra su oreja escamosa y las crestas espinosas a lo largo de la parte posterior de su cráneo. — Por favor, no me dejes, Max. No quiero vivir sin ti. Te amo... sólo te amaba a ti, mi señor dragón. —

Y entonces lo sintió. Esa última expulsión de aliento cuando él murió en sus brazos. Todo su cuerpo quedó inerte.

Lanzando la cabeza hacia atrás, ella gritó en la miseria. No era justo. No estaba bien.

¡Malditas sean Parcas!

— ¿Sera? —

Ignoró a Falcyn mientras acunaba la cabeza de Max y siguió llorando contra sus hermosas escamas, deseando poder tener un día más con él. Deseando que nunca hubiera permitido que se fuera. ¿Por qué había elegido su tribu sobre él?

¿Por qué no se fue con él cuando él le preguntó? Esto fue todo culpa suya. Podrían haber sido felices juntos.

¡Soy tan idiota!

— ¿Serafina? Mírame. —

Se llevó todo lo que tenía hacer un esfuerzo para dibujar una respiración entrecortada y levantar la cabeza para encontrar la mirada de Falcyn. Se dio cuenta de que Carson y la mujer los había dejado solos en el ático.

Y Falcyn sostenía algo en la mano. — Si usted lo ama, realmente lo amo, podemos traerlo de vuelta. —

— ¿Cómo? —

Tragó saliva y se humedeció los labios antes de hablar de nuevo. — Lo que voy a hacer está prohibido. Es lo más oscuro de la magia. Pero yo puedo hacerlo, si te refieres a lo que dices. Porque si no lo haces... tu consignas tanto a mi hermano y a mí a un lugar que no quiero y es el más cruel de los destinos. —

Su visión nadó. — Por favor traerlo de nuevo a mí. Lo que sea necesario. Si hay un precio por esto, yo lo pagaré. —

— Entonces cierra los ojos. Piensa en tu mejor recuerdo de mi hermano y mantenerlo querida. Hagas lo que hagas, no mires hasta que te diga. ¿Entendido? —

— Sí. — Ella apretó los ojos con fuerza y se aferró a Max mientras pensaba volver a la noche que se conocieron. A la vista de él al despojarlo de su ropa y vio su cuerpo mientras le besaba y la acariciaba en un frenesí salvaje.

Todavía podía oír su profunda, risa contagiosa en su oído y en la forma en que ella sacudió la ropa de él para descubrir más y más de su increíble carne.

— Impaciente, ¿verdad?, — Le había preguntado con una sonrisa.

— No pierdas tu lengua con palabras. Tengo muchos mejores usos para ella. —

Riendo de nuevo, la había obligado con un beso abrasador que la había dejado sin aliento y débil. Apenas había aflojado sus pantalones antes de que él estuviera muy dentro de ella, llenándola y empujando contra sus caderas mientras él la sujetaba contra la puerta cerrada.

Con sus piernas envueltas alrededor de su esbelta cintura, ella reconoció que le provocaría con cada golpe un accidente cerebro vascular, gruñendo y animándolo. Había pasado sus manos por el pelo, deleitándose en la forma en que se sentía el sensual deslizamiento entre sus dedos mientras saciaba el dolor dentro de ella. Entonces ella había corrido sus manos sobre sus hombros anchos, fuertes y por su espalda para poder disfrutar de la sensación de sus músculos ondulantes mientras a él le agradó aún más.

No faltaba nada de tiempo para que ella se liberara, gritando de placer cuando atravesó su cuerpo.

Luego, en la más tierna de las acciones, Max había ahuecado su mejilla y la besó mientras que la desaceleró sus golpes y hasta que llegó, también. Todavía dentro de ella, la había arrastrado hacia atrás a lo largo del piso, por fin salió de los pantalones que habían estado agrupados en los tobillos, hasta llegar a la cama y luego, riendo, había caído sobre él con ella encima de él.

Allí sus ojos dorados se habían oscurecido mientras lentamente, tomó cuidadosamente sus pechos en sus manos y se humedeció los labios. Sus ojos se habían ensanchado cuando lo sintió cada vez con mayor fuerza dentro de ella otra vez.

— ¿Todavía hambriento? —

Había expulsado un profundo suspiro sexy. — ¿Para ti? Hambriento. Dioses, mujer, tus senos son amplios y lo suficientemente flexibles para avergonzar a cualquier mujer

que he visto nunca. —

— Luego se echó hacia atrás, mi señor. Tengo la intención de asegurarte de que estés bien saciado esta noche. —

Durante años, ella le había considerado como su único soporte y caballero que había tenido en serio y se salió de los raíles. Ahora...

— Abre los ojos, Sera. —

Esperando y rezando por un milagro, ella obedeció a Falcyn.

Max todavía no se movía. Y ahora había un tono grisáceo de sus escamas.

¿Peor? Falcyn ahora estaba tan pálido como Blaise. Su pelo había ido a blanco como la nieve.

Preocupados, ella bajó la mirada de su rostro en un recipiente pequeño que tenía en la mano que contenía sangre. — ¿Estás bien? —

El sudor en la frente y el labio superior. — Dime ¿Qué te gusta más de mi hermano. —

— La forma en que me hace sentir. —

— ¿Y eso es? —

Tragó saliva. — Al igual que puedo volar. Incluso cuando estoy en este cuerpo sin alas, que me hace sentir que estoy en las nubes, mirando hacia abajo al mundo. —

— Entonces respira en él. Deja que tu respiración sea suya. —

— No lo entiendo. —

— Abraza al dragón, Serafina. Respira en él. —

Ahuecando el hocico de Max, ella hizo lo que dijo Falcyn.

Entonces esperamos...

Y esperó.

Su corazón se apretó fuerte contra Max y permaneció inmóvil y pálida. — Nada estaba pasando. —

El oscurecimiento del cabello, de Falcyn tocó el cuerpo de Max y en el momento en que lo hizo, una luz profunda carmesí oscuro se disparó a través de sus células, iluminándolos como una linterna a través de la piel en la noche más oscura. Translúcido y brillante.

Antes de que pudiera moverse, Max respiró hondo y abrió los ojos.

Sera jadeó. — ¿Max? —

Él parpadeó lentamente. — ¿Qué pasó? —

— ¿No te acuerdas de nada? —

Gimiendo, él puso su cabeza hacia atrás, y luego maldijo. — Falcyn... — De inmediato se trasladó a su cuerpo humano para mirar a su hermano. — Rompiste tu juramento. —

Su mirada pasó de Max a Sera. — A veces vale la pena. Somos hermanos, después de todo. —

Y con eso, Max sabía que Falcyn finalmente lo había perdonado. — Gracias. —

Falcyn inclinó la cabeza hacia él. — Recuerda el costo que he pagado por tu vida hoy. No vuelvas a perderla y no me hagas arrepentir. —

Max le tendió la mano a él. — Nunca. —

Falcyn metió la mano en la suya y la sacudió, no como hombre, sino como un drakomas. Luego tomó la mejilla de Serafina en su mano y la besó en la frente. — Que la paz y la

felicidad esté contigo, solamente. —

Cuando él se retiró, ella le tomó del brazo. — No te vas a ir después de esto, ¿verdad? —

— Los Drakomai son criaturas de la soledad. —

Miró a Max antes de que ella se volviera hacia Falcyn y sonrió. — Pero ellos pueden aprender de otra manera. Y me gustaría conocer a mi hermana en ley. —

Se encontró con la mirada de Max con una ceja arqueada.

— Siempre es bienvenido en mi nido. Sobre todo porque hemos perdido a Illarion. —

— ¿Qué? — Sera jadeó.

Falcyn suspiró con cansancio. — No está perdido por completo. Temporalmente a la deriva. — Él inclinó la cabeza a Max. — Me quedaré, pero sólo para ayudarte a golpear el sentido de Illarion. No voy a dejar que esos bastardos lo lleven. No después de todo lo demás que han robado de todos nosotros. Ahora descansa. Vamos a tener más peleas por venir y tienes un hermoso cisne para calmar. —

Y con eso se fue.

Sera se volvió hacia Max. Todavía no podía creer que estaba vivo de nuevo. Riendo, ella se lanzó contra él y le besó las mejillas y los labios y el cuello y la frente.

Se echó a reír, también. — Cuidado, amor. Voy a pensar que me perdiste. —

— ¿Nunca te me mueras otra vez! —

— No era mi intención en esta ocasión. —

Su diversión se desvaneció, cuando presionó su palma marcada mientras se ponía en él a horcajadas. — En cuanto

a sanar, yo quiero que nos vinculemos. —

— Sera —

— No hay argumentos. Nuestros dragoncillos crecen. Van a encontrar sus propios compañeros pronto. Pero la única cosa que aprendí hoy es lo que el Dragonbane realmente significa.

—

— ¿Y eso es? —

— Vivir sin tu corazón, y mi corazón eres tú, Señor Dragón.

—

— Luego vienen, Strah Draga. Conmigo. Porque yo sé que sin ti no vivo. Yo sólo sobreviví, y que fue el invierno más sombrío y más largo de mi vida. —

EPÍLOGO

Max resopló mientras miraba a Falcyn mirando con avidez detrás de Tisiphone mientras ella se inclinó sobre la mesa de billar donde Colt y Rémi le enseñaban a ella a jugar al billar. — Creo que me utilizaste como excusa para quedarte, hermano. —

Falcyn deslizó una mirada paralizadora en él. — No sé de qué estás hablando. —

Sacudiendo la cabeza, Max le entregó una copa antes de empezar a romper los dispensadores de soda. Fang acababa de cerrar la barra para los seres humanos. Había pasado casi tres semanas desde aquella fatídica noche cuando Sera se había estrellado de nuevo en su vida.

Y él apreciaba cada minuto de ella.

Sobre todo porque él sabía que la guerra estaba aquí y una batalla que se avecinaba. Blaise y Merlín estaban trabajando en una cura para los Daimon, pero hasta ahora nada les habían ayudado. Apolo estaba aún datarás de todos los olímpicos y los Were-Hunters.

Con Kessar liderando la carga.

Ellos estaban en la cúspide de la luna llena y con ella y con un mal presentimiento que Max no podía quitarse de encima. Mientras su compañera y sus hijos estaban a salvo de arriba con Aimee, sabía que Illarion estaba allí, trabajando con Apolo contra ellos.

La cuenta atrás ha comenzado.

Y las Parcas todos ellos los odiaban.

Max tomó un paño, y cuando lo hizo, él golpeó accidentalmente un vaso del mostrador. Maldiciendo, se trasladó a recogerlo. En el momento en que lo hizo, se disparó una flecha junto a su cabeza.

Una que le habría golpeado, él no se movió en ese momento.

Furiosos, él y los que le rodeaban estaban buscando su origen. Pero no había llegado a nada.

Falcyn frunció el ceño enojado a Fang. — Necesitamos a Acheron y a Thorn para asegurar los escudos en este lugar.

—

Sacó el teléfono del bolsillo. — Estoy en ello ya. —

Mientras Fang hizo la llamada, Max tiró la flecha de la madera y vio la nota envuelta alrededor del eje. Él leyó la antigua escritura sumeria antes de que él se lo entregara a Fang, que retorció el rostro hacia él.

— ¿Jeroglíficos? —

— Cuneiforme. — Max se lo entregó a Falcyn.

— ¿Qué es lo que dice?, — Preguntó Fang.

Falcyn respondió por Max. — Es una declaración completa de guerra. Vienen por nosotros y tienen la intención de montar nuestros cueros en la pared. —